

DAVID EDDINGS

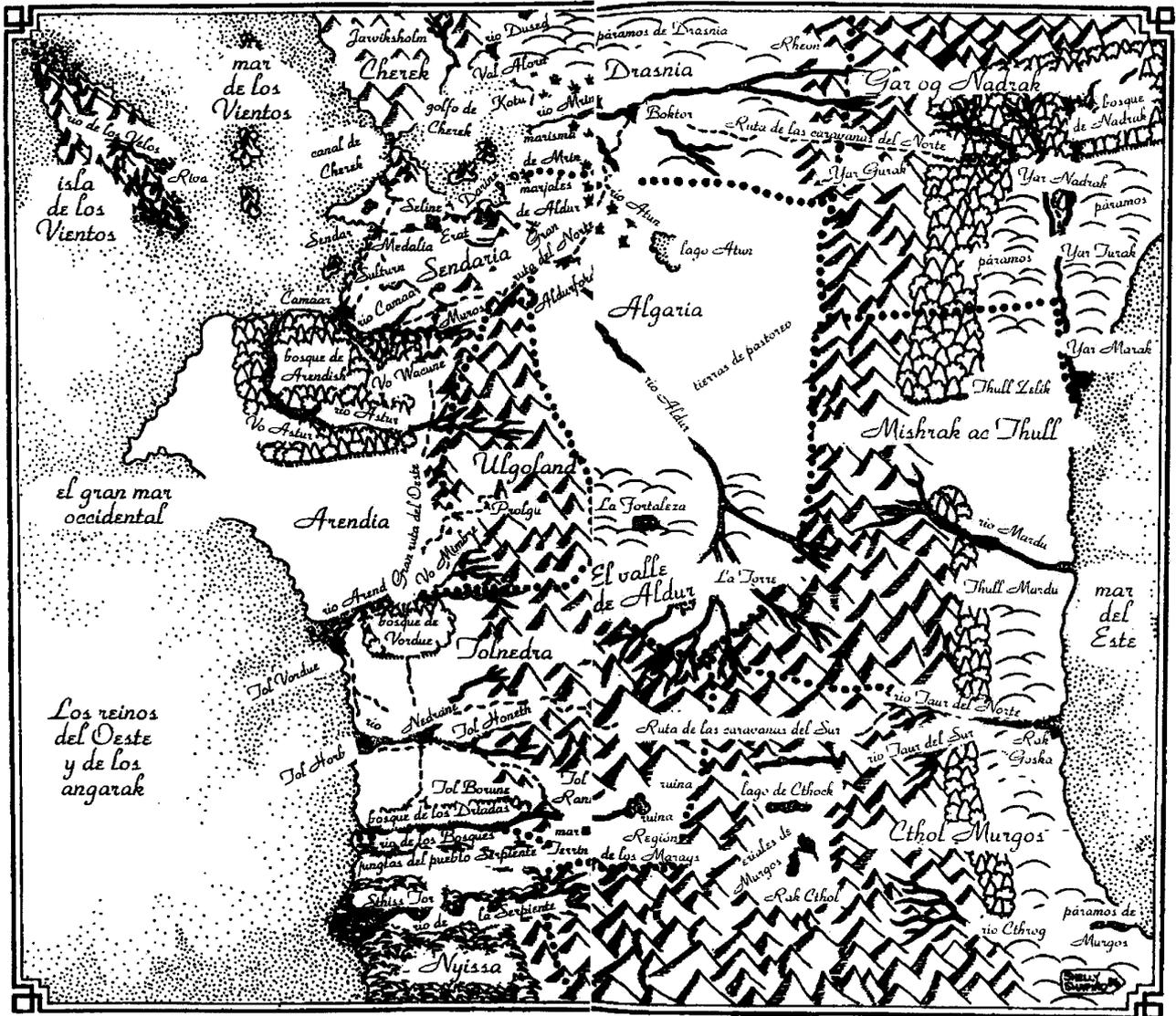


La luz del Orbe

CÍRCULO DE LECTORES

La luz del Orbe

Para Dorothy,
que con paciente benevolencia
soporta a los hombres Eddings,
y para Wayne,
por razones que ambos comprendemos,
aunque resulte imposible expresarlas con palabras.



Prólogo

*De cómo Gorim buscó un dios para su pueblo y cómo
encontró a UL en la montaña sagrada de Proglu,
basado en El libro de Ulgo y otros textos.*

Al comienzo de los tiempos, los siete dioses rescataron al mundo de la oscuridad y crearon bestias, aves, serpientes, peces y, por último, al hombre.

Entonces vivía en los cielos un espíritu llamado UL que no participó en la creación, y al no prodigar su poder y sabiduría, muchas de las cosas que se hicieron salieron desfiguradas e imperfectas. Innumerables criaturas resultaron deformes y extrañas, y los dioses más jóvenes intentaron hacerlas desaparecer para que todo lo que hubiera sobre la tierra fuera hermoso.

Pero UL extendió su mano y lo evitó, diciendo:

—No podéis destruir lo que vosotros mismos habéis creado. Habéis alterado la paz y el orden de los cielos para forjar este mundo como un juguete o un entretenimiento. Sabed ahora que cualquier cosa que hagáis, por monstruosa que sea, permanecerá como muestra de vuestra locura, pues el día en que una de las cosas que hayáis creado se deshaga, se destruirá todo.

Los dioses jóvenes, enfadados, se dirigieron a los seres monstruosos o desfigurados:

—Id a UL y que *él* sea vuestro dios.

Luego cada dios eligió entre las distintas razas a los hombres que más le gustaban. Y a los que quedaron sin protección, los dioses jóvenes los llamaron y les dijeron:

—Id con UL, *él* será vuestro dios.

Y UL calló.

Durante largas y amargas generaciones, los seres sin dios vagaron por las selvas y desiertos del Oeste y clamaron al cielo sin que nadie los oyera.

Entonces apareció entre ellos un hombre justo y bueno llamado Gorim. Él reunió a la multitud y les dijo:

—Nos marchitamos y caemos como hojas por el esfuerzo de nuestro peregrinaje. Nuestros niños y nuestros ancianos mueren. Sería mejor que sólo muriera una persona, así que quedaos en esta llanura y descansad. Yo buscaré al dios UL para que podamos venerarlo y tener un lugar en el mundo.

Gorim buscó a UL durante veinte años, pero fue inútil. Con el paso del tiempo su pelo se volvió gris y se cansó de buscar. Desesperado, subió a una montaña muy alta y clamó al cielo con voz atronadora:

—¡Basta!, no seguiré buscando. Los dioses son una burla y un engaño y el mundo es un árido vacío. UL no existe y yo estoy harto del dolor y de la maldición de mi vida.

El espíritu de UL lo escuchó y le contestó:

—¿Por qué estás furioso conmigo, Gorim? Vuestra creación y vuestra existencia no son obra mía. —Gorim, asustado, se arrodilló—. Levántate, Gorim, pues yo no soy tu dios.

Pero Gorim no se levantó.

—¡Oh, mi dios! —gritó—, no escondáis vuestro rostro a vuestro pueblo. Ellos están terriblemente apenados porque son parias y no tienen un dios que los proteja.

—Levántate, Gorim —repitió UL—, vete de este lugar y deja de quejarte. Busca un dios en algún otro sitio y déjame en paz.

Pero Gorim no se levantó.

—¡Oh, mi dios! —dijo—. Me quedaré aquí. Vuestro pueblo padece hambre y sed, busca vuestra bendición y un lugar donde habitar.

—Tu discurso me cansa —dijo UL y se marchó.

Gorim se quedó en la montaña, donde las bestias y las aves le prodigaban alimento. Llevaba allí más de un año, cuando los monstruos y las criaturas desfiguradas que los dioses habían creado vinieron a sentarse a sus pies y se quedaron contemplándolo.

El espíritu de UL estaba preocupado y por fin apareció ante Gorim.

—¿Sigues ahí? —le preguntó.

Gorim se postró y dijo:

— ¡Oh, mi dios!, vuestro pueblo gime de dolor ante ti.

El espíritu de UL huyó, pero Gorim siguió allí un año más. Los dragones le traían carne y los unicornios, agua. Entonces volvió UL.

—¿Aún sigues ahí?

—¡Oh, mi dios! —dijo Gorim tras arrodillarse—, vuestro pueblo parece sin vuestro patrocinio.

Pero UL huyó de aquel hombre justo y transcurrió otro año en que las criaturas horribles y sin nombre vinieron a traerle comida y bebida. UL volvió a la montaña y le ordenó:

—Levántate, Gorim.

Gorim siguió de rodillas y le suplicó:

—¡Oh, dios mío, tened piedad!

—Incorpórate —respondió UL, y se acercó a levantarlo con sus propias manos—. Soy UL, tu dios, y te ordeno que te incorpores y que vengas ante mí.

—Entonces, ¿seréis mi dios, y el dios de mi pueblo? —preguntó Gorim.

—Soy tu dios y también el dios de tu pueblo —dijo UL.

Gorim miró hacia abajo desde lo alto de la montaña y contempló a las horribles criaturas que lo habían cuidado en los momentos de zozobra.

—¿Y qué pasará con ellos, dios mío? ¿Seréis el dios del basilisco y del minotauro, del dragón, de la quimera, del unicornio, de la serpiente alada y de las criaturas sin nombre o sin rostro? Pues ellos también son parias, a pesar de que en cada uno de ellos hay algo hermoso. No les volváis la espalda, dios mío, pues son seres muy dignos. Los dioses jóvenes los enviaron ante vos, ¿quién será su dios si los rechazáis?

—Lo hicieron por despecho —dijo UL—. Los dioses jóvenes enviaron a estas criaturas para humillarme porque yo los reprendí. De ningún modo seré el dios de los monstruos.

Las criaturas que estaban a sus pies gimieron y Gorim se sentó en el suelo.

—Entonces me quedaré, mi dios.

— ¡Quédate si te place! —dijo UL y se marchó.

Todo siguió igual que antes. Gorim se quedó, las criaturas lo alimentaron y UL comenzó a preocuparse. Hasta que el gran dios, conmovido por la bondad de Gorim, se arrepintió y volvió.

—Incorpórate, Gorim, y sirve a tu dios. —UL se acercó y levantó a Gorim—. Trae ante mí a las criaturas que se sientan a tu alrededor y yo las juzgaré. Si en ellas hay belleza y dignidad, como dijiste, consideraré la posibilidad de convertirme en su dios.

Gorim llevó a aquellos seres ante UL. Las criaturas se postraron a los pies del dios y le suplicaron que los bendijera, y UL se extrañó de no haber descubierto antes la belleza que había en ellos. Levantó las manos y los bendijo.

—Soy UL y encuentro belleza y dignidad en cada uno de vosotros. Seré vuestro dios, así prosperaréis y habrá siempre paz entre vosotros.

Gorim se sentía muy dichoso y llamó al lugar donde estaban Prolgu, que significa "lugar sagrado". Luego se marchó a buscar a su pueblo para traerlo ante el dios, pero ellos no lo

reconocieron, pues UL lo había tocado y todo el color había desaparecido de su cuerpo, dejando su cabello y su piel blancos como la nieve. La gente le temía y le arrojaba piedras para ahuyentarlo.

—¡Oh, mi dios! —le dijo Gorim a UL —, vuestras manos me han cambiado y mi pueblo no me reconoce.

Entonces UL levantó la mano y su pueblo perdió el color como Gorim.

—Prestad atención a las palabras de vuestro dios —dijo UL con su voz atronadora —. Este es el hombre al que llamáis Gorim y él me ha convencido de que os aceptara como a mi pueblo, para que os cuide, os asista y sea vuestro dios. Por lo tanto, os llamaréis UL-Go en honor a mí y a la bondad de Gorim. Haréis lo que él diga y lo seguiréis a donde vaya, y a todo el que no le obedezca o no lo siga lo abandonaré para que languidezca, sucumba y muera.

Gorim ordenó a la gente que recogiera sus posesiones y su ganado y lo siguiera a las montañas. Pero los ancianos del pueblo no creían en él y pensaban que la voz que habían oído no era la de UL.

—Si eres el siervo del dios UL —le dijeron a Gorim con despecho—, demuéstrolo realizando algún milagro.

—Mirad vuestra piel y vuestro pelo —respondió Gorim —, ¿no es suficiente con eso?

Los ancianos vacilaron y se alejaron, pero luego volvieron ante él.

—Este estigma es señal de una plaga que has traído de algún lugar insalubre y no constituye ninguna prueba de la bondad de UL.

Gorim levantó las manos, y las criaturas que lo habían alimentado vinieron a él como ovejas a su pastor. Los ancianos se asustaron y se alejaron, pero pronto regresaron.

—Esas criaturas son monstruosas y horribles. Eres un demonio que viene a arrastrar a nuestro pueblo a la destrucción y no un siervo del gran dios UL. Aún no hemos visto ninguna prueba de la bondad de UL.

Entonces Gorim se cansó de ellos.

—Os digo que habéis escuchado la voz de UL —gritó con voz atronadora —. He sufrido mucho por vosotros, y ahora regreso a Prolgu, el lugar sagrado. Aquel que me crea, que me siga; quien no lo haga, que se quede aquí.

Se volvió y se dirigió hacia las montañas. Unos pocos fueron con él, pero la mayoría se quedó e insultó a Gorim y a aquellos que lo seguían.

— ¿Dónde está el milagro que demostraría el patrocinio de UL? No seguimos ni obedecemos a Gorim, y, sin embargo, no sucumbimos ni perecemos.

Entonces Gorim los miró con tristeza y les habló por última vez.

—Me pedisteis un milagro, pues aquí lo tenéis. Tal como dijo la voz de UL, sucumbiréis y os marchitaréis como una rama cortada de un árbol. En realidad, hoy mismo habéis perecido.

Y condujo a aquellos que lo seguían por las montañas en dirección a Prolgu. Los que quedaron atrás se burlaron de él y volvieron a sus chozas a reírse de los tontos que lo habían acompañado. Pero con el tiempo no rieron más, pues sus mujeres se quedaron estériles y dejaron de alumbrar hijos. El pueblo languideció, sucumbió y pereció.

La gente que siguió a Gorim llegó con él hasta Prolgu, donde construyeron una ciudad. El espíritu de UL estaba con ellos y vivieron en paz con las criaturas que habían alimentado a Gorim.

Gorim vivió el tiempo equivalente a varias generaciones, y, después de él, todos los sumos sacerdotes de UL fueron llamados Gorim y tuvieron largas vidas. Durante mil años, UL les concedió el don de la paz, y ellos pensaron que duraría para siempre.

Pero el malvado dios Torak robó el Orbe creado por el dios Aldur, y comenzó la guerra de dioses y hombres. Torak utilizó el Orbe para partir la tierra y dejar entrar al mar, pero el Orbe le produjo quemaduras espantosas y el dios huyó entonces hacia Mallorca.

La tierra se enfureció por las heridas que le había causado Torak, y las criaturas que habían habitado en paz con la gente de Ulgo también enloquecieron y se alzaron contra el patrocinio de UL. Asolaron las ciudades y asesinaron a su gente, de modo que sólo unos pocos sobrevivieron.

Los que pudieron escapar huyeron a Prolgu, donde las criaturas no se atrevían a entrar por temor a la ira de UL. La gente lloraba y se lamentaba con desconsuelo; UL, preocupado, los guió a las cuevas sagradas que había debajo de Prolgu, donde se establecieron.

Pasado un tiempo, Belgarath el Hechicero condujo al rey de los alorns y a sus hijos hasta Mallorea para recuperar el Orbe. Cuando Torak salió a perseguirlo, la cólera del Orbe lo detuvo. Belgarath entregó el Orbe al primer rey de Riva y le dijo que el Oeste estaría a salvo siempre que uno de sus descendientes tuviera la piedra en su poder.

Entonces los alorns marcharon hacia el sur en busca de nuevas tierras y se desperdigaron. Los pueblos de otros dioses también estaban preocupados por la guerra de divinidades y de hombres y huyeron hacia otras tierras que bautizaron con nombres extraños. Pero el pueblo de UL se quedó en las cavernas de Prolgu y no se trató con ellos. UL los escondió y los protegió, de modo que el resto del mundo no conocía su existencia. Pasaron siglos sin que la gente de UL tuviera contacto con el mundo exterior, ni siquiera salieron cuando la tierra se estremeció con el asesinato del último rey rivano y de su familia.

Pero cuando Torak marchó sobre el Oeste al frente de un ejército poderoso y pasó por las tierras del pueblo de UL, el espíritu del dios habló con el Gorim. El Gorim preparó a su gente en secreto durante la noche, sorprendió al ejército de Torak mientras los soldados dormían y causó enormes estragos en las filas enemigas. De este modo debilitó las tuerzas de Torak y provocó su caída ante los ejércitos del Oeste en un lugar llamado Vo Mimbre.

Luego el Gorim se marchó para reunirse con los vencedores y volvió con la noticia de que Torak había sido herido de gravedad. A pesar de que el discípulo del malvado dios había robado y escondido su cadáver, se decía que el dios dormiría un sueño similar a la muerte hasta que un descendiente rivano se sentara en el trono de Riva, lo cual era imposible, pues se sabía que no quedaban descendientes de aquel linaje.

La visita del Gorim al mundo exterior había causado conmoción, pero no pareció provocar ningún daño. Los hijos de UL prosperaban bajo el cuidado de su dios y la vida seguía igual que antes. El pueblo advirtió que el Gorim pasaba menos tiempo dedicado al estudio de El libro de Ulgo y más en escarbar antiguas profecías; pero era de esperar alguna excentricidad de alguien que había salido de las cavernas para penetrar en el mundo de otros pueblos.

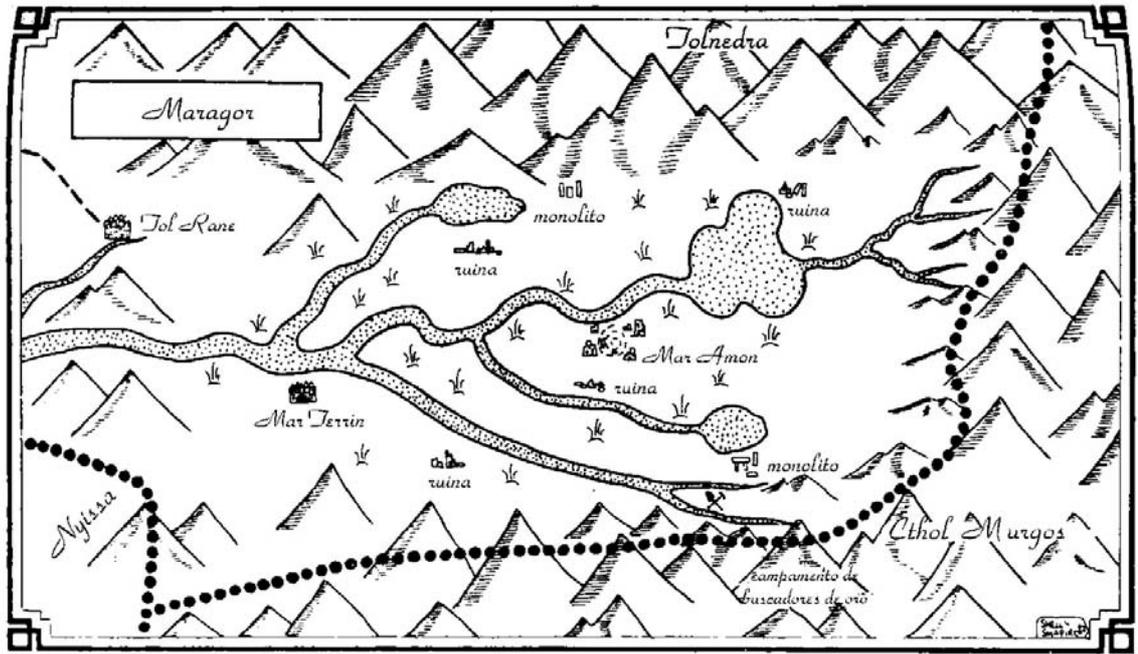
Más tarde, un viejo desconocido apareció en la puerta de las cavernas y pidió hablar con el Gorim. Era tal el poder de su voz que el Gorim fue convocado. Entonces, por primera vez desde que la gente buscara refugio en las cavernas, se le concedió la entrada a un extraño. El Gorim llevó al forastero a sus habitaciones y estuvo reunido con él durante vanos días. Después de aquella vez, aquel extraño hombre de barba gris y ropas andrajosas aparecía de vez en cuando y el Gorim lo recibía con alegría.

En una ocasión, un niño comentó que había visto a un enorme lobo gris con el Gorim, y a pesar de que el niño se negó a retractarse, lo más probable es que sólo se tratara de una alucinación provocada por una enfermedad.

La gente se acostumbró a las rarezas de su Gorim y acabó aceptándolas. Pasaron los años y siguieron dando gracias a su dios, conscientes de que eran el pueblo elegido del gran UL.

PRIMERA PARTE

Maragor



Su alteza imperial, la princesa Ce'Nedra, joya de la casa de los Borune y la más encantadora flor del imperio de Tolnedra, estaba sentada con las piernas cruzadas sobre un baúl, en la cabina de roble debajo de la popa del barco del capitán Gredlik. Con aire pensativo, masticaba un mechón de su cabello cobrizo mientras contemplaba cómo Polgara curaba el brazo de Belgarath el Hechicero. La princesa vestía la típica túnica corta de las dríadas, de color verde claro, y tenía una mancha de ceniza en una de sus mejillas. Desde la cubierta llegaba el sonido acompasado del tambor que marcaba el ritmo de los remos de los marineros de Gredlik. Conducían el barco río arriba, lejos de la ciudad de Sthiss Tor, que estaba cubierta de ceniza.

La princesa estaba convencida de que su situación era espantosa. Lo que había comenzado como un movimiento más en el eterno juego de autoridad y rebelión que desde que tenía uso de razón había practicado con su padre, el emperador, de repente se había convertido en un asunto muy serio. La noche de su huida del Palacio Imperial de Tol Honeth con el maestro Jeebers, unas cuantas semanas antes, no había imaginado que las cosas llegarían tan lejos. Jeebers la había abandonado poco después —de cualquier modo, sólo le había sido útil por un breve período—, y ahora se hallaba rodeada de un grupo de gente sombría y extraña que venía del norte y cuya misión no alcanzaba a comprender. En el bosque de las Dríadas, lady Polgara —la sola mención de su nombre le provocaba escalofríos— le había anunciado con bastante brusquedad que el juego se había acabado y que ni sus intentos de escapar, ni sus lisonjas o artimañas de persuasión alterarían el hecho de que ella, la princesa Ce'Nedra, se presentaría en el palacio de Riva el día de su decimosexto cumpleaños, aunque tuviera que llevarla encadenada. Ce'Nedra estaba convencida de que Polgara decía la verdad y por un momento pudo imaginar cómo la arrastraban, mientras sus cadenas chirriaban y resonaban con un sonido metálico, para conducirla a aquella sala lúgubre donde cientos de alorns barbudos se reírían de ella. Tenía que evitarlo de cualquier modo; así que los había acompañado, no por propia voluntad, pero tampoco rebelándose de forma manifiesta. El brillo acerado en los ojos de Polgara le sugería la imagen de cadenas chirrantes, y aquella visión hacía que la princesa fuera mucho más obediente de lo que su padre, con todo su poder imperial, había podido conseguir.

Ce'Nedra sólo tenía una vaga idea de lo que hacía la gente que la acompañaba. Parecían perseguir algo o a alguien cuyas huellas los había conducido hasta los pantanos llenos de serpientes de Nyissa. Daba la impresión de que los murgos también estaban implicados en el asunto, pues no cesaban de interponer temibles obstáculos en su camino: y la reina Salmissra también debía de tener interés, ya que había llegado a secuestrar a Garion.

Ce'Nedra interrumpió sus reflexiones para mirar al muchacho que estaba al otro lado de la cabina. ¿Para qué lo querría la reina de Nyissa? Era tan corriente... Un campesino, un pinche de cocina, un don nadie. La verdad es que era bastante guapo, con el cabello lacio de color arena casi siempre caído sobre la frente..., y ella se moría de ganas de echárselo hacia atrás. Tenía una cara agradable, dentro de su vulgaridad, y podía hablar con él cuando se sentía sola o asustada, o discutir cuando estaba de mal humor, pues sólo era un poco mayor que ella. Sin embargo, se negaba a tratarla con el debido respeto y hasta era probable que no supiera hacerlo. ¿Por qué, entonces, sentía ese desmedido interés por él? Meditó sobre ello mientras lo observaba con aire pensativo.

¡Lo hacía otra vez! Enfadada, desvió la vista de su rostro. ¿Por qué lo miraba tanto? Cada vez que se perdía en sus pensamientos, sus ojos buscaban la cara del chico de forma automática, a pesar de que no era tan atractivo como para merecerlo. Incluso se había sorprendido a sí misma inventando excusas para situarse en lugares desde donde podía vigilarlo. ¡Era estúpido!

Ce'Nedra mordisqueaba un mechón de su pelo y pensaba, volvía a mordisquear y sus ojos continuaban con su minucioso estudio de los rasgos de Garion.

— ¿Se pondrá bien? —rugió Barak, el conde de Trelheim, mesando con aire ausente su enorme barba rojiza mientras miraba a Polgara, que daba los últimos retoques al cabestrillo de Belgarath.

— Es una simple fractura —respondió ella, con tono de experta, mientras guardaba las vendas—, y este viejo tonto suele curarse rápido.

Belgarath levantó el brazo quebrado y dio un respingo.

—No tenías por qué ser tan brusca, Pol.

Su vieja túnica de color óxido tenía varias manchas de barro y una nueva rasgadura, fruto de su choque con un árbol.

— Tenía que fijarlo, padre. No te gustaría que quedara torcido, ¿verdad?

— Creo que has disfrutado haciéndolo —la acusó él.

— La próxima vez te la vendas tú mismo —sugirió ella con frialdad, mientras alisaba su vestido gris.

— Necesito un trago —dijo con un gruñido Belgarath al enfurruñado Barak.

El conde de Trelheim se dirigió a una puerta estrecha.

— ¿Puedes subir una jarra de cerveza para Belgarath? —le preguntó al marinero que estaba fuera.

— ¿Cómo está? —preguntó el marinero.

— De mal humor —respondió Barak —, y es probable que se ponga peor si no bebe algo pronto.

—Voy enseguida —dijo el marinero.

—Buena idea.

Éste era un motivo más de sorpresa para Ce'Nedra. Todos los nobles del grupo trataban a aquel hombre andrajoso con enorme respeto, y, sin embargo, no parecía tener un título. Ella podía distinguir con absoluta precisión la diferencia exacta entre un barón y un general de la Legión Imperial, entre un gran duque de Tolnedra y un príncipe de Arendia, entre el Guardián de Riva y el rey de los chereks; pero no tenía ni la menor idea de cómo catalogar a los hechiceros. La mentalidad materialista de los tolnedranos ni siquiera podía admitir la existencia de hechiceros. Era indudable que lady Polgara, que tenía títulos de la mitad de los reinos del Oeste, era la mujer más respetada del mundo; sin embargo, Belgarath era un vagabundo, un pelagatos y, a menudo, un verdadero estorbo. Y Garion, recordó Ce'Nedra, era su nieto.

— Creo que es hora de que nos cuentes lo que sucedió, padre —le decía Polgara a su paciente.

— Preferiría no hablar de eso —respondió él con brusquedad.

Polgara se volvió hacia el príncipe Kheldar, el extraño y pequeño noble drasniano de rostro afilado y humor sarcástico, que estaba repantigado en una silla, con expresión insolente.

—¿Y bien, Seda? —preguntó ella.

—Estoy seguro de que comprenderás mi situación, viejo amigo —se disculpó el príncipe ante Belgarath, con un exagerado gesto de pesar—. Si intento guardar el secreto, ella se las ingeniará para forzarme a hablar, supongo que de un modo desagradable. — Belgarath lo miró con una expresión acusadora y dejó escapar un gruñido de disgusto —. No es que yo quiera decírselo, ya sabes. —Belgarath miró hacia otro lado —. Sabía que lo comprenderías.

—¡Cuéntalo, Seda! —insistió Barak con impaciencia.

— En realidad, es una historia muy simple —dijo Kheldar.

— Pero tú te encargarás de complicarla, ¿verdad?

— Limitate a contarnos lo que ocurrió —le recomendó Polgara.

— No hay mucho que contar —comenzó el drasniano tras incorporarse en su asiento —.

Hace unas tres semanas, las huellas de Zedar nos condujeron a Nyissa. Allí tuvimos algunos enfrentamientos con los guardas de la frontera, pero ninguno demasiado serio. Sin embargo, nada más cruzar la frontera, el rastro del Orbe señalaba hacia el este, y eso fue toda una sorpresa. Zedar venía hacia Nyissa con tal resolución que todos pensamos que había llegado a algún tipo de acuerdo con Salmisra. Tal vez eso era lo que pretendía hacernos creer, pues él es muy listo y Salmisra tiene fama de meterse en lo que no le incumbe.

—Yo ya me encargué de eso —dijo Polgara, con un tono algo lúgubre.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Belgarath.

—Ya te lo explicaré más tarde, padre. Continúa, Seda.

—No hay mucho más que contar —dijo Seda y se encogió de hombros —. Seguimos el rastro de Zedar hasta una de esas ciudades en ruinas cerca de la antigua frontera marag, donde Belgarath recibió una visita, o al menos eso dijo, porque yo no vi a nadie. La cuestión es que me dijo que había ocurrido algo que cambiaría nuestros planes y que tendríamos que dar media vuelta y venir río abajo hasta Sthiss Tor a reunirnos con vosotros. No tuvo tiempo de explicarme nada más, porque de repente la jungla se llenó de murgos que nos buscaban o a nosotros o a Zedar, nunca sabremos a quién. Desde entonces hemos estado esquivando murgos y nyissanos; hemos viajado por la noche, ocultándonos, cosas por el estilo. Enviamos a un mensajero, ¿ha conseguido llegar?

—Anteayer —contestó Polgara —, pero tenía fiebre y nos ha llevado bastante tiempo descifrar el mensaje.

Kheldar asintió.

—Además, con los murgos había grolims que intentaban encontrarnos con sus mentes. Para evitarlo, Belgarath hizo algo que, fuera lo que fuese, ha debido de exigirle mucha concentración, pues no prestaba demasiada atención a su camino. Esta mañana temprano, mientras ayudábamos a los caballos a cruzar un pantano, Belgarath caminaba dando tumbos, con la mente en otra parte, y le cayó un árbol encima.

—Debí imaginarlo —dijo Polgara —. ¿Lo tiró alguien?

—No lo creo —respondió Seda —. Podría haber sido una vieja trampa, pero lo dudo, pues el tronco estaba podrido en el centro. Intenté advertirle, pero él se metió justo debajo.

—Ya vale —dijo Belgarath.

—Intenté avisarte.

—No lo adornes, Seda.

—No quiero que los demás piensen que no te he advertido —protestó Seda.

Polgara meneó la cabeza y habló con un tono de profunda decepción.

— ¡Padre!

— Déjalo ya, Polgara —dijo Belgarath.

—Lo saqué de debajo del árbol y lo asistí lo mejor que pude. Luego robé ese pequeño bote y partimos río abajo, íbamos muy bien hasta que empezó a caer este polvillo.

—¿Qué hicisteis con los caballos? —preguntó Hettar.

A Ce'Nedra le daba un poco de miedo aquel noble algario, alto y silencioso, con la cabeza rapada, su ropa de cuero negra y la coleta negra que pendía de lo alto de su cráneo. No sonreía nunca, y con la sola mención de la palabra "murgo", su cara de halcón cobraba una expresión dura como una piedra. Lo único que le daba un rasgo de humanidad era su exagerada preocupación por los caballos.

—Están bien —le aseguró Seda—, los he dejado atados en un sitio donde los nyissanos no podrán encontrarlos. Allí estarán a salvo hasta que vayamos a recogerlos.

—Cuando subiste a bordo has dicho que Ctuchik era quién tenía el Orbe —le dijo Polgara a Belgarath —, ¿cómo lo ha conseguido?

—Beltira no ha entrado en detalles —dijo el viejo, encogiéndose de hombros—. Sólo me ha dicho que Ctuchik estaba esperando a Zedar en la frontera de Cthol Murgos. Zedar logró escapar, pero ha dejado el Orbe.

—¿Has hablado con Beltira?

—Con la mente —respondió Belgarath.

—¿Te ha dicho por qué el Maestro quiere que vayamos al valle?

—No, y lo más probable es que ni siquiera se le haya ocurrido preguntar. Ya conoces a Beltira.

—Llevará meses, padre —dijo Polgara con un gesto de preocupación—. Hay mil doscientos kilómetros hasta el valle.

—Aldur quiere que vayamos allí —respondió él —, y no voy a empezar a desobedecerle ahora, después de tantos años.

—Y mientras tanto Ctuchik tiene el Orbe en Rak Cthol.

—No le servirá de nada, Pol. Ni siquiera Torak ha podido conseguir que el Orbe se sometiera a sus deseos y lo ha intentado durante más de mil años. Conozco bien Rak Cthol y Ctuchik no podrá ocultar el Orbe de mí; así que estará allí con él cuando decida quitárselo. Yo sé cómo tratar con ese mago.

Pronunció la palabra "mago" con un tono de profundo desprecio.

—¿Y qué va a hacer Zedar mientras tanto?

—Zedar tiene sus propios problemas. Beltira dice que ha sacado a Torak del lugar donde lo tenía escondido, así que podemos confiar en que mantendrá el cadáver lo más lejos posible de Rak Cthol. Hasta cierto punto, las cosas están saliendo muy bien; ya me estaba cansando de perseguir a Zedar.

A Ce'Nedra todo ese asunto le resultaba muy confuso. ¿Por qué estaban tan pendientes de los movimientos de aquel par de hechiceros angaraks y de esa misteriosa joya que todos parecían codiciar? A ella cualquier joya le daba lo mismo; su infancia había estado rodeada de tal opulencia que hacía tiempo que había dejado de conceder valor a los ornamentos. En aquel momento, su único adorno consistía en un par de pequeños pendientes de oro con forma de bellotas, y si les tenía tanto aprecio, no era porque fueran de oro, sino por el sonido que producían los ingeniosos y diminutos cascabeles que había en su interior cuando ella movía la cabeza.

Este asunto le traía a la memoria uno de los mitos alorn que, muchos años antes, le había contado un narrador de historias en la corte de su padre. Recordó que se trataba de una piedra mágica que había sido robada por Torak, dios de los angaraks, y recuperada por un hechicero y unos reyes alorns que la habían colocado en la empuñadura de una espada, en la sala del trono de Riva. Se suponía que protegería al Oeste del terrible desastre que tendría lugar si la piedra se llegaba a perder. Era curioso, pero el hechicero de la leyenda se llamaba Belgarath, igual que el viejo que tenía ante sí.

Pero de ser el mismo, tendría que tener miles de años, y eso era ridículo. Le debían de haber puesto el nombre de aquel héroe mítico o tal vez usara ese nombre para impresionar a la gente.

Una vez más, sus ojos se pasearon por la cara de Garion. El joven estaba en silencio, sentado en un rincón de la cabina, con los ojos fijos y la expresión seria. Ce'Nedra pensó que tal vez fuera esa seriedad lo que despertaba su curiosidad y hacía que no pudiera quitarle la vista de encima. Los demás chicos que había conocido —nobles o hijos de nobles— habían intentado ser seductores e ingeniosos, pero Garion nunca bromeaba ni hacía comentarios agudos para

congraciarse con ella. No estaba segura de cómo debía tornarlo. ¿Era tan tonto que no sabía cómo comportarse? O tal vez lo sabía, pero no tenía interés en esforzarse. Al menos podría intentarlo, aunque sólo fuera de vez en cuando. ¿Cómo podía entenderse con él, si rechazaba de plano la idea de hacer el tonto para complacerla?

De repente Ce'Nedra recordó que estaba enfadada con Garion. Él había dicho que la reina Salmisra era la mujer más hermosa que había conocido, y aún era demasiado pronto para perdonarlo por un comentario tan ultrajante. Ya se ocuparía de hacerlo sufrir mucho por ese insulto en particular. La princesa jugueteaba distraída con un mechón de pelo que caía a un lado de su cara, mientras taladraba la cara de Garion con la mirada.

A la mañana siguiente la lluvia de cenizas, producida por la poderosa erupción de un volcán en algún lugar de Cthol Murgos, había disminuido lo bastante como para que pudieran volver a subir a cubierta. En la costa, la jungla todavía seguía cubierta por una niebla de polvo, pero el aire estaba lo suficientemente limpio como para que pudieran respirar. Ce'Nedra se sintió aliviada al poder salir de aquella sofocante cabina.

Garion estaba en el rincón de la proa donde acostumbraba sentarse, absorto en una conversación con Belgarath. Ce'Nedra notó, con cierta displicencia, que aquella mañana el joven había olvidado peinarse, y tuvo que refrenar sus impulsos de ir a buscar un peine y un cepillo para arreglar la situación. En su lugar, buscó con estudiado disimulo un sitio junto a la barandilla desde donde escuchar la conversación sin que nadie se diera cuenta.

— Siempre ha estado ahí —le decía Garion a su abuelo — . Solía hablarme, avisarme cuando me comportaba de forma estúpida o infantil y cosas por el estilo. Parecía que estaba en un rincón de mi mente, absolutamente sola.

Belgarath asintió con la cabeza mientras se mesaba la barba con la mano sana.

—La voz de tu mente parece tener vida propia —observó — . ¿Alguna vez ha hecho algo? Me refiero a algo más que hablar.

La expresión de Gañón se volvió pensativa.

—No lo creo. Me indica cómo hacer las cosas, pero creo que soy yo el que debe hacerlas. Me parece que cuando estábamos en el palacio de Salmisra me sacó del cuerpo para ir a buscar a tía Pol. — Frunció el entrecejo — . No —se corrigió—, pensándolo bien, creo que me dijo cómo hacerlo, pero yo lo hice solo. Cuando estábamos fuera, yo podía percibir su presencia a mi lado; fue la primera vez que nos separamos. Sin embargo, no podía verla. En realidad, durante unos minutos sí se hizo cargo de la situación y habló con Salmisra para arreglar las cosas y ocultar lo que habíamos estado haciendo.

—Has estado muy ocupado desde que Seda y yo nos fuimos, ¿verdad?

Garion asintió con un gesto de tristeza.

—Fue horrible, quemé a Asharak, ¿lo sabías?

—Tu tía me lo contó.

—El la abofeteó —dijo Garion — , y yo iba a atacarlo con mi cuchillo, pero la voz me dijo que lo hiciera de otro modo. Lo toqué con la mano y dije "quémate", sólo eso, y él ardió en llamas. Estaba a punto de apagarlo, cuando tía Pol me dijo que él había matado a mis padres, entonces hice que ardiera todavía más. Me rogó que apagara el fuego, pero no lo hice —concluyó tembloroso.

— Intenté advertírtelo —le recordó Belgarath con dulzura — . Te dije que no te sentirías muy bien cuando todo acabara.

— Debí haberte escuchado —suspiró Garion — . Tía Pol dice que una vez que usas este... —vaciló, como si buscara una palabra adecuada.

— ¿Poder? —sugirió Belgarath.

— De acuerdo —asintió Garion—. Dice que una vez que lo usas no olvidas cómo hacerlo y vuelves a utilizarlo una y otra vez. Ojalá hubiera usado mi cuchillo, así no habría liberado ese poder.

—Te equivocas, ¿sabes? —dijo Belgarath con serenidad—; hace meses que estaba a punto de estallar. Por lo que sé, lo has usado sin saberlo al menos una docena de veces. —Garion lo miró con incredulidad—. ¿Recuerdas aquel monje loco que nos encontramos en Tolnedra? Cuando lo tocaste, hiciste tanto ruido que por un momento creí que lo habías matado.

—Dijiste que lo había hecho tía Pol.

—Mentí —admitió el viejo como si tal cosa—, suelo hacerlo con bastante frecuencia. La cuestión es que siempre has tenido este talento y tarde o temprano tenía que salir a la luz. Yo en tu lugar no me sentiría muy mal por lo que pasó con Chamdar; fue un método algo exótico, no exactamente lo que yo hubiera hecho; pero en el fondo, bastante justo.

—Entonces, ¿siempre estará allí?

—Siempre. Me temo que así es como funciona.

La princesa Ce'Nedra se sintió bastante complacida por aquellas palabras, pues Belgarath acababa de confirmar lo que ella le había dicho a Garion. Si el chico fuera menos obstinado, su tía, su abuelo y por supuesto ella misma —que conocían bien qué era lo mejor y lo más apropiado para él— podrían moldear su vida a su gusto sin mayores dificultades.

—Volvamos a esa voz que hay en tu interior —sugirió Belgarath—. Quiero saber más con respecto a ella. No me gustaría que tuvieras un enemigo dentro de tu propia mente.

—No es un enemigo —insistió Garion—. Está de nuestra parte.

—Da esa impresión —observó Belgarath—, pero las cosas no siempre son lo que parecen. Me sentiría mucho más tranquilo si pudiera saber con exactitud de qué se trata. No me gustan las sorpresas.

La princesa Ce'Nedra, por otra parte, estaba absorta en sus pensamientos. De una forma imprecisa, en el fondo de su mente tortuosa y compleja, comenzaba a cobrar forma una idea llena de interesantes posibilidades.

El viaje por los rápidos del río de la Serpiente les llevó casi una semana. A pesar de que todavía hacía un calor sofocante se habían acostumbrado bastante al clima. La princesa Ce'Nedra pasaba mucho tiempo sentada en cubierta con Polgara e ignoraba deliberadamente a Garion. Sin embargo, a menudo miraba en su dirección para ver si podía detectar alguna señal de sufrimiento.

Como su vida entera estaba en manos de aquella gente, Ce'Nedra sentía la imperiosa necesidad de ganar su simpatía. Con Belgarath no tendría problemas; unas pocas sonrisas graciosas de niña pequeña, unas cuantas caídas de ojos y uno o dos besos que parecieran espontáneos lo harían caer en sus redes. Podía poner en marcha este plan en cualquier momento, cuando resultara mas conveniente. Sin embargo, con Polgara era muy diferente. Para empezar, a Ce'Nedra le impresionaba su espectacular belleza, pues Polgara era perfecta. Incluso el mechón blanco en su pelo azabache no parecía un defecto, sino que le daba cierto realce, algo así como un sello personal. Pero lo más desconcertante para la princesa eran sus ojos, que variaban del gris al azul según su humor y eran capaces de atravesar cualquier cosa. Era imposible el disimulo ante aquella mirada calma y firme. Cada vez que la princesa la miraba a los ojos, creía oír el sonido metálico de las cadenas. Era imprescindible que se ganara a Polgara.

—¿Lady Polgara? —dijo la princesa una mañana.

Estaban sentadas juntas en la cubierta, mientras la sofocante jungla verde grisácea se deslizaba a ambas orillas del río y los sudorosos marineros remaban con esfuerzo. Polgara levantó la vista del botón que cosía en una de las túnicas de Garion.

—¿Sí, cariño?—Tenía puesto un vestido azul claro y le había abierto el cuello por el calor—. ¿Sí, querida?

—¿Qué es la hechicería? A mí me han enseñado que esas cosas no existen.

Parecía una buena forma de entablar conversación.

—La educación tolnedrana es un poco parcial —sonrió Polgara.

—¿Es una especie de truco? —insistió Ce'Nedra—. Quiero decir, ¿es como enseñarle a la gente una cosa con una mano mientras coges algo con la otra? —preguntó mientras jugueteaba con las tiras de sus sandalias.

—No, cariño. No es nada parecido.

—¿Hasta dónde puedes llegar con ese sistema?

—Nunca hemos buscado los límites —respondió Polgara, todavía ocupada con la costura—. Cuando es necesario hacer algo, lo hacemos. No nos detenemos a preguntarnos si es posible o no. Sin embargo, cada uno tiene talento para algo específico; es algo equiparable al hecho de que algunos hombres sean más buenos en trabajos de carpintería, mientras que otros se especializan en albañilería.

—Garion es un hechicero, ¿no es cierto? ¿Qué es capaz de hacer?

¿Por qué diablos habría preguntado *eso*?

—Me preguntaba adonde querías llegar —dijo Polgara y dirigió una mirada penetrante a la menuda princesa. Ce'Nedra se sonrojó un poco—. No te mordisquees el pelo, cariño, te estropearás las puntas. —Ce'Nedra se quitó con presteza el mechón de pelo de la boca—.

Todavía no sabemos a ciencia cierta lo que Garion es capaz de hacer —continuó Polgara—, tal vez sea demasiado pronto para asegurarlo. Da la impresión de que tiene talento; no hay duda de que mete suficiente alboroto cuando hace cualquier cosa y ésa es una buena señal de su poder potencial.

—Entonces es probable que sea un hechicero muy poderoso.

—Puede ser —respondió Polgara con una ligera sonrisa—, eso siempre y cuando aprenda a controlarse.

—Bien —declaró Ce'Nedra—, entonces tendremos que enseñarle a hacerlo, ¿verdad?

Polgara la miró un instante y luego rompió a reír. Ce'Nedra se sintió un poco estúpida, pero luego también rió. Garion, que estaba cerca de ellí, se volvió a mirarla.

—¿Qué es lo que os hace tanta gracia? —preguntó.

—Tú no lo comprenderías —respondió Polgara.

Garion se alejó ofendido, con la espalda tensa y la cara seria. Ce'Nedra y Polgara se echaron a reír otra vez.

Cuando el barco del capitán Gredlik llegó a un punto donde las rocas y la turbulencia de la corriente no permitían avanzar, lo amarraron a un árbol enorme en la orilla norte y el grupo se preparó para desembarcar. Barak, sudoroso en su cota de malla, estaba de pie junto a su amigo Gredlik, y ambos miraban cómo Hettar supervisaba la descarga de los caballos.

—Si llegas a ver a mi esposa, dale recuerdos míos —dijo el hombretón de la barba roja.

—Es probable que pase cerca de Trelheim el invierno que viene —asintió Gredlik.

—No creo que debas decirle que estoy enterado de que está embarazada, pues sin duda querrá darme la sorpresa cuando vuelva a casa y no es mi intención estropearlo todo.

—Pensé que te encantaba estropearle las cosas —dijo Gredlik, un tanto sorprendido.

—Tal vez sea hora de que Merel y yo hagamos las paces. Esta pequeña guerra nuestra resultaba divertida cuando éramos más jóvenes, pero ahora sería conveniente acabar con ella; aunque sólo sea por el bien de los niños.

Belgarath subió a cubierta y se unió a los dos barbudos chereks.

—Ve a Val Alorn —le dijo al capitán Gredlik—, dile a Anheg dónde estamos y lo que estamos haciendo, para que avise a los demás. Diles que les prohíbo terminantemente que entren en guerra con los angaraks, pues Ctuchik tiene el Orbe en Rak Cthol, y, si se entabla una contienda, Taur Urgas cerraría las fronteras de Cthol Murgos. Las cosas ya se van a poner bastante difíciles por sí solas, para que además tengamos que sortear ese obstáculo.

—Se lo diré —respondió Gredlik con expresión dubitativa—, pero no creo que la idea le guste mucho.

—No tiene por qué gustarle —dijo Belgarath con brusquedad—, sólo debe limitarse a obedecer.

Ce'Nedra, que estaba cerca de allí, se quedó atónita al ver cómo ese viejo andrajoso daba órdenes tan drásticas. ¿Cómo se atrevía a hablarles así a los soberanos? ¿Tendría algún día Garion la misma autoridad por su condición de hechicero? Se volvió y miró de reojo al joven, que ayudaba a Durnik, el herrero, a calmar a un caballo que se había puesto nervioso. No parecía una persona con autoridad. Ce'Nedra frunció los labios; necesitaría ropa especial, tal vez algún libro de magia en las manos e incluso un poco de barba. Entrecerró los ojos para imaginarlo con la ropa adecuada, el libro y la barba.

Garion notó que lo estaba mirando y se volvió con una expresión inquisitiva. ¡Era tan vulgar!. La imagen de aquel chico ordinario y humilde no concordaba en absoluto con el atuendo elegante que ella acababa de imaginar, de modo que no pudo evitar reírse. Garion se sonrojó y le volvió la espalda con un gesto hostil. Los rápidos del río de la Serpiente les impedían navegar río arriba y el sendero que conducía a las montañas era bastante amplio, lo que indicaba que casi todos los viajeros seguían su viaje por tierra a partir de ese mismo punto. Cabalgaron por el valle

bajo la luz de la mañana y pronto dejaron atrás la enmarañada jungla que bordeaba el río para salir a un bosque de maderas duras que a Ce'Nedra le gustaba mucho más. Al llegar a la cima de la primera colina, la brisa acabó con el calor sofocante y el hedor de los inmundos pantanos de Nyissa. De repente Ce'Nedra se sintió mucho más animada. Pensó en buscar la compañía del príncipe Kheldar, pero éste estaba medio dormido en su silla y, por otra parte, a la princesa le daba un poco de miedo aquel drasniano de nariz puntiaguda. Hacía tiempo que había descubierto que ese hombrecillo cínico y sabio podía leer en ella como en un libro abierto, y esa idea no le gustaba nada. Por fin se dirigió hacia el barón Mandorallen, que, como de costumbre, iba al frente del grupo. En cierto modo, se adelantaba porque tenía prisa por alejarse de los vahos del río; pero había algo más. De pronto se le ocurrió que sería una excelente oportunidad para interrogar al noble arendiano sobre un asunto que le preocupaba.

—Alteza —dijo con respeto el caballero cuando ella aproximó su caballo al enorme corcel de guerra que montaba él—, ¿consideráis prudente ponerlos al frente del grupo?

—¿Quién sería tan estúpido de atacar al caballero más valiente del mundo? —preguntó con estudiada inocencia. El barón suspiró y su expresión se volvió melancólica —. ¿Por qué suspiráis así, señor caballero? —se burló ella.

—No tiene importancia, alteza —contestó él.

Cabalgaron en silencio a través de la sombra moteada donde los insectos zumbaban y volaban rápidamente y pequeñas criaturas se escondían dando brincos y se arrastraban entre los arbustos a un lado del camino.

—Dime —dijo por fin la princesa—, ¿conoces a Belgarath desde hace mucho tiempo?

—De toda la vida, alteza.

—¿Es muy respetado en Arendia?

—¿Si es respetado? ¡El sagrado Belgarath es el hombre más importante del mundo! Sin duda ya lo sabíais, princesa.

— Soy tolnedrana, barón Mandorallen —señaló ella—, y no estamos muy acostumbrados a los hechiceros. ¿Los arendianos creen que Belgarath es un hombre de noble cuna?

—Alteza —rió Mandorallen —, la cuna del sagrado Belgarath está tan perdida en los albores de los tiempos que vuestra pregunta no tiene mucho sentido.

Ce'Nedra frunció el entrecejo. No le gustaba mucho que se rieran de ella.

— ¿Es o no es un noble? —insistió.

— Es Belgarath —respondió Mandorallen, como si eso lo explicara todo —. Hay cientos de barones, multitud de condes e innumerables lores; pero sólo hay un Belgarath. Todos los hombres retroceden ante él.

—¿Y lady Polgara? —se apresuró a preguntar ella.

Mandorallen parpadeó y Ce'Nedra se dio cuenta de que iba demasiado rápido para él.

—La señora Polgara es la mujer más respetada del mundo — contestó con expresión de perplejidad —. Alteza, si conociera el objeto de vuestras preguntas, tal vez podría daros respuestas más satisfactorias.

—Mi querido barón —rió ella —, no es nada serio ni importante, sólo curiosidad y una forma de pasar el tiempo mientras cabalgamos.

Justo en ese momento, Durnik, el herrero, se acercó al trote. Las pisadas de su alazán resonaban sobre la tierra apisonada del sendero.

—¿Ocurre algo malo? —preguntó Ce'Nedra.

—No. Polgara vio un arbusto no muy lejos del camino y quiere sacarle algunas hojas, pues parece que tienen propiedades curativas. Dice que es muy raro y que sólo crece en esta parte de Nyissa. —La cara vulgar y honesta del herrero tenía una expresión respetuosa, como siempre que hablaba de Polgara. Ce'Nedra tenía ciertas sospechas sobre los sentimientos de Durnik, pero las guardaba para sí—. ¡Ah! —continuó él —, dijo que los previniera sobre este arbusto, pues

podría haber otros por aquí. Es de unos treinta centímetros de altura y tiene brillantes hojas verdes y flores pequeñas de color púrpura. Es muy venenoso, incluso al tacto.

—No nos apartaremos del camino, señor —le aseguró Mandorallen—, y permaneceremos aquí hasta que Polgara nos dé permiso para seguir.

Ce'Nedra y Mandorallen condujeron sus caballos bajo la sombra de un árbol frondoso y esperaron allí.

— ¿Qué piensan los arendianos de Garion? —preguntó ella de repente.

— Garion es un buen chico —contestó Mandorallen un poco confundido.

— Pero de ningún modo noble —insinuó.

—Alteza —dijo Mandorallen con delicadeza—. Mucho me temo que vuestra educación os hace ver las cosas de un modo equivocado. Garion es de la familia de Belgarath y Polgara, y a pesar de que no tiene un título como el vuestro o el mío, su sangre es la más noble del mundo. Yo lo trataría como a un superior, si él lo quisiera, cosa que no hace porque es un chico modesto. Durante nuestra visita a la corte del rey Korodullin, en Vo Mimbres, una joven condesa lo persiguió con vehemencia, convencida de que casándose con él ganaría prestigio y una mejor posición social.

—¿De verdad? —preguntó Ce'Nedra con un deje de disgusto.

—Buscaba casarse y lo atrapó con flagrantes coqueteos y tierna conversación.

—¿Una condesa hermosa?

—Una de las más bellas del reino.

—Ya veo. — La voz de Ce'Nedra era fría como el hielo.

—¿Os he ofendido, alteza?

—No tiene importancia. —Mandorallen volvió a suspirar — . Y ahora ¿qué pasa? —lo increpó ella.

—Me doy cuenta de que tengo muchos defectos.

—Pensé que eras el hombre perfecto.

De inmediato se arrepintió de haberlo dicho.

—No, alteza. No podéis imaginaros lo imperfecto que soy.

—Tal vez te falte algo de diplomacia, pero ése no es un gran defecto en un arendiano.

—La cobardía sí lo es, alteza.

Ella rió de aquella idea.

—¿Cobardía? ¿Tú?

—He encontrado ese defecto en mí mismo —confesó él.

—No seas ridículo —lo rió ella — , si tienes algún defecto, sin duda es todo lo contrario.

—Sé que es difícil de creer —respondió él — , pero os aseguro con gran vergüenza que he sentido las garras del miedo en mi corazón.

Ce'Nedra se quedó atónita ante la penosa confesión del caballero, e intentaba encontrar una respuesta apropiada cuando oyó un ruido estrepitoso unos pasos más allá. Su caballo, asustado, giró y dio un salto brusco. La princesa apenas alcanzó a divisar una criatura descomunal, rojiza y con su enorme boca abierta que se abalanzaba sobre ella. Desesperada, intentó asirse a la montura con una mano y controlar su aterrorizado caballo con la otra; pero el animal, víctima del pánico, pasó por debajo de una rama y tiró a la princesa de su asiento, arrojándola sin miramientos en medio del camino. Ce'Nedra rodó hasta quedar en cuatro patas y luego permaneció inmóvil frente a la bestia que había salido con tanta torpeza de su escondite.

Enseguida se dio cuenta de que el león no era demasiado viejo, y reparó en que a pesar de que su cuerpo ya tenía tamaño de adulto, su melena aún no había crecido del todo. Sin duda era un animal joven y con poca práctica en la caza. Rugió de frustración al ver cómo el caballo desaparecía del camino, y agitó la cola con furia. Por un instante a la princesa le causó gracia:

¡era tan joven y ridículo! Pero pronto la gracia se trocó en furia contra aquella bestia joven y torpe que la había humillado tirándola del caballo. Se puso en pie, se sacudió las rodillas y lo miró enfadada.

—¡Fuera! —le dijo, ahuyentándolo con la mano.

Después de todo ella era una princesa y él un simple león joven y estúpido. Los ojos amarillentos de la bestia se posaron en ella y se entrecerraron de forma casi imperceptible mientras la cola se quedaba súbitamente inmóvil. Entonces el león la miró con espantosa intensidad, y se encogió, tocando el suelo con el vientre. Su labio superior se levantó y dejó al descubierto unos dientes largos y blancos. Luego comenzó a avanzar con lentitud hacia ella, apoyando con cuidado sus enormes patas.

— ¡No te atrevas! —le dijo la princesa, indignada.

— Quedaos muy quieta, alteza —le advirtió Mandorallen en voz baja y tétrica.

Por el rabillo del ojo, Ce'Nedra vio cómo el caballero se bajaba de su silla y el león, molesto, posaba los ojos en él.

Con cuidado, paso a paso, Mandorallen recorrió la distancia que lo separaba del animal, hasta colocar su cuerpo cubierto por la armadura entre el león y la princesa. La bestia lo miró con desconfianza, pero no se dio cuenta de lo que pretendía hasta que fue demasiado tarde. Entonces, despojado de otro plato de comida más, los ojos del felino se llenaron de furia. Mandorallen sacó la espada con mucho cuidado y, ante la sorpresa de Ce'Nedra, se la pasó a ella.

—Para que podáis defenderos si yo no logro vencerlo —explicó el caballero.

Vacilante, Ce'Nedra cogió la enorme empuñadura con ambas manos, aunque cuando Mandorallen soltó el extremo de la hoja, la punta se hundió de inmediato en la tierra. Por más que lo intentara, Ce'Nedra nunca podría levantar aquella enorme espada.

El león se encogió aún más, gruñendo; su cola se agitó con furia un momento y luego quedó rígida e inmóvil.

—¡Mandorallen, ten cuidado! —gritó Ce'Nedra mientras seguía intentando levantar la espada.

El león saltó. Mandorallen abrió sus brazos cubiertos de metal y dio un paso al frente para resistir el ataque del felino. Se encontraron con un enorme estruendo, Mandorallen cerró los brazos alrededor del cuerpo de la bestia, ésta pasó sus patas por encima de los hombros del caballero y sus garras produjeron un chirrido ensordecedor al arañar la armadura metálica, mientras sus dientes rechinaban al morder el casco. Mandorallen lo estrechó en un abrazo brutal.

Ce'Nedra salió del camino, arrastrando la espada tras ella, y contempló con los ojos muy abiertos la terrible batalla.

Los zarpazos del león se volvieron más desesperados y brutales, y en la armadura del caballero aparecieron profundos surcos, pero los brazos del mimbrano seguían apretando implacables. Los gruñidos se convirtieron en rugidos de dolor y el león ya no peleaba para matarlo, sino para escapar. Se retorció, se movía con violencia e intentaba morderlo. Sus patas traseras se elevaron para arañar con furia el tronco cubierto de acero de Mandorallen y sus aullidos se hicieron más agudos, más llenos de pánico.

Con un esfuerzo sobrehumano, Mandorallen juntó sus brazos. Ce'Nedra oyó con impresionante claridad el ruido de huesos rotos, mientras un gran chorro de sangre manaba de la boca del felino. El cuerpo del joven animal tembló y su cabeza cayó hacia un lado, entonces Mandorallen abrió los brazos y la bestia muerta se desplomó como un fardo a sus pies.

La princesa contempló atónita a aquel hombre admirable manchado de sangre y con la armadura llena de arañazos. Acababa de presenciar lo imposible: Mandorallen había matado a un león sin más arma que sus poderosos brazos, ¡y todo por ella! Sin saber bien por qué, se sintió muy dichosa.

—¡Mandorallen! —exclamó — , ¡eres mi caballero!

Todavía jadeando por el esfuerzo, Mandorallen levantó la visera de su yelmo y dejó al descubierto sus ojos azules y muy abiertos, como si las palabras de la princesa le hubieran causado una gran impresión.

—Alteza —dijo con voz ahogada mientras se arrodillaba ante ella—, os prometo aquí, ante el cuerpo de esta bestia, ser vuestro auténtico y fiel caballero hasta el final de mis días.

En el fondo de su corazón, Ce'Nedra tuvo una extraña sensación, como si dos objetos destinados a estar juntos desde el principio de los tiempos por fin se unieran. No sabía a ciencia cierta qué había ocurrido en aquel claro salpicado por el sol, pero estaba segura de que era muy importante.

Entonces llegó el corpulento e imponente Barak, cabalgando con Hettar a su lado y los demás no mucho más atrás.

—¿Qué pasó? —preguntó el enorme cherek mientras se bajaba del caballo.

Ce'Nedra espero a que llegaran todos para contar la historia.

—Ese león me atacó —dijo como si se tratara de algo que ocurría todos los días—, y Mandorallen lo mató con las manos vacías.

—En realidad, tenía esto puesto —le recordó el caballero, que aún seguía de rodillas, mostrándole los guantes metálicos de la armadura.

—Fue el acto de valentía más grande que he visto en mi vida —continuó Ce'Nedra.

—¿Y por qué estás de rodillas? —le preguntó Barak a Mandorallen—. ¿Estás herido?

—Acabo de convertir a Mandorallen en mi caballero particular—declaró Ce'Nedra —, y él se arrodilló para recibir el honor como corresponde. —La princesa vio de reojo cómo Garion bajaba de su caballo con el entrecejo fruncido, como si estuviera a punto de estallar. Ce'Nedra, rebotante de alegría, se inclinó y depositó un beso filial en la frente de Mandorallen—. Levántate, caballero —le ordenó, y Mandorallen se incorporó haciendo chirriar su armadura.

Ce'Nedra estaba muy orgullosa de sí misma.

El resto del día transcurrió sin incidentes; cruzaron una cadena de colinas bajas y cuando el sol se ponía despacio tras un grupo de nubes al oeste llegaron a un pequeño valle, regado por un riachuelo burbujeante y fresco, donde pararon a pasar la noche. Mandorallen se comportaba con una cortesía digna de su flamante papel de caballero-protector, y Ce'Nedra aceptaba sus atenciones con condescendencia, mientras dirigía furtivas miradas hacia Garion para asegurarse de que reparaba en todo.

Un poco más tarde, cuando Mandorallen había ido a ver su caballo y Garion, malhumorado, había salido a dar un paseo, la princesa se sentó tranquilamente sobre un tronco cubierto de musgo y se felicitó por los acontecimientos del día.

—Estás practicando un juego cruel, princesa —le dijo Durnik con brusquedad mientras encendía el fuego unos pasos más allá.

Ce'Nedra se quedó atónita, no recordaba que Durnik se hubiera dirigido directamente a ella desde que se uniera al grupo. Era evidente que el herrero se encontraba incómodo en la presencia de la realeza y, de hecho, intentaba eludirla. Ahora, sin embargo, la miraba a los ojos y le hablaba con tono reprobador.

—No sé de qué hablas —declaró ella.

—Creo que sí lo sabes. —La cara vulgar y honesta de Durnik estaba seria y su mirada seguía firme en ella. Ce'Nedra bajó la vista y se ruborizó un poco —. He visto a las chicas del pueblo usar las mismas artimañas —continuó —, y nunca terminan bien.

—No es mi intención herir a nadie, Durnik. No hay nada entre Mandorallen y yo, ambos lo sabemos.

—Pero Garion no.

—¿Garion? —preguntó Ce'Nedra, azorada.

—¿No se trata de eso?

—¡Por supuesto que no! —contestó ella indignada. La expresión de Durnik, sin embargo, era muy escéptica—. Nunca se me hubiera ocurrido una cosa así —se apresuró a decir—, ¡es absurdo!

—¿De veras?

Las defensas de Ce'Nedra se desmoronaron.

—¡Es tan terco! —protestó—. No hace nada como debiera.

—Es un chico franco. Sea lo que sea, y se convierta en lo que se convierta, nunca dejará de ser el chico sencillo de la hacienda de Faldor. No conoce las reglas de las clases altas y nunca te mentirá para halagarte ni dirá cosas que en realidad no sienta. Creo que está a punto de ocurrirle algo importante, aunque no sé qué, pero estoy seguro de que necesitará toda su fuerza y su valor para enfrentarse a ello. No lo debilites con estos juegos pueriles.

—¡Oh, Durnik! —dijo ella con un gran suspiro—. ¿Qué voy a hacer?

—Sé franca y di sólo lo que sientas de corazón. No digas una cosa si piensas otra; con él no funciona.

—Ya lo sé, y eso es lo que lo hace tan difícil. Él fue educado de un modo y yo de otro. ¡Nunca nos entenderemos! —volvió a suspirar.

—No es tan grave, princesa —dijo Durnik con una sonrisa tierna y algo extraña—. Al principio os pelearéis mucho, pues tú eres casi tan obstinada como él, ya lo sabes. Habéis nacido en distintos lugares del mundo, pero en el fondo no sois tan distintos. Os gritaréis el uno al otro y os amenazaréis, pero con el tiempo todo eso pasará y ni siquiera recordaréis por qué os peleabais. Algunos de los mejores matrimonios que conozco empezaron así.

—¿Matrimonios?

—Eso es lo que planeas, ¿verdad?

Ella lo miró con incredulidad y luego rió.

—Querido, querido Durnik —dijo—, no entiendes nada, ¿verdad?

—Entiendo lo que veo —respondió él—. Y lo que veo es una jovencita que hace todo lo posible para atrapar a un chico.

—Eso sería imposible, ¿sabes? —suspiró Ce'Nedra—, incluso si a mí me interesara, que no es el caso.

—Claro que no —dijo él con tono sarcástico.

—Querido Durnik —repitió ella—, yo ni siquiera podría permitirme esos pensamientos. Olvidas quién soy.

—Eso es imposible —dijo él—, pues te cuidas mucho de recordárnoslo a cada momento.

—¿No sabes lo que eso significa?

—No entiendo adonde quieres llegar —dijo él con expresión de perplejidad.

—Soy la princesa imperial, la joya del Imperio, y como tal *pertenezco* al Imperio. No tengo ni voz ni voto en el asunto de mi matrimonio. Esa decisión la tomará mi padre junto con el consejo de asesores. Mi marido será rico y poderoso, tal vez mucho mayor que yo, y el matrimonio deberá ser conveniente para el Imperio y la casa de los Borune. Lo más probable es que ni siquiera me consulten sobre el tema.

—¡Pero es indignante! —objetó Durnik atónito.

—En realidad, no lo es —respondió ella—. Mi familia tiene derecho a proteger sus intereses, y yo soy un bien preciado para los Borune. —Volvió a suspirar; esta vez fue un suspiro pequeño y acongojado—. Sin embargo, ¡debe de ser bonito!, me refiero a poder elegir por una misma. Si pudiera hacerlo, tal vez incluso llegara a mirar a Garion del modo en que tú crees que lo hago, ¡aunque sea un chico imposible! Pero tal como están las cosas, sólo podría ser mi amigo.

—No lo sabía —se disculpó Durnik con una expresión melancólica en su cara vulgar y pragmática.

—No te lo tomes tan en serio, Durnik —dijo ella con calma — . Yo siempre he sabido que las cosas serían así.

Sin embargo, una gran lágrima brillante resbaló desde el rabillo de uno de sus ojos, y Durnik, incómodo, apoyó su mano curtida de trabajador en el brazo de la princesa, para consolarla. Sin saber por qué, ella le pasó los brazos por el cuello, escondió la cara en su pecho y rompió a llorar.

— Bueno, bueno —dijo él mientras palmeaba con torpeza los hombros temblorosos de la joven—. Ya, ya...

Aquella noche Garion no pudo dormir. Era joven e inexperto, pero no estúpido, y la princesa Ce'Nedra había sido bastante clara. Durante aquellos meses de convivencia, él la había visto cambiar de actitud varias veces, y habían llegado a compartir una amistad bastante íntima. A él le gustaba ella y a ella le gustaba él. Hasta entonces todo había ido bien, ¿por qué no dejaba las cosas así? Garion sospechaba que tal vez tuviera algo que ver con las características propias de la mente femenina. Tan pronto como una amistad llegaba a cierto punto, o alcanzaba un oscuro y secreto límite, las mujeres siempre sentían automáticamente la imperiosa necesidad de complicar las cosas.

Estaba casi seguro de que su obvio juegucillo con Mandorallen estaba dirigido a él y se preguntó si no sería conveniente prevenir al caballero para ahorrarle una futura decepción. Los juegos de Ce'Nedra con el afecto de aquel gran hombre reflejaban la insensible crueldad de aquella niña mimada. Debía advertírselo a Mandorallen, pues era probable que la estupidez del arendiano no le permitiera reconocer lo evidente.

Sin embargo, Mandorallen había matado el león por ella y una valentía tan descomunal podría haber abrumado con facilidad a la pequeña y veleidosa princesa. ¿Y si la admiración y la gratitud la hubieran llevado a enamorarse? Aquella idea, que surgió de repente en la mente de Garion en la oscuridad previa al amanecer, borró de un plumazo cualquier perspectiva de seguir durmiendo; y a la mañana el joven se levantó malhumorado, con los ojos irritados y una visible expresión de desasosiego.

Mientras cabalgaban a través de las sombras azuladas de la madrugada, con los rayos oblicuos del sol recién nacido brillando sobre las copas de los árboles, Garion se acercó a su abuelo, en busca del consuelo de su compañía. Sin embargo, había otra razón. Ce'Nedra cabalgaba tranquilamente delante junto a tía Pol, y Garion sentía la irresistible necesidad de vigilarla.

El señor Lobo cabalgaba en silencio, nervioso y con cara de enfadado. A menudo se metía los dedos bajo el vendaje de su brazo izquierdo.

— Déjalo en paz, padre —le dijo tía Pol sin volverse.

— Me pica.

— Es porque está cicatrizando, no lo toques.

El señor Lobo refunfuñó entre dientes.

— ¿Qué ruta piensas seguir para ir al valle? —preguntó ella.

— Iremos por Tol Rane —respondió él.

— El clima está cambiando, padre —le recordó ella — . Si nos demoramos mucho, nos encontraremos con mal tiempo al llegar a las montañas.

— Ya lo sé, Pol. ¿Preferirías cortar camino por Maragor?

— No seas absurdo.

— ¿Es cierto que Maragor es tan peligroso? —preguntó Garion.

La princesa Ce'Nedra se giró y le dirigió una mirada fulminante.

— ¿Acaso no sabes *nada*? —le preguntó con tono de superioridad.

Garion se irguió en su silla y una docena de respuestas le acudieron a la vez a su mente.

El señor Lobo meneó la cabeza en un gesto de advertencia.

—Déjalo pasar —dijo el viejo—, es demasiado temprano para empezar con esto.

Garion apretó los dientes. Siguieron cabalgando durante más de una hora bajo el frío de la mañana y el joven sintió que su humor mejoraba poco a poco. Entonces Hettar se acercó a hablar con el señor Lobo.

—Vienen unos jinetes —avisó.

—¿Cuántos? —se apresuró a preguntar Lobo.

—Una docena o más. Vienen del oeste.

—Podrían ser tolnedranos.

—Veamos —murmuró tía Pol. Luego alzó la cabeza y cerró los ojos un instante —. No — dijo —, no son tolnedranos, sino murgos.

Los ojos de Hettar perdieron el brillo.

—¿Pelemos? —preguntó con una especie de temible ansiedad mientras se llevaba la mano al sable.

—No —respondió Lobo brevemente —, nos esconderemos.

—En realidad, no son tantos.

—No importa, Hettar —dijo Lobo—. Seda —llamó—, vienen unos murgos desde el oeste. Avisa a los demás y encuentra un lugar donde escondernos.

Seda asintió con un breve gesto de cabeza y galopó hacia delante.

—¿Hay algún grolim con ellos? —le preguntó el viejo a tía Pol.

—No lo creo —respondió ella con el entrecejo fruncido —. Uno de ellos tiene una mente extraña, pero no parece un grolim.

Seda volvió cabalgando a toda prisa.

— Hay un matorral a la derecha —les dijo —, es lo bastante grande para escondernos.

— Entonces vamos hacia allí —dijo Lobo.

El matorral estaba a unos cincuenta metros entre unos árboles más grandes. Era una zona de tupido follaje que rodeaba una pequeña depresión del terreno. En el interior el suelo estaba fangoso y en el centro manaba un manantial.

Seda se había bajado del caballo y estaba cortando un grueso arbusto con su espada corta.

—Escondeos aquí —les dijo —. Yo volveré atrás para borrar nuestras huellas.

Cogió el arbusto y salió a rastras del matorral.

—Asegúrate de que los caballos no hagan ruido —le dijo Lobo a Hettar.

Hettar asintió, aunque sus ojos reflejaban su decepción.

Garion se puso de rodillas y se arrastró a través de los tupidos arbustos hasta llegar al límite del matorral, entonces se hundió en las hojas que cubrían el suelo para espiar entre los troncos gruesos y nudosos.

Seda caminaba hacia atrás y barría con el arbusto las hojas y ramitas que había sobre las huellas que conducían al matorral. Se movía con rapidez, pero tenía sumo cuidado en borrar por completo todo rastro del grupo.

Garion oyó un ruido seco y el crujir de las hojas tras él. Ce'Nedra se acercó a gatas y se acomodó a su lado.

—No deberías estar tan cerca del borde del matorral —dijo él en voz baja.

—Tú tampoco —replicó ella.

Lo dejó pasar. La princesa tenía un aroma cálido y floral que por alguna razón lo ponía nervioso.

—¿A qué distancia crees que están? —murmuró ella.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Eres un hechicero, ¿verdad?

—No soy tan bueno.

Seda terminó de borrar las huellas y se detuvo un momento a examinar el suelo, por si hubiera dejado alguna señal. Luego entró al matorral y se agazapó unos metros más allá de Garion y Ce'Nedra.

—Hettar quería pelear con ellos —murmuró Ce'Nedra.

—Hettar siempre quiere pelear cuando se trata de murgos.

—¿Por qué?

—Los murgos mataron a sus padres cuando era pequeño y él estaba presente.

—¡Qué horrible! —exclamó ella.

—Chicos, si no os importa, estoy intentando oír a los caballos — dijo Seda con tono sarcástico.

Desde algún lugar del camino que acababan de dejar, llegaba el ruido sordo de los cascos acercándose al trote. Garion se hundió entre las hojas y se quedó mirando, casi sin respirar.

Por fin aparecieron los murgos. Eran unos quince, con cotas de malla y las mejillas llenas de cicatrices características de su raza. El jefe, sin embargo, era un hombre vestido con una túnica andrajosa y sucia; tenía el pelo grueso y negro, estaba sin afeitado y uno de sus ojos miraba hacia el lado contrario que el compañero. Garion lo conocía.

Seda dejó escapar un profundo suspiro y un débil silbido.

—Brill —murmuró.

—¿Quién es Brill? —le preguntó Ce'Nedra a Garion.

—Ya te lo explicaré más tarde —murmuró él — . ¡Chit!

—No me chistes.

Una mirada severa de Seda los hizo callar.

Brill hablaba a los murgos con animación, gesticulando con movimientos breves y bruscos. Luego levantó las manos con los dedos abiertos y las agitó delante de sí para dar énfasis a lo que decía. Los murgos, que estaban alineados en el camino frente al bosque y el matorral donde se escondían Garion y los demás, asintieron con sus caras imperturbables.

—Mantened los ojos abiertos —les gritó Brill — . Ahora vamos.

Los murgos comenzaron a avanzar al paso, examinando atentos la zona. Dos de ellos pasaron tan cerca del matorral, que Garion pudo oler el sudor de los flancos de sus caballos.

—Me estoy cansando de ese hombre —uno de ellos le comentó al otro.

—Yo en tu lugar lo disimularía —le aconsejó el segundo.

—Soy capaz de obedecer órdenes de cualquier otro —dijo el primero —, pero ese tipo empieza a irritarme. Creo que tendría mejor aspecto con un cuchillo en la espalda.

—No creo que eso le gustara mucho, y hacerlo podría resultar difícil.

—Podría esperar a que se durmiera.

—Nunca lo he visto dormir.

—Tarde o temprano, todo el mundo duerme.

—Es asunto tuyo —dijo el segundo hombre encogiéndose de hombros—, pero yo no intentaría ningún movimiento violento, a no ser que hayas abandonado la esperanza de volver a ver Rak Haggá.

Los dos hombres se alejaron y ya no pudieron oírlos.

Seda estaba acurrucado y se mordía una uña con nerviosismo. Sus ojos estaban casi entrecerrados y su pequeña y afilada cara tenía una expresión concentrada. Luego empezó a maldecir entre dientes.

—¿Qué pasa, Seda? —murmuró Ganon.

—He cometido un error —respondió Seda con rabia — . Volvamos con los demás. Se giró y anduvo a gatas entre los arbustos hacia el manantial que brotaba en el centro del matorral.

El señor Lobo estaba sentado sobre un tronco, rascándose el brazo entablillado con aire ausente.

—¿Y bien? —preguntó, levantando la vista.

—Quince murgos —resumió Seda— y un viejo amigo.

—Era Brill —informó Garion —, parecía estar al mando.

—¿Brill? —El viejo, sorprendido, abrió mucho los ojos.

—Daba las órdenes y los murgos lo seguían —dijo Seda —. No les gustaba mucho, pero hacían lo que él decía. Daba la impresión de que le tenían miedo. Creo que Brill es algo más que un simple mercenario.

—¿Dónde está Rak Hagga? —preguntó Ce'Nedra.

Lobo la miró con expresión inquisitiva.

—Escuchamos hablar a dos de ellos —explicó la princesa —, y dijeron que eran de Rak Hagga. Creí que conocía todos los nombres de las ciudades de Cthol Murgos, pero nunca había oído hablar de ésa.

—¿Estás segura de que dijeron Rak Hagga? —le preguntó

Lobo con una mirada de asombro.

—Yo también los oí —dijo Garion— y ése fue el nombre que usaron: Rak Hagga.

El señor Lobo se incorporó y de repente su cara se volvió sombría.

—Entonces tendremos que darnos prisa. Taur Urgas se prepara para la guerra.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Barak.

—Rak Hagga está a casi cinco mil kilómetros al sur de Rak Goska, y los murgos del sur nunca van allí a no ser que el rey murgo esté a punto de entrar en guerra con alguien.

—Deja que vengan —dijo Barak con una sonrisa fría.

—Si no os importa, antes desearía acabar con nuestro asunto. Tengo que ir a Rak Cthol y preteriría no tener que sortear ejércitos enteros de murgos para llegar allí. —El viejo agitó la cabeza, enfadado —. ¿En qué demonios piensa Taur Urgas? —exclamó —, ¡Todavía no es la hora!

Barak se encogió de hombros.

—Es una ocasión tan buena como cualquier otra.

—Para esta guerra no. Primero deben ocurrir muchas cosas. ¿Es que Ctuchik no puede mantener a raya a ese maníaco?

—Lo imprevisible es parte del peculiar encanto de Taur Urgas — observó Seda con sarcasmo —; él mismo no sabe qué es lo que va a hacer al día siguiente.

—¿Conocéis al rey de los murgos? —preguntó Mandorallen.

—Nos conocimos —respondió Seda—, aunque no nos tenemos demasiado aprecio.

—Brill y sus murgos ya deben de haberse ido, así que sigamos; tenemos un largo camino por delante y nos queda poco tiempo —dijo el señor Lobo y se dirigió deprisa hacia su caballo.

Poco después de la puesta de sol cruzaron un paso alto encima de un desfiladero entre dos montañas y se detuvieron a pasar la noche en una pequeña hoyita al otro lado.

—Mantén el fuego lo más bajo posible —le advirtió el señor Lobo al herrero —. Los murgos del sur tienen una vista buenísima y pueden ver la luz de un fuego desde muy lejos. Preferiría no tener compañía en medio de la noche.

Durnik asintió con seriedad y cavó el hoyo para el fuego más profundo que de costumbre.

Mientras se preparaban para pasar la noche, Mandorallen se mostraba solícito con la princesa Ce'Nedra y Garion los miraba con amargura. A pesar de que se había opuesto con todas sus fuerzas a ser el asistente personal de la princesa cada vez que tía Pol se lo había sugerido, ahora que la menuda jovencita tenía a alguien que la sirviera, Garion sentía que le habían usurpado el puesto.

—Tendremos que apurar el paso —les dijo Lobo una vez acabada la comida de tocino, pan y queso—. Tenemos que atravesar las montañas antes de que empiecen las tormentas y debemos adelantarnos a Brill y a sus murgos. —Limpió un espacio en el suelo con el pie, cogió una rama y comenzó a dibujar un mapa en la tierra—. Estamos aquí —señaló—. Maragor está justo enfrente de nosotros. Iremos en línea curva por el oeste, pasaremos por Tol Rane y luego nos dirigiremos al nordeste hacia el valle.

—¿No sería más corto si cruzáramos Maragor? —sugirió Mandorallen señalando el rudimentario mapa.

—Tal vez —contestó el viejo—, pero no lo haremos a no ser que nos veamos obligados. Maragor está encantado y no es conveniente pasar por allí.

—No somos niños para asustarnos de sombras insustanciales —declaró Mandorallen con cierta brusquedad.

—Nadie duda de tu valor, Mandorallen —dijo tía Pol—, pero el espíritu de Mara guarda luto en Maragor y es mejor no ofenderlo.

—¿A qué distancia está del valle de Aldur? —preguntó Durnik.

—A mil doscientos kilómetros —respondió Lobo—. Estaremos un mes o más en las montañas, incluso en las mejores condiciones. Y ahora será mejor que descansemos, mañana tendremos un día duro.

A la mañana siguiente, cuando se levantaron con los primeros rayos de luz asomándose al este del horizonte, había un poco de escarcha plateada en el suelo y una fina capa de hielo en los bordes del manantial, al fondo de la hoya.

Ce'Nedra, que había ido a lavarse la cara al manantial, cogió un fino cristal de hielo del agua y lo miró con atención.

—Hace aún mucho más frío en lo alto de las montañas —le dijo Garion mientras se abrochaba el cinturón de la espada.

—Ya lo sé —respondió ella con presunción.

—Olvídalo —dijo él con brusquedad y se marchó refunfuñando.

Descendieron de las montañas bajo el brillante sol de la mañana, cabalgando a paso uniforme. Al bordear un afloramiento de rocas, divisaron la amplia depresión de terreno que una vez había sido Maragor, el distrito de los maragos, que se extendía a sus pies. Las praderas tenían el color verde sucio del otoño y los riachuelos y lagos brillaban bajo la luz del sol. Unas ruinas desmoronadas, que parecían diminutas a la distancia, resplandecían al otro lado de la llanura.

Garion notó que la princesa Ce'Nedra desviaba los ojos y ni siquiera se atrevía a mirar las ruinas.

No muy lejos de la pendiente por la que bajaban, un grupo de toscas cabañas y tiendas ladeadas se alzaba sobre un profundo barranco donde un riachuelo espumoso se abría camino entre las rocas y la grava. Callejas y pasajes sucios e irregulares iban de un extremo a otro del barranco y una docena de hombres andrajosos, provistos de picos y azadones, cavaban con expresión de desaliento a la orilla del riachuelo, junto al destartado campamento, dando al agua el color marrón amarillento del lodo.

—¿Una aldea? —preguntó Durnik—. ¿Aquí?

—No es exactamente una aldea —respondió Lobo—. Los hombres de esos campamentos tamizan la grava y cavan en las orillas de los ríos en busca de oro.

—¿Aquí hay oro? —preguntó Seda con los ojos brillantes.

—Un poco —dijo Lobo—, aunque no lo suficiente para que pierdan el tiempo buscándolo.

—Entonces, ¿por qué se molestan?

—Quién sabe... —Lobo se encogió de hombros.

Mandorallen y Barak tomaron la delantera y avanzaron por el camino rocoso en dirección al campamento. Al verlos acercarse, dos hombres salieron de sus cabañas con espadas oxidadas en las manos. Uno de ellos era delgado, estaba sin afeitarse, tenía la frente ancha y llevaba una grasienta casaca tolnedrana. El otro, mucho más alto y corpulento, estaba vestido con la andrajosa túnica de un siervo arendiano.

—Ya os habéis acercado lo suficiente —gritó el tolnedrano—. No permitimos que hombres armados lleguen hasta aquí sin saber primero qué es lo que quieren.

—Me estás cortando el camino, amigo —le advirtió Barak—, y eso puede resultar peligroso.

—Un grito mío y aparecerán cincuenta hombres armados — amenazó el tolnedrano.

—No seas idiota, Reldo — dijo el arendiano corpulento —. El de la armadura es un caballero mimbrano, y no hay suficientes hombres en la montaña para detenerlo si decide venir hasta aquí. —Miró a Mandorallen con recelo—. ¿Qué pretendéis, caballero? —le preguntó con respeto.

—Sólo seguimos el camino —contestó Mandorallen—. No tenemos ningún interés en vuestra comunidad.

—Eso es suficiente para mí —gruñó el arendiano—. Déjalo pasar, Reldo —agregó y guardó su espada bajo el cinturón de cuerda.

—¿Y si miente? —replicó Reído—. ¿Y si han venido a robarnos el oro?

—¿Qué oro, estúpido? —exclamó el arendiano con desprecio—. No hay suficiente oro en todo el campo para llenar un dedal, y, además, los caballeros mimbranos no mienten. Si quieres pelear con él, hazlo; cuando acabe contigo recogeremos tus pedazos y los enterraremos por ahí en un agujero.

—Eres un bocazas, Berig —dijo Reldo con hostilidad.

—¿Y qué piensas hacer al respecto?

El tolnedrano contempló al hombre corpulento y luego dio media vuelta, maldiciendo entre dientes.

Berig lanzó una brutal carcajada y luego se volvió hacia Mandorallen.

—Adelante, caballero —invitó—. Reldo es un fanfarrón, no debéis preocuparos por él.

Mandorallen avanzó a paso lento.

—Estáis muy lejos de casa, amigo.

—En Arendia no había nada que me retuviera, y tuve un malentendido con mi amo sobre un cerdo. Cuando empezó a hablar de colgarme, pensé que me convendría probar suerte en otro país.

—Una decisión muy sensata —rió Barak.

Berig le guiñó un ojo.

—El camino bordea el arroyo —les dijo— y luego cruza al otro lado detrás de esas chozas. Los hombres que hay allí son nadraks, pero el único que puede ocasionaros algún problema es Tarlek. Aunque anoche se emborrachó, así que es probable que aún esté durmiendo la mona.

Un hombre de mirada ausente vestido con ropas sendarias salió precipitadamente de una de las tiendas, alzó la cara y se puso a aullar como un perro. Berig cogió una piedra y se la arrojó, el sendario la sorteó y corrió a ocultarse detrás de una cabana, dando gritos.

—Uno de estos días le haré un favor y le clavaré un cuchillo —dijo Berig con amargura—, se pasa las noches aullando a la luna.

—¿Qué le pasa? —preguntó Barak.

—Está loco. Pensó que podía ir de una escapada a Maragor y recoger oro antes de que los fantasmas lo cogieran; pero se equivocó.

—¿Qué le hicieron? —preguntó Durnik con los ojos muy abiertos.

—Nadie lo sabe —respondió Berig—. De vez en cuando alguien se emborracha o enloquece de codicia y se siente capaz de hacerlo. Pero de cualquier modo no serviría de nada, porque incluso si los fantasmas no los cogieran, los demás hombres les robarían todo lo que trajeran. Nadie consigue conservar el oro que encuentra, así que ¿para qué preocuparse?

—Formáis una sociedad encantadora —observó Seda con sarcasmo.

—A mí me gusta —rió Berig—. Es mejor que adornar un árbol en la quinta de manzanos de mi amo en Arendia. —Se rascó distraídamente un sobaco—. Será mejor que cave un poco —suspirió—. Buena suerte —agregó y se dirigió a una de las tiendas.

—Sigamos —dijo Lobo en voz baja—. Los sitios como éste suelen llenarse de camorristas cuando llega la noche.

—Pareces saber mucho del tema, padre —observó tía Pol.

—Son lugares ideales para esconderse —respondió él —, pues nadie hace preguntas, y yo he tenido que esconderme una o dos veces en mi vida.

—Me pregunto por qué.

Atravesaron las calles polvorientas entre las chozas apiñadas y las tiendas llenas de parches, en dirección al arroyo turbio.

—¡Alto! —gritó alguien atrás.

Un drasniano de aspecto desalmado corría tras ellos agitando una pequeña bolsa de cuero. Por fin los alcanzó ladeante.

—¿Por qué no esperasteis? —preguntó.

—¿Qué quieres? —dijo Seda.

—Te doy cincuenta monedas de buen oro a cambio de la chica — jadeó el drasniano mientras agitaba otra vez su bolsa.

La cara de Mandorallen cobró una expresión siniestra y su mano asió la empuñadura de la espada.

—¿Por qué no me dejas ocuparme de esto, Mandorallen? —sugirió Seda con calma mientras se bajaba lentamente del caballo.

La cara de Ce'Nedra primero había reflejado sorpresa y luego furia. Parecía estar a punto de explotar cuando Garion la alcanzó y apoyó una mano sobre su brazo.

—Tranquila —le dijo con ternura.

—¿Cómo te atreves...?

—Calla y límitate a mirar, Seda se ocupará de todo.

—Esa es una oferta miserable — dijo Seda, mientras sus dedos se movían con destreza.

—Todavía es joven —señaló el otro drasniano— y es evidente que aún no está entrenada. ¿Quién es su dueño?

—Ya llegaremos a eso dentro de un momento —respondió Seda—. Sin duda, podrás hacernos una oferta mejor.

— Es todo lo que tengo —dijo apenado el zarrapastroso mientras movía los dedos— y no quiero asociarme con ninguno de los bandidos de este lugar o nunca llegaré a ver los beneficios.

— Lo siento —dijo Seda meneando la cabeza—. Es imposible, estoy seguro de que entenderás nuestra posición.

Ce'Nedra dejaba escapar sonidos ahogados.

—Cállate la boca —la riñó Garion —, esto no es lo que parece.

—¿Y qué hay de la más vieja? —sugirió el andrajoso con tono desesperado.

El puño de Seda golpeó de forma inesperada la cara del drasniano, éste reculó y se llevó una mano a la boca, maldiciendo.

—Échalo de aquí, Mandorallen —dijo Seda con tono despreocupado.

El caballero de cara sombría sacó su pesada espada y acercó despacio su caballo al drasniano, que seguía maldiciendo. Tras un breve grito de asombro, el hombre se volvió y huyó de allí.

—¿Qué dijo? —le preguntó Lobo a Seda—. Estabas frente a él y no pude ver.

—La zona está repleta de murgos —respondió Seda mientras volvía a subir al caballo—. Kheran dice que la última semana han pasado por aquí una docena de patrullas.

—¿Conocías a ese animal? —preguntó Ce'Nedra.

—¿Kheran? Por supuesto, fuimos juntos al colegio.

—A los drasnianos les gusta mantenerse informados, princesa —le dijo Lobo—, y el rey Rhodar tiene agentes por todas partes.

—¿Ese hombre horrible es un agente del rey Rhodar? —preguntó Ce'Nedra, incrédula.

—De hecho, Kheran es un margrave —asintió Seda— y, en circunstancias normales, sus modales son exquisitos. Me pidió que te presentara sus disculpas.

Ce'Nedra estaba perpleja.

—Los drasnianos se hablan entre sí con los dedos —explicó Garion—. Creí que todo el mundo lo sabía. —Ce'Nedra lo miró con los ojos entrecerrados—. Lo que en realidad dijo Kheran fue: "Dile a la moza del pelo rojo que le pido perdón por el insulto" —le informó Garion con presunción—. Necesitaba hablar con Seda y tuvo que inventarse una excusa.

—¿Moza?

—Lo dijo él, no yo.

—¿Tú conoces el lenguaje de signos?

—Por supuesto.

—Ya es suficiente, Garion —dijo tía Pol con firmeza.

—Kheran nos recomienda que salgamos de aquí de inmediato —le dijo Seda al señor Lobo—. Dice que los murgos buscan a alguien, tal vez a nosotros.

Desde el otro extremo del campamento llegó el sonido de voces furiosas. Varias docenas de nadraks salieron precipitadamente de sus chozas para enfrentarse a un grupo de murgos que acababan de subir del fondo del barranco. Al frente de los nadraks había un hombre enorme y gordo que parecía más animal que humano, con una impresionante maza de acero en la mano.

—¡Kordoch! —gritó—. ¡Te dije que si volvías te mataría!

El hombre que adelantó su caballo para enfrentarse al corpulento nadrak era Brill.

—Me dijiste muchas cosas —le respondió a los gritos.

—Esta vez tendrás lo que te mereces, Kordoch —rugió Tarlek mientras avanzaba hacia él y agitaba la maza.

—No te acerques —le advirtió Brill alejándose de los caballos—. Ahora no tengo tiempo para esto.

—Ya no te queda tiempo, Kordoch, para nada en absoluto.

Barak tenía una amplia sonrisa en los labios.

—¿Alguien quiere aprovechar la oportunidad de despedirse de nuestro amigo? —dijo—. Creo que está a punto de partir en un viaje muy largo.

Pero de repente Brill metió la mano derecha en su túnica y con un movimiento rápido extrajo un extraño objeto triangular de acero de unos quince centímetros de alto y lo arrojó directamente hacia Tarlek. El delgado triángulo de acero voló, giró y resplandeció bajo el sol hasta desaparecer con un ruido escalofriante a huesos rotos en el pecho del corpulento nadrak. Seda silbó asombrado.

Tarlek miró a Brill boquiabierto y con expresión estúpida se llevó la mano izquierda al agujero sangrante del pecho. Luego se le cayó la maza de la mano derecha, sus rodillas se doblaron y se desplomó con estrépito hacia delante.

—¡Vamonos de aquí! —gruñó el señor Lobo—. ¡Vamos, hacia el arroyo!

Se arrojaron hacia el rocoso lecho del arroyo a todo galope y las patas de los caballos los salpicaron con el agua cenagosa. Después de unos cuantos metros se encontraron de repente con un empinado banco de grava.

—¡Por allí! —gritó Barak y señaló un terreno más uniforme.

Garion no tuvo tiempo de pensarlo, sólo atinó a aferrarse al caballo y seguir a los demás. Desde atrás podía oír el vago sonido de unos gritos.

Cabalgaron detrás de una colina y se detuvieron a una señal de Lobo.

—Hettar —dijo el viejo—, mira a ver si nos siguen.

Hettar hizo girar su caballo y corrió a medio galope hacia un bosquecillo de árboles en lo alto de la colina.

Seda estaba pálido y no paraba de maldecir.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Barak, pero Seda siguió soltando tacos—. ¿Por qué está tan nervioso? —Esta vez se dirigió al señor Lobo.

—Nuestro amigo acaba de sufrir una gran conmoción —respondió el viejo—. Subestimó a alguien y la verdad es que yo también lo hice. El arma que usó Brill contra el corpulento nadrak se llama "aguijón de serpiente".

—A mí me pareció que era sólo un cuchillo de forma rara.

—Es algo más que eso —respondió Lobo —, Es tan afilado como una cuchilla en sus tres extremos y, por lo general, las puntas están envenenadas. Se trata del arma especial de los dagashi; por eso Seda está tan nervioso.

—He debido darme cuenta —se recriminó Seda—. Brill fue siempre demasiado eficiente para ser un simple bandido sendario.

—¿Sabes de qué hablan, Polgara? —preguntó Barak.

—Los dagashi son una sociedad secreta de Cthol Murgos —respondió ella—, asesinos entrenados, criminales. Sólo reciben órdenes de Ctuchik o de sus mayores. Ctuchik los ha usado durante años para eliminar a la gente que se ponía en su camino. Son muy eficientes.

—Nunca me he interesado mucho en los detalles de la cultura de los murgos —respondió Barak—. Si quieren ir por ahí matándose unos a otros, tanto mejor. —Echó un rápido vistazo hacia la colina para ver si Hettar había descubierto algo—. Ese objeto que usó Brill será un juguete interesante, pero no puede competir con una armadura y una espada.

—No seas tan provinciano, Barak —dijo Seda, que empezaba ya a recuperar su compostura—. Un aguijón de serpiente bien lanzado puede cortar una cota de malla, y si sabes utilizarlo lo puedes dirigir a cualquier recoveco. Y por si esto fuera poco, un dagashi puede matarte sólo con sus manos y sus pies, lleves o no armadura. —Frunció el entrecejo—. ¿Sabes, Belgarath? —dijo con tono meditativo—, es probable que nos hayamos equivocado. Creímos que Asharak estaba usando a Brill, pero es probable que haya sido al revés. Brill debe de ser bueno, de lo contrario Ctuchik no lo hubiese enviado al oeste a vigilarnos.

—Entonces esbozó una breve y triste sonrisa—. Me pregunto hasta qué punto será bueno. —Flexionó los dedos—. He conocido a varios dagashi, pero nunca a uno de los mejores. Podría ser interesante.

—No nos vayamos por las ramas —le previno Lobo. La cara del viejo tenía una expresión sombría. Miró a tía Pol y ambos parecieron comunicarse en silencio—. No lo dirás en serio —dijo ella.

—Creo que no tenemos otra alternativa, Pol. Estamos rodeados de murgos, son demasiados y están demasiado cerca. No podemos movernos, nos tienen inmovilizados junto a la frontera sur de Maragor. Tarde o temprano, nos obligarán a cruzar la llanura; si la decisión corre por cuenta nuestra, al menos podremos tomar precauciones.

—No me gusta, padre —dijo contundente Polgara.

—A mí tampoco me gusta mucho —admitió él—. Pero tenemos que deshacernos de todos esos murgos o nunca llegaremos al valle antes del invierno.

Hettar bajó de la colina.

—Vienen hacia aquí —dijo con calma—, y otro grupo se aproxima desde el oeste para cortarnos el paso.

Lobo dejó escapar un profundo suspiro.

—Creo que eso lo decide por nosotros, Pol —dijo—. Vámonos.

Mientras pasaban entre la cadena de árboles que salpicaban las colinas al borde de la llanura, Garion miró hacia atrás. Media docena de nubes de polvo moteaban la superficie de la amplísima cuesta que se alzaba sobre ellos. Los murgos se aproximaban desde todas las montañas.

Galoparon entre los árboles y cruzaron precipitadamente un arroyo poco profundo. De repente, Barak, que cabalgaba al frente, levantó la mano.

—Vienen hombres por el frente —los previno.

—¿Murgos? —preguntó Hettar mientras se llevaba la mano al sable.

—No lo creo —respondió Barak—. El que yo vi tenía un aspecto similar a los hombres que vimos en el campamento.

Seda, con los ojos muy brillantes, se apresuró a llegar al frente.

—Tengo una idea —dijo—. Dejadme hablar con ellos. —Salió a todo galope rumbo a lo que parecía ser una emboscada—. ¡Camaradas! —gritó—. ¡Preparaos! ¡Se acercan y llevan el oro!

Varios hombres de porte desastrado salieron de entre los arbustos y de atrás de los árboles y rodearon al hombrecillo. Seda hablaba muy deprisa, gesticulaba, agitaba los brazos y señalaba hacia la cuesta que se alzaba detrás de ellos.

—¿Qué hace? —preguntó Barak.

—Supongo que se tratará de una artimaña —respondió Lobo.

Al principio, los hombres que rodeaban a Seda parecieron dudar, pero a medida que éste les hablaba con entusiasmo, sus expresiones comenzaron a cambiar. Por fin se volvió en la silla para mirar hacia atrás. Alzó el brazo y les hizo señas de que siguieran.

—¡Vamos! —gritó—. ¡Están con nosotros! —Giró su caballo para subir al barranco cubierto de grava.

—No os separéis —les advirtió Barak alzando los hombros bajo la cota de malla—. No sé muy bien qué es lo que pretende, pero a veces sus planes se desbaratan.

Pasaron con estrépito entre los siniestros bandidos y subieron el barranco tras Seda.

—¿Qué les has dicho? —gritó Barak mientras cabalgaban.

—Les he contado que quince murgos habían hecho un viajecito a Maragor y habían conseguido tres pesados sacos de oro —rió el hombrecillo—. Luego he añadido que, perseguidos por los hombres del campamento, intentaban escapar con el oro por aquí. Les he prometido que nosotros nos esconderíamos en el barranco siguiente si ellos se ocupaban de éste.

—Esos bribones se lanzarán sobre Brill y los murgos cuando éstos intenten pasar —dijo Barak.

—Ya lo sé —rió Seda—. Es terrible, ¿verdad?

Cabalgaron al galope, y, cuando habían hecho unos setecientos metros, el señor Lobo alzó el brazo para detenerlos.

—Ya es suficiente —les dijo—. Ahora escuchadme todos con atención. Estas colinas están llenas de murgos, así que tendremos que entrar a Maragor.

La princesa Ce'Nedra se quedó boquiabierta y su cara cobró una palidez cadavérica.

—No ocurrirá nada, cariño —la tranquilizó tía Pol.

Lobo tenía una expresión sena y lúgubre.

—Tan pronto como salgamos a la llanura, vais a empezar a escuchar ciertos ruidos —continuó—. No les prestéis atención y seguid cabalgando. Yo estaré al frente y quiero que me observéis con cuidado. En cuanto levante la mano, quiero que os detengáis y os bajéis de vuestros caballos en el acto. Mantened la vista fija en el suelo y no la levantéis, no importa lo que escuchéis. Allí hay cosas que no debéis ver. Polgara y yo vamos a conducirlos a un estado similar al sueño. No intentéis resistiros, relajaos y haced al pie de la letra lo que os digamos.

—¿Sueño? —protestó Mandorallen—. ¿Qué pasará si nos atacan? ¿Cómo podremos defendernos si estamos dormidos?

—Allí no hay ningún ser vivo que pueda atacaros, Mandorallen —le dijo Lobo—. Y no son vuestros cuerpos los que necesitan protección, sino vuestras mentes.

—¿Qué pasará con los caballos? —preguntó Hettar.

—Los caballos estarán bien. Ni siquiera verán a los fantasmas.

—No puedo hacerlo —declaró Ce'Nedra con un deje histérico en la voz—, no puedo entrar en Maragor.

—Claro que puedes —le dijo tía Pol con el mismo tono calmo y tranquilizador—. Quédate cerca de mí; yo no permitiré que te ocurra nada malo.

Garion sintió una súbita y profunda compasión por la jovencita asustada y acercó su caballo al de ella.

—Yo también estaré contigo —le dijo.

Ella lo miró con gratitud, pero su labio inferior todavía temblaba y su cara estaba muy pálida.

El señor Lobo hizo una profunda inspiración y contempló por última vez la enorme cuesta que se alzaba tras ellos.

—Muy bien —dijo—, vamos ya.

Hizo girar su caballo y comenzó a cabalgar a paso tranquilo hacia la boca del barranco, en dirección a la llanura que se extendía ante ellos.

Al principio el ruido parecía vago y muy distante, casi como el susurro del viento entre las ramas de los árboles o el suave murmullo del agua sobre las piedras. Pero más adelante, a medida que avanzaban sobre la llanura, se hizo más alto y más claro. Garion volvió la mirada una vez, como si anhelara las colinas que quedaban atrás. Luego acercó su caballo al de Ce'Nedra y fijó la vista en la espalda del señor Lobo, intentando hacer oídos sordos a lo que escuchaba.

Ahora el sonido era como un coro de llantos quejumbrosos, alternados por ocasionales aullidos, y, detrás de todo, como si cargara y sostuviera el peso de todos los demás ruidos, se oía un horroroso lamento; sin duda una sola voz, pero tan potente y envolvente que retumbaba en la cabeza de Garion y borraba todo rastro de pensamiento.

De repente el señor Lobo levantó la mano y Garion se apeó del caballo con la vista fija en el suelo, casi con desesperación. Algo brilló ante él, pero se negó a mirar.

Luego tía Pol les habló con voz calma y reconfortante.

—Quiero que forméis un círculo —les dijo— y que os cojáis de las manos. Nada podrá entrar en ese círculo, así que estaréis seguros.

Temblando sin poderlo evitar, Garion extendió las manos. Alguien cogió su mano izquierda, no supo quién, pero de inmediato reconoció la mano diminuta que se asía con tanta desesperación a su derecha; era la de Ce'Nedra.

Tía Pol se colocó en el centro del círculo y Garion pudo sentir la fuerza de su presencia que se cernía sobre ellos. En algún lugar fuera del círculo, Lobo se ocupaba de algo que hacía bullir la sangre de Garion, además de producir el sonido entrecortado de los ya familiares rugidos.

El lamento de aquella voz horrible y solitaria se hizo más fuerte y más intenso. Garion sintió los primeros amagos de pánico. No funcionaría, todos se volverían locos.

—Ahora calla —le llegó la voz de tía Pol y supo que le hablaba con la mente.

El pánico se desvaneció y sintió una extraña y relajante languidez. Le pesaban los párpados y el sonido del lamento se volvió más vago. Luego, arropado por una reconfortante sensación de calor, cayó casi de inmediato en un sueño profundo.

Garion no podía decir con exactitud cuándo su mente se había liberado de la suave compulsión de tía Pol para que cayera en una inconsciencia cada vez más completa, pero no debía de haber pasado mucho tiempo. Vacilante, como alguien que regresa despacio de las profundidades del sueño, se despertó y se encontró andando con rigidez hacia los caballos, junto a los demás. Cuando los miró, descubrió que sus caras estaban inexpresivas y atontadas. Le pareció oír la voz de tía Pol susurrando una orden: "dormid, dormid, dormid", pero por alguna razón carecía de la fuerza necesaria para hacerlo obedecer.

Sin embargo, en su conciencia había una sutil diferencia. A pesar de estar despierto, no parecía tener sentimientos y se sorprendió a sí mismo mirando las cosas con un distanciamiento calmado y lúcido, despojado de las emociones que solían agitar y confundir sus pensamientos. Sabía que debería decirle a tía Pol que no estaba dormido, pero sin saber por qué motivo decidió no hacerlo. Comenzó a analizar con paciencia las ideas y razones que lo habían llevado a tal decisión e intentó descubrir la razón fundamental que se encontraría en el fondo de aquella elección. En su búsqueda, rozó el rincón tranquilo donde se encontraba aquella otra mente y casi pudo sentir su actitud sarcástica y divertida.

— ¿Bien? —le dijo en silencio.

— Veo que estás despierto —dijo la otra mente.

— No —corrigió Garion meticulosamente—; en realidad, creo que una parte de mí está dormida.

— Es la parte que se interponía entre nosotros. Ahora podemos hablar, tenemos que discutir unas cuantas cosas.

— ¿Quién eres? —preguntó Garion mientras seguía de forma automática las instrucciones de tía Pol para volver al caballo.

— En realidad, no tengo nombre.

— Sin embargo, eres independiente de mí; me refiero a que no eres una parte de mí, ¿verdad?

—No —respondió la voz —, no somos la misma persona.

Ahora los caballos andaban al paso y seguían a tía Pol y al señor Lobo a través de la pradera.

— ¿Qué quieres? —preguntó Garion.

—Tengo que hacer que las cosas salgan como corresponde. Lo he estado haciendo durante mucho tiempo.

Garion meditó sobre eso. A su alrededor el lamento se volvió más fuerte y el coro de gemidos y gritos se hizo más claro. Comenzaron a aparecer figuras transparentes e incompletas que flotaban sobre la hierba y se dirigían hacia sus caballos.

—Voy a volverme loco, ¿verdad? —preguntó arrepentido—. No estoy dormido como los demás y los fantasmas me volverán loco, ¿no es cierto?

—Lo dudo —respondió la voz—. Verás cosas que preferirías no haber visto, pero no creo que destruyan tu mente. Hasta es probable que aprendas cosas sobre ti mismo que te resultarán útiles más adelante.

—Eres muy viejo, ¿verdad? —le preguntó intrigado Garion.

—En mi caso ese término no tiene ningún sentido.

—¿Más viejo que mi abuelo? —insistió Garion.

—Lo conocí cuando él era pequeño. Es probable que te interese saber que él era aún más obstinado que tú y que me llevó mucho tiempo encaminarlo hacia donde debía ir.

—¿Lo hiciste desde el interior de su mente?

—Por supuesto.

Garion notó que su caballo atravesaba sin darse cuenta una de las imágenes espectrales que se formaban ante él.

—Entonces, te conoce, ¿verdad? Si estabas en su mente...

—Él no sabía que yo estaba allí.

—Yo siempre he notado tu presencia.

—Porque tú eres diferente; justamente tenemos que hablar de eso.

De repente, frente a la cara de Garion, apareció en el aire la cabeza de una mujer. Los ojos se le salían de las órbitas y tenía la boca abierta en un grito mudo. De los restos destrozados de su cuello cortado manaba la sangre como un manantial, aunque no parecía caer en ninguna parte.

—Bésame —graznó.

Garion cerró los ojos y su cara atravesó la cabeza.

—Ya ves —dijo la voz con tono casual—, no es tan terrible como tú creías.

—¿En qué sentido soy diferente? —quiso saber Garion.

—Es necesario hacer algo y tú serás quien lo haga. Todos los demás sólo han servido para prepararte el camino.

—¿Y qué es exactamente lo que tengo que hacer?

—Lo sabrás cuando llegue el momento. Si te enteras antes de hora, podrías asustarte. —La voz cobró un deje algo sarcástico—. Eres lo suficientemente difícil de manejar como para buscar complicaciones adicionales.

—Entonces, ¿por qué estamos hablando de ello?

—Necesitas saber por qué debes hacerlo. Eso te ayudará cuando llegue el momento.

—Muy bien —asintió Garion.

— Hace mucho tiempo ocurrió algo que se suponía que no debía suceder —comenzó la voz en su mente—. El universo se creó con un motivo y se dirigía a cumplir su destino sin complicaciones. Todo sucedía como debía, pero entonces algo salió mal. No fue algo demasiado importante, pero sucedió en el momento y el lugar apropiados, o tal vez sería mejor decir en el lugar y el momento inapropiados; la cuestión es que cambió el curso de los sucesos. ¿Lo entiendes?

— Creo que sí —respondió Garion con el entrecejo fruncido por el esfuerzo—. ¿Es como cuando arrojas una piedra con la intención de darle a un objeto, pero ésta rebota y golpea donde tú no querías que lo hiciera? ¿Como la vez que Doroon arrojó una piedra a un cuervo, pegó contra la rama de un árbol, rebotó y rompió la ventana de Faldor?

— Exacto —lo felicitó la voz—. Hasta entonces sólo había habido una posibilidad: la originaria; y ahora, de repente, había dos. Vayamos un poco más allá. Si Doroon o tú hubieseis arrojado otra piedra con gran rapidez y hubierais dado contra la primera piedra antes de que tocara la ventana de Faldor, es probable que ésta habría caído y le habría dado al cuervo en lugar de al cristal.

— Es posible —admitió Garion con tono de duda—, aunque Doroon no era tan bueno en tirar piedras.

—Yo soy mucho más bueno que Doroon —le dijo la voz—, ésa es la razón por la que existo. En cierto modo, tú eres la roca que yo he arrojado y si le pegas a la otra justo a tiempo, la desviarás y la enviarás a donde tenía que ir en un principio.

—¿Y si no lo hago?

—El cristal de la ventana de Faldor se rompe.

El espectro de una mujer desnuda con los brazos cortados y una espada atravesándole el cuerpo apareció de repente frente a Garion. La mujer gritaba y se quejaba y la sangre salía a chorros de los muñones de sus brazos en dirección al rostro de Garion. El joven alzó la mano para limpiarse la cara, pero ésta estaba seca. Su cabello atravesó el ruidoso fantasma sin alterarse en lo más mínimo.

—Tenemos que conseguir que las cosas vuelvan a su curso —continuó la voz—. Y lo que tú tienes que hacer es la clave de todo este asunto. Durante mucho tiempo lo que debía suceder y lo que en realidad sucedía tomaban distintas direcciones; ahora comienzan ya a converger otra vez. Tú tendrás que actuar en el punto en que se encuentren ambas líneas de acción. Si tienes éxito, las cosas volverán a su curso; si no lo consigues, todo seguirá en el camino equivocado y el propósito para el cual fue creado el universo fracasará.

—¿Cuánto tiempo hace que empezó todo esto?

—Antes de la creación del mundo, incluso antes de que existieran los dioses.

—¿Lo conseguiré? —preguntó Garion.

—No lo sé —contestó la voz—. Sé lo que debería suceder, pero no lo que sucederá. Aunque hay algo más que debes saber. Cuando se produjo el error, puso en movimiento dos líneas de posibilidades, y una línea de posibilidades tiene una especie de meta. Pero para que haya una meta, tiene que haber conciencia de ésta. Para simplificar, digamos que eso es lo que soy: la conciencia del propósito original del universo.

—Pero ahora existe otra conciencia más, ¿verdad? —sugirió Garion—. Me refiero a la que corresponde al otro juego de posibilidades.

—Eres aún más listo de lo que pensaba.

—Y esta otra conciencia querrá que las cosas sigan por el camino equivocado, ¿no es cierto?

—Me temo que sí. Y ahora llegamos a lo más importante. El momento en que todo este asunto se decida de un modo u otro está muy cerca, y tienes que estar preparado.

—¿Por qué yo? —preguntó Garion mientras apartaba una mano suelta que parecía querer aferrarse a su cuello —, ¿No puede hacerlo cualquier otro?

—No —le respondió la voz—. Las cosas no funcionan de ese modo. El universo ha estado esperándote durante millones de años, muchos más de los que tú puedas llegar a imaginar. Has estado avanzando en dirección a este acontecimiento desde antes del comienzo de los tiempos. Es tuyo solo, tú eres el único que puede hacer lo necesario. Será el evento más importante que ocurra no sólo en éste, sino en todos los planetas, en todo el universo. Hay razas enteras de hombres en mundos tan lejanos que la luz de sus soles nunca alcanzará la tierra; y si tú fracasas, estas razas dejarán de existir. Nunca te conocerán ni te darán las gracias, pero su existencia depende de ti. La otra línea de posibilidades conduce al caos absoluto, a la destrucción total del universo. Pero tú y yo tenemos otra meta.

—¿Cuál?

—Si tienes éxito, vivirás para verlo.

—Muy bien —dijo Garion—. ¿Y qué tengo que hacer? Me refiero a ahora...

—Tienes un enorme poder, que se te ha concedido para que hagas lo que debes, pero has de aprender a utilizarlo. Belgarath y Polgara están intentando enseñarte, así que deja de resistirte. Tienes que estar preparado para cuando llegue el momento y ese momento está mucho más cerca de lo que crees.

En el camino se cruzó una figura decapitada que sostenía su propia cabeza por los pelos con la mano derecha. A medida que Garion se acercaba, el fantasma levantaba la cabeza, y lo maldecía con su boca torcida.

Después de atravesar aquella horripilante figura con su caballo, Garion intentó volver a hablar a la voz que habitaba en su mente, pero por lo visto se había retirado, al menos por el momento.

Cabalgaron despacio sobre las piedras desmoronadas de una granja en ruinas. Los fantasmas se apiñaban entre las piedras, suplicaban mediante gestos o los llamaban intentando ser seductores.

— Hay una desproporcionada mayoría de mujeres —le comentó tranquilamente Polgara al señor Lobo.

— Era una particularidad de la raza —respondió Lobo—. De cada nueve alumbramientos nacían ocho mujeres. Eso ocasionó ciertos ajustes en las relaciones tradicionales entre los sexos.

—Da la impresión de que lo encuentras divertido —dijo ella con sequedad.

—Los maragos no tenían la misma concepción de las cosas que otras razas. El matrimonio nunca tuvo demasiado valor entre ellos y eran bastante liberales con respecto a algunas cosas.

—¿Ah sí? ¿Es ésa la palabra que se emplea para definirlo?

— Intenta no ser tan mojigata, Pol. La sociedad funcionaba, y eso es lo que cuenta.

— Pero aún hay algo más, padre —dijo ella—. ¿Qué me dices de su canibalismo?

—Eso fue un error. Alguien malinterpretó un pasaje de uno de sus textos sagrados, eso es todo. Lo hacían por una especie de obligación religiosa, no por gusto. En general, los maragos me caían bastante bien. Eran generosos, amistosos y muy honestos los unos con los otros. Disfrutaban de la vida, y si no hubiera sido por el oro, tal vez habrían superado ese comportamiento aberrante.

Garion había olvidado el tema del oro, pero cuando cruzaron un pequeño arroyo, miró hacia el agua deslumbrante y vio las pequeñas vetas amarillentas brillando entre los guijarros del fondo.

De repente se le cruzó un fantasma desnudo.

—¿No crees que soy hermosa? —le dijo, mirándolo de reojo. Luego se llevó las manos al enorme corte que había en su vientre, lo abrió, sacó sus entrañas y las depositó en la orilla del arroyo.

Garion sintió náuseas y apretó los dientes.

—No pienses en el oro —le dijo con brusquedad la voz de su mente—. Los fantasmas aparecen por la codicia, y si piensas en el oro te volverás loco.

Siguieron cabalgando mientras Garion intentaba apartar de su mente todos los pensamientos relativos al oro.

El señor Lobo, sin embargo, no dejaba de hablar de lo mismo.

—Siempre ha habido problemas con el oro. Por lo visto atrae al peor tipo de gente, en este caso a los tolnedranos.

—Intentaban erradicar el canibalismo, padre —respondió tía Pol—. Es una costumbre repugnante para la mayoría de la gente.

—Me pregunto si se lo habrían tomado con tanta seriedad si no hubiera habido tanto oro en el fondo de los ríos de Maragor.

Tía Pol desvió la vista del fantasma de un niño empalado en una lanza tolnedrana.

—Y ahora nadie tiene el oro —dijo ella—. Mara se ocupó de que así fuera.

—Sí —asintió Lobo y alzó la cara para escuchar mejor el espeluznante lamento que parecía llegar desde todas las direcciones y se sobresaltó ante una nota especialmente aguda del quejido—. Ojalá no gritara tan fuerte —agregó.

Pasaron junto a las ruinas de lo que parecía haber sido un templo. La hierba crecía entre las piedras blancas desmoronadas. Muy cerca se alzaba un enorme árbol adornado por los cadáveres de varios ahorcados, que se retorcían y se columpiaban sostenidos por las sogas.

—Soltadnos —murmuraban los cuerpos—, soltadnos.

—¡Padre! —exclamó de repente tía Pol y señaló la pradera que se extendía detrás del templo en ruinas—, ¡Allí! ¡Esa gente es real!

Una procesión de figuras con hábitos y capuchas avanzaba con lentitud por la pradera, cantando al unísono al ritmo del monótono son de las campanas que llevaban al hombro, en el extremo de unas pesadas varas.

—Los monjes de Mar Terrin —dijo Lobo—. La conciencia de Tolnedra. No hay nada de qué preocuparse.

Uno de los hombres encapuchados levantó la vista y los vio.

—¡Volved! —gritó. Se separó de los demás y corrió hacia ellos apartándose a cada paso de fantasmas que Garion no podía ver.

—¡Volved! —repitió—. ¡Salvaos! Os aproximáis al centro mismo del horror. Mar Amon está detrás de aquella colina y el mismísimo Mara recorre enfurecido sus calles encantadas.

La procesión de monjes siguió su camino y el sonido de sus cantos y de las monótonas campanadas se hizo menos audible a medida que se alejaban por la pradera. El señor Lobo parecía estar muy concentrado y se mesaba la barba con la mano sana. Por fin suspiró con una expresión irónica.

—Supongo que no tendremos más remedio que enfrentarnos con él aquí y ahora. Si no lo hacemos, nos seguirá.

—Pierdes el tiempo, padre —respondió tía Pol—. No hay forma de razonar con él, ya lo hemos intentado.

—Es probable que tengas razón —asintió él—, pero al menos debemos volver a intentarlo. Si no lo hacemos, decepcionaremos a Aldur. Tal vez cuando se entere de lo que está pasando, asuma una actitud lo bastante razonable como para que podamos hablar con él.

Un grito desgarrador resonó en la soleada pradera y la expresión del señor Lobo se volvió amarga.

—A esta altura ya tendría que haberse cansado de gritar. Muy bien, vayamos a Mar Amon. —Giró su caballo en dirección a la colina que el asombrado monje les había señalado. Un fantasma lisiado se puso a parlotear delante de él, suspendido en el aire frente a su rostro.

— ¡Oh, para ya! —exclamó Lobo, molesto.

El fantasma vaciló, tembloroso, y luego desapareció.

Tal vez en el pasado existió una carretera que llevaba a la colina. Ahora el impreciso sendero apenas si era visible entre la hierba, pero los treinta y dos siglos transcurridos sin que nadie pisara su superficie no habían conseguido borrarlo. Ascendieron por el sinuoso camino hasta la cima de la colina y desde allí contemplaron las ruinas de Mar Amon. Garion, todavía indiferente e inmovible, dedujo cosas de la ciudad y reparó en otras que nunca habría percibido si no se hubiera encontrado en tal estado. A pesar de que la destrucción había sido casi total, las formas de la ciudad eran claras y evidentes. La calle —pues sólo había una— tenía forma de espiral y conducía a una plaza circular en el centro mismo de las ruinas. De repente Garion tuvo una extraña intuición y supo a ciencia cierta que la ciudad había sido diseñada por una mujer. Las mentes de los hombres crean líneas rectas, mientras que las de las mujeres suelen concebirlas curvas.

Con tía Pol y el señor Lobo a la cabeza y los demás siguiéndolos inconscientes y con expresión ausente, comenzaron a bajar hacia la ciudad. Garion cabalgaba en la retaguardia, intentando ignorar a los fantasmas que surgían de la tierra y lo acosaban con su desnudez y sus pavorosas mutilaciones. El lamento que había oído desde su entrada a Maragor se hizo más alto y más claro. A veces el grito parecía proceder de un coro, confundido y distorsionado por el eco, pero ahora Garion se daba cuenta de que se trataba de una sola y poderosa voz, teñida por un dolor tan profundo, que retumbaba a lo largo y ancho del reino.

Cuando se acercaban a la ciudad, se levantó un viento terrible, de una pavorosa frialdad y lleno de un potentísimo hedor a cementerio. Con un gesto automático, Garion se arropó con su capa, pero pronto reparó en que ésta no podría protegerlo, pues el viento no agitaba la hierba del

camino y, por consiguiente, no podía ser un viento real. Además, si los caballos no escuchaban los lamentos, éstos tampoco podían ser reales. Sintió frío y se estremeció, por más que intentara convencerse a sí mismo de que la baja temperatura, al igual que el viento y los espantosos quejidos de dolor, eran más sobrenaturales que reales.

Aunque vista desde lo alto de la montaña Mar Amon parecía estar por entero en ruinas, cuando entraron en la ciudad, Garion se asombró al comprobar la solidez de las paredes de casas y edificios públicos que lo rodeaban. Además, desde un lugar no muy lejano, creyó oír las risas de unos niños y la melodía de una canción.

—¿Por qué sigue haciendo eso? —preguntó tía Pol con tristeza—. No sirve para nada.

—Es todo lo que le queda, Pol —respondió Lobo.

—Sin embargo, siempre acaba igual.

—Ya lo sé, pero durante un rato le ayuda a olvidar.

—Todos tenemos algo que olvidar, padre, y éste no es el modo de hacerlo.

Lobo miró con admiración las casas de aspecto real que los rodeaban.

—Lo hace muy bien, ¿no te parece?

—Es natural —dijo ella —, después de todo es un dios; pero aun así no es bueno para él.

Sólo cuando el caballo de Barak atravesó sin advertirlo una de las paredes y desapareció en la aparente piedra sólida para salir a la luz unos cuantos metros más adelante, Garion comprendió a qué se referían su tía y su abuelo. Las paredes, los edificios, la ciudad entera eran una ilusión, un recuerdo. El viento frío con su hedor a podrido se volvió más fuerte, y ahora arrastraba con él un intenso olor a humo. A pesar de que Garion aún podía ver la luz del sol brillando en todo su esplendor sobre la hierba, por algún motivo tuvo la sensación de que estaba oscureciendo. Las risas de los niños y la lejana melodía se apagaron y, en su lugar, Garion oyó gritos.

Un legionario tolnedrano con bruñida armadura y un casco con una pluma, de aspecto tan real como las paredes que los rodeaban, corría hacia ellos desde el fondo de la sinuosa calle. Su espada chorreaba sangre, su expresión estaba congelada en una espantosa mueca y sus ojos tenían un aspecto aterrador.

Cuerpos destrozados y mutilados cubrían la calle y había sangre por todos lados. Los lamentos se convirtieron en un chillido ensordecedor mientras la ilusión llegaba a su pavoroso climax.

Al final, la calle en espiral se abría en una amplia plaza circular en el centro de Mar Amon. El viento helado aullaba en medio de la ciudad en llamas y el horrible sonido de las espadas al cortar carne y huesos retumbaba en la mente de Garion. El aire se hizo aún más turbio.

Las piedras de la plaza estaban llenas de recuerdos ilusorios de innumerables cuerpos de maragos que yacían bajo las ondulantes nubes de humo denso. Pero lo que había en el centro de la plaza no era una ilusión, ni siquiera un fantasma. La figura se alzaba imponente y brillaba en todo su esplendor; su carácter real era indiscutible y de ningún modo podía tratarse de una visión subjetiva de los que lo observaban. Llevaba en los brazos el cuerpo de una criatura asesinada que parecía condensar la suma total de los muertos de la encantada Maragor; y su cara, alzada con angustia por encima del cuerpo de aquella criatura muerta, estaba transfigurada por una expresión de dolor sobrehumano. La figura se lamentaba, y Garion, a pesar del estado soñoliento en que se encontraba y que lo protegía de la locura, sintió que los pelos de la nuca se le ponían de punta ante tal horror.

El señor Lobo hizo una mueca y se bajó del caballo. Pisó con cuidado sobre los cuerpos espectrales que cubrían la plaza y se acercó a aquel ser imponente.

— Señor Mara —dijo con respeto mientras lo saludaba con una reverencia. —Mara gruñó—. Señor Mara —volvió a decir Lobo—, no quiero molestaros en vuestro pesar, pero debo hablar con vos.

La pavorosa cara se contrajo y enormes lágrimas se deslizaron por las mejillas del dios. Sin decir palabra, Mara extendió los brazos que sostenían el cuerpo de la criatura, alzó la cabeza y gimió.

—¡Señor Mara! —repitió Lobo, ya en tono de súplica.

Mara cerró los ojos, inclinó la cabeza, y lloró sobre el cuerpo del niño.

—Es inútil, padre —le dijo tía Pol al viejo—. Cuando está en ese estado, es imposible comunicarse con él.

—Déjame, Belgarath —dijo Mara, todavía entre sollozos. Su potente voz vibró y retumbó en la mente de Garion—. Déjame solo con mi dolor.

— Señor Mara, se acerca el día en que ha de cumplirse la profecía —le explicó Lobo.

— ¿Y a mí qué más me da? —sollozó Mara mientras estrechaba más fuerte el cuerpo del niño—. ¿Acaso la profecía me devolverá a mis niños asesinados? Yo estoy más allá de su alcance. Dejarme en paz.

—El destino del mundo depende de acontecimientos que deben ocurrir muy pronto, señor Mara —insistió Lobo—. Los reinos del Este y el Oeste se preparan para la última guerra, y Torak, el tuerto, vuestro maldito hermano que aún se remueve en su sueño, pronto despertará.

—Deja que despierte —respondió Mara y se inclinó sobre el cuerpo inanimado que tenía en los brazos con un nuevo acceso de llanto.

—Entonces, ¿os someteréis a su poder, señor Mara? —le preguntó tía Pol.

—Yo estoy más allá de su poder, Polgara —respondió Mara—. Nunca abandonaré la tierra de mis niños muertos y ningún hombre ni dios se atreverá a seguirme aquí. Deja que Torak se adueñe del mundo si así lo desea.

—Será mejor que nos vayamos, padre —dijo tía Pol—. Nada lo hará cambiar de opinión.

—Señor Mara —le dijo Lobo al dios sollozante—, hemos traído ante vos a los instrumentos de la profecía. ¿Los bendeciréis antes de que nos vayamos?

—No tengo bendiciones, Belgarath —respondió Mara—, sólo maldiciones para los hijos de Nedra. Vete de aquí con estos extraños.

—Señor Mara —dijo tía Pol con firmeza—, tenéis un papel reservado en el cumplimiento de la profecía. El destino implacable que nos empuja a todos, os empuja también a vos, y cada uno debe interpretar el papel que le ha sido asignado desde el comienzo de los tiempos, pues si la profecía se aparta de su curso, el mundo se destruirá.

—Que se destruya —gruñó Mara—. En él ya no hay alegría para mí, así que deja que sucumba. Mi dolor es eterno, y no lo abandonaré aunque por esa razón se destruya todo lo que ha sido creado. Marchaos junto con las criaturas de la profecía.

El señor Lobo saludó con resignación, se giró y volvió hacia los demás. Su expresión reflejaba un desesperado disgusto.

—¡Espera! —gritó Mara de repente. Las imágenes de la ciudad se tambalearon y desaparecieron—. ¿Qué significa esto? —lo increpó el dios.

El señor Lobo se dio la vuelta deprisa.

— ¿Qué has hecho, Belgarath? —lo acusó Mara, que de repente se hizo inmenso—, Y tú también, Polgara. ¿Es mi pena un motivo de diversión para vosotros? ¿Os burláis de mi desgracia?

— ¿Señor? —dijo tía Pol, desconcertada ante la súbita furia del dios.

—¡Monstruo! —gruñó Mara—. ¡Monstruo! —Su enorme cara se contrajo de ira, y, con un terrible dolor, avanzó hacia ellos y se detuvo junto a la princesa Ce'Nedra—. ¡Te desgarraré la carne! —le gritó a voz en cuello—. ¡Llenaré tu mente con los gusanos de la locura, hija de Nedra! ¡Te hundiré en el tormento y el horror hasta el final de tus días!

—Dejadla en paz —exclamó con brusquedad tía Pol.

—No, Polgara —gritó él con furia—, sobre ella caerá todo el peso de mi ira. —Sus temibles dedos se extendieron como garras hacia la imperturbable princesa, pero ella lo miró con aire ausente, inmovible e indiferente. El dios resopló de frustración y se volvió para enfrentarse al señor Lobo—. ¡Es un truco! —gruñó—, ¡su mente está dormida!

—Todos están dormidos —respondió Lobo—. Amenazas y horrores no significan nada para ellos, señor Mara. Chillad y gruñid hasta que el cielo se venga abajo, que ella no os oirá.

—Te castigaré por esto, Belgarath —lo riñó Mara—, y a ti también, Polgara. Sabréis lo que es el dolor y el terror gracias a este arrogante desplante que me hacéis. Haré que estos intrusos se despierten y conocerán la agonía y la locura que haré caer sobre ellos —agregó y se hinchó hasta volverse de un tamaño descomunal.

—¡Ya es suficiente, Mara! ¡Basta! —La voz era de Garion, pero el chico sabía que no era él quien hablaba. El espíritu de Mara se volvió hacia él, levantando su enorme brazo para golpearlo, pero Garion se bajó del caballo para acercarse al dios amenazador—. Tu venganza acaba aquí, Mara —dijo la voz que salía de la boca de Garion—. La chica debe servir a mis propósitos y no la tocarás.

Garion advirtió con cierta alarma que había quedado situado entre el furioso dios y la princesa dormida.

— ¡Sal de mi camino, chico, o te mataré! —lo amenazó Mara.

— Usa tu mente, Mara —le dijo la voz—, si es que no la has vaciado con tanto llanto. Sabes bien quién soy.

— ¡Será mía! —bramó Mara—. Le daré innumerables vidas y desgarraré su temblorosa carne en cada una de ellas.

— No —respondió la voz—, no lo harás.

El dios Mara se incorporó otra vez y levantó sus temibles brazos, pero al mismo tiempo sus ojos reflejaron una sombra de duda. Y no sólo sus ojos, pues una vez más Garion sintió aquel poderoso roce en su mente, tal como le había ocurrido en el palacio de la reina Salmisra, cuando había sentido el contacto del espíritu de Issa. Los llorosos ojos de Mara parecieron reflejar un pavoroso reconocimiento, y el dios dejó caer sus brazos.

—Dámela a mí —rogó—, coge a los demás y márchate con ellos, pero déjame a la tolnedrana. Te lo suplico.

—No.

Lo que ocurrió entonces no fue magia y Garion lo supo en el acto. No hubo ni el ruido ni aquella extraña y precipitada agitación que acompañaba los actos de hechicería. Por el contrario, la mente de Mara parecía ejercer una terrible presión con la intención de dominarlo, pero la mente que habitaba en su interior respondió. Su poder era tan enorme que el mundo entero no era suficiente para albergarlo. No atacó directamente a Mara, pues una colisión tan espantosa hubiera destruido el mundo; pero se irguió con calma, férrea e inmovible, contra el furioso torrente de cólera de Mara. Por un fugaz instante, Garion compartió la conciencia de la mente dentro de su mente y se sobresaltó ante su inmenso poder. En aquel momento, vislumbró el nacimiento de innumerables soles que giraban en grandes espirales en medio de la oscuridad del vacío; su nacimiento, su unión en galaxias y la formación de nebulosas que giraban con monotonía y sin pausa. Y más allá, se encontró cara a cara con la imagen misma del tiempo y vio su principio y su fin en un solo vistazo terrible y fugaz.

Mara se rindió.

—Debo someterme —dijo con voz ronca y saludó a Garion con una reverencia y una expresión extrañamente humilde en su rostro dolorido. Dio media vuelta y se cubrió la cara con las manos, sollozando de forma incontrolable.

—Tu dolor llegará a su fin, Mara —dijo la voz con ternura—, y un día volverás a sentir alegría.

—Nunca..., nunca —sollozó el dios—. Mi dolor durará para siempre.

—Siempre es demasiado tiempo, Mara —respondió la voz—, y sólo yo puedo ver dónde acaba.

El dios sollozante no respondió; se alejó de ellos y sus lamentos volvieron a retumbar en las ruinas de Mar Amon.

El señor Lobo y tía Pol miraban a Garion estupefactos. Cuando por fin el viejo habló, su voz reflejaba un temor reverente.

—¿Es posible?

—¿No dices tú siempre que todo es posible, Belgarath?

—No sabíamos que podías intervenir de forma directa —dijo tía Pol.

—De vez en cuando doy un empujoncito a las cosas o hago unas pocas sugerencias. Si pensáis con atención, recordaréis algunas de ellas.

— ¿El chico es consciente de todo esto? —preguntó ella.

— Por supuesto; ya hemos tenido una breve charla al respecto.

— ¿Qué le has dicho?

—Sólo lo que podía comprender. No te preocupes, Polgara, no voy a hacerle daño. Por fin se da cuenta de lo importante que es este asunto; sabe que debe prepararse y que no le queda demasiado tiempo para hacerlo. Ahora creo que es mejor que os marchéis, le estáis causando un gran dolor a Mara.

Pareció que tía Pol iba a decir algo más, pero miró a la figura sombría del dios que sollozaba, no muy lejos de allí, y asintió con un gesto. Se dirigió al caballo y encabezó la salida de las ruinas.

Tras volver a montar para seguirla, el señor Lobo aproximó su caballo al de Garion.

—Tal vez podamos hablar mientras cabalgamos —sugirió—, tengo muchas preguntas que hacerte.

—Se ha ido, abuelo —le dijo Garion.

—¡Oh! —respondió Lobo, evidentemente decepcionado.

El sol ya se ocultaba y se detuvieron para pasar la noche en una arboleda a algo más de un kilómetro de Mar Amon. Desde que habían dejado las ruinas, no habían vuelto a ver a los fantasmas mutilados.

Luego de alimentar y enviar a la cama a los demás, tía Pol, Garion y el señor Lobo se sentaron alrededor de un pequeño fuego. Una vez que aquella presencia que había en su mente lo hubo abandonado, Garion sintió que se hundía en una especie de sueño. Sus emociones se habían desvanecido por completo y no parecía capaz de pensar por sí mismo.

—¿Podemos hablar con... el otro? —preguntó esperanzado el señor Lobo.

—En este momento no está aquí —respondió Garion.

—Entonces, ¿no siempre está contigo?

—No siempre. A veces se marcha durante meses, o incluso más tiempo. Pero esta vez se ha quedado mucho tiempo, desde que quemamos a Asharak.

—¿Dónde está cuando está contigo? —preguntó el viejo con curiosidad.

—Aquí —Garion se tocó la cabeza.

—¿Has estado despierto desde que entramos a Maragor? —preguntó tía Pol.

—No exactamente —respondió Garion—, una parte de mí estaba dormida.

—¿Veías a los fantasmas?

—Sí.

—¿Pero no te asustaban?

—No. Algunos me sorprendían y uno me dio náuseas.

El señor Lobo levantó la vista de forma súbita.

—Pero ahora no te daría náuseas, ¿verdad?

—No, no lo creo. Al principio, las cosas me impresionaban un poco, pero ahora ya no.

Lobo miró al fuego con aire pensativo, como si buscara una manera de formular la siguiente pregunta.

—¿Qué dijo la voz de tu mente cuando hablasteis?

—Me dijo que hace mucho tiempo había sucedido algo que no debía ocurrir y que yo debía enmendarlo.

—Una forma muy sucinta de expresarlo —rió Lobo—. ¿Te dijo cómo iba a acabar todo esto?

—No lo sabe.

—Esperaba poder contar con alguna ventaja, pero veo que no —suspiró Lobo—. Parece que ambas profecías son válidas por igual.

Tía Pol tenía la vista fija en Garion.

—¿Crees que podrás recordar todo esto cuando te despiertes? —preguntó.

—Eso creo.

—Muy bien, entonces escucha con atención: hay dos profecías y ambas conducen al mismo hecho. Los grolims y el resto de los angaraks siguen una y nosotros seguimos la otra. Cada una de las profecías acaba en un hecho diferente.

—Ya veo.

—Ninguna de las dos profecías niega nada de lo que ocurre en la otra hasta tanto se encuentren en este hecho —continuó ella—. El curso de los acontecimientos que seguirán depende de este suceso. Una profecía triunfará y la otra fracasará. Todo lo que ya ha sucedido y lo que sucederá se unirá en ese punto para convertirse en un mismo acontecimiento. Los errores se borrarán y el universo se moverá en una u otra dirección, como si ése hubiera sido su rumbo desde el comienzo de los tiempos. La única diferencia real es que si fracasamos, nunca sucederá algo muy importante.

Garion asintió y de repente se sintió muy cansado.

—Beldin lo llama la teoría de los destinos convergentes —dijo el señor Lobo—. Dos posibilidades igualmente factibles. A veces Beldin es demasiado pomposo.

—No es un defecto muy original, padre —dijo tía Pol.

—Ahora me gustaría irme a dormir —dijo Garion.

Lobo y tía Pol intercambiaron una mirada rápida.

—Bueno —dijo tía Pol.

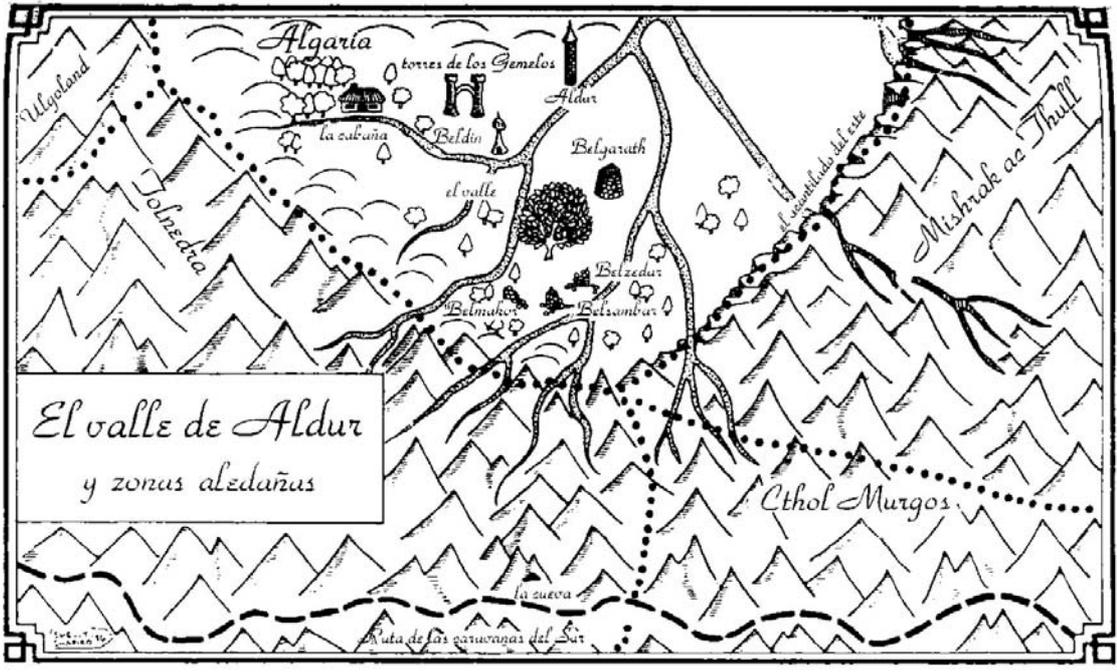
Se incorporó, lo cogió del brazo y lo condujo hacia donde estaban las mantas. Después de cubrirlo y arroparlo bien, le apoyó una mano fresca sobre la frente.

—Duerme, mi Belgarion —murmuró.

Y él durmió.

SEGUNDA PARTE

El valle de Aldur



Cuando despertaron estaban todos en un corro cogidos de las manos. Garion, con Ce'Nedra a la izquierda y Durnik a la derecha, se desveló y la conciencia volvió a su mente. La brisa era fría y refrescante y el sol de la mañana resplandecía. Ante ellos se alzaban las primeras colinas parduscas y la llanura encantada de Maragor se extendía a sus espaldas.

Seda despertó y miró a su alrededor con curiosidad y recelo.

—¿Dónde estamos? —se apresuró a preguntar.

—En la frontera norte de Maragor —respondió Lobo—, a unos cuatrocientos kilómetros al este de Tol Rane.

—¿Cuánto tiempo hemos dormido?

—Más o menos una semana.

Seda no dejaba de mirar a su alrededor, intentando hacerse a la idea del paso del tiempo y de la distancia recorrida.

—Supongo que no había más remedio —aceptó por fin.

Hettar fue enseguida a revisar los caballos y Barak empezó a masajearse la nuca con ambas manos.

—Me siento como si me hubiera quedado dormido sobre un montículo de piedras —protestó.

—Camina un poco —le aconsejó tía Pol—, eso te ayudará a superar la sensación de rigidez.

Ce'Nedra no había soltado la mano de Garion y el joven se preguntó si debería hacérselo notar. Su mano parecía pequeña y cálida en la suya y su contacto no era nada desagradable, así que decidió no decir nada.

Hettar volvió con el entrecejo fruncido.

—Una de las yeguas de carga está preñada, Belgarath —dijo.

Lobo se giró con rapidez.

—¿Cuánto le queda? —preguntó.

—Es difícil preverlo con exactitud, pero no más de un mes. Es el primero.

—Podemos quitarle la carga y distribuirla entre los otros caballos —sugirió Durnik—. Sin carga estará bien.

—Tal vez —dijo Hettar, no demasiado convencido.

Mandorallen tenía la vista fija en las colinas amarillentas que se alzaban ante ellos.

—Nos vigilan, Belgarath —dijo con tono lúgubre y señaló varias columnas de humo que se perdían en el cielo de la mañana.

El señor Lobo observó la humareda y su expresión se volvió amarga.

—Es probable que sean buscadores de oro. Revolotean alrededor de las fronteras de Maragor como buitres en torno a una vaca enferma. Echa un vistazo, Pol.

Pero los ojos de tía Pol ya tenían su característica mirada distante, como si atravesaran las colinas que tenía delante.

—Arendianos —dijo—, sendarios, tolnedranos y un par de drasnianos. No son muy listos.

—¿Algún murgó?

—No.

—Vulgar escoria, entonces —observó Mandorallen—. Esos vagabundos no constituyen una amenaza seria.

— Preferiría evitar una pelea, si es posible —le dijo Lobo—. Estas disputas casuales son peligrosas y no sirven para nada. —Meneó la cabeza disgustado—. Aunque nunca los convenceremos de que no traemos oro de Maragor, así que supongo que no podremos evitarlo.

— Si todo lo que quieren es oro, ¿por qué no les damos un poco? —sugirió Seda.

—No traje mucho conmigo. Seda —respondió el viejo.

—No tiene por qué ser real —dijo Seda con los ojos brillantes. Fue hacia uno de los caballos de carga, volvió con varios trozos de lona y se apresuró a cortarlos en cuadrados de unos treinta centímetros de lado. Luego cogió uno de estos cuadrados y metió dos puñados de guijarros en el centro, cerró los extremos de la lona y ató con fuerza un cordel, formando una bolsa de aspecto pesado. Lo alzó varias veces como para calcular su peso—. Parece un saco de oro, ¿no es verdad?

—Ya va a hacer otra de las tuyas —dijo Barak.

Seda soltó una risita tonta y armó con rapidez varios sacos más.

—Yo iré delante —dijo y repartió las bolsas por todas las monturas—. Vosotros seguidme y dejadme hablar. ¿Cuántos individuos hay allí arriba, Polgara?

—Unos veinte —respondió ella.

—Entonces todo irá bien —aseguró con confianza—. ¿Vamos?

Montaron a caballo y comenzaron a avanzar hacia la amplia boca del lecho seco de un río. Garion oyó un estridente silbido y notó varios movimientos furtivos delante de ellos. Era muy consciente de las empinadas márgenes del río que se alzaban a ambos lados.

—Para tratar con ellos necesitaré un terreno más abierto —les dijo Seda—. Allí. —Señaló con la barbilla un punto donde la cuesta hacia la orilla era un poco menos pronunciada. Cuando llegaron allí, hizo girar el caballo con brusquedad—. ¡Ahora! —gritó—. ¡Vamos!

Los demás lo siguieron y subieron hacia la orilla. Las patas de los caballos desmoronaron la cuesta de grava y una asfixiante nube de polvo amarillo se alzó en el aire mientras ascendían.

Gritos de decepción llegaron de los pequeños arbustos al otro extremo del río seco y un grupo de hombres bastante toscos salieron de sus escondites y corrieron tras ellos sobre la hierba alta y marchita. Un hombre de barba negra, que estaba más cerca y más desesperado que los demás, saltó frente a ellos con una espada oxidada. Sin dudarle un instante, Mandorallen lo atropelló y el barbudo gimió mientras rodaba y se tambaleaba bajo las aplastantes patas del enorme caballo de guerra.

Cuando llegaron a la cima de la colina, se reunieron en un grupo compacto.

—Este lugar servirá —dijo Seda, examinando el terreno circular donde se encontraban—. Todo lo que necesito es que esta chusma vea que hay espacio suficiente para que se produzcan bajas. Pues quiero que piensen que habrá bajas.

Una flecha los alcanzó con un zumbido y Mandorallen la paró en el aire con su escudo, casi con desprecio.

—Deteneos —gritó uno de los bandidos.

Era un sendario delgado, con cicatrices de viruela. Tenía un burdo vendaje en una pierna y llevaba una sucia túnica verde.

—¿Quién lo dice? —gritó Seda con insolencia.

—Soy Kroidor —anunció el hombre del vendaje, dándose importancia—. Kroidor el ladrón. Quizás hayáis oído hablar de mí.

—La verdad es que no —respondió encantado Seda.

—Dejad vuestro oro... y vuestras mujeres —ordenó Kroldor—. Tal vez os perdone la vida.

—Si te apartas de nuestro camino, es probable que nosotros te perdonemos la vida a ti.

—Tengo cincuenta hombres —amenazó Kroldor—, todos desesperados, como yo.

—Tienes veinte —lo corrigió Seda—. Siervos fugitivos, campesinos cobardes y ladrones vulgares. Mis hombres son guerreros entrenados, y, para colmo, estamos montados y vosotros a pie.

—Dejad vuestro oro —insistió el jactancioso ladrón.

—¿Por qué no te acercas y lo coges?

—¡Adelante! —les gritó Kroldor a sus hombres. Tomó la delantera y un par de bandidos lo siguieron no muy convencidos entre la hierba marchita, pero el resto se quedó atrás, mirando con aprensión a Mandorallen, Barak y Hettar. Después de dar unos pocos pasos, Kroldor advirtió que sus hombres no lo seguían. Entonces se detuvo y dio media vuelta—. ¡Cobardes! —rugió—. Si no nos damos prisa, llegarán los demás y perderemos el oro.

—Mira, Kroldor —le dijo Seda—, tenemos mucha prisa y llevamos más oro del que nos conviene cargar. —Desató una de las bolsas de piedras de su montura y la agitó para tentarlos—. Toma —dijo y como por descuido arrojó la bolsa sobre la hierba, luego cogió otra bolsa y la lanzó junto a la primera. Hizo un breve gesto y los demás también arrojaron sus bolsas al montón—. Ahí tienes, Kroldor —continuó Seda—, diez bolsas de buen oro sin necesidad de pelear. Si quieres más tendrás que sangrar por él.

Los hombres desarrapados que se apiñaban detrás de Kroldor intercambiaron miradas y comenzaron a avanzar hacia ambos lados con los ojos llenos de codicia fijos en la pila de bolsas que había sobre las altas hierbas.

—Tus hombres parecen reflexionar sobre la mortalidad —dijo Seda con sequedad—. Ahí hay bastante oro para haceros ricos a todos, y los hombres ricos no corren riesgos innecesarios.

—No olvidaré esto —dijo Kroldor con una mirada implacable.

—Sé muy bien que no lo harás —respondió Seda—. Ahora vamos a seguir, así que te sugiero que salgas del camino.

Barak y Hettar se pusieron a ambos lados de Mandorallen y los tres comenzaron a avanzar a paso lento y amenazador.

Kroldor permaneció en su sitio hasta el último momento, pero luego se volvió y se apartó del camino maldiciendo entre dientes.

—¡Vamonos! —dijo Seda.

Clavaron los talones en los flancos de sus caballos y salieron al galope. Tras ellos, los bandidos rompieron el círculo en que estaban dispuestos y corrieron hacia la pila de bolsas. De inmediato se produjeron varias peleas brutales y tres hombres fueron derribados antes de que a nadie se le ocurriera abrir las bolsas. Los gritos de ira se oyeron con claridad a la distancia.

Cuando por fin detuvieron los caballos, tras un buen rato de cabalgar a todo galope, Barak soltó una carcajada.

—¡Pobre Kroldor! —rió—. Eres un malvado, Seda.

—He hecho un estudio sobre los instintos más profundos de la naturaleza humana —respondió Seda con aire inocente—. Casi siempre encuentro una forma de hacerla funcionar a mi conveniencia.

—Los hombres de Kroldor lo culparán por la forma en que han salido las cosas —observó Hettar.

—Lo sé, pero ése es uno de los riesgos del liderazgo.

—Incluso es probable que lo maten.

—Espero que lo hagan, me sentiría muy decepcionado si no lo hicieran.

Siguieron adelante y les llevó todo el día cruzar las colinas parduscas. Por la noche acamparon al reparo de un pequeño cañón donde la luz del fuego no pudiera advertir de su

presencia a los bandidos que asolaban la región. A la mañana siguiente salieron temprano y al mediodía ya habían llegado a las montañas. Cabalgaron por peñascos rocosos y se internaron en un espeso bosque de pinos y abetos donde corría una brisa fresca y aromática. A pesar de que abajo aún era verano, en las zonas altas comenzaban a notarse las primeras señales del otoño. Las hojas de las malezas se marchitaban, había una ligera y vaporosa neblina y cuando se levantaban por las mañanas, encontraban el suelo cubierto de escarcha. Sin embargo, el tiempo se mantenía cálido y ellos avanzaban con rapidez.

Una tarde, cuando ya llevaban más de una semana en las montañas, grandes nubarrones llegaron del oeste y trajeron consigo un frío húmedo. Garion desató su capa de la parte trasera de la montura y se cubrió los hombros sin dejar de cabalgar, temblando a medida que la tarde se hacía más y más fría.

Durnik alzó la cara y olió el aire.

—Tendremos nieve antes del amanecer —predijo.

Garion también percibía el olor frío y polvoriento de la nieve y asintió con amargura.

—Sabía que el tiempo era demasiado bueno para que durara —refunfuñó el señor Lobo, pero luego se encogió de hombros—. Pues, bueno, todos hemos sobrevivido a muchos inviernos antes de éste.

A la mañana siguiente, cuando Garion asomó la cabeza fuera de la tienda, había dos centímetros de nieve al pie de los oscuros abetos. Caían delicados copos y se posaban sin el menor ruido sobre la tierra, cubriendo de una ligera neblina todo lo que estuviera a más de cien metros. El aire era frío y gris, y los caballos, que parecían muy oscuros en contraste con el paisaje blanco, daban patadas y movían sus orejas al contacto de la nieve que los mojaba. Con el frío y la humedad, la respiración de los animales se convertía en vapor.

Ce'Nedra salió de la tienda que compartía con tía Pol y lanzó un grito de placer, pues tal como supuso Garion, la nieve era algo insólito en Tol Honeth. La pequeña princesa correteó bajo los delicados copos de nieve con infantil abandono y Garion sonrió con tolerancia hasta que una certera bola de nieve le dio en la cabeza. Entonces la persiguió, atacándola con bolas de nieve, mientras ella corría y se escondía detrás de los árboles entre risas y gritos. Cuando por fin la cogió, estaba resuelto a mojarle la cara, pero ella, con las pestañas cubiertas de nieve, lo abrazó con fuerza y lo besó, rozando su naricilla helada contra su mejilla. Garion no advirtió sus verdaderas intenciones hasta que fue demasiado tarde: ella le había metido una bola de nieve por la parte posterior del cuello de su túnica, tras lo cual se soltó y corrió en dirección a las tiendas, desternillándose de risa, mientras él intentaba sacudirse la nieve antes de que se derritiera.

Al mediodía, sin embargo, la nieve del suelo se había convertido en barro, y la nevada, en una persistente y desagradable llovizna. Subieron por un estrecho barranco bajo los abetos empapados, a la vera de un turbulento arroyuelo que parecía a punto de desbordarse.

Por fin el señor Lobo dio la señal de alto.

—Nos acercamos a la frontera oeste de Cthol Murgos —informó—. Creo que es hora de que empecemos a tomar precauciones.

—Iré al frente —se ofreció Hettar.

—No creo que sea buena idea —respondió Lobo—. Tienes tendencia a distraerte cuando ves murgos.

—Lo haré yo —dijo Seda. Se había levantado la capucha, pero todavía goteaba agua de su nariz larga y puntiaguda—. Iré unos cuantos metros por delante y mantendré los ojos bien abiertos.

Lobo asintió.

—Si ves algo, silba —le recomendó.

—De acuerdo —respondió Seda y salió al trote hacia el barranco.

Esa misma tarde, la lluvia comenzó a congelarse y cubrió las piedras y los árboles de un hielo grisáceo. Borearon un enorme peñasco rocoso y al otro lado se encontraron con Seda, que los esperaba. El arroyo se había transformado en un hilo de agua y las paredes del barranco se abrían sobre la empinada cuesta de una montaña.

—Nos queda una hora de luz —dijo el hombrecillo—. ¿Qué crees que debemos hacer? ¿Seguimos, o quieres que retrocedamos un poco hacia el barranco y acampemos para pasar la noche?

El señor Lobo escudriñó el cielo y luego la montaña que tenían delante. La empinada cuesta estaba cubierta de árboles enanos, pero un poco más abajo se acababa la vegetación.

—Tendremos que dar la vuelta por aquí y luego pasar al otro lado. Sólo son tres kilómetros. Vamos.

Seda asintió con un gesto y volvió a tomar la delantera.

Borearon la montaña y aparecieron en lo alto de un profundo desfiladero que los separaba del pico que habían cruzado dos días antes. Con la llegada de la noche, la lluvia había aflojado y Garion podía ver con claridad el otro lado del desfiladero. No habían hecho más de setecientos metros, cuando sus ojos percibieron un leve movimiento cerca del borde del abismo.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando hacia allí.

—Me lo temía —dijo el señor Lobo mientras se sacudía el hielo de la barba.

—¿Qué es?

—Es un algoth.

Con un escalofrío de asco, Garion recordó los repulsivos simios con cara de cabra que los habían atacado en Arendia.

—¿No sería conveniente que corriésemos? —preguntó.

—No puede alcanzarnos —respondió Lobo—. El desfiladero tiene al menos mil quinientos metros de profundidad. Sin embargo, es evidente que los grolims han soltado a sus bestias, por lo que deberemos tener cuidado —añadió, y les hizo una señal para que continuaran.

Garion podía oír los distantes aullidos del algoth, distorsionados por el zumbido del viento que no dejaba de soplar en el profundo precipicio, mientras intentaba comunicarse con el resto de su manada. Pronto una docena de espeluznantes criaturas correteaban por el borde rocoso del precipicio; ladrándose los unos a los otros seguían el rumbo del grupo que bordeaba la montaña en dirección a un pequeño arroyo en el otro extremo. El arroyo conducía fuera del desfiladero, y un kilómetro y medio más adelante se detuvieron a pasar la noche al amparo de unos abetos poco frondosos.

A la mañana siguiente todavía hacía frío y estaba nublado, pero había dejado de llover. Siguieron cabalgando hacia la boca del arroyo y continuaron por el borde de la cima. La otra cara de la montaña bajaba en picado hacia un abismal precipicio de miles de metros de profundidad y se perdía en el fondo, en un pequeñísimo riachuelo. Los algoths todavía los perseguían, entre aullidos y temibles miradas de voracidad. También había otras figuras, aunque apenas podían distinguirse entre los árboles que había en la otra margen. Una de ellas, enorme y peluda, parecía tener un cuerpo casi humano, pero su cabeza era la de una bestia, y una manada de veloces animales galopaba sacudiendo sus melenas y sus rabos.

—¡Mirad! —exclamó Ce'Nedra —, caballos salvajes.

—No son caballos —dijo con amargura Hettar.

—Parecen caballos.

—Es posible, pero no lo son.

—Hrulgos —dijo brevemente el señor Lobo.

—¿Qué es eso?

—Los hrulgos son animales de cuatro patas similares a los caballos, pero con colmillos en lugar de dientes y patas con garras en lugar de cascos.

—Pero eso significa que... —empezó a decir la princesa.

—Sí, que son carnívoros.

—¡Qué horror! —se estremeció Ce'Nedra.

—El desfiladero se está estrechando, Belgarath —gruñó Barak—, y preferiría no encontrarme del mismo lado que esas bestias.

—No hay peligro. Si no recuerdo mal, se estrecha a lo largo de unos cien metros y luego vuelve a ensancharse. No podrán cruzar.

—Espero que la memoria no te engañe.

El cielo parecía rasgado, convertido en harapos por un viento tempestuoso. Los buitres planeaban sobre sus cabezas y volaban en círculos en lo alto del abismo, mientras los cuervos iban de rama en rama, graznando y chillándose los unos a los otros. Tía Pol contempló a los pájaros con una mirada de severa reprobación, pero no dijo nada.

Siguieron cabalgando. La garganta se hizo más estrecha y pronto vieron con claridad las caras bestiales de los algoths que avanzaban por el otro lado. Cuando los hrulgos abrían la boca para comunicarse entre sí con aullidos, dejaban al descubierto sus dientes largos y afilados.

Más adelante, cuando pasaban por la zona más estrecha del desfiladero, unos murgos aparecieron del otro lado del precipicio. Sus caballos jadeaban tras una dura cabalgata y los murgos se veían demacrados y agotados por el viaje. Brill, que estaba al borde del abismo, miró primero al otro lado y luego al río que corría debajo.

—¿Qué es lo que te retuvo? —gritó Seda con una voz atronadora que tenía un deje sarcástico—. Pensábamos que te habías perdido.

—Eso no es posible, Kheldar —respondió Brill—. ¿Cómo cruzasteis al otro lado?

—Cabalga hacia allí durante unos cuatro días —gritó Seda, señalando el camino por donde había venido—. Si miras bien, encontrarás el cañón que conduce hacia aquí. No creo que tardes mucho más en hallarlo.

Uno de los murgos sacó un arco pequeño de debajo de su pierna izquierda y preparó una flecha. Apuntó a Seda, tiró de la cuerda y disparó. Seda contempló con calma cómo la flecha caía al fondo del abismo, girando en una larga y lenta espiral.

—Buen tiro —gritó.

—No seas idiota —le gritó Brill al murgo del arco y volvió a mirar a Seda—. He oído hablar mucho de ti, Kheldar —dijo.

—Bueno..., uno tiene su reputación —respondió Seda con modestia.

—Un día de éstos tendré que comprobar si eres tan bueno como dicen.

—Tu curiosidad podría ser el primer síntoma de una enfermedad mortal.

—Al menos para uno de los dos.

—Espero con ansiedad nuestro próximo encuentro —dijo Seda—. Ahora espero que me disculpes, querido amigo, pero tengo negocios urgentes, ya sabes.

—Cuídate mucho, Kheldar, uno de estos días nos encontraremos —amenazó Brill.

—Yo siempre me cuido, Kordoch —le respondió Seda—, así que no te sorprendas si te estoy esperando. Ha sido un placer hablar contigo, debemos hacerlo otra vez... y pronto.

El murgo del arco disparó otra flecha, que siguió el camino de la primera.

Seda rió y condujo al grupo más allá del borde del precipicio.

—Qué tipo genial —dijo mientras se alejaban; miró al tenebroso cielo que se alzaba sobre sus cabezas—, y qué día tan absolutamente espléndido.

A medida que el día avanzaba, las nubes se hacían más grandes y oscuras. El viento soplaba cada vez más fuerte, hasta que comenzó a bramar entre los árboles. A paso uniforme, el señor Lobo los condujo hacia el nordeste, lejos del abismo que los separaba de Brill y de los murgos.

Acamparon para pasar la noche en una hoya cubierta de piedras, junto al límite de la vegetación. Tía Pol preparó un espeso guiso y tan pronto como acabaron de comer, apagaron el fuego.

—No tiene sentido que les facilitemos pistas —observó Lobo.

—No lograrán cruzar el abismo, ¿verdad? —preguntó Durnik.

—Es mejor no correr riesgos —respondió Lobo. Se alejó de las pocas brasas restantes del fuego mortecino y escudriñó en la oscuridad. Guiado por un impulso, Garion fue tras él.

—¿Cuánto falta para llegar al valle, abuelo? —preguntó.

—Unos trescientos cincuenta kilómetros —respondió el viejo—, pero aquí en las montañas no podemos ir muy rápido.

—Además, el tiempo está empeorando.

—Ya lo he notado.

—¿Y qué pasa si durante la marcha nos coge una verdadera tormenta de nieve?

—Tendremos que refugiarnos en algún sitio hasta que pare.

—¿Y qué...?

—Garion, ya sé que es normal, pero a veces te pareces mucho a tu tía. Me ha estado preguntando "y qué pasa si..." desde que tenía diecisiete años, y después de tanto tiempo ha llegado a cansarme mucho.

—Lo siento.

—No lo sientas, límitate a no volver a hacerlo.

Sobre sus cabezas, en medio de la oscuridad total del cielo tempestuoso, se oyó un ruido súbito y tremendo, como si un enorme pájaro batiera sus alas.

—¿Qué fue eso? —preguntó sobresaltado Garion.

—¡Quédate quieto! —Lobo permaneció inmóvil con la cara alzada hacia arriba. Entonces volvió a oírse el mismo ruido—. ¡Qué pena!

—¿Qué?

—Pensé que la pobre y vieja bestia habría muerto hace siglos. ¿Por qué no la dejarán en paz?

—¿Qué es?

—No tiene nombre. Es una bestia grande, estúpida y fea. Los dioses sólo hicieron tres de ellas y los dos machos se mataron entre sí durante el primer celo, así que ha estado sola desde hace una eternidad.

—Parece enorme —dijo Garlón tras oír el ruido de las gigantescas alas y escudriñando en la oscuridad—. ¿Qué aspecto tiene?

—Es grande como una casa y no creo que te gustara verla.

—¿Es peligrosa?

—Muy peligrosa, pero no puede ver muy bien por las noches —suspiró Lobo—. Los grolims deben de haberla sacado de su cueva para que nos cazara. A veces van demasiado lejos.

—¿No deberíamos prevenir a los demás?

—Sólo conseguiríamos preocuparlos. A veces es mejor no decir nada.

La bestia volvió a batir sus enormes alas y en la oscuridad resonó un aullido largo y desesperado, tan lleno de angustiosa soledad que Garión sintió que una oleada de piedad crecía en lo más profundo de su alma.

—No podemos hacer nada —volvió a suspirar Lobo—. Volvamos a las tiendas.

El clima continuó crudo e inestable durante los dos días siguientes, mientras cabalgaban sobre la larga cuesta rumbo a la cima nevada de las montañas. A medida que ascendían, los árboles eran más escasos y bajos, hasta que desaparecieron por completo. El perfil de la loma se aplanaba a un lado de la montaña y subieron una cuesta empinada cubierta de piedras desmoronadas y hielo, donde el viento soplaba sin cesar.

El señor Lobo se detuvo para orientarse y miró a su alrededor bajo la pálida luz de la tarde.

—Por allí —dijo por fin y señaló una ensillada entre dos picos, sobre el fondo de un cielo turbio por el viento.

Cabalaron hacia lo alto de la cuesta, bien arropados con sus capas. Hettar se adelantó con una expresión preocupada en su cara de halcón.

—La yegua preñada tiene problemas —le dijo a Lobo—. Creo que se acerca su hora.

Sin decir una palabra, tía Pol se volvió a mirar a la yegua. Cuando regresó, estaba muy seria.

—Le faltan sólo unas horas, padre —informó.

—Por aquí no hay donde cobijarse —dijo Lobo después de echar un vistazo a su alrededor.

—Tal vez haya algún sitio del otro lado del pasaje —sugirió Barak, con la barba agitada por el viento.

—Creo que es igual que este lado —dijo Lobo, meneando la cabeza—. Tendremos que darnos prisa. No nos conviene pasar la noche aquí arriba.

A medida que subían más alto, los asolaban ocasionales chubascos de punzante aguanieve y el viento soplaba aún más fuerte, rugiendo entre las rocas. Cuando por fin alcanzaron la cumbre y comenzaron a avanzar sobre la ensillada, el ventarrón los azotó con toda su intensidad, haciendo caer sobre ellos una abrumadora tormenta de aguanieve.

—De este lado es aún peor, Belgarath —gritó Barak a través del viento—. ¿Cuánto falta para llegar a los árboles?

—Mucho —respondió Lobo mientras intentaba arrojarse con la capa que se agitaba al viento.

—Esa yegua nunca lo conseguirá —dijo Hettar—. Tenemos que encontrar un refugio.

—No hay ninguno —señaló Lobo—, ni lo habrá hasta que lleguemos a los árboles. Aquí arriba sólo hay piedras desnudas y hielo.

Sin saber por qué, y sin ser consciente de lo que decía, Garion sugirió a voz en grito:

—¿Y qué hay de la cueva?

El señor Lobo se volvió y lo miró intrigado.

—¿Qué cueva?, ¿dónde?

—La que está a un lado de la montaña, no muy lejos de aquí.

Garion sabía que la cueva estaba allí, aunque no alcanzaba a comprender por qué lo sabía.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto. Por aquí.

Garion hizo girar su caballo y subió por la cuesta de la ensillada hacia un alto pico escarpado que se alzaba a su izquierda. El viento los azotaba a su paso y la torrencial llovizna de aguanieve

los cegaba. Sin embargo, Garion se movía con seguridad; cada una de las rocas que había a su alrededor le resultaba absolutamente familiar, aunque no sabía por qué. Cabalgaba a la velocidad necesaria para mantenerse a la cabeza del grupo, pues sabía que le harían preguntas y él no tenía las respuestas. Borearon la base del pico y salieron a una amplia cornisa de piedra que se curvaba a un lado de la montaña y desaparecía en la confusa cellisca.

—¿Adonde nos lleváis, muchacho? —preguntó Mandorallen.

—No es mucho más lejos —le respondió Garion, gritando por encima de su hombro.

La cornisa se estrechaba y giraba alrededor de la amenazadora faz de granito de la montaña. En las zonas donde se convertía en un saliente, apenas tenía las dimensiones de un sendero. Garion desmontó y condujo su caballo por la cornisa. El viento golpeaba de lleno su cara mientras andaba alrededor del crestón de granito, y tuvo que cubrirsela con las manos para que la cellisca no lo cegara, de modo que no vio la puerta hasta que se topó con ella.

La puerta, empotrada en la piedra, era de hierro negro y estaba deteriorada por el óxido y el paso del tiempo. Más grande que el portón de la hacienda de Faldor, su extremo superior se perdía bajo la turbulenta cellisca.

Barak, que lo seguía de cerca, extendió la mano y tocó la puerta de hierro. Luego la golpeó con su enorme puño, y sonó a hueco.

—Es cierto que hay una cueva —les dijo a los demás, que venían detrás—. Pensé que el viento le había volado los sesos al muchacho.

—¿Cómo entraremos? —gritó Hettar, mientras el viento se llevaba sus palabras.

—La puerta es tan sólida como la montaña —dijo Barak y volvió a golpearla con el puño.

—Tenemos que refugiarnos de este viento —afirmó tía Pol, que tenía un brazo sobre los hombros de Ce'Nedra en actitud protectora.

—¿Y bien, Garion? —preguntó el señor Lobo.

—Es fácil —respondió Garion—, sólo debo encontrar el punto adecuado. —Pasó sus dedos sobre el hierro helado, sin saber bien qué era lo que buscaba, hasta que palpó un punto que parecía diferente—. Aquí está. —Apoyó la mano derecha sobre aquel sitio y empujó con suavidad. La puerta comenzó a abrirse con un fuerte chirrido. En el centro exacto de la deteriorada superficie de hierro apareció una línea que antes ni siquiera había sido visible y el viento arrastró el polvo de óxido que caía a raudales de la abertura.

Al tocar la puerta, Garion tuvo una extraña sensación de calor en la marca plateada de la palma de su mano derecha. Intrigado, dejó de empujar, pero la puerta continuó en movimiento y se abrió como si respondiera a las órdenes de la marca de su mano. Siguió abriéndose incluso cuando él había dejado de tocarla. Entonces cerró la mano, y la puerta se detuvo; la abrió, y la puerta, chirriando sobre la piedra, se deslizó unos centímetros más.

—No juegues con ella, cariño —le dijo tía Pol—, límitate a abrirla.

Detrás del enorme portón, la cueva estaba oscura, pero no tenía el olor a moho que habría sido natural encontrar. Entraron con cuidado, pisando el suelo con cautela.

—Un momento —murmuró Durnik con una voz extrañamente baja.

Los demás oyeron cómo abría una de sus bolsas y rascaba su piedra de chispa sobre el acero. Vieron unas cuantas chispas y luego el suave resplandor de la mecha del herrero. Con ella, Durnik encendió una antorcha que había sacado de su bolsa. La antorcha chisporroteó un momento antes de encenderse del todo, pero por fin Durnik la levantó y todos pudieron contemplar la cueva.

Enseguida se dieron cuenta de que no era una cueva natural. Las paredes y el suelo eran absolutamente lisas y parecían pulidas, de modo que la luz de la antorcha de Durnik se reflejaba en aquellas superficies brillantes. La estancia era un círculo perfecto de unos treinta metros de diámetro, con muros que se curvaban hacia el interior, e incluso el alto techo parecía curvo. En el centro mismo de la cueva, había una mesa redonda de piedra de unos seis metros de ancho y más

alta que Barak, rodeada por un banco, también de piedra. En la pared opuesta a la entrada se alzaba una chimenea en forma de arco. La cueva estaba fría, aunque no tanto como podría esperarse en un sitio de tales características.

—¿Podemos entrar los caballos? —preguntó Hettar en voz baja.

El señor Lobo asintió con un gesto. A la luz vacilante de la antorcha, parecía perplejo y absorto en sus pensamientos.

Cuando Hettar hizo entrar los caballos, sus cascos retumbaron con estrépito en el pulido suelo de piedra. Los animales miraron a su alrededor, con los ojos muy abiertos y moviendo con nerviosismo las orejas.

—Aquí hay un sitio para el fuego —dijo Durnik y señaló la chimenea circular—. ¿Lo enciendo?

—¿Qué? —dijo Lobo levantando la vista—. Ah, sí, adelante.

Durnik se acercó a la chimenea con la antorcha y la leña se encendió enseguida. El fuego cobró fuerza con gran rapidez y produjo llamas más brillantes que lo habitual.

—¡Las paredes! —exclamó Ce'Nedra boquiabierta—. ¡Mirad las paredes!

La luz del fuego se reflejaba de forma misteriosa sobre la superficie cristalina de las rocas, y la cueva entera comenzó a brillar con infinidad de colores tornadizos que llenaban la habitación de un resplandor de muchos matices.

Hettar caminaba alrededor de los muros circulares y ahora inspeccionaba otra abertura arqueada.

—Una fuente —les dijo—. Éste es un buen sitio para refugiarse de una tormenta.

Durnik dejó la antorcha y se quitó la capa, pues la cueva se había calentado apenas un instante después de que encendiera el fuego. Se giró y miró al señor Lobo.

—Sabías que existía este lugar, ¿verdad? —le preguntó.

—Ninguno de nosotros había sido capaz de encontrarlo antes —respondió el viejo, todavía con aire pensativo—. Ni siquiera estábamos seguros de que aún existiera.

—¿Qué es esta extraña cueva, Belgarath? —preguntó Mandorallen.

Lobo respiró hondo.

—Cuando los dioses estaban creando el mundo, necesitaban reunirse de vez en cuando para discutir lo que cada uno había hecho y lo que iba a hacer en el futuro, de modo que sus obras, las montañas, los vientos, las estaciones, se complementaran y funcionaran en armonía.

Seda, frunciendo la nariz con curiosidad, se había subido en el banco que rodeaba la enorme mesa.

—Aquí hay siete platos —dijo—, justo siete, y también siete tazas. En los platos hay una especie de fruto —agregó y extendió el brazo para coger uno de ellos.

—¡Seda! —le dijo el señor Lobo con brusquedad—. ¡No toques nada! —Seda se quedó inmóvil y se giró para mirar al viejo. Su cara reflejaba perplejidad—. Será mejor que bajes de ahí —agregó el señor Lobo muy serio.

—¡La puerta! —exclamó Ce'Nedra.

Todos se volvieron a tiempo para ver cómo la enorme puerta de hierro se cerraba despacio. Barak soltó una maldición y corrió hacia ella, pero llegó demasiado tarde; la puerta se cerró con un ruido sordo antes de que sus manos alcanzaran a tocarla. El hombretón se volvió con un brillo de desconsuelo en los ojos.

—No te preocupes, Barak —le dijo Garion—, puedo abrirla otra vez.

Entonces Lobo se volvió a mirar a Garion, con una expresión inquisitiva.

—¿Cómo sabías dónde estaba la cueva? —le preguntó.

—No lo sé —titubeó débilmente Garion—, simplemente lo supe. Creo que intuía que nos acercábamos a ella desde hace más o menos un día.

—¿Tiene algo que ver con la voz que le habló a Mara?

—No lo creo. Ahora mismo no parece que estuviera aquí, y mi intuición sobre la cueva fue distinta. Creo que provino de mí y no de la voz, pero no sé bien cómo. Es como si siempre hubiera sabido que este lugar estaba aquí, aunque en realidad no pensé en él hasta que nos acercamos. Me resulta muy difícil explicarlo con claridad.

Tía Pol y el señor Lobo intercambiaron una larga mirada. Garion tuvo la impresión de que Lobo iba a hacerle otra pregunta, pero justo entonces se oyó un gemido en un rincón de la estancia.

—¡Que alguien me ayude! —gritó Hettar con tono apremiante.

Una de las yeguas tenía las ancas abiertas y respiraba con cortos y esforzados gemidos, balanceándose como si le fallaran las patas. Hettar estaba a su lado e intentaba sostenerla.

—Está a punto de parir —explicó.

Entonces todos se volvieron y se acercaron rápidamente a la yegua. Tía Pol enseguida se hizo cargo de la situación y comenzó a dar órdenes con resolución. Ayudaron a tender a la yegua y Hettar y Durnik pusieron manos a la obra, mientras tía Pol llenaba una vasija de agua y la ponía con cuidado sobre el fuego.

—Necesitaré espacio —les dijo a los demás sin rodeos y abrió la bolsa donde llevaba sus frascos de hierbas.

—¿Por qué no salís todos del medio? —sugirió Barak mientras miraba intranquilo a la yegua jadeante.

—Muy buena idea —asintió ella—. Ce'Nedra, quédate aquí, necesitaré tu ayuda.

Garion, Barak y Mandorallen se alejaron un poco y se sentaron contra una de las resplandecientes paredes, mientras Seda y el señor Lobo inspeccionaban el resto de la cueva. Con la vista fija en Durnik y Hettar, que estaban junto a la yegua, y en tía Pol y Ce'Nedra, que trabajaban ante el fuego, Garion se perdió en sus pensamientos. La cueva lo había atraído hasta ella, no tenía la más mínima duda, e incluso ahora, parecía ejercer una peculiar fuerza sobre él. A pesar de que la situación de la yegua era urgente, se sentía incapaz de concentrarse en ella. Tenía la extraña sensación de que el hecho de encontrar la cueva era sólo la primera parte de algo que empezaba a suceder y que no comprendía. Tenía que hacer algo más, y aquella abstracción era una forma de prepararse para ello.

—No es una confesión fácil de hacer —decía Mandorallen con tono lúgubre. Garion levantó la vista hacia él—. Sin embargo, teniendo en cuenta la naturaleza urgente de nuestra misión —continuó el caballero—, debo reconocer mi falta sin tapujos, pues es probable que en algún momento de peligro, mi debilidad me haga huir como el cobarde que soy dejando vuestras vidas en peligro mortal.

—Exageras —le dijo Barak.

—No, mi señor. Os ruego que consideréis el asunto con atención y que decidáis si soy digno de continuar en esta misión —dijo y se dispuso a ponerse en pie.

—¿Dónde vas? —le preguntó Barak.

—Pensé que debía retirarme para que pudierais discutir esta cuestión con tranquilidad.

—Oh, siéntate, Mandorallen —dijo Barak, enfadado—; no pienso decir nada a tus espaldas que no pueda decirte a la cara.

La yegua, echada junto al fuego y con la cabeza apoyada en el regazo de Hettar, volvió a gemir.

—¿Falta poco para la medicina, Polgara? —preguntó Hettar con tono de preocupación.

—No exactamente —respondió ella y se volvió hacia Ce'Nedra, que estaba moliendo con cuidado unas hojas secas en una pequeña taza con una cucharilla—. Tritúralas un poco más, cariño —le indicó.

—Es probable que tengamos que darle la vuelta al potrillo —dijo gravemente Durnik, que estaba parado a horcajadas sobre la yegua, con las manos apoyadas en el vientre abultado del animal—. Creo que viene mal.

—No empieces a hacerlo hasta que hayamos probado con esto —le dijo tía Pol mientras echaba con cuidado un polvo grisáceo de un pote de barro a la vasija que bullía sobre el fuego.

—Creo, mi querido Barak —insistió Mandorallen—, que no habéis comprendido el verdadero alcance de lo que acabo de deciros.

—Te he entendido bien. Has dicho que en una ocasión tuviste miedo y eso no es razón para preocuparse. Le pasa a todo el mundo de vez en cuando.

—Yo no puedo soportarlo. Vivo en un estado de constante preocupación, sin saber cuándo volveré a acobardarme.

—¿Tienes miedo de tener miedo? —dijo Durnik tras levantar la vista de la yegua.

—No podéis imaginar lo que se siente, amigo mío —respondió Mandorallen.

—Se te hace un nudo en el estómago —dijo Durnik—, se te seca la boca y parece que una garra te apretara el corazón. —Mandorallen parpadeó—. Me ha pasado con tanta frecuencia que sé con exactitud lo que se siente.

—¿Vos? Si sois uno de los hombres más valientes que he conocido.

—Soy un hombre corriente, Mandorallen —dijo él—, y los hombres corrientes sienten miedo todo el tiempo. ¿No lo sabías? Tenemos miedo del tiempo, de los hombres poderosos, de la noche y de los monstruos que acechan en la oscuridad, tenemos miedo de envejecer y de morir. A veces, incluso tenemos miedo de vivir. Los hombres corrientes sienten temor casi en cada momento de su vida.

—¿Y cómo podéis soportarlo?

— ¿Acaso tenemos elección? El miedo forma parte de la vida, Mandorallen, y ésta es la única vida que tenemos. Te acostumbrarás; una vez que te vistes con él una mañana, ya no lo notas más, como si se tratara de una vieja túnica. A veces reírse de él ayuda..., al menos un poco.

—¿Reírse?

—Le demuestra al temor que tú sabes que está ahí, pero que, de todas maneras, seguirás adelante y harás lo que tengas que hacer. —Durnik fijó la vista en sus manos y masajéó con cuidado el vientre de la yegua—. Algunos hombres maldicen, blasfeman y se enfurecen —continuó—, supongo que eso tiene el mismo efecto. Cada hombre debe encontrar su propio sistema para superarlo. Yo, personalmente, prefiero la risa. Por alguna razón, me parece lo más apropiado.

Mientras asimilaba las palabras de Durnik, la cara de Mandorallen se volvía cada vez más seria y pensativa.

—Lo tendré en cuenta —dijo—. Es probable, amigo mío, que os deba mi vida por esta pequeña lección.

La yegua volvió a gemir, esta vez con un aullido profundo y desgarrador. Durnik se incorporó y se arremangó la camisa.

—Vamos a tener que dar la vuelta al potrillo —dijo resuelto—, y pronto, o perderemos a ambos.

—Deja que primero le dé esto —respondió tía Pol mientras echaba un poco de agua fría en la pócima hirviente—. Sosténle la cabeza —le dijo a Hettar. Hettar asintió con un gesto y sostuvo con firmeza la testa de la yegua—. Garion —dijo tía Pol al tiempo que volcaba el líquido a cucharadas en la boca del animal—, ¿por qué no vas con Ce'Nedra a ver qué hacen tu abuelo y Seda?

— ¿Alguna vez has dado la vuelta a un potrillo, Durnik? —preguntó Hettar con ansiedad.

— Un potrillo no, pero lo he hecho con muchos terneros, y, en realidad, una yegua no es muy distinta de una vaca.

—Yo iré con Garion y la princesa —dijo Barak de repente. Su tez había cobrado un color verdoso—. No creo que pueda ayudar mucho.

—Yo os acompaño —declaró Mandorallen con la cara visiblemente pálida—. Creo que será oportuno dejar a nuestros amigos suficiente espacio para el parto.

Tía Pol miró a los dos guerreros con una ligera sonrisa en los labios, pero no dijo nada. Garion y los demás se fueron muy pronto.

Seda y el señor Lobo estaban de pie detrás de la enorme mesa de piedra y examinaban otra de las aberturas circulares que había sobre la reluciente pared.

—Nunca había visto frutos como éstos —decía el hombrecillo.

—Me sorprendería que los hubieras visto —respondió Lobo.

—Parecen muy frescos, como si acabaran de cogerlos de la planta.

De forma casi involuntaria, la mano de Seda hizo ademán de coger la tentadora fruta.

—Yo no lo haría —le advirtió Lobo.

—Me pregunto qué sabor tendrá.

—Preguntártelo no te hará daño, pero probarla podría hacértelo.

—Odio no poder satisfacer mi curiosidad,

— Lo superarás. —Lobo se volvió a Garion y los otros—. ¿Cómo está la yegua?

—Durnik dice que tendrá que darle la vuelta al potrillo —dijo Barak—. Pensamos que sería conveniente dejarles espacio.

Lobo asintió.

—¡Seda! —exclamó sin volverse.

—Lo siento —dijo Seda y sacó la mano de la fruta.

—¿Por qué no sales de ahí? Sólo conseguirás crear problemas.

—Me paso la vida haciendo justamente eso.

—Obedece, Seda —dijo Lobo con firmeza—. No puedo estar vigilándote todo el tiempo. —Metió los dedos debajo del vendaje sucio y roto y comenzó a rascarse con disgusto—. ¡Ya está bien de esto! —exclamó—. Ven, Garion, quítamelo —agregó, y extendió el brazo.

—Yo no —reculó Garion—. ¿Sabes lo que diría tía Pol si lo hiciera sin su permiso?

—No seas tonto. Seda, hazlo tú.

—¿Primero me dices que no me meta en líos y ahora me pides que haga enfadar a Polgara? No eres muy coherente, Belgarath.

—¡Oh, ya está bien! —dijo Ce'Nedra. Cogió el brazo del viejo y empezó a desatar el vendaje con sus dedos diminutos—. Pero recuerda que fue idea tuya. Garion, dame tu cuchillo.

Con cierta reticencia, Garion le pasó su daga. La princesa cortó el vendaje y comenzó a desenrollarlo. Las tablillas cayeron con estrépito sobre el suelo de piedra.

—Eres una niña encantadora —exclamó el señor Lobo y comenzó a rascarse el brazo con evidente alivio.

—Recuerda que me debes un favor —dijo ella.

—No hay duda de que es tolnedrana —observó Seda. Aproximadamente una hora después, tía Pol vino hacia ellos con los ojos tristes.

—¿Cómo está la yegua? —se apresuró a preguntar Ce'Nedra.

—Muy débil, pero creo que se pondrá bien.

—¿Y qué pasó con el potrillo?

—Fue demasiado tarde. Lo intentamos todo, pero no pudimos hacer que respirara.

Ce'Nedra se quedó boquiabierta y su cara cobró una palidez cadavérica.

—No te rendirás, ¿verdad? —dijo con un tono casi acusatorio.

—No podemos hacer nada, cariño —le dijo tía Pol con un dejo de tristeza—. Nos demoramos demasiado, y ya no le quedaban fuerzas.

Ce'Nedra la miraba incrédula.

—¡Haz algo! —exigió—, eres una hechicera. ¡Haz algo!

—Lo siento Ce'Nedra, pero eso va más allá de nuestro poder. No podemos cruzar esa barrera.

Entonces la pequeña princesa lanzó un gemido y se puso a llorar con amargura. Tía Pol le pasó un brazo sobre los hombros y la sostuvo mientras sollozaba.

Pero Garion ya se movía. De repente veía con absoluta claridad lo que la cueva esperaba de él y respondió sin pensar. Sin darse prisa, avanzó hacia el fuego.

Hettar estaba sentado con las piernas cruzadas en el suelo, con la cabeza gacha por el dolor. Su coleta, que parecía una crin, caía encima de la cara taciturna del zanquilargo animal.

—Déjame a mí, Hettar —dijo Garion.

—¡No, Garion! —gritó a su espalda tía Pol, alarmada.

Hettar levantó la vista. Su cara de halcón reflejaba una profunda tristeza.

—Déjame a mí, Hettar —repitió Garion en voz baja. Sin decir palabra, Hettar levantó el pequeño cuerpo inerte, que aún se veía húmedo y brillante a la luz del fuego, y se lo entregó a Garion. Garion se arrodilló y apoyó al potrillo en el suelo delante del fuego centelleante. Posó sus manos sobre las pequeñas costillas del animal y apretó con suavidad—. Respira —dijo casi en un susurro.

—Ya probamos con eso —dijo Hettar con tristeza—. Lo intentamos todo.

Garion comenzó a concentrarse en su voluntad.

—No lo hagas, Garion —dijo tía Pol con firmeza—. Es imposible, y si lo intentas, te harás daño.

Pero Garion no la escuchaba. La cueva hablaba demasiado alto para que pudiera oír nada más. Concentró sus pensamientos en el cuerpo húmedo e inerte del potrillo, luego extendió su mano derecha y apoyó la palma en la inmaculada espaldilla caoba del animal muerto. Tenía la impresión de que un muro se levantaba ante él, negro, impenetrable y mudo, infranqueable para su entendimiento. Intentó empujarlo, pero no se movía, entonces respiró hondo y luchó con todas sus fuerzas.

—Vive —dijo.

—Para ya, Garion.

—Vive —repitió y redobló su esfuerzo por desterrar la oscuridad.

—Ya es demasiado tarde, Pol —escuchó que le decía el señor Lobo a tía Pol en alguna parte—. Ya se ha entregado.

—Vive —repitió Garion, y la agitación que crecía en su interior era tan grande que absorbía todas sus fuerzas. Las brillantes paredes se encendían y se apagaban y de repente comenzaron a resonar como si alguien hiciera sonar una campana en lo más profundo de la montaña. El sonido vibró y llenó el aire del interior de la cueva abovedada con un tembloroso tintineo. Las luces de los muros resplandecieron con un brillo enceguedor y la estancia quedó tan iluminada como si estuvieran a plena luz del sol.

El pequeño cuerpo del potrillo tembló bajo la mano de Garion y el animalito hizo una profunda y estremecedora inspiración. Garion oyó las exclamaciones de asombro de los demás mientras las patas del potrillo, finas como palillos, comenzaban a moverse. El animal volvió a respirar y abrió los ojos.

—Un milagro —dijo Mandorallen con voz ahogada.

—Tal vez sea algo más que eso —respondió el señor Lobo, con la vista fija en el rostro de Garion.

El potrillo movía la cabeza débilmente sobre su cuello. Extendió las patas e intentó incorporarse. De forma instintiva, se volvió hacia su madre y se aproximó a ella para alimentarse. Su pelaje, que antes de que Garion lo tocara había sido de un profundo color

marrón, ahora tenía una brillante mancha blanca en el lomo del mismo tamaño que la señal de la palma de Garion.

El joven se incorporó y se marchó de allí, sin detenerse junto a los demás. Caminó tambaleante hacia la fuente helada que burbujeaba en la abertura del muro y se mojó la cara y el cuello. Luego se arrodilló ante la fuente y se quedó allí un rato; temblaba y respiraba hondo. Entonces sintió que alguien le rozaba el hombro con cautela, casi con timidez. Agotado, levantó la cabeza y vio al potrillo de pie a su lado, ya más firme, mirándolo con una expresión de adoración en sus ojos vidriosos.

A la mañana siguiente, la tormenta ya había escampado, pero se quedaron en la cueva un día más para que la yegua tuviera tiempo de restablecerse y el potrillo cobrara fuerzas. A Garion le resultaba abrumadora la atención que le dispensaba el pequeño animal. Tenía la impresión de que fuera donde fuese dentro de la cueva, aquellos ojos tiernos lo seguían; y además, el animalito se pasaba el día restregándole el hocico contra la cara. Los demás caballos también lo miraban con una especie de mudo respeto, y la situación era embarazosa.

La mañana de su partida, borraron con cuidado cualquier rastro de su estancia allí. La limpieza se realizó de forma espontánea, sin necesidad de discusiones o sugerencias, y todos pusieron manos a la obra sin el más mínimo comentario.

—El fuego sigue encendido —dijo Durnik, molesto, mirando la cúpula resplandeciente desde la puerta mientras se preparaban para partir.

—Ya se apagará solo cuando nos vayamos —respondió Lobo—. De todos modos, no creo que pudieras apagarlo por más que lo intentaras.

—Tal vez tengas razón —asintió Durnik con sensatez.

—Cierra la puerta, Garion —dijo tía Pol después de que sacaran los caballos a la cornisa que había fuera de la cueva.

Con cierta timidez, Garion cogió un extremo de la enorme puerta de hierro y tiró de él. A pesar de que Barak, con su descomunal fuerza, había intentado cerrarla sin éxito, la puerta se movió con facilidad al contacto de la mano de Garion. Un pequeño empujoncito fue suficiente para que se cerrara con suavidad. Los dos bordes sólidos se unieron con un ruido sordo y potente, dejando sólo una línea fina y casi invisible donde se encontraron.

El señor Lobo apoyó su mano con delicadeza sobre la puerta de hierro, con una mirada ausente. Luego suspiró, se volvió y los condujo por el mismo camino por donde habían venido dos días antes. Una vez que salieron del borde de la montaña, volvieron a montar y descendieron a caballo entre las piedras y los desmoronados restos de hielo, rumbo a los primeros arbustos y árboles enanos, a unos pocos kilómetros de aquel pasaje. Aunque el viento aún soplaba con fuerza, el cielo estaba limpio, con unas pocas nubes aquí y allí que parecían curiosamente cercanas.

Garion acercó su caballo al del señor Lobo. Después de lo que había sucedido en la cueva, su mente estaba confusa y sentía la imperiosa necesidad de poner sus ideas en orden.

—Abuelo —dijo.

—¿Sí, Garion? —respondió el viejo, despertando de su sopor.

—¿Por qué tía Pol intentó detenerme? Me refiero al asunto del potrillo.

—Porque era peligroso —respondió el viejo—. Muy peligroso.

—¿Por qué?

—Cuando intentas hacer algo que es imposible, necesitas emplear demasiada energía, y si te empeñas en ello, puede resultar fatal.

—¿Fatal?

—Te debilitas por completo —asintió Lobo—, y no te queda fuerza suficiente para que tu corazón siga latiendo.

—No lo sabía —dijo Garion impresionado.

Lobo agachó la cabeza para pasar por debajo de una rama.

—Es evidente —dijo.

—¿No dices siempre que no hay nada imposible?

—Dentro de lo razonable, Garion; siempre dentro de lo razonable.

Siguieron cabalgando en silencio durante unos cuantos minutos. La espesa capa de musgo que cubría el suelo bajo los árboles amortiguaba las pisadas de los caballos.

—Quizá sea mejor que aprenda un poco más sobre este asunto —dijo Garion por fin.

—No es mala idea. ¿Qué es lo que quieres saber?

—Supongo que todo.

—Me temo que eso llevará mucho tiempo —rió el señor Lobo.

A Garion se le paralizó el corazón.

—¿Es tan complicado?

—No, en realidad es muy simple, pero las cosas simples siempre son las más difíciles de explicar.

—Eso no tiene sentido —protestó Garion, un tanto ofuscado.

—¿Ah no? —repuso Lobo, mirándolo con expresión divertida—. Entonces, permíteme que te haga una pregunta simple: ¿Cuánto es dos más dos?

—Cuatro —se apresuró a contestar Garion.

—¿Por qué?

Garion vaciló un momento.

—Simplemente es así —respondió sin convicción.

—Pero ¿por qué?

—No hay razón. Simplemente es así.

—Siempre hay una razón para todo, Garion.

—Muy bien, entonces, ¿por qué dos más dos son cuatro?

—No lo sé —admitió Lobo—. Pensé que tal vez tú lo sabrías.

Pasaron junto a un tocón retorcido de una blancura inmaculada que contrastaba con el profundo azul del cielo.

—¿Adonde quieres llegar? —preguntó Garion, aún más confundido.

—Creo que ya hemos avanzado bastante —respondió Lobo—. ¿Qué es exactamente lo que querías saber?

Garion intentó ser todo lo directo posible.

—¿Qué es la hechicería?

—Ya te he explicado eso antes. La Voluntad y la Palabra.

—Eso no significa nada y lo sabes.

—Muy bien, pongámoslo de otro modo. La hechicería es la capacidad de hacer cosas con tu mente además de con tus manos. La mayoría de la gente no la emplea porque al principio es más fácil hacer las cosas de otro modo.

—No parece difícil —señaló Garion, con el entrecejo fruncido.

—Eso es porque hasta ahora has actuado por impulso. Tú no piensas qué tienes que hacer para sentarte, te limitas a hacerlo.

—¿No es más fácil así? Quiero decir, ¿por qué no hacerlo sin pensar?

—Porque la hechicería espontánea es una magia de tercera categoría, y no se puede controlar. Si liberas el poder de tu mente, puede pasar cualquier cosa, pues éste no tiene moral propia. El bien o el mal proceden de ti, no de la hechicería.

—¿Quieres decir que la hechicería puede ser buena o mala?

—No —lo corrigió Lobo—, por sí misma no es ni buena ni mala, y decidir cómo usarla no te ayudará en absoluto. Puedes hacer cualquier cosa que quieras con ella, o, mejor dicho, casi cualquier cosa. Puedes derribar los picos de todas las montañas, plantar los árboles patas arriba o volver verdes las nubes, si así lo deseas. Lo que debes decidir es si debes hacer algo, no si puedes hacerlo.

—Yo destruí a Asharak, ¿verdad? —preguntó Garion, estupefacto.

—No, tú lo mataste, es distinto. Le encendiste fuego y él se quemó hasta morir. Destruir algo es intentar deshacerlo y está prohibido.

—¿Qué pasaría si lo intentara?

—Tu poder se volvería contra ti y desaparecerías al instante.

Garion parpadeó y se estremeció al recordar lo cerca que había estado de aquel límite prohibido en su encuentro con Asharak.

—¿Cómo puedo reconocer la diferencia? —preguntó en un susurro—. Quiero decir, ¿cómo hago para explicar que quiero matar a alguien y no destruirlo?

—No es un buen campo de experimentación —dijo Lobo—. Si de verdad quieres matar a alguien, clávale la espada. Con un poco de suerte, no tendrás necesidad de hacerlo con demasiada frecuencia.

Se detuvieron a dar de beber a los caballos a la orilla de un pequeño arroyuelo que brotaba de unas piedras cubiertas de moho.

—Ya ves, Garion —le explicó Lobo—. El propósito fundamental del universo es el de crear cosas y no permitirá que tú vengas a destruir lo que llevó tanto trabajo construir. Cuando matas a alguien, todo lo que haces es modificar un poco su estado, lo transformas de vivo en muerto. Para destruirlo, tienes que desear que cese de existir por completo. Cuando estés a punto de decirle a algo que "desaparezca" o que "deje de existir", estarás al borde de la autodestrucción. Por eso es fundamental que controlemos siempre nuestras emociones.

—No lo sabía —admitió Garion.

—Pues ahora lo sabes. Nunca intentes hacer desaparecer ni siquiera un pequeño guijarro.

—¿Un guijarro?

—El universo no hace ninguna distinción entre un guijarro y un hombre —dijo el viejo, y lo miró con cierta severidad—. Tu tía ha estado intentando convencerte de la necesidad de que te controles durante meses y tú te has resistido todo el tiempo.

—No sabía a qué se refería —se disculpó Garion, con la cabeza gacha.

—Porque no has querido escucharla. Ése es tu mayor defecto, Garion.

El joven se sonrojó.

—¿Qué ocurrió la primera vez que tú descubriste que podías..., bueno, hacer estas cosas? —preguntó de pronto, con la intención de cambiar de tema.

—Fue una tontería —respondió Lobo—. La primera vez, casi siempre lo es.

—¿Cómo fue?

—Quería mover una gran roca —dijo Lobo y se encogió de hombros—. Mis brazos y mi espalda no tenían la fuerza suficiente, pero mi mente sí. Después no tuve más remedio que acostumbrarme a ello, porque una vez que lo liberas, es para siempre. Ese es el punto en que tu vida cambia y tienes que aprender a controlarte.

—Siempre volvemos a lo mismo, ¿verdad?

—Siempre —asintió Lobo—. En realidad, no es tan difícil como parece. Mira a Mandorallen. —Señaló al caballero, que cabalgaba junto a Durnik y estaba enfrascado en una conversación con él—. Es un buen tipo, honesto, sincero y muy noble; pero seamos francos, por su mente nunca se ha cruzado un pensamiento original..., hasta ahora. Está aprendiendo a controlar el miedo y ese aprendizaje lo está obligando a pensar, tal vez por primera vez en toda

su vida. Es doloroso para él, pero lo está haciendo. Si Mandorallen puede aprender a controlar el miedo con el cerebro limitado que tiene, sin duda tú podrás ejercer el mismo tipo de control sobre tus emociones. Después de todo, eres bastante más listo que él.

Seda, que cabalgaba más adelante, retrocedió y se unió a ellos.

—Belgarath —dijo—, convendría que echaras un vistazo a algo que he encontrado a un kilómetro y medio de aquí.

—De acuerdo —respondió Lobo—. Piensa en lo que te he dicho, Garion, seguiremos hablando más tarde.

Luego él y Seda se perdieron entre los árboles al galope.

Garion meditó sobre lo que le había dicho el anciano. Lo que más le preocupaba era la pesada responsabilidad que le imponía ese talento que él no había buscado.

El potrillo correteaba a su lado, de vez en cuando se internaba entre los árboles y luego volvía con sus pequeños cascos golpeteando sobre la tierra húmeda. A menudo se detenía y miraba a Garion con los ojos llenos de amor y confianza.

—¡Oh, para ya! —dijo Garion.

El potrillo se alejó retozando otra vez.

La princesa Ce'Nedra aproximó su caballo al de Garion.

—¿De qué hablabais Belgarath y tú? —preguntó.

—De un montón de cosas —dijo Garion, y se encogió de hombros.

La mirada de la joven se endureció en el acto. Durante los meses que habían viajado juntos, Garion había aprendido a reconocer aquellas pequeñas señales de peligro. Ahora algo le decía que la princesa buscaba pelea, y con una claridad mental que le sorprendió a él mismo, reflexionó sobre las causas de su muda beligerancia. Lo ocurrido en la cueva la había conmovido mucho y a Ce'Nedra no le gustaba que la conmovieran. Para colmo, la princesa había intentado ganarse al potrillo, sin duda para convertirlo en su mascota personal; pero el animalito la había ignorado por completo y había fijado toda su atención en Garion, incluso hasta el punto de no buscar a su propia madre a menos que tuviera hambre. Ce'Nedra odiaba más que la ignoraran que la conmovieran. Garion advirtió con tristeza que había muy pocas posibilidades de evitar una discusión.

—Por supuesto, no tengo intención de inmiscuirme en tus asuntos privados —dijo ella con acritud.

—No era ningún asunto privado. Estábamos hablando de hechicería y de cómo evitar accidentes. No quiero cometer más errores.

Ella meditó sobre sus palabras, intentando encontrar algo ofensivo en ellas. Su respuesta cortés pareció ponerla aún más nerviosa.

—Yo no creo en la hechicería —dijo de forma contundente.

A la luz de los acontecimientos recientes, su declaración era obviamente absurda y ella misma pareció advertirlo tan pronto como lo dijo. Su mirada se endureció aún más.

—Muy bien —suspiró Garion con resignación—, ¿quieres pelear por alguna razón en particular o sólo pretendes dar alaridos y buscar los fundamentos mientras discutimos?

—¿Dar alaridos? —Su voz subió unas cuantas octavas—. ¿Dar alaridos?

—O tal vez chillidos —sugirió él con toda intención de insultar.

Como de todos modos la pelea era inevitable, Garion decidió meter baza antes de que la voz de la joven se elevara hasta el punto en que le resultara imposible oírla.

—¿CHILLIDOS? —chilló ella.

La pelea duró aproximadamente un cuarto de hora hasta que Barak y tía Pol vinieron a separarlos. En líneas generales, la discusión no había resultado muy satisfactoria. Garion estaba demasiado preocupado como para dar el énfasis suficiente a los insultos que profería contra la joven y, por otra parte, la furia de Ce'Nedra hacía que sus contestaciones adolecieran del

sarcasmo habitual. Hacia el final, la pelea había degenerado en una tediosa repetición de expresiones como «mocosa malcriada» y «campesino estúpido», cuyos ecos repetían sin cesar las montañas circundantes.

El señor Lobo y Seda volvieron a unírseles.

—¿Qué eran esos gritos? —preguntó Lobo.

—Los niños, que jugaban —respondió tía Pol, al tiempo que dirigía una mirada fulminante a Garion.

—¿Dónde está Hettar? —preguntó Seda.

—Justo detrás de nosotros —dijo Barak y se volvió hacia los caballos de carga, pero el alto algario no estaba a la vista. Barak frunció el entrecejo—. Estaba aquí mismo. Tal vez se haya detenido un momento para que su caballo descansara o algo así.

—¿Sin decir nada? —objetó Seda—. Eso no es propio de él, como tampoco lo es abandonar los caballos de carga.

—Debe de haber tenido una buena razón para hacerlo —dijo Durnik.

—Volveré atrás a buscarlo —ofreció Barak.

—No —dijo el señor Lobo—. Espera unos minutos. Será mejor que no nos dispersemos; si es necesario volver, lo haremos todos juntos.

Esperaron allí. El viento agitaba las ramas de los pinos que los rodeaban con un zumbido melancólico, como un murmullo. Después de unos minutos, tía Pol dejó escapar un profundo suspiro.

—Vuelve —dijo con un deje de furia en la voz—; ha estado divirtiéndose.

Al final del camino apareció Hettar con sus ropas de cuero negro, cabalgando tranquilo a medio galope con su larga cola de caballo agitándose al viento. Traía consigo dos caballos con montura pero sin jinetes. Cuando se aproximó un poco más, pudieron oírlo silbar para sí de una forma poco melodiosa.

—¿Qué has estado haciendo? —le preguntó Barak.

—Nos seguían un par de murgos —contestó Hettar, como si eso lo explicara todo.

—Podrías haberme pedido que te acompañara —dijo Barak, algo ofendido.

—Sólo había dos. —Hettar se encogió de hombros—. Llevaban caballos algarios, así que lo tomé como algo personal.

—Siempre tienes una razón para tomar las cosas como algo personal cuando hay murgos de por medio —puntualizó tía Pol.

—Eso parece, ¿verdad?

—¿No se te ocurrió decirnos adonde ibas? —preguntó ella.

—Sólo eran dos —repitió Hettar—. No pensaba demorarme mucho.

Polgara respiró hondo y sus ojos cobraron un brillo peligroso.

—Déjalo pasar, Pol —le dijo el señor Lobo.

—Pero...

—No vas a hacerlo cambiar, así que ¿para qué ponerte nerviosa? Además, viene bien que consiga disuadirlos de que nos persigan. —El viejo se volvió a Hettar, ignorando la fulminante mirada que le dirigió tía Pol—. ¿Eran dos de los murgos que estaban con Brill? —le preguntó.

—No —respondió Hettar meneando la cabeza—. Los que iban con Brill eran del sur y montaban caballos murgos. Estos dos eran del norte.

—¿Hay alguna diferencia visible? —preguntó Mandorallen con curiosidad.

—Las armaduras tienen una pequeña diferencia; además, los sudeños tienen la cara más chata y no son tan altos.

—¿Dónde consiguieron los caballos algarios? —preguntó Garion.

—Eran ladrones de caballos —respondió Hettar con frialdad—. Los caballos algarios son bastante valiosos en Cthol Murgos y algunos murgos se dedican a entrar en Algaria de forma clandestina para robarlos. Nosotros intentamos combatir esa práctica por todos los medios posibles.

—Los caballos no están en muy buena forma —observó Durnik mientras contemplaba a los cansados animales que llevaba Hettar—. Los han hecho cabalgar mucho y tienen heridas de látigo.

—Otra razón más para odiar a los murgos —asintió Hettar con una expresión sombría.

—¿Los has enterrado? —preguntó Barak.

—No, los he dejado a la vista para que otros murgos los encontraran. Pensé que sería una buena lección para los que nos siguieran.

—Hay otras señales de que los murgos han estado por aquí —dijo Seda—. Más adelante he hallado el rastro de una docena más.

—Supongo que era de esperar —comentó el señor Lobo y se rascó la barba—. Ctuchik obligó a salir a los grolims y Taur Urgan debe de estar patrullando la región. No hay duda de que pretenden detenernos, así que deberíamos apresurarnos en llegar al valle. Una vez allí, ya no nos molestarán.

—¿No nos seguirán al interior del valle? —preguntó Durnik mientras miraba con nerviosismo a su alrededor.

—No. Los murgos no entrarán al valle por ningún motivo. El espíritu de Aldur está allí, y te aseguro que los murgos le tienen muchísimo miedo.

—¿Cuántos días faltan para llegar al valle? —preguntó Seda.

—No más de cuatro o cinco —respondió Lobo—, si nos damos prisa.

—Entonces, será mejor que nos movamos.

El clima, que era casi invernal en las montañas más altas, a medida que descendían de los picos y las lomas, comenzó a suavizarse hasta alcanzar temperaturas más propias del otoño. Los bosques de las colinas que se alzaban sobre Maragor eran tupidos, llenos de abetos y malezas. Del otro lado, sin embargo, el árbol más abundante era el pino y las malezas eran poco frecuentes. El aire parecía más seco y las colinas estaban cubiertas de hierba alta y amarilla.

Pasaron por una zona donde las hojas de los escasos arbustos eran de color rojo brillante; pero luego, a medida que bajaban, el follaje se volvió amarillo y más tarde otra vez verde. A Garion, estos cambios inversos de estaciones le resultaban extraños, pues parecían alterar todas sus percepciones sobre el orden natural de las cosas. Cuando alcanzaron las primeras colinas que se alzaban sobre el valle de Aldur, era verano otra vez y se encontraron con un paisaje dorado y algo polvoriento. A pesar de que se toparon con abundantes señales de las patrullas de murgos que rastillaban la zona, no tuvieron ningún otro encuentro con ellos. Después de cruzar una frontera un tanto indefinida, no hubo más rastros de caballos murgos.

Cabalaron junto a un arroyo turbulento que se precipitaba sobre las piedras lisas y redondeadas, espumante y ruidoso. Era uno de los tantos que formaban la cabecera del ancho río Aldur, que discurría a través de la amplia llanura de Algaría y desembocaba en el golfo de Cherek, cuatro mil kilómetros al noroeste.

El valle de Aldur yacía al pie de dos grandes cadenas montañosas, que formaban la columna vertebral del continente. Era fértil y verde, cubierto de altos pastos y salpicado aquí y allí de enormes árboles solitarios. En él pastaban ciervos y caballos salvajes, tan mansos como si fueran ganado. A medida que el grupo se internaba en el valle, Garion tuvo la impresión de que los pájaros se agrupaban en torno a tía Pol, y los más valientes se posaban en su hombro, y allí gorjeaban y trinaban.

—Ya me había olvidado de esto —le dijo el señor Lobo a Garion—. En los próximos días será difícil captar su atención.

—¿Por qué?

—Cada pájaro del valle vendrá a visitarla. Ocurre cada vez que venimos aquí, los pájaros enloquecen con sólo verla.

Entre la confusa algarabía del trinar de los pájaros, Garion tuvo la impresión de escuchar de forma vaga, casi como un murmullo, un coro de voces que repetía:

—Polgara, Polgara, Polgara.

—¿Son imaginaciones mías o hablan de verdad?

—Me sorprende que no los hayas oído antes —respondió Lobo—. Cada pájaro que nos cruzamos en los últimos cincuenta kilómetros canturreó su nombre.

—Mírame, Polgara, mírame —parecía decir una golondrina mientras le ofrecía un despliegue de su habilidad con una serie de piruetas sobre su cabeza.

Ella le sonrió con ternura y el pájaro redobló entonces sus esfuerzos.

—Nunca los había oído hablar —se maravilló Garion.

—Le hablan todo el tiempo —dijo Lobo—. A veces lo hacen durante horas, por eso a menudo parece abstraída, porque está escuchando a los pájaros. Tu tía se mueve en un mundo lleno de voces.

—No lo sabía.

—No mucha gente lo sabe.

El potrillo, que había venido a un trote bastante sereno desde que bajaran las colinas, se volvió loco de alegría cuando alcanzaron los pastos frescos del valle. De repente aumentó su velocidad y corrió hacia las praderas. Se internó entre la hierba, sacudiendo sus delgadas patas, y galopó dando largas vueltas circulares sobre las colinas bajas y ondulantes. Trotó después en dirección a los rebaños de ciervos que estaban paciendo, y cuando éstos huyeron asustados, fue tras ellos.

—¡Vuelve aquí! —le gritó Garion.

—No te oye —le dijo Hettar y sonrió ante las travesuras del caballito—, o al menos se hará el que no te oye, pues se lo está pasando muy bien.

— ¡*Vuelve aquí inmediatamente!* —Garion proyectó su pensamiento con más firmeza de la que era su intención; las patas del potrillo se quedaron rígidas y el animal se detuvo. Luego se giró y trotó obedientemente hacia Garion, con los ojos llenos de culpa—. ¡Caballo malo! —lo regañó Garion.

El potrillo agachó la cabeza.

—No lo riñas —dijo Lobo—. Tú también has sido pequeño alguna vez.

Enseguida Garion se arrepintió de lo que había dicho y se acercó a palmear el lomo del animal.

—Está bien —se disculpó.

El potrillo lo miró agradecido y correteó por la hierba, aunque siempre muy cerca de su amo.

La princesa Ce'Nedra lo había estado observando. Por alguna razón, siempre parecía mirarlo. Lo contemplaba con los ojos llenos de especulaciones y un mechón de su cabello cobrizo enrollado en un dedo que se llevaba distraídamente a la boca. Garion tenía la impresión de que cada vez que la miraba, ella se mordisqueaba el pelo con los ojos fijos en él.

—Si fuera mío, yo no sería tan cruel con él —lo acusó tras quitarse el mechón de la boca.

Garion decidió no responderle.

Ya en el interior del valle, pasaron junto a tres torres en ruinas que parecían muy antiguas, separadas entre sí por bastante distancia. En su estado original debían de haber tenido unos veinte metros de altura, pero habían sufrido una importante erosión por el clima y el paso de los años. La última de las tres tenía aspecto de haber sido abrasada por un fuego devastador.

—¿Aquí hubo alguna guerra, abuelo? —preguntó Garion.

—No —respondió Lobo con tristeza—. Las torres pertenecían a mis hermanos. Aquélla era la de Belsambar y la que está al lado, la de Belmakor. Murieron hace tiempo.

—Pensé que los hechiceros no morían nunca.

—Se cansaron...., o tal vez perdieron la esperanza y eligieron dejar de existir.

—¿Se suicidaron?

—En cierto modo sí, aunque es algo bastante más complejo.

Garion no insistió, pues el viejo no parecía querer entrar en detalles.

—¿Y de quién es la otra?, me refiero a la torre que está quemada.

—Es la de Belzedar.

—¿La habéis quemado tú y los otros hechiceros cuando se fue con Torak?

—No, la quemó él mismo. Supongo que lo hizo para demostrarnos que ya no era un miembro de nuestra hermandad; a Belzedar siempre le gustaron los gestos dramáticos.

— ¿Y dónde está tu torre?

— Más adelante, dentro del valle.

— ¿Me la enseñarás?

— Si tú quieres...

— ¿Tía Pol tiene su propia torre?

—No, cuando era pequeña vivió conmigo y después se fue a recorrer mundo. Nunca llegamos a construirle su propia torre.

Cabalaron hasta el anochecer y se detuvieron a pasar la noche bajo un enorme árbol que se alzaba solitario en medio de una vasta pradera. El árbol literalmente daba sombra a acres enteros de terreno. Ce'Nedra saltó de su caballo y corrió hacia él con su roja cabellera agitándose tras ella.

—¡Es hermoso! —exclamó y rodeó el tronco con sus brazos en un gesto de afecto y reverencia.

—¡Dríadas! —dijo el señor Lobo meneando la cabeza—. Se vuelven locas ante la sola visión de un árbol.

—No lo reconozco —dijo Durnik, con el entrecejo fruncido—. No es un roble.

—Tal vez sea una especie característica del sur —sugirió Barak—. Yo nunca he visto otro igual.

—Es muy viejo —dijo Ce'Nedra y apoyó su mejilla con afecto sobre su tronco— y habla de una forma extraña, pero le gusto.

—¿Qué clase de árbol es? —preguntó Durnik, aún con el gesto ceñudo.

Su necesidad de definir y clasificar todo se veía frustrada ante aquel enorme árbol.

—Es único en su especie en todo el mundo —le dijo el señor Lobo—, ni siquiera le hemos puesto un nombre. Para nosotros es simplemente el árbol. A veces nos encontrábamos aquí.

—No parece que tuviera bayas, frutos o semillas de ningún tipo —observó Durnik mientras examinaba la tierra debajo de las amplias ramas.

—No las necesita —respondió Lobo—. Como ya te he dicho, es único en su especie. Siempre ha estado aquí y seguirá en su puesto para siempre. No tiene necesidad de propagarse.

—Nunca he oído hablar de un árbol sin semillas —observó Durnik con tono de preocupación.

—Es un árbol bastante especial, Durnik —dijo tía Pol—. Brotó el día de la creación del mundo y lo más probable es que siga aquí hasta que éste se acabe. Tiene un propósito distinto de la reproducción.

— ¿Y qué propósito es ése?

—No lo sabemos —contestó Lobo—. Sólo sabemos que es el ser vivo más viejo del mundo. Tal vez su propósito sea justamente ése, el de demostrar la continuidad de la vida.

Ce'Nedra se había quitado los zapatos y trepaba a las gruesas ramas mientras dejaba escapar pequeñas exclamaciones de afecto y alegría.

—Por casualidad, ¿hay alguna leyenda que relacione a las dríadas con las ardillas? —preguntó Seda.

El señor Lobo sonrió.

—Si no os importa prescindir de nuestra presencia, Garion y yo tenemos cosas que hacer.

Tía Pol le dedicó una mirada inquisitiva.

—Es hora de que le dé una pequeña lección, Pol —explicó el viejo.

—Ya nos arreglaremos, padre —dijo ella—. ¿Volveréis a tiempo para cenar?

—Manten la comida caliente. ¿Vamos, Garion?

Los dos cabalaron en silencio a través de las verdes praderas, mientras la dorada luz de la tarde convertía al valle en un lugar cálido y acogedor. Garion estaba asombrado del súbito cambio de humor del señor Lobo. Antes, siempre parecía que el viejo actuaba por impulsos, que

tomaba la vida como venía y seguía adelante confiando en el azar, el ingenio y, en caso necesario, incluso en su poder. Sin embargo, desde su llegada al valle parecía sereno e imperturbable ante los caóticos acontecimientos del mundo exterior.

A unos tres kilómetros del árbol, había otra torre. Era bastante baja y redondeada y estaba construida en tosca piedra. En la parte superior había ventanas en forma de arco que daban a las direcciones de los cuatro vientos, pero no parecía tener puerta.

—Has dicho que querías conocer mi torre —dijo Lobo—. Pues bien, aquí la tienes.

—No está en ruinas como las otras.

—De vez en cuando me ocupo de ella. ¿Subimos?

—¿Dónde está la puerta? —preguntó Garion mientras bajaba del caballo.

—Allí —dijo el señor Lobo y señaló una gran piedra sobre la pared circular. Garion lo miró con escepticismo, pero el señor Lobo se colocó frente a la roca y le habló—: Soy yo, ábrete.

El ruido que Garion oyó entonces le pareció algo normal y corriente, como algo que comenzaba a hacerse tan habitual que ya no le sorprendía. La roca obedeció y se movió dejando al descubierto una estrecha puerta de forma irregular. Lobo le hizo un gesto para que lo siguiera y se metió en la habitación oscura que había detrás de la puerta.

La torre, según pudo apreciar Garion, no era el cascarón vacío que él esperaba encontrar, sino un pedestal sólido, con la única abertura de una escalera que subía al piso superior.

—Adelante —le dijo Lobo y comenzó a trepar los desgastados peldaños—. Cuidado con ése —dijo a medio camino, señalando un escalón—, la piedra está floja.

—¿Por qué no lo arreglas? —preguntó Garion, al tiempo que evitaba pisarlo.

—Tendría que hacerlo, pero nunca me acuerdo. Ha estado así durante mucho tiempo y estoy tan acostumbrado a él que cuando vengo aquí ni siquiera se me ocurre arreglarlo.

La habitación de arriba era circular y estaba llena de trastos. Todo estaba cubierto por una espesa capa de polvo. En distintos lugares de la sala, había varias mesas donde descansaban rollos y hojas de pergamino, extraños objetos y modelos, trozos de piedra y cristal y un par de nidos de pájaros. Sobre uno de ellos había una curiosa rama tan retorcida e intrincada que la vista de Garion era incapaz de seguir sus circunvoluciones. La cogió y le dio vueltas entre sus manos, intentando entenderla.

—¿Qué es esto, abuelo?

—Uno de los juguetes de Polgara —dijo el viejo, con aire distraído, mientras echaba un vistazo a la habitación polvorienta.

—¿Y para qué sirve?

—La hacía callar cuando era un bebé. Sólo tiene un extremo. Se pasó cinco años tratando de descifrar cómo estaba doblada.

Garion levantó la vista del fascinante trozo de madera.

—Es muy cruel hacerle eso a una criatura.

—Tenía que hacer algo —respondió Lobo—. Cuando era pequeña tenía una voz muy estridente. Beldaran era una niña tranquila y alegre, pero tu tía nunca parecía satisfecha con nada.

—¿Beldaran?

—La hermana gemela de tu tía. —La voz del viejo se rompió y durante un instante miró con tristeza a través de una de las ventanas. Por fin suspiró y se volvió a contemplar la habitación circular—. Supongo que tendré que limpiar un poco todo esto —dijo, mirando la suciedad y el polvo que había a su alrededor.

—Deja que te ayude.

—Pero ten cuidado de no romper nada —le advirtió el viejo—. Me llevó siglos construir algunas de estas cosas.

Comenzó a moverse por la habitación, levantando cosas, poniéndolas otra vez en su sitio y soplándolas a menudo para quitarles el polvo. Sus esfuerzos no parecían servir de mucho.

Por fin se detuvo y fijó la vista en una pequeña silla de aspecto tosco, con una varilla en el respaldo, llena de marcas y arañazos como si hubiera sido cogida por unas fuertes garras. El anciano volvió a suspirar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Garion.

—La silla de Polendra —dijo Lobo—, mi esposa. Solía posarse allí para contemplarme, a veces durante años.

—¿Posarse?

—Le gustaba tomar la forma de un búho.

—¡Ah!

Garion nunca se había detenido a pensar en el anciano como en un hombre casado, aunque era obvio que debía de haberlo estado en algún momento, pues Polgara y su hermana gemela eran sus hijas. La simbólica preferencia de su esposa por los búhos explicaba el aprecio de tía Pol por esa misma figura. El joven advirtió que aquellas dos mujeres, Polendra y Beldaran, tenían una íntima relación con su vida, y, sin embargo, le producían un disgusto irracional, pues habían compartido una parte de la vida de su tía y de su abuelo que él nunca conocería.

El anciano levantó un pergamino y cogió un extraño objeto que tenía un tubo indicador en un extremo.

—Pensé que te había perdido —le dijo al objeto y lo tocó con afecto y familiaridad— y has estado todo el tiempo debajo de ese pergamino.

—¿Qué es? —le preguntó Garion.

—Algo que hice cuando intentaba descubrir la razón de que existieran las montañas.

—¿La razón?

—Todo tiene una razón. —Lobo levantó el instrumento—. Mira, lo que tienes que hacer es... —Se interrumpió y volvió a apoyar el objeto sobre la mesa—. Es demasiado complicado de explicar, ni siquiera estoy seguro de cómo lo usaba, pues no lo toqué desde que Belzedar vino al valle. Cuando él llegó, tuve que dejar mis estudios y dedicarme a entrenarlo. —Contempló el polvo y el desorden que había a su alrededor—. Es inútil —dijo—; de todos modos volverá a llenarse de polvo.

—Y antes de que Belzedar viniera, ¿estabas solo?

—Mi Maestro estaba conmigo. Esa de allí es su torre — dijo.

Lobo y señaló a través de la ventana del norte una estructura de piedra a un kilómetro y medio de distancia.

—¿De verdad estuvo aquí? —preguntó Garion—. ¿O sólo se trataba de su espíritu?

—No, estuvo aquí de verdad antes de que los dioses se marcharan.

—¿Siempre has vivido aquí?

—No, vine como un ladrón, buscando algo que robar..., bueno, supongo que no es verdad. Cuando llegué aquí, tenía más o menos tu edad y me estaba muriendo.

—¿Muriendo? —preguntó atónito Garion.

—Congelado. El año antes, después de la muerte de mi madre, había dejado la aldea donde nací y pasé el primer invierno en el campamento de los sin dios. Entonces ya eran muy viejos, pero...

—¿Los sin dios?

—Ulgos, o más bien aquellos que no quisieron acompañar a Gorim a Prolgu. Después de aquel suceso dejaron de tener hijos, así que se alegraron mucho de encontrarme. En esa época yo no podía comprender su lengua y todos sus mimos me ponían nervioso; por lo tanto, esa primavera me escapé. Al otoño siguiente volví, pero me sorprendió una temprana tormenta de

nieve no muy lejos de allí. Me tiré a morir junto a la torre de mi Maestro, pues al principio no sabía que se trataba de una torre; con toda la nieve que tenía encima parecía una pila de rocas. Si no recuerdo mal, en aquel momento estaba compadeciéndome de mi suerte.

—Me lo imagino —observó Garion y se estremeció al pensar lo que significaría estar solo y a punto de morir.

—Gimoteaba un poco y el ruido molestó a mi Maestro, que me dejó entrar, tal vez más para hacerme callar que por ninguna otra razón. En cuanto estuve dentro, comencé a buscar algo para robar.

—Pero, en su lugar, él te convirtió en un hechicero.

—No. Me convirtió en un siervo, en un esclavo. Trabajé para él durante cinco años antes de descubrir quién era. A veces pensaba que lo odiaba, pero tenía que hacer lo que él decía, aunque no sabía bien por qué. La gota que colmó el vaso fue cuando me ordenó que apartara una gran roca de su camino. Yo lo intenté con todas mis fuerzas pero no pude hacerlo; por fin me enfadé lo suficiente para moverla con la mente en lugar de con la espalda. Por supuesto, eso es lo que él había estado esperando, y después de aquel incidente, comenzamos a llevarnos mejor. Él cambió mi nombre de Garath a Belgarath y me convirtió en su alumno.

—¿Y su discípulo?

—Eso llevó más tiempo. Tenía mucho que aprender. Cuando él me llamó discípulo por primera vez, yo estaba examinando la razón de que ciertas estrellas se cayeran y él trabajaba en una piedra gris y redonda que había recogido a la orilla del río.

—¿Llegaste a descubrir la razón por la cual las estrellas se caen?

—Sí, no es tan complicado, tiene que ver con el equilibrio. El mundo necesita un cierto peso para seguir girando, y cuando empieza a disminuir su velocidad, ciertas estrellas cercanas se caen. Su peso compensa la diferencia.

—Nunca había pensado en eso.

—Yo tampoco, al menos durante mucho tiempo.

—La piedra que has mencionado, ¿era...?

—El Orbe —confirmó Lobo—. Sólo era una piedra corriente hasta que mi Maestro la tocó. Bueno, así aprendí el secreto de la Voluntad y la Palabra, que después de todo no es tan secreto. Está en todos nosotros..., ¿ya lo dije antes?

—Creo que sí.

—Sí, quizá sí; me temo que tengo tendencia a repetirme. —El viejo cogió un rollo de pergamino y lo miró, luego lo dejó a un lado—. ¡Cuánto hace que he empezado y aún no he terminado! —suspiró.

—¿Abuelo?

—¿Sí, Garion?

—Este... poder nuestro, ¿qué nos permite hacer?

—Eso depende de tu mente, Garion, La complejidad del poder reside en la complejidad de la mente que lo pone en acción. Es evidente que no se podrá hacer algo que la mente que lo alberga no pueda imaginar. Ése es el propósito de nuestros estudios, expandir nuestras mentes para ser capaces de emplear el poder en todo su potencial.

—Sin embargo, todas las mentes son diferentes —dijo Garion, empeñado en descifrar una idea.

—Sí.

—¿Y eso significa que esta... habilidad —evitaba la palabra «poder»— es diferente en cada uno de nosotros? Me refiero a que a veces tú haces cosas y otras veces las hace tía Pol.

—Es distinta en cada uno de nosotros —asintió Lobo—. Hay ciertas cosas que todos podemos hacer; por ejemplo, todos podemos mover cosas.

—Tía Pol lo llamó trans... —Garion dudó, sin alcanzar a recordar la palabra.

—Translocación —lo ayudó Lobo—. Mover algo de un sitio a otro. Es lo más fácil de hacer y por lo general lo primero que haces..., y lo que hace más ruido.

—Eso dijo ella.

Garion recordó al esclavo que había sacado del río en Sthiss Tor y que luego había muerto.

—Polgara puede hacer cosas que yo no puedo hacer —continuó Lobo—. No porque ella sea más fuerte que yo, sino porque piensa de un modo diferente. Todavía no sabemos bien qué puedes hacer tú, porque no conocemos a ciencia cierta cómo funciona tu mente. Pareces capaz de hacer con bastante facilidad cosas que yo ni siquiera intentaría. Tal vez sea porque no te das cuenta de lo difíciles que son.

—No entiendo lo que quieres decir.

—Quizá no me haya explicado bien —dijo el señor Lobo y se volvió a mirarlo—. ¿Recuerdas al monje loco que intentó atacarte en esa aldea del norte de Tolnedra, poco después de abandonar Arendia? —Garion asintió con un gesto—. Le curaste la locura. Eso no parece gran cosa, hasta que entiendes que para curarlo, primero has tenido que comprender la verdadera naturaleza de su enfermedad. Eso es algo muy difícil y lo has hecho sin tener que pensar en ello. Y luego, por supuesto, está el asunto del potrillo. —Garion miró hacia abajo por la ventana y vio al caballito que retozaba en el campo alrededor de la torre—. El potrillo estaba muerto y tú has hecho que volviera a respirar. Para hacerlo, has tenido que entender el sentido de la muerte.

—Sólo era una pared —explicó Garion—, y todo lo que hice fue atravesarla.

—Creo que hay mucho más que eso. Pareces capaz de visualizar ideas extremadamente difíciles en términos muy simples. Ése es un don poco común, pero hay algunos peligros que deberías conocer.

—¿Peligros? ¿Cuáles?

—No simplifiques demasiado. Si un hombre está muerto, por ejemplo, suele estarlo por una buena razón, como una espada que le atraviesa el pecho. Si lo traes otra vez a la vida, volverá a morir de inmediato. Como te dije antes, el hecho de que puedas hacer algo no significa que debas hacerlo.

—Me temo que esto va a llevar mucho tiempo, abuelo —suspiró Garion—. Tengo que aprender a controlarme y a distinguir lo que debo o no hacer para no acabar matándome intentando hacer algo imposible. ¡Ojalá esto nunca me hubiera sucedido!

—Todos lo deseamos en ocasiones. Algunas de las cosas que he tenido que hacer no me han gustado nada y tampoco a tu tía; pero lo que hacemos es más importante que lo que somos, así que no tenemos más remedio que cumplir con nuestra obligación, nos guste o no.

—¿Qué pasaría si te negaras y dijeras: "no, no lo haré"?

—Supongo que podrías hacerlo, pero no lo harás, ¿verdad?

—No —volvió a suspirar Garion—, creo que no.

—Sabía que verías las cosas de ese modo, Belgarion —dijo Lobo y puso su brazo sobre los hombros del joven—. Tu destino es éste, al igual que el nuestro.

Garion experimentó la extraña turbación que sentía siempre que escuchaba aquel nombre secreto.

—¿Por qué insistís en llamarme así? —preguntó.

—Belgarion —dijo Lobo con suavidad—. Piensa, chico, piensa en lo que significa. No te he contado todas estas historias de mi vida sólo porque me guste oír el sonido de mi propia voz.

Garion reflexionó sobre la idea.

—Tú eras Garath —murmuró pensativo—, pero el dios Aldur cambió tu nombre por el de Belgarath. A Zedar al principio lo llamaban Zedar y luego Belzedar, y más tarde volvió a su primer nombre.

—Y en mi antigua tribu, Polgara hubiera sido Gara. Pol es como Bel, la única diferencia es que ella es una mujer. Su nombre viene del mío, porque es mi hija, y tu nombre también procede del mío.

—Garion, Garath —dijo el chico—, Belgarion, Belgarath. Todo coincide, ¿verdad?

—Es natural —respondió el viejo—. Me alegro de que lo notaras.

Garion sonrió, pero de repente se le ocurrió una idea.

—Pero yo todavía no soy Belgarion, ¿no es cierto?

—No del todo. Todavía te queda bastante camino por recorrer.

—En tal caso, será mejor que empiece de una vez —dijo Garion con cierto pesar—, ya que no me queda más remedio.

—Siempre supe que acabarías por aceptarlo —dijo el señor Lobo.

—¿A veces no desearías que yo fuera sólo Garion y tú el viejo narrador de cuentos que venía a visitarnos a la hacienda de Faldor, mientras tía Pol preparaba la comida en la cocina, como en los viejos tiempos, y que nos escondiéramos en el granero con una botella que yo habría robado para ti? —preguntó Garion y sintió que la nostalgia por su hogar crecía en su interior.

—A veces, Garion, a veces —admitió el señor Lobo.

—Nunca podremos volver allí, ¿verdad?

—No del mismo modo.

—Yo seré Belgarion, y tú, Belgarath. Nunca volveremos a ser los mismos.

—Todo cambia, Garion —le dijo Belgarath.

—Enséñame la roca —dijo Garion de repente.

—¿Qué roca?

—La que te hizo mover Aldur el día que descubriste tu poder.

—¡Ah! —dijo Belgarath—, esa roca. Está allí, es la blanca. Aquella donde el potrillo se afila los cascos.

—Es una roca muy grande.

—Me alegro de que lo aprecies —respondió Belgarath con modestia—, yo también pensé lo mismo.

—¿Crees que yo podría moverla?

—No lo sabrás hasta que lo intentes —le dijo Belgarath.

A la mañana siguiente, cuando Garion se despertó, intuyó en el acto que no estaba solo.

«¿Dónde has estado?», preguntó en silencio.

«Te he estado observando —contestó la otra conciencia dentro de su mente—. *Veo que por fin te has decidido.*»

«No tenía otra elección.»

«Ninguna. Será mejor que te levantes, viene Aldur.»

Garion rodó fuera de las mantas a toda prisa.

«¿Aquí?, ¿estás seguro?»

La voz de su mente no respondió.

Garion se puso una túnica limpia y calzas y limpió sus botines con cierto esmero. Luego salió de la tienda que compartía con Seda y Durnik.

El sol acababa de salir sobre las altas montañas del este y la línea entre la luz y la oscuridad se movía con majestuosa pesadez sobre la fresca hierba del valle. Tía Pol y Belgarath estaban al lado del fuego, donde el agua comenzaba a hervir en una vasija; hablaban en voz baja. Garion se les unió.

—Te has levantado temprano —dijo tía Pol y extendió su mano para alisarle el pelo.

—Estaba despierto —respondió y miró a su alrededor preguntándose desde dónde vendría Aldur.

—Tu abuelo me dijo que ayer tuvisteis una larga charla.

—Ahora entiendo mejor algunas cosas —asintió Garion—. Siento haber sido tan obstinado.

Polgara lo atrajo hacia ella y lo rodeó con sus brazos.

—No te preocupes, cariño. Tenías que tomar una decisión importante.

—Entonces, ¿no estás enfadada conmigo?

—Por supuesto que no, cariño.

Los demás comenzaban a levantarse y salían de sus tiendas con aspecto desgredado, bostezando y estirándose.

—¿Qué haremos hoy? —preguntó Seda mientras se aproximaba al fuego y se restregaba los ojos soñolientos.

—Esperaremos —dijo Belgarath—. Mi Maestro dijo que nos encontraríamos aquí.

—Tengo curiosidad por verlo, nunca tuve oportunidad de conocer a un dios.

—Creo que vuestra curiosidad pronto será satisfecha, príncipe Kheldar —dijo Mandorallen—. ¡Mirad allí!

Una figura con una túnica azul se acercaba por la pradera, no muy lejos del enorme árbol bajo el cual acampaban. Una suave aura de luz azul rodeaba la figura y enseguida todos sintieron con claridad que no se trataba de un hombre. Garion no estaba preparado para el impacto de aquella presencia. Su encuentro con el espíritu de Issa en la sala del trono de la reina Salmissra había quedado difuminado por el efecto de las drogas que la reina de las serpientes le había obligado a beber. De un modo similar, en su confrontación con Mara en las ruinas de Mar Amon

la mitad de su mente había estado dormida. Pero ahora, completamente despierto con las primeras luces de la mañana, se encontró ante un dios.

La cara de Aldur reflejaba una sabiduría enorme y benévola. Su largo cabello y su barba eran blancos, Garion intuyó que por elección más que por el resultado de la edad. Por alguna razón esa cara le resultaba muy familiar; tenía una cierta similitud con la de Belgarath, aunque Garion pronto advirtió, con una súbita y curiosa inversión de su primera idea, que era Belgarath el que se parecía a Aldur; como si cientos de años de relación hubieran estampado los rasgos de Aldur en la cara del anciano. Por supuesto, había diferencias. Aquella traviesa picardía que caracterizaba a su abuelo no estaba presente en la expresión tranquila de Aldur. Esa era una cualidad propia de Belgarath, tal vez el último vestigio de los rasgos del ladronzuelo que Aldur había acogido en su torre un día de nieve, unos siete mil años atrás.

—Maestro —dijo Belgarath con una respetuosa reverencia cuando Aldur se aproximó a ellos.

—Belgarath —respondió el dios con una voz muy serena—. Hacía mucho tiempo que no os veía, los años no han sido muy duros con vos.

—Algunos días los siento más que otros, Maestro —dijo Belgarath y se encogió de hombros—. Arrastro muchos años conmigo.

Aldur sonrió y se volvió hacia tía Pol.

—Mi querida hija —dijo con afecto y extendió su mano para tocar el rizo plateado de su pelo—. Estáis tan hermosa como siempre.

—Y vos tan gentil, Maestro —respondió ella con una sonrisa y una inclinación de cabeza.

Entre los tres corrió una intensa corriente, una especie de fusión de las tres mentes que reflejaba su compenetración. Garion pudo percibirlo con su propia mente y se sintió un poco ofendido al verse excluido de la reunión, pero enseguida advirtió que no tenían intención de hacerlo. Sólo estaban restableciendo una relación de eones y un montón de experiencias compartidas que se perdían en el tiempo.

Entonces Aldur se volvió a mirar a los demás.

—Así que por fin os habéis reunido, tal como se planeó al principio de los tiempos. Sois los instrumentos del destino y mi bendición os acompañará en el camino hacia el día extraordinario en que el universo volverá a convertirse en una unidad.

Las caras de Garion y sus acompañantes reflejaron asombro y perplejidad por la enigmática bendición de Aldur. Sin embargo, cada uno de ellos le dedicó una reverencia respetuosa y humilde.

Entonces Ce'Nedra salió de la tienda que compartía con tía Pol. La menuda joven se estiró con sensualidad y hundió los dedos en su enmarañada mata de cabellos rojos. Llevaba una túnica dríada y sandalias.

—Ce'Nedra —la llamó tía Pol—, ven aquí.

—Sí, Polgara —dijo la jovencita en actitud sumisa y se aproximó al fuego, casi sin tocar la tierra con los pies. Entonces vio a Aldur junto a los demás y se detuvo, con los ojos muy abiertos.

—Éste es nuestro Maestro, Ce'Nedra —le dijo tía Pol—. Quería conocerte.

La princesa, confundida, contempló con atención aquella figura radiante. No estaba preparada para un encuentro de aquella naturaleza, así que bajó la vista y luego la levantó con timidez, mientras su pequeño rostro asumía automáticamente su característica expresión astuta y complaciente.

—Es como una flor que deleita a la gente sin saberlo. —Sus ojos se perdieron en la profundidad de los de la princesa—. Sin embargo, en ella hay fuerza, y es apta para su tarea. Yo os bendigo, criatura.

De forma instintiva, Ce'Nedra respondió con una pequeña y graciosa reverencia. Era la primera vez que Garion la veía inclinarse ante alguien.

Luego Aldur se volvió y miró directamente hacia Garion. El dios y la conciencia que habitaba en la mente del joven intercambiaron un saludo breve y mudo. En aquel fugaz encuentro, Garion percibió una especie de respeto mutuo y responsabilidad compartida. Luego, Ganon sintió el potente contacto de la mente de Aldur en la suya propia y supo que el dios había comprendido en el acto todos sus pensamientos y emociones.

—Salud, Belgarion —dijo Aldur con seriedad.

—Maestro —respondió Garion y se arrodilló, sin saber bien por qué.

—Hemos esperado vuestra llegada desde el comienzo de los tiempos y todas nuestras esperanzas están puestas en vos. —Aldur levantó la mano—. Yo os bendigo, Belgarion, y estoy orgulloso de vos.

La bendición de Aldur lo envolvió en su calor y Garion se sintió embriagado de amor y gratitud.

—Querida Polgara —le dijo Aldur a tía Pol—. Vuestra ofrenda tiene un valor incalculable. Belgarion ha llegado por fin y el mundo tiembla al recibirlo. —Tía Pol se inclinó otra vez—. Hablemos a solas —les dijo a Belgarath y a tía Pol—, vuestra tarea ya ha comenzado y debo daros las instrucciones que os prometí cuando os inicié en esta tarea. Lo que al principio estaba confuso, ahora se ha vuelto claro, y sabemos lo que tenemos por delante. Miremos hacia ese día que todos hemos esperado y hagamos nuestros preparativos.

Los tres se apartaron del fuego y Garion tuvo la impresión de que, mientras se alejaban, el aura que rodeaba a Aldur envolvía también a su abuelo y a su tía. Un movimiento o un sonido lo distrajo un momento, y cuando volvió la vista, los tres habían desaparecido.

—¡Por Belar! ¡Si no lo veo no lo creo! —dijo Barak tras dejar escapar un ruidoso suspiro.

—Creo que hemos sido los hombres más privilegiados del mundo —dijo Mandorallen.

Todos se quedaron inmóviles, y se miraron los unos a los otros, fascinados por lo que acababan de presenciar. Ce'Nedra, sin embargo, rompió el hechizo.

—Muy bien —ordenó terminante—, no os quedéis ahí con la boca abierta. Alejaos del fuego.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Garion.

—Polgara estará ocupada, así que haré yo el desayuno —dijo la joven con orgullo y se dirigió al fuego con aire de eficiencia y resolución.

El tocino no estaba demasiado quemado, pero el intento de Ce'Nedra de hacer tostadas directamente sobre el fuego tuvo unos resultados desastrosos y la avena tenía grumos tan sólidos como terrones de tierra seca. Sin embargo, Garion y los demás comieron sin hacer comentarios, evitando encontrarse con los ojos de la princesa, que los miraba como si los desafiara a pronunciar alguna palabra de crítica.

—Me pregunto cuánto tardarán —dijo Seda después del desayuno.

—Los dioses no tienen noción del tiempo —respondió Barak con certeza mientras mesaba su barba—, así que no espero que regresen hasta esta tarde, como muy pronto.

—Es un buen momento para examinar los caballos —decidió Hettar—. Algunos se han clavado espigas en el camino y quiero echar un vistazo a sus cascos, sólo para asegurarnos de que no habrá problemas.

—Te ayudaré —ofreció Durnik, y se incorporó.

Hettar asintió y ambos se dirigieron al lugar donde estaban amarrados los caballos.

—Yo tengo una o dos muescas en el filo de mi espada —recordó Barak mientras sacaba un trozo de piedra de pulir del bolsillo y apoyaba la pesada espada sobre sus rodillas.

Mandorallen entró a la tienda y un momento después salió con su armadura. La extendió en el suelo y la sometió a un examen minucioso, en busca de rasponazos, abolladuras o manchas de óxido.

Seda sacudió con entusiasmo un par de dados y miró a Barak con expresión inquisitiva.

—Si no te importa —dijo el hombretón—, creo que preferiría disfrutar de la compañía de mi dinero durante algún tiempo más.

—Este lugar apesta a vida doméstica —protestó Seda.

Luego suspiró, dejó los dados a un lado y fue a buscar aguja, hilo y una túnica que se había rasgado con un arbusto en las montañas.

Ce'Nedra había vuelto a su comunión con el árbol y retozaba entre su follaje, corriendo riesgos que Garion consideraba excesivos, sobre todo al verla saltar de rama en rama con una agilidad más propia de un gato. Después de contemplarla durante unos instantes, cayó en una especie de ensueño y volvió a pensar en el increíble encuentro de aquella mañana. Ya había conocido a los dioses Issa y Mara, pero Aldur era especial. La evidente admiración que Belgarath y tía Pol sentían hacia su dios, que había permanecido siempre por encima de los hombres, era muy significativa. Las actividades religiosas de Sendaria, donde él se había educado, eran abiertas y nada exclusivistas. Un buen sendario rezaba con imparcialidad y adoraba a todos los dioses, incluso a Torak. Sin embargo, Garion sentía una especial afinidad y reverencia hacia Aldur y el ajuste de sus ideas teológicas requería una cierta dosis de reflexión.

Una ramita cayó sobre su cabeza desde el árbol y el joven alzó la vista molesto.

Ce'Nedra estaba justo encima de su cabeza y sonreía con picardía.

—Chico —le dijo con un tono insultante y presuntuoso—, los platos del desayuno se enfrían y te costará quitarles la grasa si dejas que se endurezca.

—Yo no soy tu pinche —le dijo él.

—Lava los platos, Garion —le ordenó ella, mientras mordisqueaba las puntas de un mechón de pelo.

—Lávalos tú. —Ella lo miró y mordió con furia el inocente mechón—. ¿Por qué estás siempre chupándote el pelo de ese modo? —preguntó él ofuscado.

—¿De qué hablas? —dijo ella tras sacarse el pelo de la boca.

—Cada vez que te miro, tienes el pelo metido en la boca.

—No es cierto —respondió ella con indignación—. ¿Vas a lavar los platos?

—No —le dijo con tono terminante. La corta túnica dríada que llevaba la joven dejaba al descubierto gran parte de su pierna—. ¿Por qué no te vistes? —le sugirió él—. A algunos de nosotros no nos gusta que vayas siempre medio desnuda.

Después de esas palabras, la pelea estaba servida. Garion hizo todo lo posible para decir la última palabra y por fin se marchó disgustado.

—¡Garion! —gritó ella—. ¡No te atrevas a irte y dejarme con todos estos platos sucios!

El la ignoró y siguió su camino.

Después de un rato, sintió el familiar roce de un hocico en su hombro y con aire distraído acarició las orejas del potrillo. El pequeño animal tembló de placer y se frotó afectuoso contra él. Luego, incapaz de contenerse más, el potrillo corrió a ahuyentar a una familia de conejos que pastaba tranquilamente en la pradera. Garion se sorprendió a sí mismo sonriendo. La mañana era demasiado hermosa como para permitir que su pelea con la princesa la estropeará.

Tenía la impresión de que el valle era un lugar especial. El mundo exterior se hacía más frío con la llegada del invierno y los amenazaba con tormentas y peligros, pero aquí parecía como si la mano protectora de Aldur se extendiera sobre ellos y llenara ese extraño lugar de paz, de calor, de una especie de mágica y eterna serenidad. En ese momento decisivo de su vida, Garion necesitaba todo el calor y para ello era imprescindible que durante una temporada, aunque fuera breve, no tuviese que enfrentarse con tormentas o peligros.

Cuando estaba a mitad de camino de la torre de Belgarath, se dio cuenta de que se dirigía hacia allí de forma inconsciente. Las altas hierbas estaban húmedas de rocío y pronto sus botas quedaron empapadas, pero eso tampoco le arruinaría el día.

Caminó alrededor de la torre varias veces mirando hacia arriba. A pesar de que encontró con bastante facilidad la roca que señalaba la entrada, decidió no moverla. No era correcto entrar en la torre del viejo sin que lo invitaran, y, además, no estaba muy seguro de que la piedra respondiera a otra voz que no fuera la de Belgarath.

Se detuvo de repente en este pensamiento y comenzó a rebuscar en su memoria, intentando recordar el instante exacto en que había dejado de pensar en su abuelo como el señor Lobo y había aceptado por fin la identidad de Belgarath. El momento en que se había producido aquel cambio era significativo, una especie de punto crítico.

Todavía absorto en sus pensamientos, se volvió y caminó por el prado hacia la piedra grande y blanca que el viejo le había señalado desde la ventana de la torre. Como por descuido, apoyó una mano sobre ella y empujó. La roca no se movió.

Garion puso las dos manos sobre la roca y volvió a empujar, pero la roca permaneció inmóvil. Dio un paso atrás y la miró con ojo crítico; en realidad, no era tan enorme. Era blanca, redondeada y le llegaba a la cintura. Sin duda, parecía pesada, pero no inamovible. Se agachó para mirar la base y entonces comprendió: la parte inferior de la roca era plana, por lo tanto nunca rodaría y para moverla había que levantarla por un extremo y después empujarla. Caminó alrededor de la roca, la miró desde todos los ángulos y decidió que se podía mover desde un costado y que si empleaba todas sus fuerzas, sería capaz de hacerlo. Se sentó a mirarla, y como solía hacer algunas veces, comenzó a hablar para sí:

—Lo primero que tengo que hacer es intentar moverla —decidió—. En realidad, no parece imposible. Luego, si eso no funciona, lo haré del otro modo. —Se puso de pie, caminó resuelto hacia la roca, metió los dedos bajo los bordes e intentó alzarla. No pasó nada—. Tendré que tratar de hacerlo con más fuerza —se dijo. Abrió las piernas y se puso firme. Comenzó a levantarla otra vez, y se puso tan tenso que los tendones se le marcaron en el cuello. Durante el tiempo equivalente a unas diez pulsaciones del corazón, intentó alzar la obstinada roca con todas sus fuerzas; no para hacerla rodar, sino sólo para moverla, como si quisiera que aquel objeto respondiera de algún modo a su presencia. Pese a que el suelo no era demasiado blando, mientras se empeñaba en mover la roca, sus pies se hundieron unos centímetros en la tierra.

La cabeza le daba vueltas, y cuando por fin dejó caer la piedra y se echó jadeando sobre ella, unos pequeños puntos negros giraron ante sus ojos. Se quedó unos minutos apoyado sobre la superficie fría y áspera de la roca para recobrase.

—Muy bien —se dijo por fin—, ahora sabemos que eso no funcionará.

Se alejó unos pasos y se sentó. Hasta entonces, siempre que había hecho algo con el poder de la mente había sido por impulso, en respuesta a una especie de crisis. Nunca se había sentado y se había propuesto hacer algo de forma deliberada, y ahora se daba cuenta de que las circunstancias eran muy diferentes. De repente, el mundo entero parecía lleno de distracciones; los pájaros cantaban, el viento soplaba en su cara, una hormiga caminaba sobre su mano. Cada vez que empezaba a concentrarse en su voluntad, algo venía a dispersar su atención.

Sabía que este acto lo sumía en un estado especial; experimentaba una especie de tensión en la nuca y la sensación de que la frente se proyectaba hacia fuera. Cerró los ojos y eso pareció ayudar. Ya llegaba; venía muy despacio, pero Garion supo que su voluntad comenzaba a cobrar fuerza dentro de él. Recordó algo, metió la mano por el cuello de la túnica y apoyó la marca de su palma en el amuleto. Su fuerza interior, amplificadas por aquel contacto, creció con un enorme rugido.

—Te moverás —murmuró. Mantuvo la mano derecha sobre el amuleto y extendió la mano izquierda con la palma hacia fuera—. ¡Ahora! —dijo con firmeza y comenzó a alzar la mano izquierda para levantar la piedra.

La fuerza se agitó en su interior y el ruido se volvió ensordecedor. El borde de la piedra se levantó de la hierba lentamente. Los gusanos y escarabajos que habían vivido toda la vida en la confortable oscuridad que había debajo de la roca se sobresaltaron ante la súbita luz de la mañana. La piedra, obediente a la mano de Garion, que seguía alzándose de forma inexorable, se movió con pesadez, vaciló un poco sobre el borde y luego se tambaleó y cayó despacio.

El agotamiento que había sentido después de su primer intento de elevar la roca con la espalda no era nada comparado con el terrible cansancio que lo asaltó al dejar escapar su voluntad. Cruzó los brazos sobre el césped y hundió su cabeza en ellos.

Sólo un momento más tarde comprendió el significado de aquel extraño gesto: aún estaba de pie, pero tenía los brazos cómodamente cruzados frente a él sobre el césped. Levantó la cabeza y miró a su alrededor, confundido. No había duda de que había movido la roca, pues ésta estaba apoyada sobre su cara redondeada, con la base húmeda vuelta hacia arriba. Sin embargo, había ocurrido algo más. A pesar de que no había tocado la roca, su peso había estado sobre él mientras la levantaba y su esfuerzo no se había dirigido por entero a la piedra.

Garion comprendió con desazón que estaba hundido hasta las axilas en la tierra firme de la pradera.

—Y ahora ¿qué hago? —se preguntó con impotencia.

Sintió escalofríos ante la idea de volver a emplear su poder para salir de allí; estaba tan cansado, que ni siquiera se atrevía a pensar en ello. Intentó arrastrarse como una serpiente, con la idea de ablandar la tierra a su alrededor poco a poco, pero ni siquiera podía moverse.

—Mira lo que has hecho —acusó a la roca.

La piedra lo ignoró. Entonces se le ocurrió una idea.

—¿Estás ahí? —le preguntó a la conciencia que habitaba en su interior.

El silencio en su mente era absoluto.

— ¡Socorro! —gritó.

Un pájaro, atraído por los bichos y gusanos que había debajo de la roca, levantó la vista y luego volvió a su desayuno.

Garion oyó unas suaves pisadas tras él y giró la cabeza, intentando ver algo. El potrillo lo miraba atónito. Por fin se acercó vacilante y le restregó el hocico contra la nariz.

—Buen caballo —dijo Garion, contento de no estar solo, y entonces se le ocurrió una idea— Tendrás que ir a ver a Hettar —agregó. El potrillo hizo unas cuantas cabriolas y volvió a pasarle el hocico por la cara—. Para ya —le ordenó Garion. Con sumo cuidado, intentó introducir sus pensamientos en la mente del animal. Probó una docena de formas diferentes, y al final dio con la apropiada por pura casualidad. La mente del potrillo saltaba de una cosa a otra sin propósito o sistema; era como la mente de un bebé, desprovista de pensamientos, y sólo recibía sensaciones sensoriales. Garion captó algunas ideas imprecisas sobre hierba verde, carreras, nubes en el cielo y leche templada. También percibió la sensación de asombro de la pequeña mente y el amor arrollador que sentía hacia él.

Despacio y con mucho esfuerzo, Garion comenzó a dibujar un cuadro de Hettar en los versátiles pensamientos del potrillo. Tuvo la sensación de que no acabaría nunca.

—Hettar —decía Garion una y otra vez—. Ve a buscar a Hettar y dile que tengo problemas. —El caballo correteaba a su alrededor y volvía a posarle suavemente el hocico en la oreja—. ¡Por favor! ¡Presta atención! ¡Por favor! —Por fin, después de un tiempo que a Garion se le hizo interminable, el caballo pareció comprender. Se alejó varios pasos y luego volvió a frotar su hocico contra la cara de Garion—. Ve a buscar a Hettar —ordenó Garion, poniendo especial énfasis sobre cada palabra.

El caballo golpeó los cascos sobre la tierra, luego dio media vuelta y galopó... en la dirección equivocada. Garion comenzó a maldecir. Durante casi un año había estado expuesto a lo más

pintoresco del lenguaje de Barak, y ahora, una vez que hubo repetido las frases que recordaba seis u ocho veces, comenzó a improvisar.

De repente tuvo una visión fugaz de los pensamientos del potrillo; la pequeña bestia estaba cazando mariposas. Garion golpeó los puños contra el suelo y sintió deseos de chillar de rabia.

El sol comenzó a brillar con más fuerza y empezó a hacer calor.

A primera hora de la tarde, Hettar y Seda llegaron hasta él, siguiendo al potrillo.

—¿Cómo diablos te has ingeniado para hacer esto? —preguntó Seda con curiosidad.

—No quiero hablar de ello —murmuró Garion, que sentía una mezcla de alivio y vergüenza.

—Es evidente que puede hacer muchas cosas que nosotros no podemos —observó Hettar mientras bajaba de su caballo y desataba la pala de Durmk de la montura—, lo que no puedo entender es por qué quiere hacerlas.

—Sin duda habrá tenido una buena razón —aseguró Seda.

—¿Crees que deberíamos preguntárselo?

—Es probable que sea demasiado complicado —respondió Seda—. Estoy seguro de que hombres simples como tú o yo no seríamos capaces de entenderlo.

—¿Crees que habrá terminado con lo que fuera que estaba haciendo?

—Supongo que podríamos preguntárselo.

—No quisiera molestarlo —dijo Hettar—, podría ser muy importante.

—Seguro que lo es —asintió Seda.

—¿Podríaís sacarme de aquí, por favor? —suplicó Garion.

—¿Estás seguro de que has acabado? —preguntó Seda con cortesía—, porque si no, podemos esperarte.

— *¡Por favor!* —suplicó Garion, a punto de llorar.

—¿Por qué intentaste levantarla? —le preguntó Belgarath a Garion a la mañana siguiente, después de que él y tía Pol regresaran y Seda y Hettar describieran la situación en que lo habían encontrado.

—Me pareció la mejor manera de moverla —respondió Garion—. Ya sabes, como si la sostuviera de abajo y luego la hiciera rodar, o algo por el estilo.

—¿Por qué no la empujaste por la parte superior? Si lo hubieras hecho así se habría movido.

—No se me ocurrió.

—¿No te das cuenta de que la tierra blanda no puede soportar tanta presión?

—Ahora sí —respondió Garion—. Pero, si la hubiera empujado, ¿habría conseguido que no me echara para atrás?

—Tienes que apuntalarte —explicó Belgarath—, eso es parte del truco. Debes emplear la misma cantidad de energía en mantenerte inmóvil que en empujar el objeto que intentas mover. De lo contrario, todo lo que lograrás será que la fuerza te arroje hacia atrás.

—No lo sabía —admitió Garion—. Es la primera vez que intento hacer algo fuera de una situación de emergencia. ¿Quieres terminar de una vez? —le dijo enfadado a Ce'Nedra, que no había parado de reír desde que Seda y Hettar acabaran con su relato sobre las peripecias de Garion.

Ella rió aún más.

—Creo que vas a tener que explicarle algunas cosas, padre —dijo tía Pol—. No parece tener la más mínima idea sobre la relación de las fuerzas y sus reacciones. —Miró a Garion con ojo crítico—. Es una suerte que no hayas decidido arrojarla —le dijo—, o podrías haber volado de vuelta a Maragor.

—La verdad es que no le veo la gracia —dijo Garion a sus amigos, que reían abiertamente—. Esto no es tan fácil como parece, ¿sabéis?

Era consciente de que acababa de comportarse como un tonto y se sentía avergonzado y ofendido por tanta jocosidad.

—Ven conmigo, chico —dijo Belgarath con firmeza—. Parece que deberemos empezar por el principio.

—No tengo la culpa de no saber hacerlo —protestó Garion—. Deberías habérmelo dicho.

—No sabía que pensabas comenzar a experimentarlo tan pronto —respondió el viejo—. Casi todos nosotros tuvimos la sensatez suficiente como para esperar a que nos guiaran antes de comenzar a alterar la geografía local.

—Bueno, al menos logré moverla —dijo Garion a la defensiva, mientras atravesaban la pradera en dirección a la torre.

—¡Estupendo! ¿Y luego la dejaste de nuevo en su sitio?

—¿Qué? ¿Cuál es la diferencia?

—En el valle no solemos cambiar nada de lugar. Si las cosas están en un sitio determinado es por algún motivo, y se supone que debemos dejarlas allí.

—No lo sabía —se disculpó Garion.

—Ahora lo sabes. Vamos a ponerla de nuevo en su lugar.

Siguieron andando pesadamente y en silencio.

—¿Abuelo? —dijo por fin Garion.

—¿Sí?

—Cuando moví la roca, me pareció que la fuerza que empleaba para hacerlo procedía de todos lados a mi alrededor. Daba la impresión de que manaba como un torrente desde todas las direcciones. ¿Eso significa algo?

—Es la forma en que funciona —explicó Belgarath—. Cuando hacemos algo, cogemos el poder de nuestro alrededor. Por ejemplo, cuando quemaste a Chamdar, sacaste el calor de lo que te rodeaba, del aire, de la tierra y de todos los que estaban en la zona. Sacaste un poco de calor de cada cosa para encender el fuego, y cuando moviste la roca, tu fuerza procedía de todos los objetos cercanos.

—Creí que todo venía de adentro.

—Sólo cuando creas cosas —respondió el anciano—; esa fuerza viene de nuestro interior. Sin embargo, para cualquier cosa necesitamos tomarla prestada. Reunimos un poco de poder de aquí y de allí y luego lo liberamos con un solo objetivo. Nadie es lo bastante grande como para llevar consigo ni siquiera la fuerza necesaria para realizar el acto de hechicería más sencillo.

—Entonces eso es lo que ocurre cuando alguien intenta que algo desaparezca —dijo Garion de forma intuitiva—, absorbe toda la fuerza, pero no puede dejarla salir y entonces... —Extendió las manos y las abrió de forma súbita.

—Tienes una mente extraña, chico —dijo Belgarath y lo miró con los ojos entrecerrados—, entiendes las cosas difíciles con relativa facilidad, pero no parece ser capaz de comprender las más simples. Ahí está la roca. —Meneó la cabeza—. No puede quedar así. Ponla otra vez donde corresponde y esta vez intenta no hacer tanto ruido. El estruendo que hiciste ayer retumbó en todo el valle.

—¿Qué hago? —preguntó Garion.

—Concentra las fuerzas —dijo Belgarath—, cógelas de todas las cosas que hay a tu alrededor. —Garion lo intentó—. ¡De mí no! —exclamó el anciano con firmeza.

Garion excluyó a su abuelo de su acción. Después de un momento, sintió un extraño cosquilleo en todo el cuerpo y los pelos se le pusieron de punta.

—Y ahora ¿qué? —preguntó con los dientes apretados para no dejar escapar la fuerza.

—Empuja hacia atrás y a la roca al mismo tiempo.

—¿Qué es lo que debo empujar hacia atrás?

—Todo..., y al mismo tiempo, empuja la roca. Tiene que ser simultáneo.

—¿No acabaré... aplastado en el medio?

—Tensa todo el cuerpo.

—Será mejor que nos demos prisa, abuelo —dijo Garion—, siento como si me fuera a partir en dos.

—Aguanta. Ahora concentra tu voluntad en la roca y di la palabra.

Garion extendió las manos y los brazos.

—Empuja —ordenó. Entonces sintió la agitación y los ruidos.

La roca se balanceó con un ruido sordo y luego rodó sin dificultad hacia donde había estado la mañana anterior. De repente, Garion sintió todo el cuerpo dolorido y cayó de rodillas, agotado.

—¿«Empuja»? —dijo Belgarath con incredulidad.

—Has dicho que dijera «empuja».

—He dicho que empujaras, no que dijeras «empuja».

—Se ha movido, así que ¿qué importancia tiene?

—Es una cuestión de estilo —dijo el anciano con cara de pena—. «Empuja» suena tan... tan pueril. —Garion comenzó a reír débilmente—. Ante todo, Garion, tenemos que mantener cierta dignidad —dijo con orgullo el anciano—; si vamos por ahí diciendo cosas como «empuja», «cae» o cosas así, nadie nos va a tomar en serio.

Garion quería parar de reír, pero le resultaba imposible. Belgarath se alejó indignado, murmurando algo para sí.

Cuando volvieron con los demás, se encontraron con que habían levantado las tiendas y cargado los caballos.

—No tiene sentido que sigamos aquí —les dijo tía Pol—, los demás nos esperan. ¿Has logrado hacerle entender algo, padre? —Belgarath gruñó con una expresión de intenso disgusto—. Parece que las cosas no han ido muy bien.

—Ya te lo contaré más tarde —dijo brevemente.

Durante la ausencia de Garion, Ce'Nedra había empleado variadas artimañas y un montón de manzanas de las reservas de provisiones para seducir al potrillo hasta lograr una especie de extática subordinación. El animal la seguía a donde fuera y las miradas distantes que le dirigía a Garion no mostraban el menor vestigio de culpa.

—Vas a conseguir que se enferme —la acusó Garion.

—Las manzanas son buenas para los caballos —respondió ella con tono frívolo.

—Díselo tú, Hettar —sugirió Garion.

—No le harán daño —dijo el hombre con nariz de halcón—. Es un viejo método para ganarse el afecto de un potrillo.

Garion intentó pensar en otra objeción apropiada, pero no lo consiguió. La escena del pequeño animal con el hocico contra la cara de Ce'Nedra le disgustaba, aunque no lograba comprender bien por qué.

—¿Quiénes son los demás, Belgarath? —preguntó Seda mientras cabalgaban—. ¿A quiénes se refería Polgara?

—A mis hermanos —respondió el viejo hechicero—. Nuestro Maestro les dijo que veníamos.

—He estado escuchando historias sobre la Hermandad de Hechiceros toda mi vida. ¿Son todos tan maravillosos como dice la gente?

—Creo que te vas a llevar una desilusión —dijo tía Pol con modestia—. La mayoría de los hechiceros suele ser viejos extravagantes con infinidad de hábitos perniciosos. Yo he crecido entre ellos, así que los conozco bastante bien. —Giró la cabeza hacia el zorzal que estaba en su hombro y le cantaba con adoración—. Sí —le dijo al pájaro—, ya lo sé.

Garion se aproximó a su tía y se puso a escuchar con atención el canto del pájaro. Al principio era sólo un ruido, bonito, pero sin ningún sentido. Luego, poco a poco, comenzó a descifrar el significado de algunos sonidos. El pájaro cantaba sobre nidos, huevos pequeños y moteados, amaneceres y el exquisito placer de volar. Luego, como si de repente se le hubieran destapado los oídos, Garion comenzó a comprender todo: las alondras cantaban sobre el vuelo y el canto, los gorriones piaban sobre pequeños sacos de semillas. Un halcón, que planeaba sobre sus cabezas, graznaba sobre su vuelo solitario en el viento y el feroz placer de matar. Garion estaba atónito, pues de repente el aire a su alrededor se había llenado de palabras.

Tía Pol lo miró muy seria.

—Es un comienzo —le dijo, sin detenerse a explicarle a qué se refería.

Garion estaba tan abstraído con el mundo que acababa de descubrir que al principio no se fijó en los dos hombres de cabellos plateados. Estaban de pie bajo un árbol muy alto, esperando a que el grupo se acercara. Llevaban idénticas túnicas azules y sus cabelleras blancas eran bastante largas, pero no tenían barba. Cuando el joven los miró por primera vez, pensó que sus ojos lo engañaban. Los dos eran tan absolutamente idénticos que era imposible distinguirlos.

—Belgarath, hermano —dijo uno de ellos — , ha pasado...

—... tanto tiempo —acabó el otro.

—Beltira —dijo Belgarath—, Belkira —agregó, luego desmontó y abrazó a los gemelos.

—Nuestra querida y pequeña Polgara —dijo luego uno de los dos.

—El valle ha estado... —comenzó el otro.

—... vacío sin ti —completó el segundo. Luego se volvió hacia su hermano—. Eso ha sido muy poético —dijo con admiración.

—Gracias —respondió el primero con modestia.

—Éstos son mis hermanos, Beltira y Belkira —informó Belgarath a los miembros del grupo mientras comenzaban a desmontar—. No os preocupéis por diferenciarlos, pues nadie puede hacerlo.

—Nosotros podemos —dijeron los dos al unísono.

—Ni siquiera estoy muy seguro de eso —respondió Belgarath con una sonrisa afable—. Vuestras mentes están tan unidas que vuestros pensamientos empiezan en uno y acaban en el otro.

—Tú siempre lo complicas demasiado, padre —protestó tía Pol—. Éste es Beltira —dijo y besó a uno de los dulces ancianos—, y éste es Belkira —agregó y besó al otro—. Yo los distingo desde que era pequeña.

—Polgara conoce...

—... todos nuestros secretos. —Los mellizos sonrieron—. ¿Y quiénes son...?

—... vuestros compañeros?

—Creo que los reconoceréis —respondió Belgarath—. Mandorallen, barón de Vo Mandor.

—El caballero protector —dijeron los mellizos al unísono, con una reverencia.

—El príncipe Kheldar de Drasnia.

—El guía —dijeron.

—Barak, conde de Trelheim.

—El temible Oso —murmuraron y miraron al corpulento cherek con aprensión.

Barak se ruborizó, pero no dijo nada.

—Hettar, hijo de Coho-Hag de Algaria.

—El señor de los caballos.

—Y Durnik de Sendaria.

—El hombre de las dos vidas —murmuraron con gran respeto.

Durnik se quedó atónito.

—Ce'Nedra, princesa imperial de Tolnedra.

—La reina del mundo —respondieron con otra gran reverencia.

Ce'Nedra rió con nerviosismo.

—Y éste sólo...

—... puede ser Belgarion —dijeron con las caras llenas de alegría—, el elegido. —Los gemelos extendieron las manos al mismo tiempo para tocar la cabeza de Garion. Sus voces resonaron en la mente del joven.

«Salud, Belgarion, jefe supremo y paladín, esperanza del mundo.»

Garion estaba demasiado sorprendido ante esta bendición, así que respondió con una simple inclinación de cabeza.

—Si esto se hace aún más empalagoso, creo que voy a vomitar —anunció una voz nueva, brusca y áspera.

Su dueño, que acababa de salir de atrás del árbol, era un hombre bajo, deformado, viejo, sucio y espantosamente feo. Sus piernas estaban arqueadas y retorcidas como troncos de roble. Sus hombros eran enormes y las manos le llegaban por debajo de las rodillas. Tenía una enorme

joroba en mitad de la espalda y su cara anómala era una grotesca caricatura de un rostro humano. Sus descuidados cabellos y barba, de un color gris acerado, estaban enmarañados y entre sus nudos se enredaban pequeñas ramitas y hojas. Su horrible cara tenía una expresión permanente de desprecio y furia.

—Beldin —dijo Belgarath con suavidad—. No estábamos seguros de que vinieras.

—No debería haberlo hecho, chapucero —le dijo el horrible hombrecillo—. Has hecho todo mal, como siempre. —Se volvió a los gemelos—: Traedme algo de comer —les dijo con un tono fulminante.

—Sí, Beldin —se apresuraron a contestar ellos y se alejaron.

—Y no tardéis todo el día —les gritó mientras se iban.

—Parece que estás de buen humor —dijo Belgarath sin el menor deje de sarcasmo—. ¿Qué te ha puesto tan contento?

El horrible enano lo miró con el entrecejo fruncido y luego rió con un ruido breve, similar a un ladrido.

—Vi a Belzedar —dijo— y estaba hecho un lío. Algo le había salido muy mal y eso me encanta.

—Querido tío Beldin —dijo tía Pol con cariño y rodeó con sus brazos al hombrecillo mugriento—. ¡Te he echado tanto de menos!

—No intentes hacerme sucumbir a tus encantos, Polgara —le dijo, aunque su mirada pareció suavizarse un poco—. Tú eres tan culpable de todo esto como tu padre. Pensé que lo vigilarías. ¿Cómo hizo Belzedar para apropiarse del Orbe de nuestro Maestro?

—Creemos que usó a un niño —respondió Belgarath muy serio—. El Orbe nunca dañará a un inocente.

—Nadie es inocente —gruñó el enano—, todos los hombres nacen corruptos. —Volvió los ojos a tía Pol y la miró con ojo crítico—. Estás engordando —le dijo con brusquedad—, tus caderas son tan grandes como un carro de bueyes.

De inmediato Durnik apretó los puños y se abalanzó sobre el horrible hombrecillo.

El enano rió, cogió la túnica del herrero con una de sus enormes manazas, y sin ningún esfuerzo aparente, levantó al sorprendido Durnik y lo arrojó varios metros más allá.

—Puedes comenzar tu segunda vida ahora mismo, si lo deseas —gruñó con tono amenazador.

—Deja que yo me ocupe de esto, Durnik —le pidió tía Pol—. ¿Cuánto hace que no te bañas, Beldin? —preguntó a éste con frialdad.

—Me mojé con la lluvia hace un par de meses —respondió el enano y se encogió de hombros.

—Pero no lo suficiente —dijo ella—. Hueles como un chiquero sucio.

—Ésa es mi chica —dijo Beldin con una risita estúpida—. Tenía miedo de que los años te hubieran robado el ingenio.

Entonces, ambos hechiceros comenzaron a dirigirse los más espeluznantes insultos que Garion oyera en su vida. Intercambiaron palabras crueles y horribles que parecían zumban en el aire. Barak, atónito, los miraba con los ojos muy abiertos, y la cara de Mandorallen palideció. Ce'Nedra, ruborizada, se alejó para no oírlos.

Sin embargo, cuanto más horribles eran los insultos, más sonreía el espantoso Beldin. Por fin, tía Pol empleó un adjetivo tan brutal que Garion se estremeció y el horroroso hombrecillo se desplomó en el suelo, soltando sonoras carcajadas y golpeando sus enormes puños contra la tierra.

—¡Por los dioses! ¡Cuánto te he echado de menos, Polgara! —dijo jadeante—. Ven aquí y dame un beso.

—¡Perro sarnoso! —rió ella y plantó un cariñoso beso en la cara sucia.

—¡Vaca gorda! —sonrió él y la estrechó en un fortísimo abrazo.

—Necesito mis costillas enteras, tío —le dijo ella.

—Pues hace años que no te rompo ninguna, mi niña.

—Espero que sigas así.

Los gemelos venían deprisa hacia Beldin con un gran plato de guiso humeante y una enorme jarra de cerveza. El horrible enano miró el plato con curiosidad, luego tiró el guiso al suelo y puso el plato a un lado.

—No huele demasiado mal —se sentó en cuclillas y comenzó a comer con las dos manos, deteniéndose sólo para escupir las piedras más grandes que se adherían a la carne. Cuando hubo terminado, se zampó el contenido de la jarra de un trago y se reclinó sobre el árbol, mientras se rascaba la cabeza con los dedos sucios de salsa—. Ahora vamos a lo nuestro —dijo.

—¿Dónde has estado? —le preguntó Belgarath.

—En el centro de Cthol Murgos. He estado sentado en lo alto de una colina desde la batalla de Vo Mimbre, vigilando la cueva donde Belzedar llevó a Torak.

—¿Quinientos años? —dijo Seda boquiabierto.

—Más o menos —respondió Beldin con indiferencia y se encogió de hombros—. Alguien tenía que custodiar al cara quemada, y no estaba haciendo nada que no pudiera interrumpir.

—Has dicho que habías visto a Belzedar —dijo tía Pol.

—Hace más o menos un mes. Llegó a la cueva como si lo persiguiera el diablo y sacó a Torak. Luego se convirtió en buitre y se fue volando con el cuerpo.

—Debe de haber sido después de que Ctuchik lo alcanzara en la frontera de Nyissa y le quitara el Orbe —musitó Belgarath.

—Yo no puedo saberlo; eso era tu responsabilidad, no la mía. Yo sólo tenía que vigilar a Torak. ¿Os alcanzó la ceniza?

—¿Qué ceniza? —preguntó uno de los gemelos.

—Cuando Belzedar sacó a Torak de la cueva, la montaña explotó, hizo volar sus entrañas. Supongo que tendrá que ver con la fuerza que rodeaba al cadáver del Tuerto. Cuando yo partí, todavía había ceniza en el aire.

—Nos preguntábamos qué podría haber provocado esa erupción —comentó tía Pol—. Cubrió Nyissa con dos centímetros de ceniza.

—Bien, qué pena que no fuera más.

—¿Viste algún signo...?

—¿... de vida en Torak? —preguntaron los gemelos.

—¿Es que nunca hablaréis como es debido? —preguntó Beldin.

— Lo sentimos...,

—... es nuestra naturaleza.

—No importa —dijo el horrible hombrecillo y meneó la cabeza disgustado—. No, Torak no se movió en los últimos quinientos años, y cuando Belzedar lo sacó de la cueva, estaba cubierto de musgo.

—¿Has seguido a Belzedar? —preguntó Belgarath.

—Por supuesto.

—¿Y dónde llevó a Torak?

—¿Tú qué crees, idiota? A las ruinas de Cthol Mishrak en Malloreia, por supuesto. Sólo unos lugares en el mundo pueden albergar la fuerza de Torak, y ése es uno. Belzedar tenía que mantener a Ctuchik y al Orbe lejos de Torak y ése era el único lugar donde podía ir. Los grolims de Malloreia se niegan a aceptar la autoridad de Ctuchik, así que Belzedar estará a salvo allí. Le costará mucho pagar por su ayuda, pero mantendrán a Ctuchik lejos de Malloreia, a no ser que consiga un ejército de murgos y prepare una invasión.

—Eso sería interesante —dijo Barak.

—Se supone que eres un oso, no un burro —le dijo Beldin—. No bases tus esperanzas en lo imposible. Ni Ctuchik ni Belzedar empezarán una guerra de esa naturaleza en este preciso momento, no con Belgarion aquí, andando por el mundo como si fuera un terremoto. ¿No puedes enseñarle a ser un poco menos ruidoso? —regañó a tía Pol—. ¿O es que tus sesos se están volviendo tan blandos como tu trasero?

—Compórtate, tío —respondió ella—. El chico sólo está empezando, todos somos un poco torpes al comienzo.

—No tiene tiempo para comportarse como un bebé, Pol. Las estrellas caen sobre el sur de Cthol Murgos como cucarachas envenenadas y los grolims muertos gimen en sus tumbas desde Rak Cthol a Rak Hagg. El tiempo apremia y el chico tiene que estar listo.

—Lo estará, tío.

—Tal vez —dijo con acritud el hombre desastrado.

—¿Volverás a Cthol Mishrak? —preguntó Belgarath.

—No. Nuestro Maestro me dijo que me quedara aquí. Los gemelos y yo tenemos trabajo y no nos queda mucho tiempo.

—También habló...

—... con nosotros.

—¡Parad ya! —exclamó Beldin y se volvió a Belgarath—: ¿Ahora te vas a Rak Cthol?

—Todavía no. Primero tenemos que ir a Prolgu. Tengo que hablar con el Gorim y recoger a otro miembro del grupo.

—He notado que vuestro grupo no estaba completo. ¿Qué pasa con el último miembro?

—Eso es lo que me preocupa —dijo Belgarath y abrió los brazos—. No he podido encontrar ni rastro de ella, y la he estado buscando durante tres mil años.

—Es que has pasado demasiado tiempo buscando en las tabernas.

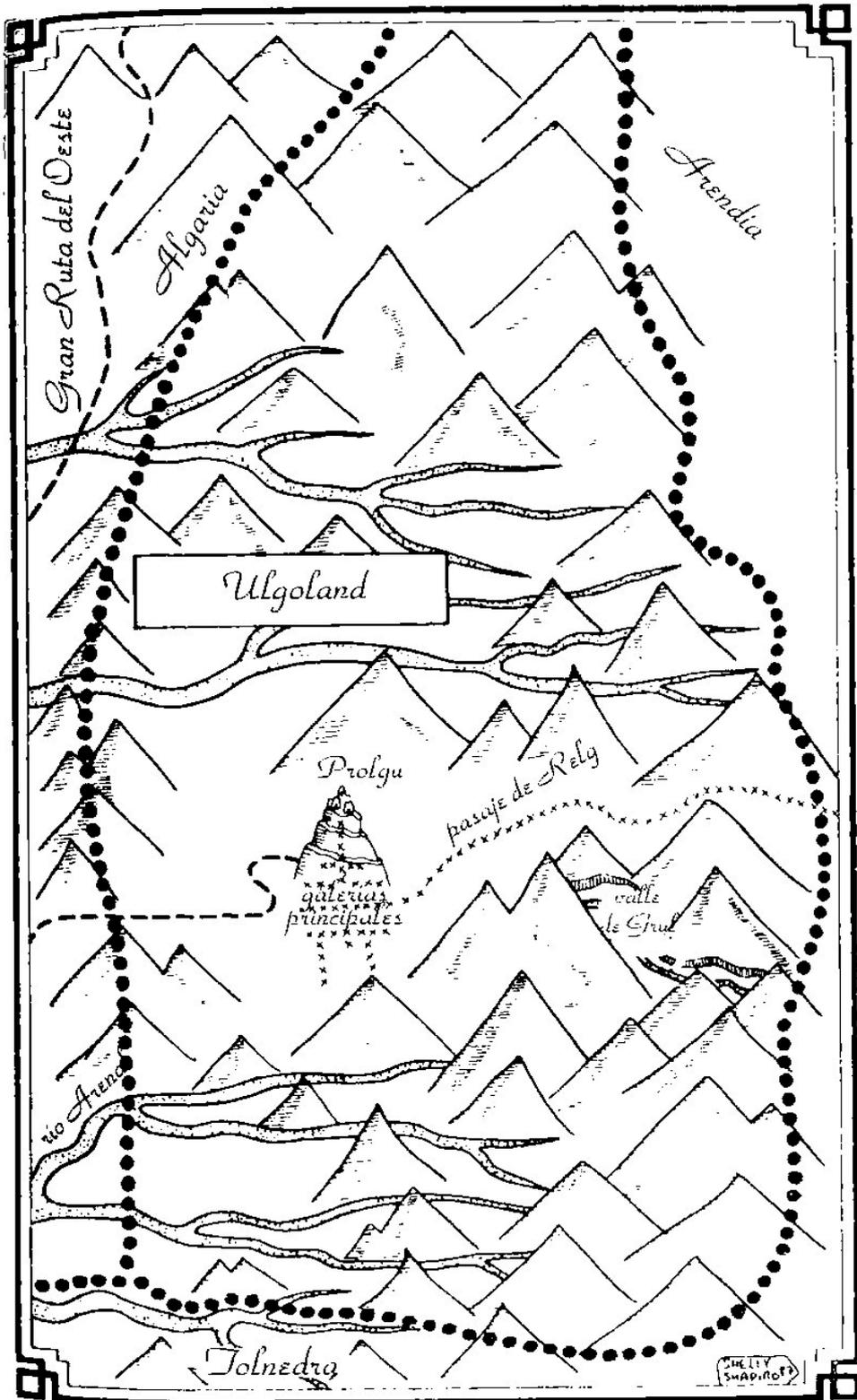
—Yo también he reparado en ello, tío —dijo tía Pol con una dulce sonrisa en los labios.

—¿Adonde iremos después de Prolgu? —preguntó Barak.

—Creo que luego iremos todos a Rak Chtol —respondió Belgarath con un tono bastante lúgubre—. Tenemos que quitarle el Orbe a Ctuchik, y hace mucho, mucho tiempo que quiero tener una buena discusión con el mago de los murgos.

TERCERA PARTE

Ulgo



A la mañana siguiente salieron rumbo al noroeste y cabalgaron hacia los picos fríos y blancos de las montañas de Ulgoland, brillantes bajo el sol de la mañana por encima de las fértiles praderas del valle.

—Allí arriba hay tormenta —observó Barak—. Puede resultar un viaje muy duro.

—Siempre lo es —dijo Hettar.

—¿Has estado antes en Prolgu? —le preguntó Durnik.

—Unas pocas veces. Mantenemos relaciones con los ulgos y nuestras visitas son sobre todo diplomáticas.

La princesa Ce'Nedra cabalgaba junto a tía Pol, con una expresión preocupada en su pequeño rostro.

—¿Cómo puedes soportarlo? —dijo al fin—. ¡Es tan feo!

—¿A quién te refieres, cariño?

—A ese horrible enano.

—¿El tío Beldin? —preguntó tía Pol con una ligera expresión de sorpresa—. Siempre ha sido así. Para apreciarlo tienes que conocerlo, eso es todo.

—¡Pero te dice unas cosas tan terribles!

—De ese modo esconde sus verdaderos sentimientos —explicó tía Pol—. En realidad, es una persona muy tierna, pero la gente no puede creerlo, debido a su fealdad. Cuando era pequeño, su familia lo echó porque era feo y deforme. Cuando por fin llegó al valle, nuestro Maestro vio más allá de su fealdad y descubrió la belleza de su espíritu.

—¿Pero es necesario que esté tan sucio?

—Odia su cuerpo deforme y, por consiguiente, lo ignora —dijo tía Pol y se encogió de hombros. Luego miró con serenidad a la princesa—. Lo más fácil del mundo es juzgar las cosas por sus apariencias, Ce'Nedra —dijo—, pero suele ser un mal sistema. El tío Beldin y yo nos queremos mucho y por eso nos tomamos el trabajo de imaginar insultos tan elaborados. Los elogios serían una hipocresía, pues después de todo es muy feo.

—No lo entiendo —dijo Ce'Nedra, perpleja.

—El amor puede demostrarse de formas muy diversas —dijo tía Pol.

Su tono fue casual, pero la mirada que dedicó a la pequeña princesa era significativa.

Ce'Nedra echó un rápido vistazo a Garion y luego desvió los ojos, un poco ruborizada.

Mientras cabalgaba, Garion reflexionó sobre la conversación entre su tía y la princesa. Era obvio que tía Pol le había dicho algo importante a la joven, pero fuera lo que fuese, él se lo había perdido.

Cabalgaron durante varios días por el valle hasta llegar a las colinas que se apiñaban delante de los picos escarpados que formaban la tierra de los ulgos. Una vez más, las estaciones cambiaron durante la travesía. Cuando llegaron a la primera hilera de colinas bajas, empezaba el otoño, y los valles resplandecían cubiertos de hojas carmesíes. Al llegar a la cumbre de una segunda colina, más alta, los árboles estaban desnudos y el viento que zumbaba desde los picos traía las primeras señales del invierno. El cielo se encapotó y las cadenas de nubes tormentosas

se filtraban por el desfiladero de piedra que se alzaba encima de ellos, y mientras subían cada vez más arriba por las cuevas rocosas, chubascos intermitentes de nieve y lluvia los acosaban.

—Supongo que sería conveniente estar alerta por si viene Brill —dijo Seda, ansioso, una tarde de nieve—. Ya es hora de que reaparezca.

—No es muy probable —respondió Belgarath—. Los murgos evitan Ulgoland todavía más que el valle. A los ulgos no les gustan nada los angaraks.

—Ni tampoco a los alorns.

—Sin embargo, los ulgos pueden ver en la oscuridad —dijo el anciano—, así que los murgos que vienen a estas montañas no suelen despertarse después de su primera noche aquí. No creo que debamos preocuparnos por Brill.

—Es una pena —dijo Seda, un tanto desilusionado.

—Sin embargo, no nos vendrá mal mantener los ojos abiertos.

En las montañas de Ulgoland hay cosas peores que los murgos.

—¿No son exageradas las historias que cuentan? —se burló Seda.

—No, en realidad, no lo son.

—La región está llena de monstruos —le dijo Mandorallen al hombrecillo—. Hace unos años, una docena de insensatos caballeros amigos míos se internaron en estas montañas para probar su valor y destreza contra esas horribles bestias y ninguno regresó...

Cuando subieron a la sierra siguiente, el invierno los golpeó con toda su fuerza. La nieve, que se había vuelto más espesa a medida que ascendían, los azotaba incluso en dirección horizontal con el impulso del viento atronador.

—Tendremos que buscar refugio hasta que escampe, Belgarath —gritó Barak mientras intentaba sostener la capa de piel de oso que cubría su espalda.

—Bajemos al próximo valle —respondió Belgarath, luchando también por no perder la capa—. Los árboles de ahí abajo pararán el viento.

Cruzaron la colina y se dirigieron en ángulo hacia un grupo de pinos en el valle de abajo. Garion se arropó bien con su capa e inclinó la cabeza para contrarrestar la fuerza del viento.

El tupido follaje de los pinos los resguardaba del intenso viento, pero la nieve se arremolinaba en torno a ellos mientras se internaban entre los árboles.

—Hoy no llegaremos mucho más lejos, Belgarath —declaró Barak mientras intentaba quitarse la nieve de la barba—. Tal vez sería conveniente que nos refugiáramos aquí hasta la mañana.

—¿Qué es eso? —preguntó Durnik de repente e inclinó la cabeza hacia un lado.

—El viento —sugirió Barak.

—No, escucha.

Por encima del rugido del viento, les llegó el sonido penetrante de un gemido.

—¡Mirad allí! —exclamó Hettar.

Una docena de animales similares a caballos cruzaban el desfiladero detrás de ellos. Sus figuras se veían borrosas por la espesa nieve que caía, y, al moverse, sus siluetas parecían casi fantasmagóricas. En una elevación, justo encima de ellos, había un enorme caballo, con su crin y su cola agitándose al viento.

—¡Hrulgos! —exclamó de repente Belgarath.

—¿Podemos escapar? —preguntó ansioso Seda.

—Lo dudo —respondió Belgarath—. Además, ya nos han oído, así que si intentáramos escapar, seguirían nuestras huellas hasta Prolgu.

—Entonces, debemos enseñarles a temer y evitar nuestras huellas —declaró Mandorallen mientras apretaba las correas de su escudo con los ojos muy brillantes.

—Vuelves a caer en tus viejos hábitos, Mandorallen —observó Barak con malhumor.

La cara de Hettar había cobrado aquella característica expresión ausente que tenía cuando se comunicaba con los caballos. Por fin se estremeció, y sus ojos se llenaron de asco.

—¿Y bien? —preguntó tía Pol.

—No son caballos —comenzó él.

—Eso ya lo sabemos, Hettar —respondió ella—. ¿Puedes hacer algo con ellos? Asustarlos, por ejemplo.

—Tienen hambre, Polgara —dijo meneando la cabeza—, y ya nos han olido. El jefe de la manada parece tener mucho más control sobre ellos del que tendría si fueran caballos. Tal vez podría asustar a uno o dos de los más débiles..., si no fuera por él.

—Entonces, tendremos que pelear contra todos —dijo Barak con tono lúgubre mientras se abrochaba el escudo.

—No lo creo —respondió Hettar y entrecerró los ojos—. La clave parece estar en el jefe que domina a toda la manada. Creo que si lo matamos, los demás se asustarán y escapan.

—Muy bien —dijo Barak—, entonces vayamos tras el jefe.

—Tendríamos que hacer algún ruido —sugirió Hettar—, uno que suene como un desafío. Eso hará que venga al frente a responderlo. De lo contrario, tendremos que luchar con toda la manada antes de llegar a él.

—Tal vez esto lo provoque —dijo Mandorallen; se llevó el cuerno a los labios y sopló una nota metálica de desafío que enseguida se llevó el viento.

El caballo respondió enseguida con un estridente relincho.

—Parece que funciona —observó Barak—. Sopla otra vez, Mandorallen. —Mandorallen volvió a soplar el cuerno y el caballo respondió por segunda vez. Luego, la enorme bestia se precipitó desde lo alto de la montaña y corrió con furia a través de la manada en dirección a ellos. Cuando alcanzó el frente, volvió a relinchar y se sostuvo en las patas traseras, blandiendo las delanteras en el aire helado—. ¡Lo logramos! —gruñó Barak—. ¡Adelante!

Hundió sus espuelas en los flancos del caballo y su enorme tordo salió disparado, levantando la nieve con sus patas. Hettar y Mandorallen se apresuraron a seguirlo y avanzaron a través de la espesa nieve hacia el hrulgo que relinchaba. Mandorallen preparó su lanza y corrió hacia el hrulgo. Entonces, el viento trajo consigo un ruido extraño: la risa del caballero.

Garion desenvainó su espada y acercó su caballo al de tía Pol y Ce'Nedra. Era consciente de que tal vez fuera un gesto inútil, pero de todos modos lo hizo.

Dos de los hrulgos, quizá bajo las mudas órdenes del jefe de la manada, se adelantaron para cortarles el paso a Barak y Mandorallen. Mientras tanto, el caballo padre se dirigió hacia Hettar, como si reconociera al algario como el mayor riesgo potencial para su manada. Cuando el primer hrulgo se encabritó, con las garras muy abiertas y un gruñido felino que dejaba sus colmillos al descubierto, Mandorallen bajó su lanza y atravesó el pecho del furioso monstruo. Una espuma sanguinolenta brotó de la boca del hrulgo, que se tambaleó hacia atrás y cayó, haciendo añicos la lanza de Mandorallen con sus garras.

Barak detuvo un golpe de garra con su escudo y le abrió la cabeza al segundo hrulgo con un fuerte batacazo de su pesada espada. La bestia se desplomó y se retorció en el suelo, revolviendo la nieve con sus convulsiones.

Hettar y el jefe de la manada se aproximaron el uno al otro con cautela a través de la tempestad de nieve. Avanzaron con cuidado, girando en círculo; cada uno de ellos con los ojos fijos en su contrincante con brutal intensidad. De repente, la bestia se encabritó y se abalanzó sobre Hettar, todo en un solo movimiento, con las patas delanteras levantadas y las garras abiertas. Pero el caballo de Hettar, obedeciendo las órdenes mentales de su amo, esquivó aquella brutal embestida. El hrulgo giró y volvió a arremeter, pero una vez más el caballo de Hettar se hizo a un lado. La furiosa bestia relinchó de furia y se abalanzó contra su enemigo, sacudiendo las patas. El caballo de Hettar lo esquivó, luego hizo un movimiento brusco y el algario saltó al

lomo del hrulgo, enganchó sus piernas largas y fuertes en las costillas del animal y se aferró con la mano derecha a su crin.

El hrulgo, que por primera vez en su vida sentía el peso de un jinete sobre su lomo, enloqueció; corcoveó, alzó las patas y relinchó, intentando tirar a Hettar. El resto de la manada, que se aproximaba dispuesto a atacar, se detuvo y contempló con horror e incomprensión los feroces esfuerzos de su jefe por derribar al jinete. Mandorallen y Barak frenaron sus caballos, atónitos, mientras Hettar giraba en círculos sobre el furioso animal en medio de la tempestad. Entonces Hettar, con expresión tenebrosa, deslizó la mano izquierda por su pierna y sacó una daga larga y gruesa de su bota. Él conocía a los caballos y sabía dónde golpear.

Su primera cuchillada fue mortal, y la nieve revuelta se volvió roja mientras el animal se alzaba en dos patas por última vez, relinchando, con la sangre manando de su boca. Por fin, la bestia volvió a caer sobre sus dos patas temblorosas, sus rodillas se torcieron lentamente y se desplomó hacia un lado. Entonces Hettar saltó.

La manada de hrulgos dio media vuelta y se perdió en la tormenta con feroces chillidos.

Hettar, con expresión sombría, limpió su daga en la nieve y volvió a guardársela en la bota. Durante un breve instante apoyó una mano sobre el cuello del animal muerto y luego se volvió a buscar entre la nieve revuelta el sable que se le había caído en la brutal cabalgata sobre el lomo del hrulgo.

Una vez que los tres guerreros volvieron al refugio de la arboleda, Mandorallen y Barak se quedaron contemplando a Hettar con profundo respeto.

—Es una pena que estén locos —dijo el algario con una expresión ausente en su rostro—. Hubo un momento, sólo un momento, en que casi he llegado a comunicarme con él y nos movíamos en armonía. Pero luego la locura regresó a él y he tenido que matarlo. ¡Si pudieran domesticarlos...! —Se interrumpió y meneó la cabeza—. ¡Oh, qué más da! —añadió y se encogió de hombros con expresión de pena.

—Tú no cabalgarías sobre una criatura como ésa, ¿verdad? —dijo Durnik con un dejo de horror.

—Nunca había montado un animal así —murmuró Hettar— y nunca olvidaré lo que se siente.

El alto algario se giró, caminó unos pasos y se quedó mirando la tempestuosa nieve.

Esa noche acamparon entre los pinos. A la mañana siguiente el viento se había calmado, aunque aún nevaba copiosamente cuando se dispusieron a continuar el viaje. La nieve ya les llegaba a las rodillas y los caballos avanzaban con esfuerzo.

Cruzaron otra colina y comenzaron a descender en dirección al valle siguiente. Seda miró intranquilo hacia la nieve que se solidificaba en el aire silencioso.

—Si se hace más profundo, acabaremos hundiéndonos, Belgarath —dijo con tristeza—, sobre todo si seguimos subiendo.

—Estaremos bien —le aseguró el anciano—; a partir de ahora tendremos que cruzar una serie de valles que conducen directamente a Prolgu, de manera que podemos evitar los picos.

—Belgarath, aquí hay huellas recientes —dijo Barak, que iba a la cabeza, por encima de su hombro, y señaló una línea de pisadas marcadas en la nieve a lo largo del camino.

El anciano se adelantó y se detuvo a examinar las huellas.

—Algroths —dijo brevemente—, será mejor que mantengamos los ojos bien abiertos.

Bajaron con cautela hasta llegar al valle, donde Mandorallen se detuvo a cortar una nueva lanza.

—Yo no me sentiría seguro con una lanza que se rompe todo el tiempo —dijo Barak mientras el caballero volvía a montar.

—Siempre hay árboles alrededor, señor —respondió Mandorallen, y se encogió de hombros haciendo rechinar su armadura.

Entre los pinos que cubrían el suelo del valle, Garion oyó un gruñido familiar.

—¡Abuelo! —le advirtió.

—Lo he oído —respondió Belgarath.

—¿Cuántos crees que son? —preguntó Seda.

—Tal vez una docena —dijo Belgarath.

—Ocho —corrigió tía Pol con firmeza.

—¿Se atreverán a atacar siendo sólo ocho? —preguntó Mandorallen—. Los que encontramos en Arendia parecían sentirse seguros en grandes grupos.

—Creo que su guarida está en este valle —respondió el viejo—, y todos los animales protegen sus madrigueras. Casi seguro que atacarán.

—Entonces, debemos salir a buscarlos —declaró el caballero con confianza—. Mejor destruirlos ahora en el terreno que elijamos, a que nos sorprendan en una emboscada.

—No hay duda de que vuelve a ser el mismo —le dijo Barak a Hettar, con amargura.

—Pero esta vez es probable que tenga razón —respondió Hettar.

—¿Has estado bebiendo, Hettar? —le preguntó Barak con desconfianza.

—¡Adelante, señores! —exclamó Mandorallen con regocijo—. ¡Eliminemos a esas bestias para poder seguir nuestro camino sin que nos molesten! —y se internó entre la nieve en busca de los algoths que chillaban.

—¿Vienes, Barak? —invitó Hettar mientras desenvainaba su sable.

—Supongo que será mejor que lo haga —respondió Barak apesadumbrado y se volvió a Belgarath—. Esto no debería llevar mucho tiempo —le dijo—; intentaré que nuestros sanguinarios amigos no se metan en líos. —Hettar lanzó una carcajada—. Te estás volviendo tan terrible como él —lo acusó Barak mientras ambos seguían a Mandorallen al galope.

Garion y los demás aguardaron en tensión bajo la espesa nieve. De repente los ladridos del bosque se convirtieron en chillidos de sorpresa, y desde los árboles les llegó el sonido de golpes, aullidos de dolor y los gritos de los tres guerreros que se llamaban unos a otros. Después de un cuarto de hora, volvieron al galope, levantando la espesa nieve con las patas de sus caballos.

—Se nos escaparon dos —dijo Hettar con pesar.

—¡Qué lástima! —exclamó Seda.

—Mandorallen —dijo Barak con expresión de pena—, has cogido un mal hábito en algún lado. Luchar es un asunto serio y todas esas risitas y carcajadas tuyas rayan en la frivolidad.

—¿Acaso os he ofendido, señor?

—No es que me ofendas, Mandorallen; sino más bien me distraes, impides que me concentre.

—Entonces, en el futuro intentaré moderar mis carcajadas.

—Te lo agradeceré.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Seda.

—No ha sido una gran pelea —respondió Barak—, pues los hemos cogido totalmente desprevenidos. Odio admitirlo, pero por una vez nuestro risueño amigo tenía razón.

Mientras cabalgaban por el valle, Garion reflexionó sobre el cambio de conducta de Mandorallen. En la cueva donde había nacido el potrillo, Durnik le había dicho al caballero que podría vencer su temor si se reía de él, y aunque sin duda las sugerencias de Durnik no iban por ese lado, Mandorallen había interpretado sus palabras de forma literal. La risa que tanto irritaba a Barak no iba dirigida a sus contrincantes en la lucha, sino al enemigo que habitaba en su interior. Cada vez que cabalgaba en dirección a una pelea, Mandorallen se reía de su propio miedo.

—Es natural —murmuró Barak a Seda—, eso es lo que me preocupa tanto. Y no sólo eso, sino también que va contra la etiqueta. Si alguna vez nos vemos comprometidos en una lucha seria, su actitud y sus risas van a resultar muy embarazosas. ¿Qué pensará la gente?

—Exageras, Barak —dijo Seda—, En realidad, a mí me parece bastante refrescante.

—¿Que te parece qué?

—Refrescante. Después de todo, un arendiano con sentido del humor es una verdadera novedad, algo así como un perro que habla.

—Es absolutamente inútil intentar hablar en serio contigo, Seda, ¿lo sabías? —dijo Barak y meneó la cabeza disgustado—. Esta manía que tienes de hacer comentarios ingeniosos hace que todo parezca un chiste.

—Todos tenemos nuestras limitaciones —admitió Seda de buena gana.

Durante el resto del día la nevada se fue calmando poco a poco, y al anochecer, cuando se detuvieron para acampar en un tupido bosquecillo de abetos, sólo caían unos copos solitarios en medio de la creciente penumbra. Sin embargo, la temperatura descendió durante la noche y a la mañana siguiente, cuando se levantaron, el aire era terriblemente frío.

—¿Cuánto falta para Prolgu? —preguntó Seda desde su lugar junto al fuego, con las manos temblorosas extendidas en busca de calor.

—Dos días más —respondió Belgarath.

—Supongo que no considerarías la posibilidad de hacer algo con el clima —sugirió esperanzado el hombrecillo.

—Preferiría no hacerlo, a no ser que fuera absolutamente necesario —dijo el anciano—, pues alteraría las cosas en una zona muy amplia. Además, al Gorim no le gusta que modifiquemos el clima en sus montañas. Los ulgos tienen grandes reservas en cuestiones como éstas.

—Temía que lo consideraras desde esa perspectiva.

Aquella mañana dieron tantas vueltas en el camino, que al mediodía Garion estaba completamente mareado. A pesar de la helada, el cielo estaba encapotado y tenía un color plomizo: parecía como si el frío hubiese desterrado todos los colores del mundo; el cielo estaba gris, la nieve tenía un color blanco sucio y sin brillo y los troncos de los árboles eran negros. Hasta las aguas turbulentas del arroyo que bordeaban corrían negras entre las orillas cubiertas de nieve. Belgarath avanzaba confiado y les indicaba la dirección a seguir cada vez que un valle se encontraba con otro.

—¿Estás seguro? —le preguntó Seda, temblando, en cierto punto del camino—. Llevamos todo el día cabalgando río arriba y ahora dices que tenemos que ir hacia abajo.

—Unos pocos kilómetros más allá nos encontraremos con otro valle. Créeme, Seda, he estado aquí antes.

Seda se arropó con su pesada capa.

—Lo que pasa es que cuando no conozco el terreno me pongo nervioso —protestó, mientras contemplaba el agua oscura.

Río arriba, a lo lejos, se oyó un extraño sonido, una especie de grito demencial similar a una carcajada. Tía Pol y Lobo intercambiaron una rápida mirada.

—¿Qué es eso? —preguntó Garion.

—Los lobos de las montañas —respondió Belgarath.

—No parecen lobos.

—No lo son. —El anciano miró a su alrededor con recelo—. Son principalmente carroñeros, y si sólo se trata de una jauría salvaje, es probable que no ataquen. Acaba de comenzar el invierno y es demasiado pronto para que estén tan desesperados. Sin embargo, si es una de las jaurías criadas por Eldrakyn, tendremos problemas. —Se incorporó un poco en su estribo para examinar el camino—. Apuremos un poco el paso —le dijo a Mandorallen—, y mantened los ojos bien abiertos.

El aullido penetrante, similar a una risa, se hizo más fuerte a sus espaldas.

—Nos siguen, padre —dijo tía Pol.

—Ya los oigo. —El viejo comenzó a rebuscar en los extremos del valle, con la cara crispada en un gesto de preocupación—. Será mejor que eches un vistazo, Pol, no quiero sorpresas.

Los ojos de tía Pol cobraron una expresión ausente mientras recorría con la mente los frondosos bosques del valle. Un momento después se quedó boquiabierta y se estremeció.

—Hay un eldrak, padre. Nos vigila y su mente es una cloaca.

—Siempre lo son —respondió el anciano—. ¿Has podido descubrir su nombre?

—Grul.

—Lo que me temía. Sabía que nos acercábamos a sus dominios. —Se llevó los dedos a los labios y silbó con fuerza.

Barak y Mandorallen se detuvieron y aguardaron a los demás.

—Tenemos problemas —dijo Belgarath muy serio—, junto con los lobos de las montañas hay un eldrak. Ahora mismo nos está vigilando y en cualquier momento puede atacar.

—¿Qué es un eldrak? —preguntó Seda.

—Los eldraks están emparentados con los algoths y los trolls, pero son más inteligentes... y mucho más grandes.

—¿Pero es sólo uno? —preguntó Mandorallen.

—Es suficiente. Yo lo conozco, se llama Grul y es rápido y peligroso como un cuchillo afilado. Es capaz de comerse cualquier criatura que se mueve, sin importarle si está viva o muerta antes de empezar.

Los estridentes aullidos de los lobos de las montañas se oyeron más cerca.

—Busquemos un sitio abierto y encendamos una fogata —dijo el viejo—. Los lobos de las montañas temen al fuego y no tiene sentido que luchemos con ellos además de con Grul, si no es estrictamente necesario.

—¿Allí? —sugirió Durnik, al tiempo que señalaba un gran banco de arena, cubierto por la nieve, que se alzaba entre las oscuras aguas del río. El banco estaba unido a la orilla más cercana por una estrecha zona de grava y arena.

—Es apropiado, Belgarath —aprobó Barak mientras observaba el lugar con atención—. El río los mantendrá lejos de nuestras espaldas y sólo podrán acercarse a nosotros a través de ese paso estrecho.

—Servirá —asintió con parquedad Belgarath—. ¡Vamos!

Cabalaron hasta el banco cubierto de nieve y limpiaron con rapidez un trozo de terreno con los pies mientras Durnik se esforzaba por encender un fuego bajo un gran trozo de madera flotante que bloqueaba casi por completo el estrecho pasaje que conducía al banco. Unos instantes después, las llamas de color naranja comenzaron a asomarse a ambos lados del madero. Durnik alimentó el fuego con ramitas, hasta que la madera se encendió por completo.

—Echadme una mano —dijo el herrero, que apilaba ya trozos de madera para el fuego.

Barak y Mandorallen se acercaron a la pila de madera que había en la orilla superior del río y se pusieron a juntar ramas y leños. Un cuarto de hora más tarde habían conseguido encender una enorme fogata que se extendía a lo largo del pasaje y los separaba por completo de los oscuros árboles de la orilla.

—Es la primera vez que siento calor en todo el día —sonrió Seda, y se puso de espaldas al fuego.

—Se acercan —advirtió Garion tras divisar un movimiento furtivo entre los oscuros troncos de los árboles.

Barak espía a través de los árboles.

—Son unas bestias muy grandes, ¿verdad? —observó en tono lúgubre.

—Más o menos del tamaño de un burro —confirmó Belgarath.

—¿Estás seguro de que le tienen miedo al fuego? —preguntó Seda con nerviosismo.

—Casi siempre.

—¿Casi siempre?

—De vez en cuando se desesperan; además, Grul podría empujarlos hacia nosotros, pues aún le tendrán más miedo a él.

—Belgarath —protestó el hombrecillo con cara de hurón—, tienes la horrible costumbre de guardarte ciertas cosas para ti.

Uno de los lobos de las montañas apareció junto a la orilla, un poco más arriba del banco, y se detuvo a oler el aire mientras observaba inquieto el fuego. Sus patas delanteras eran mucho más largas que las traseras y eso hacía que caminara en una posición peculiar, casi erecto. Tenía una gran joroba musculosa, el hocico pequeño y una cara chata, casi como la de un gato. Su pelaje era veteado, blanco y negro, con un dibujo de manchas y rayas en forma de espiral. La bestia caminaba despacio hacia atrás y luego hacia delante mientras los miraba con espantosa intensidad y aullaba con su risa aguda y penetrante. Pronto se le unió otra, y luego otra más. Se alinearon a la orilla del río, y se movían y chillaban, pero siempre lejos del fuego.

—No parecen perros —dijo Durnik.

—No lo son —respondió Belgarath—. Los lobos y los perros están emparentados, pero los lobos de la montaña pertenecen a otra raza.

Para entonces, en la orilla ya había diez de aquellas horribles criaturas y sus gritos se elevaron hasta convertirse en un coro demencial.

De repente, Ce'Nedra, con una palidez mortal en el rostro y los ojos muy abiertos por el pánico, dejó escapar un grito.

El eldrak había salido de entre los árboles y estaba en medio de la feroz jauría. Medía alrededor de dos metros y medio y su cuerpo estaba cubierto por un enmarañado pelaje negro. Llevaba una armadura hecha de grandes trozos de cota de malla, atados entre sí con correas de cuero; y sobre la armadura, también sujeta con correas, tenía un peto oxidado que parecía haber sido estirado a golpes de roca hasta adquirir el tamaño necesario para cubrir el enorme pecho del monstruo. La cabeza de la bestia estaba cubierta con un casco de metal en forma de cono, abierto en la parte superior para albergar su gigantesca cabeza, y en sus manos llevaba una porra con púas de acero. Sin embargo, había sido la cara lo que había hecho gritar a Ce'Nedra, pues el eldrak casi no tenía nariz y su mandíbula inferior colgaba, dejando al descubierto dos enormes y puntiagudos colmillos. Sus ojos estaban hundidos en las cuencas bajo la gran protuberancia ósea que tenía por frente y brillaban con una espantosa voracidad.

—Ya es suficiente, Grul —le advirtió Belgarath con un tono ronco e implacable.

—¿Ha vuelto Grat a las montañas de Grul? —gruñó el monstruo con una voz aterradora, grave y profunda.

—¿Habla? —preguntó Seda incrédulo.

—¿Por qué nos sigues, Gruí? —lo increpó Belgarath.

—Tengo hambre, Grat —contestó el monstruo y les dirigió una mirada ardiente.

—Ve a cazar a algún otro animal —dijo el anciano.

—¿Por qué? Aquí tengo caballos y hombres; mucha comida.

—Pero no es comida fácil —respondió Belgarath.

—Primero pelea —dijo Grul con una sonrisa espeluznante—, luego comida. Ven, Grat, lucha otra vez.

—¿Grat? —preguntó Seda.

—Se refiere a mí; la forma de su boca le impide pronunciar bien mi nombre.

—¿Has luchado contra esta cosa? —preguntó Barak, atónito.

—Yo tenía un cuchillo en la manga —dijo Belgarath encogiéndose de hombros—, y cuando me agarró lo abrí en canal. La pelea no duró mucho.

—¡Lucha! —gruñó Grul y golpeó su peto con un enorme puño—. Hierro —dijo—. Ven, Grat, intenta cortar la barriga de Grul otra vez. Ahora Grul usa hierro, como los hombres. —Empezó a golpear el suelo helado con su porra de acero—. ¡Pelea! —gruñó—. ¡Venga, Grat, pelea!

—Tal vez si todos nos arrojamos contra él a la vez, uno de nosotros pueda darle un golpe certero —dijo Barak y miró al monstruo con ojo crítico.

—Vuestro plan tiene un defecto, señor —le dijo Mandorallen—. Podríamos perder a varios compañeros antes de llegar al alcance de esa porra.

Barak lo miró atónito.

—¿Prudencia, Mandorallen? ¿Tú prudente?

—Creo que sería mejor que yo solo me ocupara de este asunto —afirmó el caballero, muy serio—. Mi lanza es la única arma que puede acabar con la vida del monstruo sin riesgos.

—Tiene algo de razón —asintió Hettar.

—¡Ven a pelear! —gruñó Grul, que no cesaba de dar golpes con su porra contra el suelo.

—De acuerdo —asintió Barak, no demasiado convencido—. Nosotros lo distraeremos, y avanzaremos por ambos lados para llamar su atención. Entonces Mandorallen podrá atacar.

—¿Qué pasa con los lobos de la montaña? —preguntó Garion.

—Dejadme probar algo —dijo Durnik. Cogió una rama encendida y la arrojó, oscilante y luminosa, hacia la nerviosa jauría que rodeaba al monstruo. Los lobos aullaron y se apartaron con rapidez del tizón volador—. Le tienen miedo al fuego, no hay duda —agregó el herrero—. Creo que si todos tiramos ramas encendidas a la vez, se asustarán y huirán. —Todos se acercaron al fuego—. ¡Ahora! —gritó Durnik de repente.

Comenzaron a tirar los leños encendidos con toda la rapidez de que eran capaces. Los lobos de la montaña gruñeron y esquivaron las ramas, y algunos aullaron de dolor cuando los tizones los alcanzaron.

Grul rugió enfurecido mientras los miembros de la jauría esquivaban los leños y se escurrían entre sus piernas, intentando escapar del súbito diluvio de fuego. Una de las bestias quemadas, enloquecida por el miedo y el dolor, intentó subírsele encima. El eldrak saltó con sorprendente agilidad y aplastó al lobo con su enorme porra.

—Es más rápido de lo que pensaba —dijo Barak—. Tendremos que tener cuidado.

—¡Huyen! —exclamó Durnik y arrojó otra rama encendida.

La jauría se había dispersado bajo la lluvia de tizones y se perdía aullando entre los árboles. Grul se quedó solo en la orilla, golpeando contra el suelo su porra de púas.

—¡Ven a pelear! —bramó—. ¡Ven a pelear! —repitió y volvió a hundir su porra en la nieve.

—Será mejor que hagamos lo que sea ahora —dijo Seda, intranquilo—. Se está poniendo nervioso y dentro de un minuto o dos lo tendremos en el banco con nosotros.

Mandorallen asintió y se volvió hacia su caballo de guerra.

—Espera, primero lo distraeremos —dijo Barak.

Desenvainó su gruesa espada y saltó por encima del fuego. Los demás lo siguieron y formaron un semicírculo alrededor del gigantesco Grul.

Garion fue a buscar su espada.

—Tú no —le dijo tía Pol—. Tú te quedas aquí.

—Pero...

—Haz lo que te digo —concluyó Pol.

Una de las dagas de Seda, arrojada desde varios metros de distancia, se hundió en el hombro de Grul mientras la bestia avanzaba hacia Barak y Durnik. Grul aulló y se volvió hacia Seda y

Hettar, blandiendo su enorme porra. Hettar se desvió y Seda retrocedió fuera de su alcance. Mientras tanto, Durnik comenzó a arrojar piedras del tamaño de un puño desde la orilla; entonces Grul se volvió, furioso, chorreando espuma por sus puntiagudos colmillos.

—¡Ahora, Mandorallen! —gritó Barak.

Mandorallen preparó su lanza y espoleó su caballo. El enorme animal, revolviendo la grava con las patas, saltó por encima del fuego y se abalanzó sobre el asombrado Grul. Por un instante pareció que el plan iba a funcionar; la mortífera lanza con punta de acero estaba a la altura del pecho de Grul y en apariencia nada podía impedir que se hundiera en su enorme cuerpo. Pero tuvieron ocasión de asombrarse una vez más ante la rapidez del monstruo, que saltó hacia un lado y golpeó con su porra la lanza de Mandorallen haciendo añicos la gruesa madera.

Sin embargo, era imposible frenar la fuerza de la embestida de Mandorallen, así que el caballero y su caballo chocaron contra la enorme bestia con un ruido ensordecedor. Grul se tambaleó hacia atrás, dejó caer su porra, tropezó, y por fin se desplomó con Mandorallen y el caballo encima.

—¡A él! —gruñó Barak, y todos avanzaron para atacar a Grul con espadas y hachas.

Pero el monstruo levantó las piernas y se quitó de encima el enorme caballo de Mandorallen; luego golpeó con su puño gigantesco al caballero y lo arrojó varios metros más allá. Durnik giró y se cayó alcanzado por un golpe indirecto en la cabeza, mientras Barak, Hettar y Seda trepaban por el cuerpo del monstruo caído.

—¡Padre! —gritó tía Pol con voz estridente.

De repente se oyó un nuevo sonido detrás de Garion. Primero fue un profundo gruñido, seguido de inmediato por un aullido aterrador. Garion se volvió con rapidez y se encontró frente al enorme lobo que había visto una vez en los bosques del norte de Arendia. El viejo lobo gris saltó por encima del fuego y se metió en la pelea, con sus enormes dientes resplandecientes y amenazadores.

—¡Garion, te necesito! —exclamó tía Pol, mientras intentaba tranquilizar a la asustada princesa y sacaba su amuleto del vestido—. ¡Saca tu medallón! ¡Deprisa!

Garion no entendía lo que se proponía, pero sacó su amuleto de abajo de la túnica. Tía Pol cogió su mano derecha y le hizo apoyar la marca de la palma sobre la figura del búho de su propio amuleto, al tiempo que sujetaba el medallón de Garion con su otra mano.

—Concéntrate en tu poder —le ordenó.

—¿En qué?

—En los amuletos. ¡Deprisa! —Garion se concentró en su poder y sintió que crecía en él con una fuerza tremenda, amplificado por el contacto con tía Pol y los dos amuletos. Polgara cerró los ojos y alzó la cara hacia el cielo encapotado—. ¡Madre! —gritó con voz tan alta que su eco resonó como el sonido de una trompeta en el pequeño valle.

El poder surgió de Garion con tal fuerza que el joven cayó al suelo, incapaz de mantenerse en pie. Tía Pol se agachó junto a él.

Ce'Nedra estaba boquiabierta.

Garion levantó débilmente la cabeza y vio que había dos lobos atacando al furioso Grul: el lobo gris, al que reconoció como su abuelo, y otro, un poco más pequeño, rodeado de una extraña luz vacilante y azul.

Grul había logrado ponerse en pie y daba manotazos con sus enormes puños mientras sus atacantes golpeaban inútilmente su cuerpo protegido por la armadura. Barak salió despedido de la pelea y cayó sobre sus manos y sus rodillas, sacudiendo la cabeza como si estuviera borracho. Grul apartó a Hettar de un manotazo, con los ojos llenos de malicioso regocijo, y se abalanzó sobre Barak con los brazos abiertos. Pero el lobo azul se arrojó sobre él con un gruñido; Grul le dio un puñetazo y se quedó boquiabierto al ver que atravesaba el cuerpo resplandeciente del animal. De repente, la bestia gimió de dolor y comenzó a tambalearse, pues Belgarath, atacando

por detrás según la antigua táctica de lobo, lo paralizó con una dentellada brutal y desgarradora. El gigantesco Grul se desplomó aullando y retumbó sobre la tierra como un enorme árbol talado.

—¡No lo dejéis levantar! —gruñó Barak tras ponerse en pie, tambaleándose hacia delante.

Los lobos estaban desgarrando la cabeza de Grul, que se revolvía en un desesperado intento por alejarlos. Una y otra vez, sus manos atravesaban el cuerpo del extraño y resplandeciente lobo azul. Mandorallen, con las piernas abiertas y la espada cogida con ambas manos, asestaba firmes golpes con la enorme cuchilla en el cuerpo del monstruo, abriendo grandes brechas en su peto. Barak golpeaba con tuerza la cabeza de Grul y su espada sacaba chispas al rozar el oxidado casco de acero. Hettar se había acurrucado a un costado y aguardaba con la vista atenta y el sable pronto. Cuando Grul levantó su brazo para protegerse de los golpes de Barak, Hettar se arrojó sobre él y le hundió el sable en la axila hasta el pecho. El sable desgarró los pulmones de la bestia, haciendo brotar una espuma sanguinolenta de su boca. Grul logró incorporarse con mucho esfuerzo.

Entonces Seda, que se había mantenido casi al margen de la pelea, clavó la punta de su daga en la nuca de Grul y golpeó la empuñadura con una piedra grande. Con un ruido nauseabundo, la cuchilla le atravesó el cráneo y se hundió en su cerebro. Grul se retorció de forma convulsiva y luego se desplomó.

En el momento de silencio que siguió, los dos lobos se miraron por encima de la cabeza del monstruo muerto. El lobo azul pareció pestañear y habló con una voz bastante clara, la voz de una mujer.

—¡Qué extraordinario! —dijo, luego esbozó una ligera sonrisa y desapareció con un resplandor final.

El viejo lobo gris alzó su hocico y aulló, con un grito estridente, tan lleno de angustia y dolor que el corazón de Garion se encogió. Entonces, el cuerpo del viejo lobo se iluminó y Belgarath apareció arrodillado en su lugar. Luego se levantó despacio y caminó hacia el fuego, mientras las lágrimas caían a raudales por sus mejillas cubiertas de canas.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Barak con ansiedad, inclinado sobre Durnik, que aún no había recuperado la conciencia, mientras tía Pol examinaba el chichón azul de la cara del herrero.

—No es nada serio —respondió con un tono que reflejaba un tremendo cansancio.

Garion estaba sentado cerca con la cabeza entre las manos. Se sentía como si lo hubiesen despojado de todas sus fuerzas.

Al otro lado del fuego, ya casi apagado. Seda y Hettar intentaban quitarle el peto abollado a Mandorallen. Una profunda hendidura diagonal desde el hombro hasta la cadera era la prueba palpable de la fuerza de Grul, y producía tal tensión en las correas de las hombreras que era casi imposible desabrocharlas.

—Creo que tendremos que cortarlas —dijo Seda.

—Príncipe Kheldar, os ruego que lo evitéis si es posible —respondió Mandorallen, dando un respingo al ver que los otros forzaban las hebillas—. Esas correas tienen una importancia crucial para la colocación de la armadura y es muy difícil volver a ponerlas como corresponde.

—Esta se abre —gruñó Hettar mientras forzaba la hebilla haciendo palanca con una pequeña varilla de hierro.

De repente el cierre se abrió y el peto resonó con un suave tintineo.

—Ahora puedo abrirla —dijo Seda y se apresuró a aflojar la otra hebilla.

Por fin le quitaron el peto abollado y Mandorallen dejó escapar un suspiro de alivio. El caballero respiró hondo y dio otro respingo.

—¿Te duele aquí? —preguntó Seda mientras palpaba con suavidad el costado derecho del pecho del caballero. Mandorallen gimió de dolor y su cara palideció de forma evidente—. Creo que tienes algunas costillas rotas, mi querido amigo —le dijo Seda—. Será mejor que Polgara te eche un vistazo.

—Dentro de un momento —respondió Mandorallen—. ¿Y mi caballo?

—Se pondrá bien —dijo Henar—. Sólo tiene un tendón distendido en la pata delantera derecha.

—Temía por su vida —dijo Mandorallen, y dejó escapar un suspiro de alivio.

—Yo he temido por todas las nuestras durante un rato —dijo Seda—. Nuestro gigantesco amigo casi pudo con nosotros.

—Sin embargo, ha sido una buena pelea —señaló Hettar.

Seda le dirigió una mirada de disgusto y luego echó un vistazo a las amenazadoras nubes grises. Saltó las brillantes brasas del fuego y se dirigió hacia Belgarath, que estaba sentado con la vista fija en el río helado.

—Tendremos que salir de este banco, Belgarath —dijo Seda con tono apremiante—. El tiempo está empeorando otra vez y si nos quedamos en medio del río nos congelaremos.

—Déjame en paz —murmuró con brusquedad Belgarath, sin levantar la vista del río.

—¿Polgara? —dijo Seda, volviéndose hacia ella.

—Déjalo solo un rato —le indicó ella— y ve a buscar un lugar reparador donde podamos quedarnos unos días.

—Voy contigo —se ofreció Barak, y cojeó en dirección a su caballo.

—Tú te quedas aquí —le ordenó con firmeza tía Pol—. Pareces un carro con una rueda rota. Quiero echarte un vistazo antes de que la lesión sea irreparable.

—Yo sé dónde hay un lugar —dijo Ce'Nedra mientras se incorporaba y se echaba la capa sobre los hombros—. Lo vi cuando veníamos río abajo. Te lo enseñaré.

Seda miró a tía Pol con expresión inquisitiva.

—Adelante —le dijo—. Ahora no corréis ningún nesgo. En el valle donde vive un eldrak, no puede haber ninguna otra criatura.

—Me pregunto por qué será —rió Seda—. ¿Vienes, princesa?

Seda y Ce'Nedra montaron sus caballos y se perdieron en la nieve.

—¿No crees que Durnik ya debería recuperar el conocimiento? —le preguntó Garion a su tía.

—Déjalo dormir —respondió ella con cansancio—. Cuando se despierte tendrá un terrible dolor de cabeza.

—¿Tía Pol?

—¿Sí?

—¿Quién era el otro lobo?

—Mi madre, Polendra.

—¿Pero no está...?

—Sí. Era su espíritu.

—¿Tú puedes hacer eso? —preguntó estupefacto Garion ante la magnitud de tal acción.

—Sola no —dijo ella—. Tú me has ayudado.

—¿Es por eso que me siento tan...? —titubeó, hasta hablar le costaba esfuerzo.

—Para hacerlo necesitamos todo el poder de ambos. No me hagas tantas preguntas ahora, Garion, pues estoy muy cansada y aún tengo muchas cosas que hacer.

—¿El abuelo está bien?

—Ya se recuperará. Mandorallen, ven aquí.

El caballero pasó por encima de las brasas que había en el pasaje que conducía al banco y caminó despacio hacia ella, con la mano apoyada con suavidad sobre su pecho.

—Tienes que quitarte la camisa —le ordenó—. Y, por favor, siéntate.

Una media hora más tarde, Seda y la princesa regresaron.

—Es un buen lugar —dijo Seda—, una arboleda en medio de un pequeño barranco. Hay agua y está protegido; es justo lo que necesitamos. ¿Alguien está herido de gravedad?

—Nada irremediable —dijo tía Pol mientras aplicaba un ungüento en la velluda pierna de Barak.

—¿Podrías darte prisa, Polgara? —preguntó Barak—. Hace un poco de frío como para estar medio desnudo.

—Deja de comportarte como un niño —dijo ella sin compasión.

El barranco adonde Seda y Ce'Nedra los llevaron estaba a una corta distancia río arriba. Una frondosa arboleda de pinos altos y delgados se extendía de un extremo al otro, surcada por un pequeño arroyuelo de montaña. Siguieron unos cuantos metros a la vera del arroyo y llegaron a un pequeño claro en el centro de la arboleda. Los pinos que lo rodeaban, empujados por el resto de la arboleda, se inclinaban hacia dentro y casi se tocaban en el centro.

—Buen lugar —dijo Hettar y miró a su alrededor con un gesto de aprobación—. ¿Cómo lo has encontrado?

—Fue ella quien lo encontró —respondió Seda y señaló a Ce' Nedra.

—Los árboles me avisaron que estaba aquí —dijo ella—. Los pinos jóvenes son muy charlatanes. —Contempló el claro con aire pensativo—. Haremos el fuego allí —decidió, y

señaló un lugar cerca del extremo superior del claro—, y levantaremos nuestras tiendas contra aquella hilera de árboles, de espaldas a él. Tendréis que rodear el fuego con piedras y sacar todas las ramas caídas que haya cerca. Los árboles tienen miedo del fuego y prometieron protegernos del viento sólo si lo mantenemos controlado. Les di mi palabra. —Henar esbozó una ligera sonrisa en su cara de halcón—. Hablo en serio —dijo ella y golpeó el suelo con uno de sus pequeños pies.

—Por supuesto, alteza —respondió él con una reverencia.

A causa de la incapacidad temporaria de los demás, la tarea de armar las tiendas y hacer el fuego recayó casi exclusivamente sobre Seda y Hettar. Ce'Nedra los dirigió como si fuera un pequeño general, haciendo oír sus órdenes con voz clara y firme. Era evidente que se estaba divirtiendo mucho.

Cuando encendieron el fuego, Garion tuvo la impresión de que los árboles se echaban hacia atrás, aunque un instante después volvieron a inclinarse protectores sobre el pequeño claro. Sin duda, se habría tratado de una ilusión óptica provocada por la luz mortecina del lugar.

—Ahora —dijo Ce'Nedra mientras se afanaba alrededor del fuego en actitud diligente—, ¿qué os gustaría cenar?

Se quedaron tres días en el pequeño y acogedor claro, mientras el caballo de Mandorallen se recuperaba de su encuentro con el eldrak. La sensación de agotamiento que había asaltado a Garion cuando tía Pol usó todo su poder para convocar a Polendra desapareció casi por completo después de una buena noche de sueño, pero aun así, al día siguiente el joven sintió que se cansaba con facilidad. La eficiencia de Ce'Nedra, que se había establecido junto al fuego, le resultaba insoportable; así que se dedicó a ayudar a Durnik a reparar la abolladura del peto de Mandorallen y luego pasó mucho tiempo con los caballos. Comenzó a enseñarle trucos al pequeño potrillo, a pesar de que nunca había entrenado a ningún animal. El animalito parecía disfrutar de las clases, aunque su atención se dispersaba con frecuencia.

El deplorable estado físico de Durnik, Barak y Mandorallen era comprensible, pero el profundo silencio de Belgarath y su aparente indiferencia hacia todo lo que ocurría a su alrededor preocupaban a Garion. El viejo parecía hundido en un sueño melancólico del que no podía o no quería despertar.

—Tía Pol —dijo por fin Garion la tarde del tercer día—, será mejor que hagas algo. Pronto partiremos y el abuelo tendrá que indicarnos el camino, y ahora mismo, no creo que ni siquiera sepa dónde estamos.

Tía Pol miró al viejo hechicero, que estaba sentado sobre una roca al otro lado del fuego.

—Es probable que tengas razón. Ven conmigo. —Dio media vuelta al fuego, unos pasos por delante del joven, y se detuvo frente al viejo—. Muy bien, padre —dijo con brusquedad—. Creo que ya es suficiente.

—Vete, Polgara —respondió él.

—No, padre —respondió ella—. Es hora de que lo olvides y vuelvas al mundo real.

—Eso fue una crueldad, Pol —dijo él en tono de reproche.

—¿Para mamá? A ella no le importó.

—¿Y cómo lo sabes? Tú no la conociste, pues murió al nacer tú.

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó ella y lo miró directamente a los ojos—. Padre —declaró con convicción—, tú, más que nadie, deberías saber que mamá era una persona muy decidida. Siempre ha estado conmigo y nos conocemos muy bien la una a la otra. —Él la miró con desconfianza—. Ella tiene un papel que jugar en este asunto igual que nosotros. Si hubieses prestado un poco más de atención durante todos estos años, te habrías dado cuenta de que siempre estuvo aquí. —El viejo miró a su alrededor con expresión de culpabilidad—. A propósito —prosiguió Pol con un leve deje sarcástico en la voz—, deberías haberte comportado mejor, ¿sabes? Mamá es una persona bastante tolerante, pero hubo momentos en que se molestó

mucho contigo. —Belgarath carraspeó incómodo—. Ya es hora de que te repongas y dejes de compadecerte —añadió con firmeza.

—Eso no es justo, Polgara —respondió el viejo, con los ojos entrecerrados.

—No tengo tiempo para ser justa, padre.

—¿Por qué elegiste esa forma en particular? —le preguntó con amargura.

—No fui yo, padre, sino ella. Después de todo, es su forma natural.

—Casi lo había olvidado —murmuró él.

—Pero ella no.

—¿Queda algo de comida por ahí? —preguntó el viejo mientras se incorporaba y erguía los hombros.

—La princesa se ocupa de la cocina —le advirtió Gañón—, quizá quieras pensarlo mejor antes de comer algo hecho por ella.

A la mañana siguiente, bajo un cielo todavía amenazador, levantaron las tiendas, prepararon sus pertenencias y cabalgaron junto al estrecho cauce del arroyo hacia el valle donde estaba el río.

—¿Les has dado las gracias a los árboles, cariño? —le preguntó tía Pol a la princesa.

—Sí, Polgara —respondió Ce'Nedra—, poco antes de partir.

El tiempo continuó inestable durante los dos días siguientes y por fin la tormenta se desató con toda su furia cuando se aproximaban a un extraño pico de forma piramidal. Las cuevas de aquel pico eran empinadas, se alzaban de forma abrupta bajo la tempestad de nieve y no parecían tener ninguna de las irregularidades de las montañas circundantes. Garion no pudo evitar el pensamiento de que aquel pico de paredes angulares había sido construido así a propósito y que su forma era el resultado de un diseño consciente; pero enseguida desechó la idea.

—Prolgu —dijo Belgarath, y señaló el pico con una mano mientras sostenía su capa con la otra para que no se la llevara el viento.

—¿Cómo se llega hasta allí arriba? —preguntó Seda, con la vista fija en las empinadas paredes, apenas visibles bajo la implacable nevada.

—Hay un camino —respondió el anciano—. Comienza allí —agregó, y señaló una enorme pila de rocas a un lado de la montaña.

—Entonces, será mejor que nos demos prisa, Belgarath —dijo Barak—. La tormenta no va a mejorar.

El viejo asintió y tomó la delantera.

—Cuando lleguemos arriba —les gritó por encima del zumbido del viento—, nos encontraremos con la ciudad. Está abandonada, pero veréis unos cuantos objetos tirados por las calles, como vasijas rotas y cosas por el estilo. No toquéis nada; los ulgos tienen unas ideas muy peculiares sobre Prolgu, para ellos es un lugar sagrado y todo debe quedar donde está.

—¿Cómo llegaremos a las cuevas? —preguntó Barak.

—Los ulgos nos dejarán entrar —le aseguró Belgarath—. Ya saben que estamos aquí.

El camino que conducía a la cima de la montaña era una estrecha cornisa que ascendía en espiral por las caras de la montaña. Desmontaron y guiaron a los caballos. Mientras subían, el viento los azotaba y la nieve torrencial, que caía a raudales, les lastimaba las caras.

Tardaron dos horas en ascender a la cima, y cuando por fin llegaron, Garion estaba entumecido de frío. El viento lo empujaba, como si quisiera tirarlo de la cornisa, así que intentó mantenerse tan lejos del borde como era posible.

El viento había sido brutal en las laderas de la montaña, pero al llegar a la cima bramaba con una fuerza implacable. Atravesaron un amplio portal en forma de arco y entraron a la ciudad de Prolgu. La nieve se arremolinaba a su alrededor y el viento soplaba en sus oídos de forma demencial.

Las calles desiertas estaban flanqueadas por altas y gruesas columnas que se alzaban bajo la incesante nevada. Los edificios, todos sin techo como consecuencia del paso del tiempo y la eterna sucesión de las estaciones, tenían un aspecto peculiar, fuera de lo corriente. Garion estaba acostumbrado a ver ciudades con estructuras rígidas y rectangulares, así que las esquinas sesgadas de la arquitectura de Ulgo le resultaron desconcertantes. La complejidad de los ángulos lo intrigaba y le sugería una sutil sofisticación que no alcanzaba a comprender. Las construcciones tenían una majestuosidad que parecía desafiar el tiempo; y las piedras, desgastadas por la intemperie, se asentaban con firmeza, unas sobre otras, en el mismo lugar donde habían sido colocadas miles de años atrás.

Era obvio que Durnik también había reparado en la peculiaridad de la arquitectura y tenía una expresión de profunda desaprobación. Cuando todos se refugiaron detrás de un edificio para protegerse del viento y descansar del ascenso agotador, el herrero pasó la mano por una de las esquinas sesgadas.

—¿Acaso no conocían la plomada? —murmuró en tono de crítica.

—¿Dónde nos encontraremos con los ulgos? —pregunto Barak y se arropó aún más con su capa de piel de oso.

—Ya estamos cerca —respondió Belgarath.

Condujeron a los caballos por las calles asoladas por el viento y pasaron otra vez junto a aquellos extraños edificios piramidales.

—Es un lugar muy misterioso —dijo Mandorallen mirando a su alrededor—. ¿Cuánto tiempo hace que está abandonado?

—Desde que Torak abrió una brecha en el mundo —respondió Belgarath—. Hará unos cinco mil años.

Avanzaron con esfuerzo por una amplia calle sobre la nieve cada vez más profunda hasta llegar a un edificio un poco más grande que los demás y entraron a través de un amplio portal coronado por un enorme dintel de piedra. Unos escasos copos caían en el aire silencioso y se escurrían por la estrecha abertura donde había estado el techo, ensuciando el suelo de piedra.

Belgarath se dirigió decidido a una gran piedra negra en el centro del suelo. Aquella piedra tenía la misma forma de pirámide truncada de los edificios de la ciudad y se alzaba un metro por encima del nivel del suelo.

—No la toquéis —les advirtió, y empezó a caminar alrededor de la piedra con cuidado.

—¿Es peligrosa? —preguntó Barak.

—No —dijo Belgarath—, es sagrada y los ulgos no quieren que la profanen. Creen que el propio UL la colocó aquí. —Examinó el suelo con atención y limpió con el pie la fina capa de nieve que cubría varias zonas de la piedra—. Veamos —dijo con el entrecejo fruncido. Luego descubrió una baldosa con una pequeña diferencia de color—. Aquí está —gruñó—, siempre tengo que buscarla. Dame tu espada, Barak.

Sin pronunciar palabra, el hombretón desenvainó su espada y se la dio al viejo hechicero.

Belgarath se arrodilló junto a la laja y la golpeó tres veces con la empuñadura de la espada. Los golpes produjeron un ruido hueco.

El anciano aguardó unos instantes y luego repitió la señal, pero no pasó nada.

Entonces Belgarath golpeó la piedra por tercera vez y se oyó un leve crujido en un extremo de la habitación.

—¿Qué es eso? —preguntó Seda con nerviosismo.

—Los ulgos —respondió Belgarath tras ponerse en pie y sacudirse las rodillas—. Están abriendo el portal que conduce a las cuevas.

El crujido siguió y de repente apareció una delgada línea de luz a unos seis metros de la pared este de la habitación. La línea se convirtió en una brecha y poco a poco se hizo más grande, mientras una enorme piedra se levantaba con pesada lentitud.

—*Belgarath* —dijo una voz ronca desde abajo de la piedra—, *yad ho, groja UL*.
—*Yad ho, groja UL. Vad mar ishum* —respondió *Belgarath* con un gesto formal.
—*Veed mo, Belgaratb. Mar ishum Ulgo* —dijo el invisible hablante.
—¿Qué significa todo eso? —preguntó atónito *Garion*.
—Nos invita a entrar a las cuevas —dijo el viejo—. ¿Bajamos?

Hettar necesitó todo su poder de persuasión para convencer a los caballos de que bajaran por el estrecho pasadizo que conducía a las oscuras cuevas de Ulgoland. Los ojos de los animales se movían con nerviosismo mientras descendían por el inclinado corredor y todos ellos se sobresaltaron de forma notable cuando la roca se cerró tras ellos con un crujido. El potrillo caminaba tan pegado a Garion que con frecuencia tropezaba con él y el joven podía percibir el temblor del animalito a cada paso.

Al final del pasillo, los aguardaban dos personas con las caras cubiertas por un delgado velo. Eran unos hombres bajitos, aún más bajos que Seda, pero sus hombros se adivinaban corpulentos bajo las túnicas oscuras. Justo detrás de ellos, había una habitación de forma irregular, apenas iluminada por un suave resplandor rojizo.

Belgarath se aproximó a los hombres y éstos lo saludaron con una respetuosa reverencia. Les dijo unas pocas palabras y los hombres volvieron a saludar y señalaron otro corredor en el extremo de la habitación. Garion, intranquilo, buscó la fuente de aquella luz rojiza; pero ésta parecía perderse entre las extrañas y puntiagudas piedras que sobresalían del techo.

—Por aquí —les dijo Belgarath en voz baja y cruzó la habitación en dirección al corredor que le habían indicado los dos hombres.

—¿Por qué se tapan la cara? —murmuró Durmk.

—Para proteger sus ojos de la luz al abrir la puerta.

—Pero el edificio de arriba estaba casi oscuro —objetó Durnik.

—No para un ulgo —respondió el anciano.

—¿No hablan nuestro idioma?

—Algunos lo hacen, pero no muchos, pues no tienen casi contacto con el exterior. Será mejor que nos demos prisa, el Gorim espera.

El corredor por donde habían entrado era corto y conducía a una caverna tan grande que Garion ni siquiera podía ver el otro extremo bajo aquel tenue resplandor.

—¿Qué superficie tienen las cavernas, Belgarath? —preguntó Mandorallen, asombrado por la inmensidad del lugar.

—Nadie lo sabe con seguridad. Los ulgos han estado explorándolas desde que llegaron aquí y todavía encuentran algunas nuevas.

El pasadizo que los había traído desde la habitación de la entrada acababa en una abertura en lo alto del muro de la caverna, cerca del techo abovedado, y desde allí descendía hacia el suelo por una amplia y abrupta rampa. Garion miró por encima del borde y divisó el suelo de la caverna, perdido en la penumbra; entonces sintió un escalofrío y resolvió mantenerse pegado a la pared.

Mientras bajaban, descubrieron que la enorme caverna no era silenciosa. Desde lo que parecía una distancia infinita, se oían las oraciones de un coro de graves voces masculinas; pero el significado de sus palabras se confundía por el eco que resonaba en los muros de piedra, repitiéndose sin cesar. Luego, cuando se desvanecieron los últimos ecos de los rezos, el coro comenzó a cantar algo poco melodioso y melancólico. Por extraño que pareciera, las primeras

frases discordantes se unieron a las siguientes y concluyeron en una resolución armónica tan impresionante que Garion se sintió conmovido hasta lo más profundo de su ser.

El coro acabó su canción y los distintos ecos se mezclaron, de modo que las cuevas de Ulgoland siguieron cantando solas, repitiendo el último acorde una y otra vez.

—Nunca había oído nada semejante —murmuró Ce'Nedra a tía Pol.

—Muy poca gente lo ha hecho —respondió Polgara—. En algunas de estas galerías el sonido permanece durante días.

—¿Qué cantaban?

—Un himno a UL. Lo repiten cada hora y el eco hace que no termine nunca. Estas cuevas llevan cinco mil años cantando el mismo himno.

Pero también se oían otros sonidos: el ruido de metal contra metal, trozos de conversación en el idioma gutural de los ulgos y un constante martilleo que parecía proceder de una docena de lugares distintos a la vez.

—Debe de haber muchos allí abajo —dijo Barak tras espiar por encima del borde.

—No creas —le dijo Belgarath—, el sonido permanece en las cuevas y los ecos se repiten una y otra vez.

—¿De dónde viene la luz? —preguntó Durnik, con expresión de perplejidad—. No veo ninguna antorcha.

—Los ulgos muelen dos tipos diferentes de rocas que, cuando se mezclan, producen un suave resplandor —contestó Belgarath.

—Es una luz muy poco potente —observó Durnik tras echar un vistazo al suelo de la caverna.

—Los ulgos no necesitan mucha luz.

Tardaron al menos media hora en llegar al suelo de la caverna. Los muros de las cuevas tenían aberturas a intervalos regulares que conducían a corredores y galerías en el interior de la sólida roca de la montaña. Al pasar junto a una de estas aberturas, Garion echó un vistazo a la galería. Era muy larga y estaba poco iluminada, tenía también aberturas en las paredes, y varios ulgos caminaban de aquí para allí junto al muro del fondo.

En el centro de la caverna había un gran lago de aguas quietas. Todos lo bordearon siguiendo a Belgarath, que se movía con seguridad, como si supiera con exactitud adonde iba. Garion oyó un suave chapoteo desde algún lugar del oscuro lago, tal vez fuera un pez o el sonido de un guijarro que caía al agua. Los ecos del canto que habían oído al entrar seguían allí, curiosamente altos en algunos sitios y apenas audibles en otros.

En la entrada de las galerías los esperaban dos ulgos que, después de una breve reverencia, intercambiaron unas pocas palabras con Belgarath. Al igual que los hombres que los habían esperado en la habitación de entrada, ambos eran bajos y de hombros corpulentos, tenían el pelo muy claro y los ojos grandes y casi negros.

—Dejaremos los caballos aquí —dijo Belgarath—, pues tenemos que bajar escaleras. Estos hombres cuidarán de ellos.

Garion tuvo que insistir para que el potrillo, todavía temblando de miedo, aceptara quedarse con su madre; pero por fin pareció comprender. Luego el joven corrió para alcanzar a los demás, que ya se habían internado en una de las galerías.

En las paredes de la galería había puertas que conducían a pequeños cubículos. Era obvio que algunos se usaban como talleres de distinto tipo y otros servían para uso doméstico. Los ulgos que había en estos cubículos siguieron con sus tareas, sin prestar la menor atención al grupo que pasaba por la galería.

Algunos de aquellos hombres de cabellos claros trabajaban el metal, otros la piedra y otros la madera o la tela. Una mujer amamantaba a un pequeño bebé.

Detrás de ellos, en la caverna donde habían estado unos minutos antes, el sonido del canto comenzó otra vez. Luego pasaron junto a un cubículo donde siete ulgos rezaban al unísono.

—Dedican mucho tiempo a sus obligaciones religiosas —señaló Belgarath al pasar por allí—. La religión es lo más importante en la vida de los ulgos.

—Parece aburrido —gruñó Barak.

Al final de la galería había unas desgastadas y abruptas escaleras y todos bajaron con las manos apoyadas en la pared para no caerse.

—En un lugar como éste te pierdes con facilidad —comentó Seda—. No tengo la menor idea de en qué dirección vamos.

—Hacia abajo —le dijo Hettar.

—Muchas gracias —respondió Seda con sequedad.

Al pie de las escaleras había otra caverna, también cavada en lo alto del muro, pero esta vez comunicada con el otro lado por un estrecho puente en forma de arco.

—Cruzaremos por ahí —les dijo Belgarath, y los guió por el puente arqueado en medio de la penumbra.

Garion echó un vistazo abajo y divisó un montón de pequeñas aberturas distribuidas por los muros de la caverna sin un patrón regular, como si hubiesen sido hechas al azar.

—Aquí debe de vivir mucha gente —le dijo a su abuelo.

El viejo asintió con un gesto.

—Es la cueva de una de las mayores tribus de Ulgoland —respondió.

Los primeros y poco armónicos compases de la canción de los ulgos se hacían más fuertes a medida que se acercaban al otro extremo del puente.

—Ojalá cambiaran de melodía —murmuró Barak con amargura—. Esta ya empieza a ponerme nervioso.

—Se lo diré al primer ulgo que vea —dijo Seda con simpatía—. No me cabe duda de que estarán encantados de cambiar la canción para ti.

—Muy gracioso —dijo Barak.

—Es probable que no se les haya ocurrido que su canción no es admirada por todo el mundo.

—¿Quieres parar de una vez? —dijo Barak con acritud.

—Sólo llevan cantándola cinco mil años.

—Ya es suficiente, Seda —le dijo tía Pol al hombrecillo.

—Lo que tú digas, gran dama —respondió Seda, sonriendo con sorna.

Al llegar al otro lado de la caverna se internaron en una nueva galería y la siguieron hasta que se abrió en dos. Belgarath los condujo hacia la izquierda sin dudar un solo instante.

—¿Estás seguro de que es por aquí? —preguntó Seda—. Puedo equivocarme, pero tengo la sensación de que caminamos en círculos.

—Así es.

—Supongo que no te molestarás en explicarme por qué.

—Quería evitar pasar por una caverna determinada, así que tuvimos que dar un rodeo.

—¿Y por qué teníamos que evitarla?

—Es poco estable y el menor ruido puede hacer que el techo se desplome.

—¡Ah!

—Ése es uno de los peligros que hay aquí abajo.

—No es necesario que entres en detalles, amigo —dijo Seda mientras miraba con nerviosismo hacia el techo.

El hombrecillo hablaba más de lo normal, y eso, unido a la sensación de sofoco que experimentaba el propio Garion al verse rodeado de rocas, hizo que el joven comprendiera con rapidez lo que pasaba por la mente de Seda. A algunos hombres la sensación de encierro les

resultaba insoportable y por lo visto Seda era uno de ellos. Garion también miró hacia el techo y le pareció sentir todo el opresivo peso de la montaña sobre él. Tuvo que admitir que Seda no era el único que se preocupaba por aquella tremenda masa de piedra que se cernía sobre ellos.

La galería que seguían los condujo a una pequeña caverna con un lago cristalino y poco profundo cuyo fondo estaba cubierto de grava. En el centro del lago se alzaba una isla con una casa piramidal, construida al estilo de los edificios de la ruinosa ciudad de Prolgu. La casa estaba rodeada por un círculo de columnas y por vanos bancos tallados en piedra blanca. Brillantes globos de cristal colgaban de cadenas desde el alto techo, a unos nueve metros de altura; y la luz, aunque tenue, era mucho más potente que la de las demás galerías por donde habían pasado. Una calzada elevada de mármol blanco conducía a la isla, donde un hombre muy viejo aguardaba y los miraba con curiosidad por encima de las aguas tranquilas del lago.

—*Yad ho, Belgarath* —saludó el anciano—. *Groja UL*.

—*Gorim* —respondió Belgarath con una formal reverencia—. *Yad bo, Groja UL*.

Los condujo a través de la calzada de mármol hacia la isla del lago, y una vez allí, tras estrechar la mano del viejo con afecto, se dirigió a él en la lengua gutural de los ulgos.

El Gorim de Ulgoland aparentaba ser muy anciano; tenía el cabello y la barba largos y plateados y su túnica era de un blanco immaculado. Irradiaba una especie de piadosa serenidad que Garion percibió enseguida. También intuyó, sin saber bien por qué, que se acercaba a un hombre sagrado, quizás el más sagrado del mundo.

El Gorim extendió los brazos a tía Pol en actitud afectuosa y ella lo abrazó con cariño mientras intercambiaban el saludo ritual.

—*Yad ho, groja UL*.

—Nuestros compañeros no hablan tu idioma, viejo amigo —le dijo Belgarath al Gorim—. ¿Te ofendes si hablamos en el lenguaje de afuera?

—Por supuesto que no, Belgarath —respondió el Gorim—. UL nos ha enseñado que es importante que los hombres se comprendan entre sí. Entrad todos, tengo comida y bebida preparada para vosotros.

Mientras el anciano miraba a cada uno de ellos, Garion notó que sus ojos, a diferencia de los de los otros ulgos que habían visto, eran de un profundo color azul, casi violáceo. Luego el Gorim se volvió y los condujo por un sendero hacia el umbral de la casa con forma de pirámide.

—¿Ya ha llegado el niño? —le preguntó Belgarath al Gorim mientras pasaban por la enorme entrada de piedra.

—No, Belgarath —suspiró el Gorim—, aún no; y yo estoy muy cansado. Espero cada nacimiento con esperanza, pero después de unos días los ojos del recién nacido se oscurecen. Parece que UL aún no ha acabado conmigo.

—No pierdas la esperanza —dijo Belgarath—, el niño llegará cuando UL lo decida.

—Eso dicen. —El Gorim volvió a suspirar—. Sin embargo, las tribus están cada vez más intranquilas y hay discusiones, o incluso cosas peores, en algunas de las galerías alejadas. Los fanáticos son cada vez más duros en sus denuncias y han comenzado a aparecer nuevos cultos y extrañas aberraciones. Ulgoland necesita un nuevo Gorim; yo ya me he pasado trescientos años del tiempo señalado.

—UL aún tiene trabajo para ti —respondió Belgarath—. Sus métodos no son iguales a los nuestros y él ve el tiempo de otro modo.

Entraron a una habitación cuadrada que, sin embargo, tenía las paredes oblicuas características de la arquitectura de Ulgoland. En el centro de la estancia había una mesa baja de piedra rodeada de bancos y encima de ella encontraron varios platos con fruta. Entre los platos había unas cuantas jarras y copas de cristal.

—Dicen que el invierno ha llegado muy temprano a nuestras montañas —dijo el Gorim—. La bebida os hará entrar en calor.

—Afuera hace frío —admitió Belgarath.

Se sentaron en los bancos y comenzaron a comer.

—Perdonad si nuestras costumbres os parecen extrañas —dijo el Gorim al notar que Barak y Hettar cogían la fruta con una evidente falta de entusiasmo—. Somos un pueblo muy dado a las ceremonias y siempre comenzamos nuestras comidas con fruta en conmemoración a los años que anduvimos en busca de UL. La carne llegará en su momento.

—¿Dónde obtenéis este tipo de comida en estas cuevas, venerable Gorim? —preguntó Seda con cortesía.

—Nuestros recolectores salen de las cavernas por la noche —respondió Gorim—. Dicen que las frutas y granos que nos traen crecen naturalmente en las montañas, pero sospecho que hace tiempo que se dedican al cultivo de los valles fértiles. Además, aseguran que la carne procede de la caza de ganado salvaje, pero también tengo mis dudas al respecto. —Sonrió con dulzura—. Yo les permito esos pequeños engaños.

Acaso alentado por la cordialidad del Gorim, Durnik se atrevió a hacer una pregunta que le rondaba por la cabeza desde que entraran a la ciudad de la montaña.

—Perdóname, excelencia —comenzó—, pero ¿por qué los constructores lo hacen todo torcido? Me refiero a que no hay nada recto, todo está inclinado.

—Tengo entendido que tiene que ver con el peso y el equilibrio —respondió el Gorim—. En realidad, todos los muros se están cayendo, pero como caen los unos sobre los otros, ninguno puede moverse más que un dedo y, por supuesto, la forma de los edificios nos recuerda a las tiendas donde dormíamos en las épocas de peregrinación. —Durnik frunció el entrecejo con aire pensativo e intentó asimilar aquella curiosa idea—. ¿Ya has recobrado el Orbe, Belgarath? —preguntó el Gorim. Su expresión se volvió seria.

—Aún no —respondió Belgarath—. Perseguimos a Zedar hasta Nyissa, pero Ctuchik lo aguardaba en Cthol Murgos y le arrebató el Orbe. Por lo tanto, ahora está en poder de Ctuchik, en Rak Cthol.

—¿Y Zedar?

—Escapó de la emboscada y se llevó a Torak a Cthol Mishrak, en Mallorea, para que Ctuchik no pudiera despertarlo con el Orbe.

—Entonces, tendréis que ir a Rak Cthol.

Belgarath asintió. Un criado ulgo trajo un enorme asado humeante, lo depositó sobre la mesa y se retiró tras hacer una respetuosa reverencia.

—¿Alguien ha descubierto cómo hizo Zedar para tocar el Orbe sin que éste lo destruyera? —preguntó el Gorim.

—Se valió de un niño —respondió tía Pol—, un inocente.

—¡Ah! —dijo el Gorim mientras se mesaba la barba con aire pensativo—. ¿Y no dice la profecía que «el niño le devolverá el derecho de nacimiento al elegido»?

—Sí —respondió Belgarath.

— ¿Dónde está el niño ahora?

—Por lo que sabemos, lo tiene Ctuchik en Rak Cthol.

—Entonces, ¿asaltaréis Rak Cthol?

—Para eso necesitaría un ejército, y aun así, conquistar el fuerte podría llevar años. Creo que hay otro sistema mejor. Cierta pasaje del Códice de Darine habla de cuevas debajo de Rak Cthol.

— Conozco ese pasaje, Belgarath, y es muy oscuro. Supongo que podría significar eso, pero ¿y si no fuera así?

—Está confirmado en el Códice de Mrin —dijo Belgarath, un poco a la defensiva.

—El Códice de Mrin es todavía peor, viejo amigo; es tan poco claro que resulta incomprensible.

—Por alguna razón tengo la sensación de que cuando todo haya acabado y miremos hacia atrás, descubriremos que el Códice de Mrin era la versión más exacta de todas. Sin embargo, tengo otra razón para estar seguro: hace mucho tiempo, cuando los murgos estaban construyendo Rak Cthol, un esclavo sendario escapó y volvió al Oeste. Cuando lo encontraron, deliraba, pero antes de morir no paró de hablar de cuevas debajo de la montaña. Y eso no es todo; Anheg de Cherek encontró una copia del *Libro de Torak* que contiene un fragmento de una antigua profecía grolim: «Guardad bien el templo, arriba y abajo, pues Cthrag Yaska convocará a los enemigos del aire o de las entrañas de la tierra para destruirlo otra vez».

—Eso es aún más confuso —objetó el Gorim.

—Las profecías de los grolims suelen serlo, pero es lo único en que puedo basarme. Si desecho la idea de las cuevas debajo de Rak Cthol, tendré que sitiarse la zona y para ello necesitaría todos los ejércitos del Oeste. Además, Ctuchik convocaría a las tropas angarak para defender la ciudad. Todo indica que habrá una batalla final, pero yo preferiría elegir el lugar y el momento; y, sin lugar a dudas, nunca elegiría los páramos de Murgos.

—Con todo esto intentas decirme algo, ¿verdad?

Belgarath asintió con un gesto.

—Necesito un adivino que me ayude a encontrar las cuevas de Rak Cthol y que me guíe por ellas hasta la ciudad.

—Me pides lo imposible, Belgarath —dijo el Grolim meneando la cabeza—. Los adivinos son todos fanáticos, místicos, y nunca los convencerás de que dejen las cavernas de Prolgu, sobre todo ahora. Ulgoland está esperando la llegada del niño y cada uno de los fanáticos está convencido de que será él quien lo descubra y haga su revelación ante las tribus. Ni siquiera podría ordenarles que te acompañaran, pues los adivinos son seres sagrados y yo no tengo autoridad sobre ellos.

—Es probable que no sea tan difícil como parece —dijo Belgarath mientras apartaba su plato y cogía su copa—. El adivino que necesito se llama Relg.

—¿Relg? Es el peor de todos. Se ha hecho de un grupo de fieles y reza con ellos una vez por hora en una de las galerías más lejanas. Se cree el hombre más importante de Ulgoland y nunca lo convencerás de que abandone la cueva.

—No creo que tenga que hacerlo, Gorim; no soy yo quien ha elegido a Relg. Esa decisión fue tomada por mí mucho antes de que naciera. Ordena que lo llamen.

—Lo haré si así lo deseas —dijo el Gorim, no muy convencido—, pero no creo que venga.

—Vendrá —dijo tía Pol con seguridad—; no sabrá por qué, pero lo hará e irá con nosotros, Gorim. El mismo poder que nos reunió a todos lo atraerá también a él, pues no tiene más poder de elección en este asunto que cualquiera de nosotros.

¡Era todo tan aburrido! La nieve y el frío que habían pasado en el viaje hacia Prolgu habían entumecido el cuerpo de Ce'Nedra y ahora el calor de las cavernas la mareaba. La larga e incomprensible charla de Belgarath con aquel viejo extraño y frágil le producía sueño. Además, aquella curiosa canción había comenzado otra vez en algún sitio, y sus ecos, que se repetían de forma incesante a lo largo y ancho de las cuevas, le provocaban aún más sueño. Sólo se mantenía despierta gracias a su extenso entrenamiento en el protocolo de la corte.

El viaje le había parecido horrible. Tol Honeth era una ciudad cálida y la joven no estaba acostumbrada al frío. Tenía la impresión de que sus pies nunca volverían a calentarse y había descubierto un mundo lleno de sobresaltos, terrores y sorpresas desagradables. En el Palacio Imperial de Tol Honeth, el enorme poder de su padre, el emperador, la había protegido de toda clase de peligros; pero ahora se sentía vulnerable. En un raro impulso de sinceridad consigo misma, Ce'Nedra admitió que su desagradable conducta con Garion se debía a esa nueva sensación de inseguridad. En cierto modo, la habían despojado de su pequeño mundo, seguro y privilegiado, y se sentía indefensa, desprotegida y temerosa.

El pobre Garion era un chico estupendo. Se sentía un poco culpable por usarlo como chivo expiatorio de su mal humor, así que se prometió a sí misma que pronto, muy pronto, tendría una charla con él y se lo explicaría todo. El lo entendería porque era un chico razonable, de modo que podrían cerrar el abismo que se había abierto entre ambos.

Garion sintió los ojos de la joven en él y se volvió a mirarla un instante, pero luego desvió la vista con aparente indiferencia. La mirada de Ce'Nedra se endureció como si sus ojos fueran de ágata. ¿Cómo se atrevía a hacerle algo así? Tomó nota mental de aquel desplante y lo agregó a la lista de sus muchas imperfecciones.

El anciano de aspecto endeble mandó a uno de los extraños y silenciosos ulgos a buscar al hombre del que hablaba Polgara y luego cambió el tema de conversación para hablar de cuestiones más generales.

—¿Pudisteis cruzar por las montañas sin que os molestaran? —preguntó el Gorim.

—Tuvimos algunos encuentros —respondió Barak, el conde de barba roja, con un tono que a Ce'Nedra le pareció algo sarcástico.

—Pero, gracias a UL, estáis todos a salvo —declaró el Gorim con expresión piadosa—. ¿Cuáles son los monstruos que siguen afuera en esta época del año? Hace ya muchos años que no salgo de la cueva, pero, si no recuerdo mal, casi todos se escondían en sus madrigueras al caer las primeras nieves.

—Encontramos hrulgos, venerable Gorim —le informó el barón Mandorallen—, algunos algroths y también un eldrak.

—El eldrak nos causó algunos problemas —dijo Seda con sequedad.

—Es lógico. Por suerte, no hay demasiados, pues son unos monstruos terribles.

—Tuvimos oportunidad de comprobarlo —dijo Seda.

—¿Cuál de ellos fue el que encontrasteis?

—Grul —respondió Belgarath—. El y yo ya nos habíamos enfrentado antes y aún me guardaba rencor. Lo siento, Gorim, pero tuvimos que matarlo, no nos dejó otra opción.

—¡Ah! —dijo el Gorim, con un ligero dejo de pena en la voz—. Pobre Grul.

—Yo no lo echaré de menos —dijo Barak—. No quiero ser entrometido, venerable Gorim, pero ¿no crees que sería buena idea exterminar a algunas de las bestias más problemáticas de las montañas?

—Son criaturas de UL, igual que nosotros —explicó el Gorim.

—Pero si no fuera por ellos, vosotros podríais volver allí arriba —señaló Barak.

El Gorim sonrió ante aquella idea.

—No —dijo con dulzura—, Ulgoland nunca dejará las cuevas. Hemos vivido aquí durante cinco milenios y, después de tantos años, hemos cambiado; ahora nuestros ojos no soportarían la luz del sol. Los monstruos de ahí arriba no pueden llegar aquí, y su presencia mantiene a los intrusos alejados de Ulgoland. No nos gustan mucho los extraños, así que tal vez sea lo mejor.

El Gorim estaba sentado junto a la mesa de piedra, enfrente de Ce'Nedra, y era evidente que el tema de los monstruos lo entristecía. Entonces la contempló durante un instante, luego extendió su mano débil y cogió la pequeña barbilla de la princesa, alzando su cara hacia la débil luz del globo que colgaba sobre la mesa.

—No todas las criaturas extrañas son monstruos —dijo, con sus grandes ojos violáceos llenos de calma y sabiduría—, mirad la belleza de esta dríada.

Ce'Nedra se sintió algo turbada, no porque la tocara, pues la gente mayor había respondido con ese mismo gesto a su rostro angelical muchas veces en su vida, sino por la inmediata presunción del Gorim de que ella no era totalmente humana.

—Dime, niña —le preguntó el Gorim—, ¿las dríadas todavía adoráis a UL?

La princesa no estaba preparada para esa pregunta.

—Lo... lo siento, venerable Gorim —titubeó—, pero hasta hace poco tiempo ni siquiera había oído hablar de UL. Por alguna razón, mi gente tiene muy poca información sobre vuestro pueblo y vuestro dios.

—La princesa ha sido educada como tolnedrana —explicó Polgara—. Es una Borune. Sin duda, habrás oído hablar de la unión entre su familia y las dríadas. Como tolnedrana, rinde culto a Nedra.

—Un dios servicial —dijo el Gorim—; un poco pomposo para mi gusto, pero muy eficiente. Pero ¿y las dríadas?, ¿recuerdan aún a su dios?

Belgarath carraspeó como si se sintiera un poco culpable.

—Me temo que no, Gorim. Se alejaron y los años han borrado todo lo que sabían de UL. De todos modos, son criaturas volubles, no muy dadas a la religión.

—¿A qué dios honran ahora? —preguntó el Gorim, con expresión de tristeza.

—La verdad es que a ninguno —admitió Belgarath—. Tienen unos pocos bosquecillos sagrados y una o dos imágenes formadas por la raíz de algún árbol venerable; eso es todo. En realidad, no disponen de una teología clara y precisa.

A Ce'Nedra aquella discusión le resultaba ofensiva, pero aprovechó la ocasión, se incorporó un poco y le dedicó una sonrisa encantadora al Gorim. Sabía exactamente cómo seducir a un anciano, pues había practicado con su padre durante años.

—Siento mucho las limitaciones de mi educación, venerable Gorim —mintió—. El misterioso UL es el dios tradicional de las dríadas y yo debería conocerlo, así que espero poder instruirme sobre él. Es probable que, a pesar de no ser digna de ello, pueda servir como instrumento para renovar la alianza de mis hermanas con su dios verdadero.

Fue un discurso muy astuto y Ce'Nedra se sintió bastante orgullosa de él. Sin embargo, para su sorpresa, el Gorim no se quedó satisfecho con aquella vaga expresión de interés y fue más allá.

—Diles a tus hermanas que el espíritu de nuestra fe se encuentra en El libro de Ulgo —le dijo con seriedad.

—El libro de Ulgo —repitió ella—, lo recordaré. En cuanto regrese a Tol Honeth obtendré una copia y la llevaré en persona al bosque de las Dríadas —añadió, segura de que con eso lo convencería.

—Me temo que las copias que puedas encontrar en Tol Honeth serán poco fieles —le dijo el Gorim—. Los extraños no conocen bien la lengua de mi pueblo y las traducciones resultan difíciles. —Ce'Nedra pensó que el anciano se estaba poniendo un poco pesado con todo ese asunto—. Como suele suceder con las escrituras —continuó él—, el libro sagrado está muy vinculado a nuestra historia. La sabiduría de los dioses es tan grande que ofrece sus instrucciones en forma de relatos, y mientras nuestras mentes disfrutaban de ellos, asimilamos los mensajes divinos de manera inconsciente; nos instruyen al mismo tiempo que nos entretienen.

Ce'Nedra ya conocía aquella teoría. El maestro Jeebers, su tutor, le había dado largas y aburridas clases al respecto. Miró a su alrededor con desesperación, intentando encontrar otro tema de conversación.

—Nuestra historia es muy antigua —continuó el Gorim, inexorable—. ¿Te gustaría escucharla? —Ce'Nedra había caído en su propia trampa y no tuvo más remedio que asentir, indefensa. Entonces Gorim comenzó—: En los albores de los tiempos, cuando el mundo fue rescatado de la oscuridad por los caprichosos dioses, en el silencio de los cielos habitaba un espíritu llamado UL.

Con absoluta desesperación, Ce'Nedra advirtió que el anciano intentaba recitar el libro entero. Sin embargo, después de unos momentos de disgusto, comenzó a experimentar la extraña fascinación que despertaba la historia y, aunque nunca lo habría admitido, se sintió conmovida por los primeros ruegos del Gorim hacia el indiferente espíritu que apareciera ante él en Prolgu. ¿Qué hombre se atrevería a acusar a un dios?

Mientras escuchaba la historia, le pareció divisar un pequeño resplandor por el rabillo del ojo. Miró hacia él y vio que algo brillaba entre las enormes rocas de los muros. El resplandor era muy distinto de la luz mortecina de los globos de cristal que colgaban del techo.

—Entonces el corazón del Gorim se alegró —continuó recitando el anciano—, y al santo lugar donde todo esto había sucedido le dio el nombre de Prolgu, que significa Lugar Sagrado. Luego abandonó Prolgu y regresó a...

— ¡*Ya, Garach tek, Gorim!* —gruñó alguien en el complicado idioma de los ulgos, con una voz cargada de odio.

Ce'Nedra giró la cabeza para mirar al intruso. Como todos los ulgos, era bajo y sus brazos y hombros estaban tan desarrollados que parecía deforme. Su cabello incoloro estaba enmarañado y sucio, llevaba un guardapolvo de piel con capucha, manchado con una especie de barro y sus grandes ojos negros brillaban llenos de fanatismo. Apiñados detrás de él, había una docena de ulgos con expresiones de sorpresa e indignación en sus rostros. El fanático del guardapolvo de cuero continuó con su retahíla de insultos.

La expresión del Gorim se endureció, pero soportó con paciencia las maldiciones de aquel hombre de mirada furiosa. Por fin, cuando el fanático hizo una pausa para respirar, el débil anciano se volvió hacia Belgarath.

—Éste es Relg —dijo con tono de disculpa—. ¿Entiendes ahora lo que te decía sobre él? Es imposible convencerlo de algo.

—¿De qué nos serviría? —preguntó Barak, molesto por la actitud del recién llegado—. Ni siquiera puede hablar una lengua civilizada.

Relg clavó sus ojos en él.

—Yo hablo tu lengua, extranjero —dijo con un tono cargado de desprecio—, pero prefiero no profanar las cavernas sagradas con sus palabras corruptas. —Entonces se volvió hacia el

Gorim—. ¿Quién te ha dado permiso para recitar las palabras del libro sagrado ante estos infieles extranjeros? —preguntó.

La mirada del anciano Gorim se endureció de una forma casi imperceptible.

—Creo que ya es suficiente, Relg —dijo con firmeza—. Las idioteces que cuentes en las galerías lejanas a aquellos lo suficientemente estúpidos como para escucharte son asunto tuyo, pero lo que me digas a mí en mi propia casa, es de mi incumbencia. Todavía soy el Gorim de Ulgoland, pienses lo que pienses, y no tengo por qué darte explicaciones. —Contempló las caras asombradas de los seguidores del fanático—. Ésta no es una audiencia pública —le informó a Relg—; te mandé llamar a ti, no a ellos, así que diles que se vayan.

—Vinieron para asegurarse de que tú no me harías daño —respondió Relg con acritud—. Les he contado la verdad sobre ti, y los hombres poderosos temen a la verdad.

—Relg —dijo el Gorim con una voz gélida—, no tienes la menor idea de lo poco que me importa lo que les hayas dicho sobre mí. Ahora diles que se vayan..., ¿o prefieres que lo haga yo?

—No te obedecerán —dijo Relg con una risita burlona—. Yo soy su jefe.

El Gorim frunció el entrecejo y se puso de pie. Entonces se dirigió a los seguidores de Relg en la lengua de Ulgoland. Ce'Nedra no comprendió sus palabras, pero no necesitaba hacerlo, pues reconoció de inmediato el tono de autoridad y se asombró de la fuerza que el piadoso anciano imponía a sus palabras. Ni siquiera su padre se habría atrevido a hablar en aquel tono.

Los hombres que se apiñaban detrás de Relg intercambiaron miradas intranquilas entre sí y comenzaron a retroceder con las caras asustadas. El Gorim gritó una orden final y los seguidores de Relg dieron media vuelta y huyeron. Relg los miró con severidad y por un instante pareció que iba a llamarlos, pero por lo visto lo pensó mejor.

—Vas demasiado lejos, Gorim —acusó—. Esa autoridad no debe usarse en asuntos mundanos.

—Esa autoridad es *mía* —respondió el Gorim—, y me corresponde a mí decidir cuándo debo emplearla. Has elegido enfrentarte conmigo en el terreno teológico; por lo tanto, necesitaba recordar a tus seguidores, y a ti, quién soy yo en realidad.

—¿Por qué me has llamado? —preguntó Relg—. La presencia de estos infieles es una afrenta a mi pureza.

—Necesito de tus servicios, Relg —dijo el Gorim—. Estos extranjeros se disponen a pelear contra nuestro antiguo enemigo, el más maldito de todos los hombres. El destino del mundo depende de su misión, y necesitan tu ayuda.

—¿Y a mí qué me importa el mundo? —dijo Relg con un tono lleno de desprecio—. ¿Qué más me da el maldito Torak? Yo estoy a salvo en las manos de UL. Él me necesita aquí y no abandonaré las cavernas sagradas para corromperme en la vil compañía de monstruos e infieles.

—El mundo entero será corrompido si Torak consigue dominarlo —señaló Belgarath—. Y si fracasamos, Torak será el rey del mundo.

—Pero nunca reinará en Ulgoland —replicó Relg.

—¿Qué poco sabes de él! —murmuró Polgara.

—Nunca me iré de las cavernas —insistió Relg—. El niño llegará en cualquier momento y yo he sido elegido para revelar su nombre, guiarlo e instruirlo hasta que esté preparado para convertirse en Gorim.

—¿Qué interesante! —observó el Gorim con frialdad—. ¿Y quién te comunicó esa elección?

—UL me habló —declaró Relg.

—Es extraño, las cavernas siempre se han hecho eco de la voz de UL, así que toda Ulgoland debería haberlo escuchado.

—Le habló a mi corazón —se apresuró a responder Relg.

—Es curioso que hiciera algo así —respondió el Gorim con tono apacible.

—Esto no tiene sentido —dijo Belgarath con brusquedad—. Hubiese preferido que nos siguieras por propia voluntad, pero, quieras o no, vendrás con nosotros, pues un poder superior así lo dispone. Puedes discutir y resistirte cuanto quieras, pero cuando nos vayamos, tú nos acompañarás.

—¡Nunca! Me quedaré aquí al servicio de UL y del niño que se convertirá en Gorim de Ülgo. Mis seguidores nunca permitirán que me obliguéis a ir.

—¿Para qué necesitamos a este topo ciego? —pregunto Barak—. Sólo será una carga para nosotros. He notado que los hombres que se pasan el tiempo felicitándose a sí mismos por su santidad, suelen ser una mala compañía. ¿Y qué puede hacer éste que yo no pueda?

Relg miró con desdén al gigante de barba roja.

—Los hombres grandes con bocas grandes rara vez tienen cerebros grandes —dijo—. Mira con atención, peludo. —Caminó hacia la pared inclinada de la habitación—. ¿Acaso puedes hacer esto? —preguntó y atravesó la roca con su mano muy despacio, como si la estuviera hundiendo en el agua.

Seda silbó estupefacto y se apresuró a acercarse a la pared donde estaba el fanático. Cuando Relg sacó la mano de la piedra, Seda extendió la suya y la apoyó en el mismo lugar.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó mientras tocaba la piedra.

Relg rió con brusquedad y le volvió la espalda.

—Esa habilidad es la que lo hace útil para nosotros, Seda —explicó Belgarath—. Relg es un adivino. Sabe localizar las cavernas y nosotros necesitamos llegar a las que hay debajo de Rak Cthol. Si fuera necesario, Relg podría caminar a través de la piedra sólida para encontrarlas.

—¿Cómo es posible que alguien haga algo así? —preguntó Seda, todavía con la vista fija en el lugar del muro donde Relg había hundido la mano.

—Tiene algo que ver con la naturaleza de la materia —respondió el hechicero—. Aquello que vemos como sólido, en realidad, no es del todo impenetrable.

—Una cosa es sólida o no lo es —insistió Seda con expresión de perplejidad.

—La solidez es una ilusión —dijo Belgarath—. Relg puede hacer pasar las partículas que forman su sustancia a través de los espacios que existen entre las partículas que forman la roca.

—¿Y tú puedes hacerlo? —preguntó Seda con escepticismo.

—No lo sé —respondió Belgarath, encogiéndose de hombros—. Nunca lo he intentado. Además, Relg puede oler las cuevas y va directamente hacia ellas. Es probable que ni siquiera él sepa cómo lo hace.

—Me guía la fe —declaró Relg con arrogancia.

—Quizá sea eso —asintió el hechicero con una sonrisa tolerante.

—La santidad de las cuevas me atrae, pues soy atraído por todo lo sagrado —continuó Relg con voz ronca—. Y para mí dejar las cavernas de Ulgoland sería como volver la espalda a lo sagrado y dirigirme hacia la corrupción.

—Ya lo veremos —dijo Belgarath.

El resplandor que Ce'Nedra había notado antes en el muro comenzó a brillar y a lanzar destellos y la princesa pudo vislumbrar una figura imprecisa sobre la roca. Entonces, como si las piedras fueran sólo aire, la figura se hizo más clara y se dirigió hacia ellos. Por un instante, pareció que se trataba de un anciano con barba vestido igual que el Gorim, aunque mucho más corpulento; pero luego Ce'Nedra sintió la poderosa fuerza de un ser superior, y con un escalofrío de asombro, advirtió que estaba en presencia de una divinidad.

Relg se quedó boquiabierto ante aquel personaje barbado y comenzó a temblar con violencia. Luego, con un grito ahogado, se postró a sus pies.

El ser contempló con calma al fanático arrodillado ante él.

—Levántate, Relg —dijo con un tono suave que parecía contener todos los ecos de la eternidad, y las cavernas retumbaron con el sonido de su voz—. Levántate, Relg, y sirve a tu dios.

Ce'Nedra había recibido una educación exquisita. La habían entrenado de tal modo que poseía un conocimiento instintivo de los modales de etiqueta y la forma de comportarse en la presencia de un emperador o de un rey, pero la presencia física de un dios la dejaba perpleja, la asustaba. Se sentía avergonzada, incluso torpe, como si fuera una campesina ignorante. Se dio cuenta de que temblaba y, quizá por primera vez en su vida, no tuvo la menor idea de qué debía hacer.

UL seguía con la vista fija en el rostro estupefacto de Relg.

—Tu mente ha malinterpretado mis palabras, hijo mío —afirmó el dios con seriedad—. Las has modificado para hacerlas coincidir con tu deseo más que con mi voluntad. —Relg se sobresaltó y lo miró con los ojos llenos de pánico—. Te dije que el futuro Gorim llegará a Ulgoland a través de ti —continuó UL— y que debías prepararte para cuidarlo y educarlo. ¿Pero acaso te dije que te enorgullecieras de ti mismo por esta razón? —Relg comenzó a temblar con violencia—. ¿Te dije que predicaras la rebelión? ¿O que levantarás a Ulgoland contra el Gorim que yo elegí para que lo guiara?

Relg se derrumbó.

—¡Perdóname, oh dios mío!—suplicó mientras se arrastraba por el suelo.

—Levántate, Relg —dijo UL con tono severo—. No estoy contento contigo y tu cortesía me ofende, pues tu corazón está lleno de orgullo. Haré que te sometás a mi voluntad, Relg, o de lo contrario te destruiré, te despojaré de esa presuntuosa arrogancia que demuestras; sólo entonces serás digno de la tarea que te he encomendado.

Relg se incorporó tambaleante con expresión de arrepentimiento.

—¡Oh mi dios...! —dijo con voz ahogada.

—Escucha mis palabras con atención, Relg, y haz todo lo que te digo. Te ordeno que acompañes a Belgarath, discípulo de Aldur, y que le brindes toda la ayuda posible. Le obedecerás como si hablara en mi nombre. ¿Comprendes lo que te digo?

—Sí, mi dios —respondió Relg con humildad.

—¿Le obedecerás?

—Haré lo que digas, mi dios, aunque me cueste la vida.

—No te costará la vida, Relg, porque te necesito. Tu recompensa por esto será mucho mayor de lo que imaginas.

Relg hizo una muda reverencia de aceptación. Entonces, el dios se volvió hacia el Gorim:

—Espera un poco más, hijo mío —dijo—, aunque los años te pesen. No pasará mucho tiempo antes de que te libere de esta carga. Quiero que sepas que estoy orgulloso de ti. —El Gorim hizo un gesto de aceptación—. Belgarath —saludó el dios al hechicero—, he estado observando tu tarea y comparto el orgullo de tu Maestro. Gracias a ti y a tu hija Polgara, la profecía avanza hacia el momento que todos esperamos.

Belgarath también hizo una reverencia.

—Ha pasado mucho tiempo, sagrado UL —respondió—, y ha habido complicaciones y cambios que ninguno de nosotros previó al comienzo.

—Es verdad —asintió UL—. Nos ha sorprendido a todos en más de una ocasión. Y el enviado de Aldur al mundo, ¿ha recuperado ya su derecho de nacimiento?

—No del todo, sagrado UL —respondió con seriedad Polgara—. Sin embargo, pronto lo hará y lo que nos ha mostrado hasta ahora nos da esperanzas de su éxito.

—Salud, entonces, Belgarion —dijo UL al asombrado joven—. Recibe mi bendición y recuerda que cuando comiences tu gran tarea, yo estaré a tu lado junto con Aldur.

Garion respondió con una reverencia bastante torpe, según pudo observar Ce'Nedra. La princesa decidió que pronto, muy pronto, tendría que darle algunas lecciones al respecto. El se resistiría, por supuesto —¡era un chico tan obcecado!—, pero ella sabía que si insistía y se ponía lo bastante pesada, acabaría por aceptar; después de todo, era por su propio bien.

UL seguía con los ojos fijos en Garion, pero se produjo un cambio sutil en su expresión, y Ce'Nedra tuvo la impresión de que se comunicaba en silencio con otro ser, alguien que formaba parte de Garion, pero que al mismo tiempo no era él. Luego giró la cabeza con seriedad y se volvió a mirar a la princesa.

—Parece una niña —le dijo a Polgara.

—Tiene la edad necesaria, sagrado UL —respondió Polgara—. Es una dríada, y las de su raza son muy pequeñas.

UL dedicó una sonrisa tierna a la princesa y ella sintió que la envolvía con su calidez.

—Es como una flor, ¿verdad? —dijo UL.

—Aún tiene algunas espinas, sagrado UL —respondió Belgarath con ironía—, y unas pocas malezas estropean su carácter.

—Eso la hace aún más valiosa, Belgarath. Llegará el momento en que su fuego y sus malezas servirán a nuestra causa mucho más que su belleza. —UL miró a Garion y en su rostro se dibujó una sonrisa extraña y perceptiva. Ce'Nedra sintió que se ruborizaba, sin saber por qué, pero alzó la barbilla como si quisiera espantar el rubor—. Es contigo con quien quiero hablar, hija mía —dijo UL, dirigiéndose directamente a ella, y su tono y su cara se volvieron serios—. Cuando tus compañeros se marchen, tú debes permanecer aquí. No debes entrar en el reino de los murgos, pues si fueras a Rak Cthol, sin duda perecerías, y sin ti la lucha contra las tinieblas fracasaría. Quédate aquí hasta que tus compañeros regresen.

Este era el tipo de discurso que Ce'Nedra podía entender con facilidad. Como buena princesa, reconocía la necesidad de una sumisión rápida a la autoridad. A pesar de que había engatusado, coaccionado y fastidiado a su padre durante toda su vida para conseguir lo que quería, muy pocas veces se había rebelado de forma explícita.

—Haré lo que me ordenas, sagrado UL —respondió con una pequeña inclinación de cabeza y sin detenerse a pensar en las consecuencias de las palabras del dios.

—Así la profecía estará protegida —declaró UL con un gesto de aprobación—. Cada uno de vosotros tiene un papel que jugar en esta tarea común y yo también tengo el mío. No os entretengo más, hijos míos. Os deseo lo mejor en vuestra misión. Volveremos a encontrarnos.

Entonces el dios desapareció. El eco de sus últimas palabras retumbó en las cavernas de Ulgoland, y después de un momento de silencio y asombro, el coro volvió a cantar el himno de adoración y todos y cada uno de los ulgos alzaron sus voces en éxtasis por esta visita divina.

—¡Por Belar! —exclamó Barak de forma explosiva—. ¿Lo habéis sentido?

—La presencia de UL es imponente —asintió Belgarath y se volvió a mirar a Relg, con una ceja levantada que le daba una expresión irónica—. Supongo que habrás cambiado de opinión —observó.

La cara de Relg se había vuelto cenicienta y el hombre aún temblaba con violencia.

—Obedeceré a mi dios —respondió— en todo lo que me ha ordenado.

—Me alegro de que así sea —dijo Belgarath—. Ahora quiere que vayas a Rak Cthol. Es probable que tenga otros planes para ti más tarde, pero ahora debemos dirigirnos a Rak Cthol.

—Te obedeceré sin reservas —declaró el fanático—, tal como mi dios me ha ordenado.

—Bien —respondió Belgarath y luego fue directo al grano—. ¿Hay algún modo de evitar el mal tiempo y las dificultades allí arriba?

—Conozco un camino —respondió Relg—; es largo y duro, pero nos conducirá a las colinas de la tierra de los hombres caballo.

—Ya ves —le dijo Seda a Barak—, ya comenzó a ser útil.

Barak gruñó, aún no demasiado convencido.

—¿Puedo preguntar por qué debemos ir a Rak Cthol? —dijo Relg con una actitud muy distinta tras el encuentro con el dios.

—Debemos recuperar el Orbe de Aldur —respondió Belgarath.

—He oído hablar de él —admitió Relg.

—¿Estás seguro de que podrás encontrar las cuevas de abajo de Rak Cthol? —le preguntó Seda con el entrecejo fruncido—. Esas cuevas no son las de UL, ya sabes, y en Cthol Murgos no es probable que sean sagradas, sino más bien todo lo contrario.

—Yo puedo encontrar cualquier cueva en cualquier sitio —afirmó Relg con seguridad.

—Muy bien —continuó Belgarath—. Entonces, suponiendo que todo vaya bien, subiremos por las cuevas y entraremos a la ciudad sin que nos vean. Allí encontraremos a Ctuchik y le quitaremos el Orbe.

—¿No intentará pelear? —preguntó Durnik.

—Eso espero —respondió con vehemencia Belgarath.

—Empiezas aparecer un alorn, Belgarath —dijo Barak con una breve risita.

—Eso no es exactamente una virtud —señaló Polgara.

—Me encargaré del mago de Rak Cthol cuando llegue el momento —dijo con tono lúgubre el hechicero—. De todos modos, una vez que hayamos recobrado el Orbe regresaremos a las cavernas y escaparemos con él.

—Con todo Cthol Murgos pegado a nuestros talones —añadió Seda—. He tenido ocasión de tratar con los murgos y son un pueblo muy obcecado.

—Ése podría ser un problema —admitió Belgarath—, No es conveniente que la persecución sea demasiado grandiosa. Si un ejército de murgos nos siguiera al Oeste, la gente lo consideraría una invasión y se desataría una guerra para la cual aún no estamos preparados. ¿Alguien tiene idea de cómo evitarlo? —preguntó, mirando a su alrededor.

—Conviértelos a todos en sapos —sugirió Barak, encogiéndose de hombros.

Belgarath le dirigió una mirada fulminante.

—Sólo era una idea —dijo Barak a la defensiva.

—¿Por qué no nos quedamos escondidos en las cavernas hasta que dejen de perseguirnos? —propuso Durnik.

—No —dijo con firmeza Polgara y meneó la cabeza—. Tenemos que estar en determinado lugar en un momento exacto y apenas tenemos tiempo para conseguirlo. No podemos perder un mes o más escondidos en las cuevas de Cthol Murgos.

—¿Dónde tenemos que estar, tía Pol? —preguntó Garion.

—Ya te lo explicaré en otro momento —dijo ella, y dirigió una rápida mirada a Ce'Nedra.

La princesa supo de inmediato que la cita de Polgara tenía algo que ver con ella, y le asaltó la curiosidad.

Mandorallen, con aire pensativo y los dedos apoyados con suavidad sobre las costillas que se había roto en el enfrentamiento con Grul, se aclaró la garganta.

—Por casualidad, ¿hay algún mapa de la región a la que nos dirigimos, venerable Gorim? —preguntó con cortesía.

El Gorim reflexionó un momento.

—Creo que tengo uno en algún sitio —respondió.

Golpeó su taza con suavidad sobre la mesa e inmediatamente entró un criado ulgo. El Gorim intercambió unas pocas palabras con él y el criado se marchó.

—El mapa que recuerdo es muy viejo —prosiguió el Gorim, dirigiéndose a Mandorallen— y me temo que no sea demasiado preciso. Nuestros cartógrafos tienen dificultades para comprender las distancias del mundo exterior.

—Las distancias no importan demasiado —le aseguró Mandorallen—. Sólo quiero refrescar mi memoria acerca de los reinos cercanos a la frontera de Cthol Murgos. Yo fui poco aficionado a la geografía en mis épocas de estudiante.

El criado regresó y le entregó un gran rollo de pergamino al Gorim, quien a su vez se lo pasó a Mandorallen. El caballero desenrolló con cuidado el mapa y lo examinó un momento.

—Es tal como recordaba —dijo y se volvió a Belgarath—. ¿Habéis dicho, viejo amigo, que ningún murgo podría entrar en el valle de Aldur?

—Así es —respondió Belgarath.

Mandorallen señaló el mapa.

—La frontera más cercana a Rak Cthol es la de Tolnedra —les indicó—, y, por lógica, nuestra vía de escape debería ser ésa.

—Es cierto —asintió Belgarath.

—Entonces, simulemos huir a toda prisa hacia Tolnedra y dejemos rastros de nuestro paso. Más adelante, donde el suelo rocoso nos permita disimular las huellas de nuestro cambio de dirección, giremos y desviemos nuestro camino hacia el noroeste, rumbo al valle. ¿No creéis que así los confundiremos? ¿No creéis que de ese modo perseguirán nuestra ruta imaginaria? Con el tiempo advertirán su error, por supuesto, pero para entonces nosotros estaremos muchos kilómetros por delante. ¿No es probable que el hecho de saber que están lejos y que además nos dirigimos al valle prohibido los haga abandonar por completo la persecución?

Todos miraron el mapa.

—Me gusta —dijo Barak y con su enorme manaza le dio una efusiva palmada en la espalda al caballero. Mandorallen dio un respingo y se llevó la mano a las costillas rotas—. Lo siento, Mandorallen —se disculpó enseguida Barak—, me había olvidado.

—El plan tiene muchas ventajas, Belgarath —dijo Seda tras estudiar el mapa con atención— y si nos desviamos por aquí —señaló—, saldremos arriba del acantilado del este. Nosotros tendremos mucho tiempo para bajar, pero ellos lo pensarán dos veces antes de intentarlo. En ese lugar hay por lo menos un kilómetro y medio de distancia hasta abajo.

—Podríamos enviar un mensaje a Cho-Hag —sugirió Hettar—. Si lográramos que unas cuantas tribus se reunieran al pie del acantilado, los murgos lo pensarían más de dos veces antes de empezar el descenso.

Belgarath se rascó la barba.

—Muy bien —decidió después de un momento—. En cuanto Relg nos saque de Ulgoland, irás a visitar a tu padre, Hettar. Dile lo que pensamos hacer y pídele que lleve unos pocos miles de guerreros a encontrarse con nosotros en el valle.

El delgado algario asintió con la cabeza, agitando su negra coleta. Sin embargo, su cara reflejó cierta desilusión.

—Olvídalo, Hettar —le dijo con brusquedad el viejo—. Nunca tuve intención de llevarte a Cthol Murgos, pues allí tendrías demasiadas oportunidades de meterte en líos.

—No te lo tomes tan a pecho, Hettar —bromeó Seda—. Los murgos son una raza de fanáticos, así que, al menos unos pocos, intentarán el descenso, sea lo que sea lo que los espere abajo. Y tú tendrás que usarlos como ejemplo, ¿verdad?

La cara de Hettar se iluminó con aquella idea.

—Seda —dijo Polgara con un gesto de reprobación.

—Tenemos que convencerlos de que no les conviene perseguirnos, Polgara —protestó el hombrecillo, con expresión de inocencia.

—Por supuesto —respondió ella con sarcasmo.

—No sería bueno que el valle se llenara de murgos, ¿verdad?

—¿Quieres acabar ya?

—En realidad, no soy tan sanguinario, ¿sabes? —Ella le volvió la espalda y Seda suspiró con gazmoñería—. ¡Siempre piensa lo peor de mí!

Mientras tanto, Ce'Nedra había tenido suficiente tiempo para considerar las consecuencias de la promesa incondicional que le había hecho a UL. Los demás se irían pronto y ella se quedaría atrás. Ya comenzaba a sentirse sola y marginada mientras ellos hacían planes que no la incluían. Cuanto más pensaba en ellos, peor se sentía, y entonces advirtió que su labio inferior comenzaba a temblar. El Gorim de los ulgos la había estado observando con una expresión compasiva en su ajada y sabia cara.

—Es duro que te dejen atrás —dijo con dulzura, como si sus enormes ojos pudieran leer sus pensamientos—, y nuestras cuevas son extrañas para ti, oscuras y en apariencia llenas de tristeza. —Ella hizo un gesto de asentimiento—. Sin embargo, dentro de un día o dos —continuó él—, tus ojos se acostumbrarán a la luz tenue. Aquí dentro hay bellezas que ningún extranjero ha podido apreciar. Si bien es cierto que no tenemos flores, hay cavernas ocultas donde las gemas brotan en el suelo y en los muros como pimpollos salvajes. En nuestro mundo sin sol, no hay árboles ni vegetación, pero conozco una cueva donde enredaderas de oro puro caen desde el techo como serpentinatas y forman una alfombra sobre el suelo.

—¡Cuidado! —advirtió Seda—. Sagrado Gorim, la princesa es tolnedrana, si le enseñas ese tipo de riqueza, puede darle un ataque de histeria ante tus propios ojos.

—No le veo la gracia, príncipe Kheldar —dijo Ce'Nedra con frialdad.

—Me arrepiento en el alma, alteza imperial —se disculpó Seda con evidente hipocresía y una ostentosa reverencia.

La princesa no pudo evitar la risa. El pequeño drasniano con cara de rata era tan gracioso que resultaba imposible enfadarse con él.

—Mientras estés en Ulgoland, princesa, serás como mi amada nieta —le dijo el Gorim—. Caminaremos juntos a la orilla de nuestros tranquilos lagos y exploraremos cuevas durante mucho tiempo olvidadas. Además, tendremos ocasión de hablar. En el mundo exterior se sabe poco de Ulgoland y es probable que seas la primera extraña en comprendernos.

Movida por un impulso, Ce'Nedra extendió su mano y cogió la del frágil anciano. ¡Era un viejecito tan encantador!

—Para mí será un verdadero honor, venerable Gorim —dijo la joven con absoluta sinceridad.

Pasaron aquella noche en las confortables habitaciones de la casa en forma de pirámide del Gorim, a pesar de que los términos día y noche no tenían especial significado en aquel extraño país subterráneo. A la mañana siguiente, varios ulgos condujeron los caballos hasta la caverna del Gorim —la princesa supuso que por un camino más largo que el que habían tomado ellos— y sus amigos hicieron los preparativos para partir. Ce'Nedra se sentó en un rincón y se sintió terriblemente sola. Paseó la vista por cada uno de ellos para intentar fijar los rostros en su memoria. Cuando por fin llegó a Garion, sus ojos se llenaron de lágrimas.

Por irracional que pareciera, ella ya había comenzado a preocuparse por él. ¡Era un chico tan impulsivo! Presentía que en cuanto estuviera lejos de su vista, haría cosas que lo pondrían en peligro. Era cierto que Polgara estaría allí para vigilarlo, pero no sería lo mismo. De repente se sintió enfadada con él por todas las tonterías que iba a hacer y por las preocupaciones que le causaría su arriesgada conducta, así que lo miró ansiosa por encontrar una excusa para reñirlo.

Había decidido que no los seguiría más allá de la casa del Gorim, pues no quería verlos partir, desolada, desde la orilla del lago; pero cuando todos atravesaron la enorme puerta en forma de arco, su resolución se derrumbó. Sin detenerse a pensarlo, corrió detrás de Garion y lo cogió del brazo.

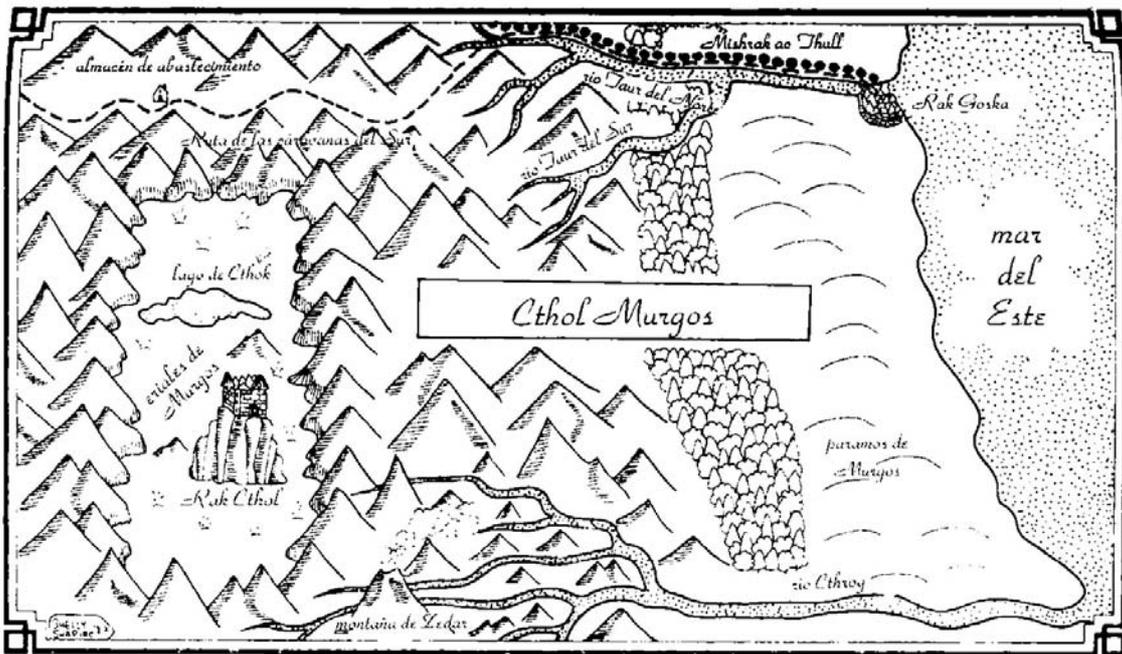
El joven se volvió, sorprendido, y la princesa se puso de puntillas, le cogió la cara con sus pequeñas manos y lo besó.

—Cuidate —le ordenó.

Luego volvió a besarlo y corrió hacia la casa sollozando, mientras Garion la miraba con estupor.

CUARTA PARTE

Cthol Murgos



Estuvieron tres días a oscuras. La única y débil luz que llevaba Relg sólo servía de punto de referencia para orientarse. La oscuridad se cerraba como una cortina delante de Garion, y el joven caminaba tambaleante sobre el suelo irregular, con una mano extendida para evitar un choque con alguna piedra imprevista. Pero aquella oscuridad y el olor a moho no eran todo lo que le preocupaba; también sentía el opresivo peso de las montañas sobre su cabeza y a su alrededor. Tenía la sensación de que las rocas lo aplastaban, de que estaba encerrado, atrapado entre kilómetros y kilómetros de piedra sólida. Hacía constantes esfuerzos por ahuyentar una vaga e inquietante sensación de pánico y más de una vez tuvo que morderse los labios para no gritar.

Relg seguía una ruta llena de curvas, que no parecía conducir a ningún sitio. Cuando los caminos se bifurcaban, las opciones parecían fortuitas; sin embargo, el ulgo se movía con seguridad a través de las cavernas oscuras y llenas de murmullos, voces del pasado que repetían sus ecos sin cesar y susurraban, susurraban... Aquella actitud de confianza de Relg era la única razón por la cual Garion no se dejaba llevar por el pánico.

De repente el fanático se detuvo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Seda abruptamente, con un dejo de pánico, y Garion sintió que las garras del miedo oprimían su pecho.

—Tengo que taparme los ojos —respondió Relg.

El ulgo llevaba una extraña cota de malla laminada, una curiosa prenda formada por placas de metal superpuestas, abrochada a la cintura y con una capucha ceñida que sólo le dejaba la cara al descubierto. Un pesado cuchillo, con punta curva, colgaba de su cinturón, y a Garion le producía escalofríos de sólo mirarlo. Relg sacó un trozo de tela de debajo de su cota de malla y se cubrió la cara con cuidado.

—¿Por qué haces eso? —le preguntó Durnik.

—En la caverna que sigue hay una veta de cuarzo —respondió Relg— y refleja la luz que viene de afuera. Es un resplandor muy brillante.

—¿Cómo sabrás hacia dónde dirigirte si llevas los ojos tapados? —protestó Seda.

—La tela no es demasiado gruesa y me permite ver lo suficiente. Vámonos.

Giraron por una esquina de la galería. Garion vio una luz y tuvo que contenerse para no correr hacia ella. Siguieron avanzando. Los cascos de los caballos que guiaba Hettar resonaban sobre el suelo de piedra. La caverna era enorme y estaba inundada de una luz brillante y cristalina. Una resplandeciente franja de cuarzo atravesaba el techo en ángulo e iluminaba la caverna con un ardiente fulgor. Enormes piedras puntiagudas colgaban del techo como si fueran carámbanos y se encontraban con otras similares que se alzaban sobre el suelo. En el centro de la caverna, había otro lago subterráneo, y en el extremo superior del lago, había una cascada que formaba pequeñas olas en la superficie y provocaba un tintineo incesante, similar al de una pequeña campana de plata, que armonizaba con el leve y lejano canto de los ulgos, a kilómetros de distancia. Los ojos de Garion estaban deslumbrados por la amplia gama de colores que había a su alrededor. Los prismas del cuarzo cristalino modificaban la luz, la descomponían en

fragmentos de colores e inundaban la cueva con los múltiples matices del arco iris. De repente, Garion se sorprendió a sí mismo deseando que Ce'Nedra estuviera allí para contemplar el panorama, y aquella idea lo dejó perplejo.

—Deprisa —urgió Relg con una mano sobre la frente, como para dar una protección adicional a sus ojos tapados.

—¿Por qué no paramos aquí? —sugirió Barak—, Necesitamos descansar y éste parece un lugar muy apropiado.

—Es el peor lugar de las cavernas —dijo Relg—. Deprisa.

— Tú amas la oscuridad, pero a los demás no nos seduce tanto como a ti —insistió Barak y echó un vistazo a la cueva.

—Protégete los ojos, tonto —dijo con brusquedad Relg.

—No me gusta tu tono, amigo.

—Si no lo haces, estarás ciego en cuanto pasemos a la siguiente caverna. Tus ojos han necesitado dos días para acostumbrarse a la oscuridad, pero si te quedas más tiempo aquí, perderás todo lo que has conseguido hasta ahora.

Barak le dirigió una mirada breve y fulminante, pero luego asintió con un gruñido.

—Lo siento, no te había entendido —se disculpó, y extendió el brazo para apoyarlo en el hombro de Relg.

—¡No me toques! —exclamó Relg y apresuró la marcha.

—¿Qué le pasa? —preguntó Barak.

—No quiere que lo corrompas —explicó Belgarath.

—¿Que lo corrompa...? ¿Que lo corrompa?

—Está muy preocupado por su pureza personal y cree que cualquier contacto puede ensuciarlo.

—¿Ensuciarlo? Si está más roñoso que un cerdo hundido en el fango.

—Es una suciedad diferente. Sigamos adelante.

Barak, enfurecido, caminaba a grandes zancadas detrás de los demás, gruñendo y maldiciendo. Entraron a otro pasadizo oscuro y Garion miró con nostalgia el resplandor, cada vez más débil, de la caverna que quedaba a sus espaldas. Luego giraron en una esquina y la luz desapareció por completo.

En aquella oscuridad llena de susurros no había forma de medir el tiempo. Avanzaban a tumbos y de vez en cuando hacían una pausa para comer o dormir; aunque el sueño de Garion estaba lleno de horribles pesadillas de montañas que se desmoronaban encima de él. Casi había perdido la esperanza de volver a ver el cielo cuando sintió la caricia de una brisa suave en el rostro. A su juicio, habrían pasado unos cinco días desde que abandonaran las cavernas apenas iluminadas de los ulgos para sumergirse en esa noche eterna; así que al principio pensó que aquella brisa de aire cálido era sólo producto de su imaginación. Pero entonces el aroma de los árboles y de la hierba se mezcló con el olor a moho de la cueva y supo que un poco más arriba había una abertura, una salida.

La brisa cálida se hizo más fuerte y la fragancia de la hierba comenzó a inundar los pasadizos por donde avanzaban con esfuerzo. El suelo cobró una inclinación ascendente y las penumbras comenzaron a dejar paso a la luz de una forma casi imperceptible. En cierto modo, parecía que salían de la noche hacia el primer amanecer en la historia del mundo. Los caballos, que avanzaban con esfuerzo detrás de ellos, también olfatearon el aire fresco y apuraron al paso. Relg, sin embargo, comenzó a andar cada vez más despacio hasta que por fin se detuvo. El ligero tintineo de su cota de malla habló por él: el ulgo temblaba e intentaba cobrar ánimos para seguir adelante. Volvió a taparse la cara mientras murmuraba una y otra vez unas vehementes palabras en el contuso lenguaje de los ulgos, como si suplicara. Una vez que se hubo tapado los ojos, siguió avanzando de mala gana, arrastrando los pies al andar. Entonces, una luz dorada

resplandeció delante de ellos y divisaron la boca del pasadizo, una abertura irregular y dentada cubierta por una espesa maraña de ramas. De repente se oyó un suave traqueteo de cascos, y el potrillo, ignorando las firmes órdenes de Hettar, corrió hacia la abertura y salió a la luz.

Belgarath se rascó el bigote con la vista fija en el joven animal.

—Tal vez sea mejor que cuando nos separemos te lleves al potrillo y a su madre —le dijo a Hettar—. El animalito no parece dispuesto a tomarse las cosas con seriedad, y Cthol Murgos es un lugar muy serio.

Hettar asintió con gravedad.

—¡No puedo! —exclamó Relg de repente. Se volvió de espaldas a la luz y se apoyó contra el muro de piedra de la caverna—. ¡No puedo hacerlo!

—Por supuesto que puedes —le dijo tía Pol con tono alentador—. Vamos a salir muy despacio para que vayas acostumbrándote poco a poco.

—No me toques —respondió Relg con aire ausente.

—Se está poniendo pesado —gruñó Barak.

Garion y los demás subían con ansiedad, como si la necesidad de volver a ver la luz tirara de ellos. Avanzaron a duras penas a través de la maraña de arbustos en la boca de la cueva hasta que por fin salieron a la luz, tapándose la cara con las manos para no enceguecer. Al principio, el resplandor produjo un fuerte dolor en los ojos de Garion, pero después de unos instantes recuperó la vista. La disimulada entrada a las cuevas estaba en medio de la ladera de una colina. A sus espaldas, los cerros cubiertos de nieve de Ulgoland brillaban bajo el sol de la mañana, proyectándose hacia el intenso azul del cielo, y una vasta pradera se extendía ante ellos como si fuera un mar. Las altas hierbas tenían el color dorado del otoño y la brisa de la mañana las mecía con movimientos largos y ondulantes. La llanura llegaba hasta el horizonte y Garion se sintió como si acabara de despertar de una pesadilla.

Relg se arrodilló de espaldas a la luz en el interior de la cueva, poco antes de llegar a la abertura, y comenzó a rezar, golpeándose los hombros y el pecho con los puños.

—Y ahora, ¿qué hace? —preguntó Barak.

—Es una especie de ritual de purificación —explicó Belgarath—. Intenta desterrar de sí todo vestigio de corrupción e imbuir su espíritu de la esencia sagrada de las cavernas. Piensa que eso le dará fuerzas cuando esté afuera.

—¿Y cuánto piensa tardar?

—Supongo que una hora, más o menos. Se trata de un ritual bastante complicado.

Relg hizo una pausa en sus rezos, sólo para colocar un segundo trozo de tela sobre su rostro.

—Si se pone otro velo más sobre la cara acabará asfixiándose —observó Seda.

—Será mejor que me vaya —dijo Hettar ajustando las correas de su montura—. ¿Quieres que le diga algo más a Cho-Hag?

—Dile que informe a los demás de lo que ha ocurrido hasta ahora —respondió Belgarath—. Tal como se están poniendo las cosas, me gustaría que todo el mundo estuviera alerta.

Hettar asintió con un gesto.

—¿Sabes dónde estás? —le preguntó Barak.

—Por supuesto —respondió el alto algario y miró a la llanura de aspecto monótono que tenía delante.

—Ir y volver de Rak Cthol va a llevarnos por lo menos un mes —advirtió Belgarath—. Si tenemos oportunidad, haremos señales con una antorcha desde el acantilado del este antes de bajar. Recuérdale a Cho-Hag lo importante que es para él que nos espere allí. No es conveniente que los murgos se metan en Algaria; aún no estoy listo para una guerra.

—Estaremos allí —dijo Hettar mientras montaba—. Tened cuidado en Cthol Murgos —agregó.

Comenzó a cabalgar colina abajo hacia la llanura, con la yegua y el potrillo siguiendo sus pasos. De repente el potrillo se detuvo a mirar a Garion, dio un pequeño relincho de tristeza y se volvió para seguir a su madre.

—Voy a echar de menos a Hettar —gruñó Barak, meneando la cabeza con un gesto sombrío.

—Cthol Murgos no es el lugar apropiado para él —señaló Seda—. Hubiésemos tenido que ponerle una correa.

—Ya lo sé —suspiró Barak—; pero, de todos modos, lo echaré de menos.

—¿En qué dirección vamos? —preguntó Mandorallen mientras escudriñaba la llanura.

—Por allí —dijo Belgarath, y señaló hacia el sudeste—. Cruzaremos el valle por el norte en dirección al acantilado y luego atravesaremos el extremo sur de Mishrak ac Thull. Los thulls no patrullan tanto como los murgos.

— Los thulls no hacen nada a no ser que se vean forzados a hacerlo —señaló Seda—. Están demasiado ocupados intentando esquivar a los grolims.

—¿Cuándo partimos? —preguntó Durnik.

—Tan pronto como Relg acabe sus plegarias —respondió Belgarath.

—Entonces, tenemos tiempo para desayunar —dijo Barak con frialdad.

Cabalgaron todo el día a través de la llanura del sur de Algaria, bajo el azul intenso del cielo otoñal. Relg llevaba una vieja túnica con capucha de Durnik sobre su cota de malla y montaba con torpeza, con las piernas rígidas y extendidas hacia fuera. Parecía más concentrado en mantener la cabeza gacha que en mirar adonde iba.

Barak lo miraba con amargura y una clara expresión de disgusto en la cara.

—No pretendo decirte lo que debes hacer, Belgarath —dijo después de unas horas—, pero ese tipo nos traerá problemas antes de que acabemos nuestra misión.

—La luz le hace daño en los ojos, Barak —le dijo tía Pol al hombre corpulento—, y no está acostumbrado a cabalgar. No seas tan rápido para criticar. —Barak cerró la boca, pero no modificó su expresión despreciativa—. Al menos podemos confiar en que se mantendrá sobrio —observó con ironía tía Pol—, y eso es más de lo que puede decirse de algunos miembros de este grupo.

Barak carraspeó; se sentía incómodo.

Acamparon junto a la orilla sin árboles de un arroyo de curso tortuoso. Después de la puesta de sol, Relg parecía menos asustado, aunque era obvio que evitaba mirar directamente hacia el fuego. De repente levantó la vista y contempló las estrellas por primera vez; se quedó boquiabierto de espanto y su cara descubierta comenzó a brillar, empapada de sudor. Por fin se cubrió la cabeza con los brazos y cayó boca abajo con un grito ahogado.

—¡Relg! —exclamó Garion, corrió a su lado y lo tocó sin darse cuenta.

—No me toques —dijo Relg, jadeante, de forma instintiva.

—No seas tonto. ¿Qué te ocurre? ¿Estás enfermo?

—¡El cielo! —gimió Relg con desesperación—. ¡Me da mucho miedo!

—¿El cielo? —Garion estaba atónito—. ¿Qué pasa con el cielo? —inquirió mientras miraba las estrellas con expresión de familiaridad.

—No tiene fin —gimió Relg—, sigue hasta el infinito.

De repente Garion comprendió: en las cuevas él había tenido miedo, un miedo irracional, porque se había sentido encerrado. Ahora, a cielo descubierto, Relg experimentaba el mismo tipo de terror ciego. Garion advirtió, no sin cierta sorpresa, que tal vez Relg nunca hubiera salido de las cuevas de Ulgoland.

—No pasa nada —le aseguró con tono consolador—, el cielo no puede hacerte daño. Simplemente está allí arriba. No le prestes atención.

—No puedo soportarlo.

—Pues entonces no lo mires.

—Aunque no lo mire sé que está ahí. Todo ese vacío...

Garion miró impotente a tía Pol, pero ella le hizo un gesto para que siguiera hablando.

—No está vacío —continuó con torpeza—, está lleno de cosas; todo tipo de cosas: nubes, pájaros, rayos de sol, estrellas...

—¿Qué... qué son esas cosas? —preguntó Relg alzando la cabeza.

—¿Las nubes? Todo el mundo sabe lo que... —Garion se interrumpió. Era evidente que Relg no sabía lo que eran las nubes. Nunca en su vida había visto ninguna; así que el joven intentó reordenar sus pensamientos y tomar aquel hecho en consideración. Iba a resultar muy difícil de explicar y Garion hizo una profunda inspiración—. Muy bien, entonces empecemos con las nubes.

Llevó mucho rato y Garion no estaba seguro de si Relg comprendía lo que le decía o simplemente se concentraba en las palabras para evitar pensar en el cielo. Después de las nubes, el tema de los pájaros le resultó menos complicado, a pesar de que las plumas eran muy difíciles de describir.

—UL te habló —lo interrumpió—, te llamó Belgarion, ¿es ése tu nombre?

—Bueno —respondió incómodo Garion—, en realidad, no. Mi nombre verdadero es Garion, pero se supone que el otro llegará a ser mío más adelante, cuando sea mayor.

—UL lo sabe todo —aseguró Relg—, así que si él te llamó Belgarion es porque es tu verdadero nombre. Yo también te llamaré Belgarion.

—Preferiría que no lo hicieras.

—Mi dios me ha reñido —gimió Relg con una voz llena de desprecio por sí mismo—. Le he fallado.

Garion no alcanzaba a comprenderlo; de algún modo, además del pánico, Relg sufría los horrores de una crisis teológica. El hombrecillo se sentó en el suelo, de espaldas al fuego, con los hombros hundidos en una actitud de absoluta desesperación.

—No soy digno de él —añadió a punto de llorar—. Cuando UL me habló en el silencio de mi corazón, me sentí superior a cualquier otro hombre, pero ahora me siento como una basura —añadió con angustia y comenzó a golpearse la cabeza con los puños.

—¡Para ya! —dijo Garion con tono severo—. Te harás daño. ¿A qué viene todo esto?

—UL me dijo que tenía que revelar el nombre del niño a Ulgoland, y yo interpreté sus palabras como una muestra de su favor hacia mí.

—¿De qué niño hablas?

—Del Gorim, el niño. Es la forma que tiene UL de guiar y proteger a su pueblo. Cuando el trabajo de un Gorim anciano termina, UL pone una señal especial en los ojos del niño que deberá sucederlo. Cuando UL me dijo que había sido elegido para traer el niño a Ulgoland, yo revelé sus palabras a otros y ellos me honraron y me pidieron que hablara en nombre de UL. Yo vi pecado y corrupción a mi alrededor, lo denuncié y el pueblo me escuchó; pero las palabras eran mías y no de UL. Fui tan arrogante que pretendí hablar en su nombre y olvidé mis propios pecados para denunciar los de los demás. —La voz de Relg era áspera y estaba llena de vehementes autoacusaciones—. Soy una basura —aseguró—, un ser abominable. UL debería haber alzado su mano contra mí para destruirme.

—Eso está prohibido —dijo Garion sin pensarlo.

—¿Quién tiene el poder suficiente para prohibirle algo al divino UL?

—No lo sé, sólo sé que destruir está prohibido, incluso para los dioses. Es lo primero que aprendemos.

Relg alzó la vista con brusquedad y de inmediato Garion se dio cuenta de que había cometido un terrible error.

—¿Tú conoces los secretos de los dioses? —preguntó el fanático con incredulidad.

—El hecho de que sean dioses no tiene nada que ver —respondió Garion—. La regla es válida para todos.

Los ojos de Relg se encendieron con una súbita esperanza.

Entonces se incorporó hasta quedar de rodillas y se inclinó hacia delante, apoyando la cara contra el suelo.

—Perdona mis pecados —suplicó.

—¿Qué?

—Me enorgullecí de mí mismo cuando en realidad era un ser indigno.

—Cometiste un error, eso es todo. No vuelvas a hacerlo; pero, por favor, levántate, Relg.

—Soy perverso e impuro.

—¿Tú?

—He tenido pensamientos impuros sobre mujeres.

—Todos tenemos ese tipo de pensamientos de vez en cuando —dijo Garion, ruborizándose, y carraspeó con nerviosismo.

—Mis pensamientos son perversos..., ¡perversos! —gimió Relg lleno de culpa—. Arderé por ellos.

—Estoy seguro de que UL lo comprenderá. Por favor, levántate, Relg; no hay necesidad de que hagas esto.

—He rezado con mi boca, pero mi mente y mi corazón no estaban en mis plegarias.

—Relg...

—He buscado cavernas secretas más por el placer de encontrarlas que para consagrarlas a UL, y de ese modo he corrompido el don que me otorgó mi dios.

—Por favor, Relg...

Relg comenzó a golpear su cabeza contra el suelo.

—Una vez encontré una caverna donde los ecos de la voz de UL no desaparecían; no se la enseñé a los demás y guardé la voz de UL para mí solo.

Garion comenzó a preocuparse, pues el fanático de Relg estaba al borde de un ataque de histeria.

—Castígame, Belgarion —suplicó Relg—. Impónme una dura penitencia por mi maldad.

Cuando Garion le respondió, su mente estaba muy lúcida y sabía a ciencia cierta lo que debía decir.

—No puedo hacerlo, Relg —dijo con seriedad—. No puedo castigarte como tampoco puedo perdonarte. Si has hecho algo que no debías, es asunto tuyo y de UL, y si piensas que necesitas un castigo, tendrás que imponértelo tú mismo, pues yo no puedo ni quiero hacerlo.

Relg alzó su cara atormentada del suelo y miró a Garion con fijeza. Luego se puso de pie con un grito ahogado y salió corriendo, internándose en la oscuridad.

—¡Garion! —exclamó tía Pol con aquel dejo familiar en su voz.

—Yo no he hecho nada —protestó el joven, de forma casi instintiva.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Belgarath.

—Él dijo que había cometido muchos pecados —explicó Garion—, y quería que lo castigara o lo perdonara.

—¿Y entonces?

—No podía hacer eso, abuelo.

—¿Qué tiene eso de complicado? —Garion lo miró asombrado—. Todo lo que tenías que hacer era decirle una pequeña mentira. ¿Era tan difícil?

—¿Mentir? ¿Sobre una cosa así?

Garion se horrorizó de sólo pensarlo.

—Lo necesito, Garion, y no me servirá de nada si es víctima de una especie de histeria religiosa. Usa la cabeza, chico.

—No puedo hacerlo, abuelo —repitió Garion con terquedad—. Es algo demasiado importante para él; yo no puedo mentirle.

—Será mejor que vayas a buscarlo, padre —dijo tía Pol.

—Tú y yo aún no hemos acabado con esto, jovencito —lo riñó Belgarath y lo apuntó con un dedo en un gesto de furia.

Luego se fue a buscar a Relg mientras murmuraba algo para sí de muy mal humor.

Entonces Garion tuvo la dura certeza de que el viaje a Cthol Murgos iba a ser largo y desagradable.

A pesar de que aquel año el verano se había alargado mucho en las tierras bajas y en las llanuras de Algaria, el otoño fue breve. Las tormentas de nieve y los chubascos que habían soportado en las montañas que rodeaban Maragor y luego en los picos de Ulgoland, vaticinaban que el invierno llegaría temprano y que sería duro; y mientras cabalgaban día tras día a través de la llanura en dirección al acantilado del este, comenzó a hacer frío.

Belgarath ya había olvidado el disgusto que le había producido la conducta de Garion ante el ataque de culpa de Relg; pero, de todos modos, depositó una enorme carga sobre los hombros del joven.

—Por alguna razón confía en ti —observó el anciano—, así que lo dejaré en tus manos. Haz lo que quieras, pero no permitas que vuelva a escapar.

Al principio, Relg no respondió a los intentos de acercamiento de Garion, pero después de un tiempo, en uno de los momentos de pánico motivado por su temor al cielo, el fanático volvió a hablar; primero con reticencia y por fin con gran ansiedad. Tal como temía Garion, el tema favorito de conversación de Relg era el pecado y el joven se asombró de la cantidad de cosas que el fanático consideraba pecaminosas. Olvidarse de rezar antes de una comida, por ejemplo, era una falta grave. Mientras Relg recitaba la tétrica e interminable lista de fallos, Garion descubrió que casi todos sus pecados eran de pensamiento y no de obra. Uno de los asuntos que Relg traía a colación una y otra vez era el de los pensamientos lujuriosos sobre las mujeres, y, a pesar de la vergüenza del muchacho, el fanático se regodeaba en la minuciosa descripción de estos pensamientos.

—Las mujeres no son iguales a nosotros, por supuesto —le confió una tarde mientras cabalgaban—. Sus mentes y sus corazones no son tan puros como los nuestros y usan sus cuerpos con premeditación para tentarnos y hacernos caer en el pecado.

—¿Por qué crees que es así? —preguntó Garion con cautela.

—Sus corazones están llenos de lujuria —declaró Relg con terquedad—, y encuentran un placer especial en tentar a los hombres de bien. Es verdad, Belgarion, la astucia de estas criaturas es increíble. He descubierto pruebas de su ruindad incluso en las señoras serias, las esposas de algunos de mis más devotos seguidores. Siempre te están tocando, rozándote como si fuera un accidente; se arremangan sus túnicas con descaro para mostrar sus brazos redondeados o las levantan dejando al descubierto sus tobillos.

—Si eso te molesta, no las mires —propuso Garion.

Relg ignoró su sugerencia.

—He pensado en prohibirles que se acercaran a mí, pero luego comprendí que mi deber era vigilarlas para prevenir a mis seguidores de su conducta corrupta. Hubo un tiempo en que creí que debía prohibir el matrimonio entre mis fieles, pero los ancianos me dijeron que de ese modo perdería a los más jóvenes. Aun así, todavía creo que podría ser una buena idea.

—¿Pero eso no acabaría con tus fieles, al cabo del tiempo? —preguntó Garion—. Si no hay matrimonio, no hay descendencia, ¿entiendes adonde quiero llegar?

—No había pensado en eso —admitió Relg.

—¿Y qué pasa con el niño, el nuevo Gorim? Si dos personas van a casarse para tener un hijo, ese niño en particular, y tú no les permites hacerlo, ¿no sería una forma de interferir en algo que UL desea que ocurra?

Relg dejó escapar un gran suspiro. Era obvio que tampoco había pensado en eso.

—¿Lo ves? —gimió—. Por más que intente enmendarme, siempre acabo cayendo en pecado. Estoy maldito, Belgarion, maldito. ¿Por qué UL me eligió para revelar al niño si soy tan corrupto?

Garion enseguida cambió de tema para evitar ese tipo de pensamientos.

Durante nueve días cabalgaron sobre aquel infinito mar de hierba en dirección al acantilado del este, y durante todo ese tiempo, los demás, con una insensibilidad que hería a Garion, lo dejaron solo en compañía del delirante fanático. El joven les dedicaba frecuentes miradas de reproche, pero ellos lo ignoraban.

Cerca del límite este de la llanura, subieron a una alta colina y divisaron por primera vez el inmenso muro del acantilado del este, un empinado peñasco de basalto de más de mil quinientos metros de altura y una longitud incalculable, pues se perdía en la distancia hacia ambas direcciones.

—Es imposible —dijo Barak sin dudar—. Nunca podremos subir.

—No tendremos que hacerlo —dijo Seda—. Conozco un camino.

—Supongo que te refieres a un camino secreto, ¿verdad?

—No del todo —respondió Seda—. No creo que mucha gente lo conozca, pero está a la vista..., si sabes dónde mirar. En una ocasión, tuve que salir con urgencia de Mishrak ac Thull y entonces lo descubrí.

—Tengo la impresión de que has tenido que salir con urgencia de casi todos los lugares que has visitado.

—Saber cuándo escapar es uno de los secretos más importantes de mi profesión —dijo Seda y se encogió de hombros.

—¿Y el río no será un obstáculo? —preguntó Mandorallen mientras contemplaba la brillante superficie del río Aldur, que se interponía entre ellos y el tético y oscuro peñasco.

El caballero se palpaba con suavidad las costillas para comprobar si aún le dolían.

—Para ya, Mandorallen —le dijo tía Pol—. Si sigues tocándolas, nunca cicatrizarán.

—Yo creo, señora, que mis costillas ya están bien —respondió el caballero—. Sólo una de ellas me produce un pequeño malestar.

—Pues entonces déjala en paz.

—Hay un vado varios kilómetros más arriba —dijo Belgarath en respuesta a la pregunta de Mandorallen—. A esta altura del año el río está bajo, así que no tendremos dificultades para cruzar.

El anciano reanudó la marcha y comenzó a bajar la colina en dirección al río Aldur. Aquella misma tarde cruzaron el vado y por la noche acamparon del otro lado del río. A la mañana siguiente, se dirigieron hacia el pie del acantilado.

—El camino está sólo a unos pocos kilómetros al sur —les dijo Seda y los guió a lo largo del oscuro y amenazante acantilado.

—¿Tendremos que subir por la ladera? —preguntó Garion con aprensión mientras estiraba el cuello para mirar hacia el enorme peñasco.

Seda meneó la cabeza.

—El camino sigue el cauce de un arroyo y atraviesa el peñasco. Es un poco empinado y estrecho, pero nos llevará sin riesgos a la cima.

Garion se sintió más animado.

El camino parecía una pequeña grieta en el magnífico peñasco y un fino hilo de agua salía por la abertura y se perdía en la montaña de escombros que había al pie del acantilado.

—¿Estás seguro de que llega hasta arriba? —preguntó Barak y miró la estrecha abertura con desconfianza.

—Confía en mí —dijo Seda.

—No debería hacerlo.

El camino era horrible, empinado y cubierto de rocas, y en ocasiones se hacía tan estrecho que tenían que descargar a los caballos antes de seguir para luego ayudarlos a pasar con gran esfuerzo entre las rocas cuadrangulares que semejabán enormes peldaños. El hilo de agua que caía por la abertura hacía que el camino estuviera embarrado y resbaladizo. Para colmo, unas nubes altas y delgadas se acercaban amenazadoras desde el oeste, y por la abertura se colaba un terrible viento frío procedente de las áridas planicies de Mishrak, unos kilómetros más arriba.

Tardaron dos días en llegar a la cumbre, a unos mil quinientos metros de la base del acantilado, y cuando por fin lo hicieron, todos estaban exhaustos.

—Me siento como si me hubieran dado una paliza con un palo —gruñó Barak, y se dejó caer al suelo en la hondonada llena de arbustos que había al final del camino—, un maldito y enorme palo.

Todos se sentaron en el suelo, entre los arbustos espinosos, para recuperarse de la accidentada subida.

—Echaré un vistazo —dijo Seda después de unos minutos.

El hombrecillo tenía cuerpo de acróbata, ágil, fuerte y de rápida recuperación. Comenzó a subir a gatas hacia lo alto del barranco, escondiéndose entre los arbustos y arrastrándose sobre su estómago en el último trecho, y, cuando llegó arriba, se asomó con cuidado para espiar. Después de unos minutos, dejó escapar un débil silbido y les hizo señas para que subieran.

Barak volvió a gruñir y se puso de pie. Durnik, Mandorallen y Garion también se incorporaron con esfuerzo.

—Id a ver qué quiere —dijo Belgarath—, yo aún no estoy en condiciones de moverme.

Los cuatro comenzaron a subir la cuesta cubierta de grava hacia el sitio donde estaba Seda y se arrastraron el último trecho tal como lo había hecho él.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Barak al hombrecillo cuando llegó a su lado.

—Tenemos compañía —respondió brevemente Seda y señaló más allá de la meseta árida y rocosa que se extendía oscura y tenebrosa bajo el opaco cielo azul.

Una nube de polvo amarillo, arrastrada por el viento frío e implacable, delataba la presencia de jinetes.

—¿Una patrulla? —preguntó Durnik en voz baja.

—No lo creo —respondió Seda—. A los thulls no les gustan los caballos y acostumbran patrullar a pie.

Garion paseó la vista por el árido desierto.

—¿Están persiguiendo a alguien? —preguntó y señaló una figura diminuta que se veía a unos setecientos metros delante de los jinetes.

—¡Ah! —exclamó Seda con un dejo de tristeza.

—¿Qué ocurre? —preguntó Barak—. No te hagas el misterioso, Seda, no estoy de humor para eso.

—Son grolims —explicó Seda— y persiguen a un thull que no quiere ser sacrificado. Ocurre con bastante frecuencia.

—Deberíamos avisar a Belgarath —sugirió Mandorallen.

—No creo que sea necesario —respondió Seda—. Los grolims de por aquí suelen pertenecer a las clases más bajas. Dudo de que tengan alguna idea de hechicería.

—De todos modos, se lo diré —dijo Durnik y se deslizó hacia abajo, alejándose del borde del barranco; luego se incorporó y volvió al lugar donde descansaban el anciano, Relg y tía Pol.

—Mientras no nos vean, todo irá bien —le decía Seda a los demás—. Parece que sólo hay tres y están muy ocupados con el thull.

El fugitivo corría con la cabeza gacha, agitando los brazos, y se aproximaba cada vez más.

—¿Qué pasaría si intentara esconderse aquí? —preguntó Barak.

—Que los grolims lo seguirían.

—Entonces, tendríamos que tomar medidas, ¿verdad?

Seda asintió con una pequeña risita burlona.

—Supongo que podríamos llamarlo —sugirió Barak y aflojó la espada en su funda.

—Acababa de ocurrírseme lo mismo.

Durnik volvió a subir la cuesta haciendo crujir los guijarros a su paso.

—Dice Lobo que los vigilemos —informó—, pero que no hagamos nada a no ser que entren en el barranco.

—¡Qué lástima! —exclamó Barak con pesar.

Ahora podían ver al thull con claridad. Era un hombre corpulento y llevaba una túnica vasta, atada a la cintura. Su cabello era gris y de aspecto desgredado y su cara tenía una expresión de terrible pánico. Pasó muy cerca del lugar donde se escondían, quizás a unos treinta pasos, y Garion pudo oír con claridad el silbido de su respiración. Mientras corría, dejaba escapar gemidos de desesperación, con un sonido casi animal.

—Casi nunca intentan esconderse —dijo Seda con voz compasiva—. Se limitan a correr —añadió, y meneó la cabeza.

—Lo alcanzarán pronto —observó Mandorallen.

Los grolims que perseguían al thull llevaban túnicas negras con capucha y máscaras de acero bruñido.

—Será mejor que nos agachemos —propuso Barak.

Todos se escondieron detrás del borde del barranco. Unos momentos más tarde, los tres caballos pasaron al galope y sus cascos resonaron sobre la tierra firme.

—Lo alcanzarán en unos pocos minutos —dijo Garion—. Está corriendo hacia el borde, quedará atrapado.

—No lo creo —respondió Seda con tono sombrío.

Un momento después, oyeron un grito largo y desesperado, que se perdía de forma espeluznante en la profundidad del abismo.

—Esperaba algo así —dijo Seda.

Garion pensó en la impresionante altura del acantilado y se le hizo un nudo en el estómago.

—Vuelven —advirtió Barak—. Agachaos.

Los tres grolims volvían cabalgando junto al borde del barranco. Uno de ellos dijo algo que Garion no pudo oír, y los otros dos rieron.

—El mundo sería un lugar mejor con tres grolims menos —susurró Mandorallen con tono tétrico.

—Es una idea muy tentadora —asintió Seda—, pero Belgarath no la aprobaría. Creo que es mejor dejarlos marchar; de lo contrario, vendrían a buscarlos y eso no nos conviene.

Barak miró a los tres grolims con añoranza y luego dejó escapar un profundo suspiro de pena.

—Volvamos —dijo Seda.

Todos se volvieron y se arrastraron hasta el barranco lleno de arbustos. Al oírlos llegar, Belgarath levantó la vista.

—¿Se han ido?

—Se alejan —respondió Seda.

—¿Qué fue ese grito? —preguntó Relg.

—Tres grolims persiguieron a un thull hasta el borde del acantilado —respondió Seda.

—¿Por qué?

—Lo habían elegido para participar en cierta ceremonia religiosa y él no quería hacerlo.

—¿Se negó? —Relg estaba horrorizado—. Entonces, merecía su destino.

—No creo que comprendas la naturaleza de las celebraciones de los grolims, Relg —dijo Seda.

—Uno debe someterse a la voluntad de su dios —insistió Relg, con un dejo de beatitud en la voz—. Las obligaciones religiosas son inquebrantables.

Seda contempló al fanático ulgo con un extraño brillo en los ojos.

—¿Qué sabes tú de la religión angarak, Relg? —le preguntó.

—Yo sólo me preocupo por la religión de Ulgoland.

—Debes saber de qué hablas antes de emitir juicios.

—Será mejor que lo dejemos así, Seda —dijo tía Pol.

—No lo creo, Polgara. Esta vez no. A nuestro devoto amigo le convendría informarse un poco, pues parece incapaz de ver las cosas con objetividad. —Seda se volvió de nuevo hacia Relg—. El ritual más importante de la religión angarak es considerado repugnante por la mayoría de los hombres. El principal objetivo de los thulls es evitarlo y su vida entera se ve condicionada por este hecho.

—¡Un pueblo abominable! —exclamó Relg con crudeza.

—No; los thulls son estúpidos, incluso salvajes, pero no son abominables. Lo que ocurre, Relg, es que el ritual del que hablamos incluye sacrificios humanos. —Relg se quitó el trapo de los ojos y miró con incredulidad la cara de rata del hombrecillo—. Cada año se sacrifican dos mil thulls en honor a Torak —continuó el hombrecillo mientras taladraba con los ojos la cara asombrada de Relg—. Los grolims permiten que sus víctimas sean sustituidas por esclavos; por lo tanto, los thulls trabajan toda su vida para comprar un esclavo que los sustituya en el altar si tienen la desgracia de ser elegidos. Pero los esclavos a veces se mueren o escapan, y cuando eligen a un thull sin esclavos, éste casi siempre intenta huir. Luego los grolims lo persiguen, y como tienen mucha práctica, son muy buenos cazadores. Nunca supe de ningún thull que lograra escapar.

—Su deber es someterse —insistió Relg con obstinación, aunque un poco menos convencido que al principio.

—¿Cómo los sacrifican? —preguntó Durnik con cierta tristeza en la voz.

Era evidente que el hecho de que el thull se arrojara al precipicio lo había conmovido.

—Es un procedimiento muy simple —respondió Seda, con la vista fija en Relg—. Dos grolims obligan al thull a acostarse sobre el altar y un tercero le arranca el corazón; luego queman este órgano en un pequeño fuego. A Torak no le interesa el thull entero, sólo quiere su corazón. —Relg dio un respingo—. También sacrifican mujeres —insistió Seda—, aunque ellas tienen una forma más fácil de escapar. Los grolims no sacrifican a las mujeres embarazadas, pues eso alteraría sus cuentas; así que las mujeres thulls intentan estar siempre embarazadas. Eso explica la magnitud de su población y el motivo de que las mujeres thulls tengan un apetito sexual tan indiscriminado.

—Es repulsivo —dijo Relg, boquiabierto—. La muerte es preferible a esa vil corrupción.

—La muerte dura mucho tiempo, Relg —dijo Seda con una sonrisa fría—; mientras que una pequeña corrupción puede olvidarse si uno se lo propone, sobre todo cuando tu vida depende de ello.

Relg, confundido, intentaba asimilar aquella brutal descripción de la espantosa vida de los thulls.

—Eres un hombre malvado —acusó a Seda, aunque a su voz le faltaba convicción.

—Lo sé —admitió Seda.

Relg se volvió hacia Belgarath.

—¿Es cierto lo que dice?

—No parece que se haya olvidado de nada —respondió el hechicero mientras se rascaba la barba con aire pensativo—. La palabra religión significa cosas distintas para cada pueblo, Relg, y depende de la naturaleza del dios que se honra. Debes intentar convencerte de eso, pues te ayudará a hacer algunas cosas.

—Creo que ya hemos agotado este tema de conversación, padre —sugirió tía Pol—, y tenemos un largo camino por delante.

—De acuerdo —dijo el anciano y se puso de pie.

Cabalgaron sobre el árido terreno cubierto de rocas y pequeños arbustos que se extendía al otro lado de la frontera oeste del país de los thulls. El viento constante que asolaba el acantilado era terriblemente frío, aunque sólo se divisaban unas pocas señales de nieve bajo el lúgubre cielo gris.

Los ojos de Relg se acostumbraron a aquella luz mortecina y las nubes contribuyeron a mitigar el pánico que le producía el cielo. Pero era evidente que estaba pasando un momento difícil; el mundo exterior era extraño para él y todo lo que encontraba hacía tambalear sus creencias. Al mismo tiempo, experimentaba una crisis personal y religiosa que lo hacía caer en constantes contradicciones de palabra y obra. De repente denunciaba las acciones corruptas de los demás con una mueca de beatitud, y un instante después se debatía en una agonía autodestructiva y confesaba sus culpas y pecados en una interminable y reiterativa letanía ante cualquiera que quisiera escucharlos. Su rostro pálido y sus enormes ojos oscuros, enmarcados por la capucha de su cota de malla, se contraían reflejando la confusión de sus emociones. Por segunda vez los demás, incluso el paciente y bondadoso Durnik, se apartaron de él y lo dejaron solo con Garion. Relg se detenía a menudo para rezar o ejecutar pequeños y tétricos rituales que siempre parecían acabar con el fanático arrastrarse por el suelo.

—A este ritmo, tardaremos un año en llegar a Rak Cthol —gruñó con amargura Barak en una de esas ocasiones, mientras observaba con evidente disgusto al delirante fanático arrodillado en la arena a un lado del camino.

—Lo necesitamos —respondió con calma Belgarath— y esto le va a venir bien. No hay otra opción, así que tendremos que acostumbrarnos.

—Nos acercamos a la frontera norte de Cthol Murgos —dijo Seda, y señaló una cadena de montañas bajas—, y una vez que la crucemos, no podremos detenernos. Debemos cabalgar lo más rápido posible hasta llegar a la Ruta de las caravanas del Sur. Los murgos tienen muchas patrullas y no les gustan los viajeros clandestinos. Una vez que estemos allí, no habrá problemas, pero no es conveniente que nos detengan antes de llegar.

—¿No nos interrogarán en la Ruta de las Caravanas, príncipe Kheldar? —preguntó Mandorallen—. Formamos un grupo muy peculiar y los murgos son muy desconfiados.

—Nos vigilarán —admitió Seda—, pero si no salimos del camino, no nos detendrán. El tratado entre Taur Urgas y Ran Borune garantiza la libertad de tránsito a través de la Ruta de Caravanas, y ningún murgo sería tan idiota como para violarlo y disgustar a su rey. Taur Urgas es muy severo con la gente que lo disgusta.

Cruzaron la frontera de Cthol Murgos poco después del mediodía de un día frío y lóbrego. Luego de unos cinco kilómetros, Relg hizo además de detener su caballo.

—Ahora no, Relg —le dijo Belgarath con firmeza—. Más tarde.

—Pero...

—UL es un dios muy paciente y puede esperar. Sigue adelante.

Galoparon a través de la alta y árida llanura en dirección a la Ruta de las Caravanas, con las capas agitándose tras ellos en el viento feroz. A media tarde, por fin llegaron al camino. La Ruta de las caravanas del Sur no era exactamente un camino, pero, después de muchos siglos, los viajeros habían marcado su curso. Seda miró a su alrededor con satisfacción.

—Lo conseguimos —dijo—, ahora volvemos a ser honestos mercaderes y ningún murgo podrá detenernos.

Hizo girar su caballo hacia el este y marchó a la cabeza con gran seguridad. Irguió los hombros, como si se diera aires de importancia, y Garion comprendió enseguida que se estaba preparando mentalmente para interpretar un nuevo personaje. Cuando se cruzaron con la recua bien protegida de un comerciante tolnedrano, Seda ya había conseguido su transformación y saludó al mercader con la desenvoltura y la camaradería de un hombre de negocios.

—Buenos días, distinguido mercader —le dijo al tolnedrano tras reparar en las señales de su alto rango—. Si puedes concederme un minuto, podríamos intercambiar información sobre el camino. Tú vienes del este y yo acabo de salir de la ruta del oeste, así que un intercambio de opiniones podría resultar beneficioso para ambos.

—Excelente idea —asintió el tolnedrano.

El augusto mercader era un hombre regordete, de frente amplia, que llevaba una capa forrada de piel, ceñida sobre sus hombros para protegerse del viento helado.

—Mi nombre es Ámbar —dijo Seda—, de Kotu.

El tolnedrano saludó con un gesto cortés.

—Kalvor —dijo a modo de presentación—, de Tol Horb. Has elegido una estación dura para viajar, Ámbar.

—Me he visto obligado —respondió Seda—. Mis fondos son limitados y el pago de habitaciones en invierno en Tol Honeth se habría llevado lo poco que tengo.

—Los ciudadanos de Tol Honeth son muy ambiciosos —observó Kalvor—. ¿Ran Borune todavía está vivo?

—Lo estaba cuando lo dejé.

Kalvor hizo una mueca.

—Entonces, ¿continúan las luchas en torno a la sucesión?

—¡Oh, sí! —rió Seda.

—¿Y ese cerdo de Kador sigue siendo el más fuerte?

—Creo que Kador pasa un mal momento. He oído decir que intentó asesinar a la princesa Ce'Nedra y supongo que el emperador tomará medidas para hacerlo desaparecer de este mundo.

—¡Estupendas noticias! —exclamó Kalvor, con la cara más alegre.

—¿Cómo está el camino hacia el este? —preguntó Seda.

—No hay mucha nieve —respondió Kalvor—, claro que nunca la hay en Cthol Murgos. Es un reino muy seco, aunque frío, sobre todo en los caminos. ¿Y qué tal las montañas al este de Tolnedra?

—Nevaba cuando las cruzamos.

—Temía que así fuera —dijo Kalvor, con una mirada de tristeza.

—Tal vez deberías haber esperado a que llegara la primavera, Kalvor. Te queda la peor parte del viaje.

—Tuve que salir de Rak Goska. —Kalvor echó un vistazo a su alrededor como si temiera que alguien lo escuchara—. Más adelante te encontrarás con problemas —dijo con seriedad.

—¿Sí?

—No es un buen momento para ir a Rak Goska. Los murgos se han vuelto locos.

—¿Locos? —preguntó alarmado Seda.

—No hay otra explicación. Se dedican a arrestar a los mercaderes honestos con los cargos más ridículos y vigilan a todos los que vienen del oeste. No es el momento más apropiado para llevar allí a una dama.

—Mi hermana —respondió Seda, mirando a tía Pol—. Ha invertido dinero en mi negocio, pero no se fía de mí, así que insistió en venir para asegurarse de que no la engañó.

—Yo en tu lugar no me acercaría a Rak Goska —le advirtió Kalvor.

—Ya me he comprometido —dijo Seda con expresión de impotencia—, y no tengo alternativa, ¿verdad?

—Te lo digo con franqueza, Ámbar, si vas a Rak Goska ahora, te juegas la vida. Un buen mercader que conozco fue acusado de entrar en las habitaciones de las mujeres de una casa de murgos.

—Bueno, supongo que esas cosas pueden suceder. Las mujeres de Cthol Murgos tienen fama de ser muy atractivas.

—Ámbar —dijo Kalvor con una expresión de pena en el rostro—, el hombre tenía setenta y tres años.

—En tal caso, sus hijos pueden estar orgullosos de su vitalidad —rió Seda—. ¿Qué le ocurrió?

—Lo condenaron y lo empalaron —dijo Kalvor, estremeciéndose—. Los soldados nos hicieron formar en círculo y nos obligaron a mirar; fue horrible.

—¿No hay ninguna posibilidad de que los cargos fueran ciertos?

—Setenta y tres años, Ámbar —repitió Kalvor—. Es evidente que los cargos eran falsos. Si no fuera ridículo, yo diría que Taur Urgas intenta echar a todos los mercaderes del oeste fuera de Cthol Murgos. Rak Goska ya no es un lugar seguro para nosotros.

—¿Quién puede adivinar lo que piensa Taur Urgas? —dijo Seda con una mueca.

—Obtiene beneficios de todas las transacciones comerciales que se realizan en Rak Goska, así que tendría que estar loco para echarnos de forma deliberada.

—Conozco a Taur Urgas —dijo Seda con expresión sombría—, y la locura no es uno de sus peores defectos. —Miró a su alrededor con desesperación—. Kalvor, he invertido todo lo que tenía y lo que he podido conseguir prestado en este negocio. Si ahora vuelvo atrás, me arruinaré.

—Podrías girar hacia el norte después de pasar las montañas —sugirió Kalvor—. Cruza el río en dirección a Mishrak ac Thull y ve a Thull Mardu.

—Odio comerciar con los thulls —dijo Seda con una mueca de disgusto.

—Tienes otra posibilidad —afirmó el tolnedrano—. ¿Conoces el camino de Tol Honeth a Rak Goska? —Seda asintió con un gesto—. Allí siempre ha habido una estación de abastecimiento de los murgos, para comida, caballos y otras necesidades. Pues bien, desde que empezaron los problemas en Rak Goska, unos pocos murgos con iniciativa se reúnen allí y compran toda la carga de las caravanas, incluso los caballos. Los precios no son tan buenos como en Rak Goska, pero al menos sacarás algo y no tendrás que correr ningún riesgo.

—Pero de ese modo me quedaría sin mercancía para el viaje de regreso —objetó Seda—, y si volviera a Tol Honeth sin nada que vender, perdería la mitad de las ganancias.

—Pero no perderás la vida, Ámbar —dijo con sarcasmo Kalvor y luego volvió a mirar en torno con nerviosismo, como si esperara que lo arrestaran—. Nunca volveré a Cthol Murgos —declaró con voz firme—. Como cualquier hombre, no me importa arriesgarme a cambio de un buen beneficio, pero no volvería a Rak Goska ni por todo el oro del mundo.

—¿Qué distancia hay para llegar al almacén? —preguntó Seda, al parecer, turbado.

—He salido de allí hace tres días —respondió Kalvor—. Buena suerte, Ámbar, decidas lo que decidas. —Volvió a coger las riendas—. Quiero alejarme unos kilómetros más antes de parar a dormir. Es probable que haya nieve en las montañas tolnedranas, pero al menos estaré fuera de Cthol Murgos y del alcance de Taur Urgas.

Hizo un breve saludo con la cabeza y se alejo hacia el oeste a todo galope, seguido por sus guardias y su recua.

La Ruta de las caravanas del Sur era un camino sinuoso que bordeaba una serie de valles altos y áridos, por lo general en dirección este-oeste. Los picos que la flanqueaban eran elevados, tal vez más altos que las montañas del oeste, pero sus cimas apenas estaban salpicadas por la nieve. Las nubes daban al cielo un color gris pizarra, pero si llevaban lluvia no caería sobre aquel árido desierto de arena, roca y arbustos enanos y espinosos. A pesar de que no nevaba, el frío era intenso y el viento soplaba sin cesar con una fuerza implacable.

Cabalgaban hacia el este y avanzaban con bastante rapidez.

—Belgarath —dijo Barak por encima de su hombro—, mira hacia aquel cerro, al sur del camino.

—Ya lo veo.

—¿Qué hace?

—Nos vigila, pero no hará nada si no salimos del camino,

—Siempre vigilan así —afirmó Seda—. A los murgos les gusta tener un buen control sobre todos los que pisan su territorio.

—Ese tolnedrano..., Kalvor —dijo Barak—, ¿crees que exageraba?

—No —respondió Belgarath—. Creo que Taur Urgas está buscando una excusa para cerrar la Ruta de las Caravanas y expulsar de Cthol Murgos a todos los occidentales.

—¿Por qué? —preguntó Durnik.

—Pronto habrá guerra —dijo Belgarath con un encogimiento de hombros—, y Taur Urgas sabe que muchos de los supuestos mercaderes que vienen por esta ruta son espías. Pronto reunirá a los ejércitos del sur y querrá mantener en secreto el número de fuerzas y sus movimientos.

—¿Qué clase de ejército puede reunir en un reino tan desolado y despoblado? —preguntó Mandorallen.

Belgarath contempló el alto y árido desierto.

—Ésta es la única región de Cthol Murgos que nos permiten ver, pero el reino se extiende a más de cinco mil kilómetros al sur y hay allí ciudades en las que nunca ha entrado un extranjero; ni siquiera sabemos sus nombres. Aquí, en el norte, los murgos ponen en práctica un elaborado plan para ocultar el verdadero Cthol Murgos.

—¿Estáis convencido de que pronto habrá guerra?

—Tal vez el próximo verano —respondió Belgarath—. Sí, el próximo verano.

—¿Estaremos preparados? —preguntó Barak.

—Intentaremos estarlo.

Tía Pol dejó escapar un suspiro de disgusto.

—¿Qué ocurre? —se apresuró a preguntar Garion.

—Buitres —dijo ella—, asquerosos buitres.

Una docena de pájaros corpulentos batían sus alas y graznaban a un lado del camino, alrededor de algo tirado en el suelo.

—¿Qué están comiendo? —preguntó Durnik—. No he visto ningún tipo de animal desde que bajamos del acantilado.

—Tal vez un caballo... o un hombre —dijo Seda—. Aquí arriba no hay otra cosa.

—¿Abandonarían a un hombre sin enterrarlo? —preguntó el herrero.

—Sólo en parte —dijo Seda—. Algunos bandidos creen que robar en la Ruta de las Caravanas es fácil, y los murgos les conceden mucho tiempo para enterarse de su equivocación. —Durnik lo miró sin comprender—. Los murgos los atrapan —explicó Seda—, los entierran hasta el cuello y los abandonan. Los buitres ya han aprendido que en esa situación un hombre está indefenso; así que a menudo se impacientan y no esperan a que muera para empezar a comer.

—Es un buen sistema para acabar con los ladrones —dijo Barak con tono de aprobación—. Hasta los murgos pueden tener buenas ideas de vez en cuando.

—Por desgracia, cuando los murgos encuentran a alguien fuera del camino, automáticamente suponen que se trata de un bandido.

Los buitres siguieron comiendo con descaro y ni siquiera hicieron una pausa en su festín cuando el grupo pasó a unos veinte metros de ellos. Sus alas y sus cuerpos ocultaban a la víctima, cosa que Garion agradeció mucho. Fuera lo que fuese, no era demasiado grande.

—En consecuencia, cuando paremos para acampar, debemos hacerlo muy cerca del camino —dijo Durnik, y desvió la mirada de los pájaros, con un escalofrío.

—Muy buena idea, Durnik —asintió Seda.

La información que les había dado el mercader tolnedrano con respecto a la feria provisional en medio del camino resultó exacta. La tarde del tercer día ascendieron una pequeña colina y desde allí divisaron un grupo de tiendas alrededor de un edificio de piedra construido a un lado del camino. Las tiendas se veían pequeñas a la distancia; se abultaban y se agitaban con el viento que asolaba el valle.

—¿Qué opinas? —le preguntó Seda a Belgarath.

—Es tarde —respondió el anciano—, pronto tendremos que parar para pasar la noche y resultaría extraño que no lo hiciéramos. —Seda asintió—. Sin embargo, debemos evitar que vean a Relg —continuó Belgarath—, pues nadie creerá que somos simples mercaderes si nos acompaña un ulgo.

Seda reflexionó un momento.

—Lo envolveremos en una manta —sugirió— y diremos que está enfermo. La gente no se acerca a los enfermos.

Belgarath asintió con un gesto.

—¿Puedes hacerte pasar por enfermo? —le preguntó a Relg.

—Estoy enfermo —dijo el ulgo, sin el menor asomo de ironía—. ¿Aquí hace siempre tanto frío? —añadió antes de estornudar.

Tía Pol acercó su caballo al de él y extendió el brazo para tocarle la frente.

—No me toques —dijo Relg, y se hizo a un lado.

—Para ya —lo riñó ella; luego le rozó apenas la cara y lo miró con atención—. Se ha resfriado, padre —anunció—. En cuanto paremos, le prepararé una medicina. ¿Por qué no me has avisado? —le preguntó al fanático.

—Soportaré todo lo que UL decida imponerme —afirmó Relg—. Es un castigo por mis pecados.

—No —dijo ella con firmeza—, no tiene nada que ver con pecados o castigos. Es un simple resfriado, nada más.

—¿Voy a morir? —preguntó Relg con serenidad.

—Por supuesto que no. ¿Nunca has tenido un catarro?

—No, no he estado enfermo en mi vida.

—Ya no podrás volver a decir eso —dijo Seda con tono burlón mientras sacaba una manta de uno de los bolsos y se la pasaba—. Póntela encima de los hombros y tápate la cabeza. Intenta simular que estás sufriendo.

—Lo estoy —respondió Relg y comenzó a toser.

—Pero tienes que aparentarlo —explicó Seda—. Piensa en el pecado, eso te dará aspecto de infeliz.

—Pienso en el pecado todo el tiempo —respondió Relg y volvió a toser.

—Ya lo sé —dijo Seda—, pero intenta concentrarte un poco más.

Descendieron la montaña en dirección al grupo de tiendas mientras el viento seco y helado les calaba los huesos. Sólo unos pocos mercaderes estaban fuera de las tiendas y éstos cumplían rápidamente con sus tareas en medio de aquel intenso frío.

—Creo que primero deberíamos pasar por el almacén de abastecimiento —dijo Seda y señaló el cuadrangular edificio de piedra que se alzaba en medio de las tiendas—; sería lo más lógico. Dejad que yo me encargue de todo.

—¡Seda, asqueroso ladrón drasniano! —rugió una voz ronca desde una tienda cercana.

Seda miró asombrado en torno y luego sonrió.

—Creo reconocer los alaridos de cierto cerdo nadrak —dijo en una voz lo bastante alta como para que lo oyera el hombre de la tienda.

Un nadrak alto y delgado salió de una de las tiendas. Estaba vestido con un abrigo negro de felpa, largo hasta los tobillos, con cinturón, y una holgada gorra de piel. Tenía el cabello negro y grueso y una barba rala. Sus ojos tenían la inclinación típica de los ojos de los angaraks, pero a diferencia de la mirada de los murgos, la de este nadrak reflejaba una prudente amabilidad.

—¿Todavía no te han cogido, Seda? —le preguntó con voz estridente—. Estaba convencido de que a esta altura ya te habrían sacado el pellejo.

—Veo que estás borracho, como siempre —sonrió con maldad Seda—. ¿Cuántos días te ha durado esta vez, Yarblek?

—¿Quién los cuenta? —rió el nadrak mientras se tambaleaba un poco—. ¿Qué haces en Cthol Murgos, Seda? Creí que el gordinflón de tu rey te necesitaba en Gar og Nadrak.

—Me había hecho demasiado famoso en las calles de Yar Nadrak —respondió Seda— y la gente empezaba a rehuirme.

—Me pregunto por qué —replicó Yarblek con evidente sarcasmo—. Haces trampa en los negocios y en los dados, te tomas libertades con las esposas de otros hombres y eres un espía; pero ésa no es razón para que la gente no admire tus virtudes, si es que las tienes.

—Tu sentido del humor sigue tan brillante como siempre, Yarblek.

—Es mi único defecto —admitió el nadrak, algo borracho—. Bájate del caballo. Seda; entra a mi tienda y nos emborracharemos juntos. Puedes traer a tus amigos —añadió antes de meterse de nuevo en la tienda.

—Un viejo amigo —explicó Seda mientras desmontaba.

—¿Podemos fiarnos de él? —preguntó con desconfianza Barak.

—No del todo, pero no es malo. A pesar de ser un nadrak, es un buen tipo. Estará al tanto de todo lo que ocurre, y si está lo suficientemente borracho, podremos sonsacarle información útil.

—Entra, Seda —gruñó Yarblek desde el interior de su tienda de paño gris.

—Veamos qué puede decirnos —dijo Belgarath.

Todos desmontaron, ataron sus caballos junto a la tienda del nadrak y entraron. La estancia era grande y el suelo y las paredes estaban cubiertos con gruesas alfombras rojas. Una lámpara de aceite colgaba del techo y un brasero de hierro irradiaba oleadas de calor.

Yarblek estaba sentado sobre la alfombra con las piernas cruzadas, junto a un pequeño barril.

—Entrad, entrad —dijo con brusquedad— y cerrad la puerta, estáis dejando escapar todo el calor.

—Éste es Yablek —dijo Seda a modo de presentación—, honesto mercader y famoso borracho. Nos conocemos desde hace mucho tiempo.

—Mi tienda está a vuestra disposición —hipó Yablek con indiferencia—, no es una gran tienda, pero de todos modos está a vuestra disposición. Sobre aquella pila de cosas, encima de mi montura, hay vasos y algunos incluso están limpios. Bebamos algo.

—Esta es la señora Pol, Yablek —presentó Seda.

—Una mujer atractiva —observó Yablek, y la miró con descaro—. Perdona que no me levante, señora, pero me siento un poco mareado... Creo que la comida me ha sentado mal.

—Por supuesto —asintió ella con una sonrisita fría—. Hay que tener mucho cuidado con lo que se come.

—He llegado a esa misma conclusión miles de veces. —La miró con fijeza mientras ella se bajaba la capucha y desabrochaba la capa—. Es una mujer muy hermosa, Seda —declaró—; supongo que no querrás venderla.

—No podrías pagarme, Yablek —dijo ella sin aparentar la más mínima ofensa.

Yablek la miró con atención y luego se echó a reír a carcajadas.

—¡Por las barbas del tuerto!, apuesto a que no podría. Y sin duda tendrás una daga escondida entre la ropa; así que si tratara de robarte me abrirías las tripas, ¿verdad?

—Por supuesto.

—¡Qué mujer! —rió Yablek—. ¿También sabes bailar?

—Mucho mejor que las bailarinas que hayas podido ver en tu vida —respondió ella—. Te quedarías helado.

—Entonces, después de que nos emborrachemos, bailarás para nosotros —dijo Yablek con los ojos brillantes.

—Ya lo veremos —dijo ella con tono prometedor.

Garion estaba asombrado del inusual descaro de su tía. Era obvio que su conducta era la que Yablek esperaba de una mujer, pero Garion se preguntó cuándo habría aprendido tan bien las costumbres de los nadraks para actuar con tal desvergüenza.

—Éste es el señor Lobo —dijo Seda y señaló a Belgarath.

—No importan los nombres —replicó Yablek al tiempo que agitaba la mano—; de todos modos, los olvidaría. —Sin embargo, paseó la vista por cada uno de ellos con una expresión astuta—. Además —continuó, como si de repente no estuviera tan borracho como aparentaba—, tal vez sería mejor que no supiera sus nombres. Un hombre no puede revelar lo que no sabe, y formáis un grupo demasiado heterogéneo como para estar en Cthol Murgos por asuntos honestos. Coged unos vasos; el barril está casi lleno y tengo otro enfriándose afuera.

Seda hizo un gesto y todos cogieron un vaso de la pila de vajilla que había junto a una gastada montura. Luego se sentaron sobre la alfombra junto a Yablek y su barril.

—Os serviría tal como corresponde a un buen anfitrión —les dijo Yablek—, pero sin duda derramaría la cerveza, así que será mejor que lo hagáis vosotros mismos.

La cerveza tenía un color marrón oscuro y un sabor fuerte, casi afrutado.

—Sabe bien —dijo Barak con cortesía.

—Mi cervecero echa manzana troceada en las cubas —respondió el nadrak—, de ese modo la cerveza pierde parte de su sabor amargo. —Se volvió hacia Seda—: Creí que los murgos no te gustaban.

—Y no me gustan.

—Entonces, ¿qué haces en Cthol Murgos?

—Negocios —dijo Seda, y se encogió de hombros.

—¿De quién? ¿Tuyos o de Rhodar? —Seda le hizo un guiño—. Ya me lo imaginaba. Te deseo suerte, incluso te ofrecería mi ayuda, pero supongo que será mejor que no me meta. Los murgos desconfían de nosotros aun más que de los alorns, y no los culpo, pues cualquier nadrak que se precie se desviaría cincuenta kilómetros de su camino sólo para degollar a un murgos.

—El afecto que dispensáis a vuestros primos es conmovedor —sonrió Seda.

—¡Primos! —gruñó disgustado Yarblek—. Si no fuera por los grolims, habríamos exterminado esta raza sanguinaria hace años. —Se sirvió otra jarra de cerveza, la levantó y dijo— : Por la destrucción de los murgos.

—Creo que has encontrado algo por lo que todos podemos brindar —dijo Barak con una gran sonrisa—. Por la destrucción de los murgos.

—Y porque a Taur Urgas le salgan granos en el trasero —añadió Yarblek. Bebió con ansiedad, se sirvió otra jarra del barril y volvió a beber—. Estoy un poco borracho —confesó.

—No nos habíamos dado cuenta —dijo tía Pol.

—Me gustas, nena —sonrió Yarblek—. Ojalá pudiera pagarte. ¿No considerarías la posibilidad de escapar conmigo?

—No —dijo ella con un pequeño suspiro burlón—, me temo que no. Las mujeres que hacen esas cosas se crean una mala reputación, ya sabes.

—Tienes mucha razón —afirmó con picardía Yarblek y meneó con tristeza la cabeza—. Como os decía —continuó—, creo que estoy un poco borracho, y tal vez no debiera deciros esto, pero no es un buen momento para visitar Cthol Murgos, sobre todo para los alorns. Desde Rak Cthol llegan rumores de que quieren expulsar a todos los extranjeros. Taur Urgas lleva la corona y juega a ser el rey en Rak Goska, pero el viejo grolim de Rak Cthol tiene el corazón de Taur Urgas en un puño y el rey sabe que un pequeño apretón de Ctuchik dejaría el trono vacío.

—A unos pocos kilómetros de aquí nos cruzamos con un tolnedrano que nos comentó algo así —le informó Seda con seriedad—. Dijo que en Rak Goska arrestaban a los mercaderes con cargos falsos.

Yarblek asintió con un gesto.

—Ese es sólo el primer paso. Es fácil predecir lo que harán los murgos, pues tienen muy poca imaginación. Taur Urgas aún no está preparado para enfrentarse abiertamente a Ran Borune asestando a cada mercader que entra en su remo, pero pronto lo hará. Lo más probable es que Rak Goska ya sea una ciudad cerrada, de ese modo Taur Urgas puede dedicarse a vigilar las regiones más lejanas. Me imagino que por eso viene hacia aquí.

—¿Qué? —preguntó Seda, ya pálido.

—Creí que lo sabrías —dijo Yarblek—. Taur Urgas se dirige a la frontera con su ejército. Supongo que pretende cerrarla.

—¿A qué distancia está de aquí?

—Me han dicho que esta mañana lo han visto a menos de veinticinco kilómetros de aquí —respondió Yarblek—. ¿Qué ocurre?

—Taur Urgas y yo hemos tenido serias desavenencias —se apresuró a responder Seda con expresión de horror—. No puedo estar aquí cuando llegue —añadió y se puso en pie de un salto.

—¿Adonde vas? —preguntó Belgarath con rapidez.

—A algún lugar seguro —respondió Seda—, os alcanzaré más adelante.

El hombrecillo dio media vuelta y salió de la tienda a toda prisa. Un instante después, oyeron los cascos de su caballo que partía al galope.

—¿Quieres que vaya con él? —le preguntó Barak a Belgarath.

—Nunca lo alcanzarías.

—Me pregunto qué le habrá hecho a Taur Urgas —murmuró Yarblek, y dejó escapar una risita tonta—. Debe de haber sido algo muy malo, a juzgar por la forma en que se marchó.

—¿No es peligroso que salga de la Ruta de las Caravanas? —preguntó Garion al recordar a los buitres y su espeluznante festín junto al camino.

—No te preocupes por Seda —respondió Yarblek con confianza.

De repente se oyó un sonido rítmico en la distancia y los ojos de Yarblek se llenaron de odio.

—Parece que Seda se marchó justo a tiempo —gruñó.

El sonido se hizo cada vez más fuerte, hasta convertirse en un ruido hueco y estruendoso, y a lo lejos se oía el vago canto de cientos de voces graves y profundas.

—¿Qué es eso? —preguntó Durnik.

—Taur Urgas —respondió Yarblek y escupió—. Es la canción de guerra del rey de los murgos.

—¿De guerra? —preguntó Mandorallen de forma abrupta.

—Taur Urgas siempre está en guerra —respondió Yarblek con profundo disgusto—, hasta cuando no tiene con quién pelear. Duerme con armadura, incluso en su propia casa. Eso hace que huelga mal, pero todos los murgos apestan, así que nadie se extraña. Tal vez debería salir a ver qué pasa. —Se incorporó con esfuerzo—. Esperad aquí —les dijo—, ésta es una tienda nadrak y entre angaraks nos dispensamos ciertas cortesías. Sus soldados no entrarán aquí, así que si os quedáis adentro, estaréis a salvo —añadió, y se dirigió a la puerta de la tienda con una expresión de odio en el rostro.

El canto y los golpes rítmicos de tambor se hicieron más fuertes. Unos pífanos estridentes proporcionaban un acompañamiento discordante, casi inquietante y luego se oyó el súbito e intenso estruendo de los cuernos.

—¿Tú que piensas, Belgarath? —rugió Barak—. Yarblek parece un buen tipo, pero al fin y al cabo es un angarak. Una palabra suya y nos encontraremos rodeados de murgos.

—Tiene razón, padre —asintió tía Pol—. Conozco bien a los nadraks como para saber que Yarblek no estaba tan borracho como quería hacernos creer.

—Quizá no debemos fiarnos del desprecio de los nadraks hacia los murgos —admitió Belgarath con una mueca—. Es probable que seamos injustos con Yarblek, pero creo que será mejor huir antes de que Taur Urgas llene el lugar de guardias. No podemos adivinar cuánto tiempo piensa quedarse aquí, y una vez que se instale, va a resultarnos difícil salir.

Durnik levantó la alfombra roja que cubría la pared posterior de la tienda, se agachó y sacó varias estacas. Luego levantó la lona.

—Podemos escabullimos por aquí.

—Vamos —decidió Belgarath.

Salieron uno tras otro de la tienda al frío viento del exterior.

—Coged los caballos —murmuró Belgarath y miró alrededor con el entrecejo fruncido—. Aquel barranco —dijo y señaló una hondonada que había detrás de la última hilera de tiendas—. Si pasamos entre las tiendas y el camino principal, podremos volver a la ruta sin que nos vean. Lo más probable es que todo el mundo esté contemplando la llegada de Taur Urgas.

—¿El rey murgo os reconocería, Belgarath? —pregunto Mandorallen.

—Es posible. Nunca nos hemos visto, pero mi descripción va de boca en boca por todo Cthol Murgos desde hace años. Es mejor no correr riesgos.

Guiaron a los caballos por atrás de las tiendas y llegaron al barranco sin problemas.

—Este barranco comienza en la parte de atrás de esa colina —señaló Barak—. Si lo seguimos, quedaremos fuera del alcance de su vista, y, una vez detrás de la colina, podremos escapar sin que nos descubran.

—Ya cae la tarde —dijo Belgarath, y miró el cielo encapotado—. Subamos un poco y esperemos a que oscurezca.

Subieron por el barranco hasta el otro lado de la colina.

—Será mejor que averigüemos lo que ocurre —dijo Belgarath.

Barak y Garion salieron del barranco y treparon a la cima de la colina. Una vez allí, se escondieron detrás de un pequeño arbusto.

—Aquí vienen —murmuró Barak.

Un grupo compacto de murgos de aspecto tenebroso marchaba en líneas de ocho hacia el campamento al ritmo del estridente son de los tambores. En el centro cabalgaba Taur Urgas, montado a horcajadas sobre un caballo negro y debajo de un estandarte también negro que se agitaba al viento. Era un hombre alto, de grandes hombros y una cara angulosa de expresión cruel. Los gruesos eslabones de su cota de malla habían sido enchapados en oro rojo fundido, y eso le daba el aspecto de estar cubierta de sangre. Un grueso cinturón de metal ceñía su cintura y la vaina de la espada que llevaba sujeta a la cadera izquierda tenía incrustadas piedras preciosas. Llevaba un puntiagudo casco de acero, colocado casi a la altura de sus negras cejas y grabado con el escudo de la corona de Cthol Murgos. Una especie de capucha metálica cubría la parte posterior y los costados del cuello del rey y se extendía hacia sus hombros.

Al llegar a la explanada que había enfrente del almacén de piedra, Taur Urgas detuvo su caballo.

—¡Vino! —ordenó.

Su voz, arrastrada por el viento helado, parecía extrañamente cercana, y Garion se encogió un poco más detrás del arbusto.

El murgo que atendía el almacén de abastecimiento corrió adentro y salió enseguida con una jarra y una copa de metal. Taur Urgas bebió y luego cerró muy despacio su enorme puño sobre la copa, aplastándola. Barak gruñó disgustado.

—¿Por qué hizo eso? —murmuró Garion.

—Nadie puede beber de una copa que ha usado Taur Urgas —respondió el cherek de barba pelirroja—. Si Anheg se comportara así, sus guerreros lo arrojarían a la bahía de Val Alorn.

—¿Tienes los nombres de todos los extranjeros que acampan aquí? —preguntó el rey al encargado del almacén.

El viento llevó su voz con claridad hasta los oídos de Garion.

—Tal como lo ordenaste, poderoso rey —respondió el encargado con una florida reverencia.

Entonces sacó un pergamino de la manga y se lo ofreció a su rey. Taur Urgas lo desenrolló y le echó un vistazo.

—Llamad a Yarblek, el nadrak.

—Que se acerque Yarblek de Gar og Nadrak —gritó uno de los oficiales que estaban a su lado.

Yarblek, con su abrigo de felpa agitándose al viento, dio un paso al frente.

—Nuestro primo del norte —saludó con frialdad Taur Urgas.

—Majestad —respondió Yarblek con una breve inclinación de cabeza.

—Sería conveniente que te marcharas, Yarblek —dijo el rey—. Mis soldados tienen ciertas órdenes y es probable que, ansiosos por cumplirlas, no reconozcan a nuestros paisanos angaraks. Si te quedas, no puedo garantizar tu seguridad y me daría mucha tristeza que te ocurriera algo desagradable.

—Mis criados y yo nos iremos de inmediato, majestad —dijo Yarblek con otra reverencia.

—Si son nadraks, tienen permiso para irse, pero todos los demás extranjeros deben permanecer aquí. Puedes irte, Yarblek.

—Creo que salimos de la tienda justo a tiempo —murmuró Barak.

En ese momento salió del almacén un hombretón con una cota de malla cubierta de óxido y una roñosa chaqueta marrón. Su cara necesitaba un afeitado y uno de sus ojos tenía un brillo extraño.

—¡Brill! —exclamó Garion.

Los ojos de Barak no reflejaban ninguna emoción.

Brill saludó a Taur Urgas con una elegancia impropia de él.

—Salud, poderoso rey —dijo con un tono neutral que no demostraba ni respeto ni miedo.

—¿Qué haces aquí, Kordoch? —preguntó Taur Urgas con frialdad.

—Cumpló órdenes de mi amo, poderoso rey —respondió Brill.

—¿Qué asuntos tiene Ctuchik en un sitio como éste?

—Es algo personal, gran rey —respondió evasivo Brill.

—Me gusta tener un control sobre ti y los demás dagashi, Kordoch. ¿Cuándo has regresado a Cthol Murgos?

—Hace unos meses, poderoso brazo de Torak. Si hubiese conocido tu interés, te habría avisado de mi regreso. Las personas que mi amo me ha ordenado perseguir saben que voy tras ellos; por lo tanto, mis movimientos no son ningún secreto.

—Te estás haciendo viejo, Kordoch. Cualquiera otro dagashi ya habría acabado con esto —dijo Taur Urgas y soltó una breve carcajada, un sonido sin la menor simpatía.

—Son personas muy especiales —dijo Brill con un encogimiento de hombros—. Sin embargo, no me llevará mucho tiempo más, el juego está a punto de acabar. A propósito, gran rey, tengo un regalo para ti. —Chasqueó los dedos con firmeza y enseguida dos de sus secuaces salieron del almacén, arrastrando a un hombre. La túnica del prisionero estaba manchada de sangre y su cabeza caía hacia delante como si estuviera semiinconsciente. Barak dejó escapar un silbido.

—Pensé que te gustaría hacer un poco de deporte —sugirió Brill.

—Soy el rey de Cthol Murgos, Kordoch —respondió Taur Urgas con frialdad—. Tu actitud no me divierte y no acostumbro realizar los trabajos de los dagashi; así que si quieres matarlo, hazlo tú mismo.

—Esto no sería un trabajo, majestad —dijo Brill con una sonrisa perversa—, pues se trata de un viejo amigo tuyo —añadió.

Cogió de los pelos al prisionero y le levantó la cabeza con brusquedad para que el rey lo viera. Era Seda. Tenía la cara pálida y un profundo corte a un costado de la frente de donde caía un hilo de sangre.

—Es Kheldar, el espía drasniano —sonrió Brill—, un regalo para ti, majestad.

—¡Espléndido! —exclamó Taur Urgas con una gran sonrisa y un brillo de placer en los ojos—. Tienes toda la gratitud de tu rey, Kordoch, pues tu regalo no tiene precio. —Su sonrisa se hizo más amplia—, Bienvenido, príncipe Kheldar —dijo con voz sibilina—. He estado esperando la oportunidad de verte a ver durante mucho tiempo. Tenemos muchas cosas que arreglar, ¿verdad? —Seda parecía tener la vista fija en el rey murgos, pero Garion no estaba seguro de si estaba lo bastante consciente como para comprender lo que ocurría—. Quédate aquí un poco, príncipe de Drasnia —dijo Taur Urgas con un placer malicioso—. Quiero darte algo en qué pensar en tus últimos momentos y me gustaría estar seguro de que estarás despierto para disfrutarlo. Mereces algo exquisito, prolongado, así que no quiero desilusionarte precipitándome.

Barak y Garion se deslizaron colina abajo arrastrando a su paso la grava de la empinada cuesta.

—Tienen a Seda —informó Barak en un murmullo—. Brill está allí; parece que él y sus hombres atraparon a Seda cuando intentaba escapar. Se lo han entregado a Taur Urgas.

Belgarath se incorporó muy despacio, con una expresión de angustia en la cara.

—¿Está...? —empezó.

—No —respondió Barak—. Todavía está vivo. Es evidente que le han dado una paliza, pero parece que está bien.

Belgarath dejó escapar un suspiro lento y prolongado.

—Bueno, eso ya es una suerte.

—Taur Urgas lo reconoció —continuó Barak—. Por lo visto, Seda cometió una ofensa grave contra el rey, y Taur Urgas parece un hombre rencoroso.

—¿Podemos llegar al lugar donde lo esconden?

—No estamos seguros —respondió Garion—. Todos hablaron durante un rato y luego varios soldados se lo llevaron detrás de ese edificio. Ya no pudimos ver nada más.

—El murgo que se encarga del almacén dijo algo sobre un foso —añadió Barak.

—Tenemos que hacer algo, padre —dijo tía Pol.

—Lo sé, Pol. Ya se nos ocurrirá algo. —Se volvió otra vez hacia Barak—: ¿Cuántos soldados acompañan a Taur Urgas?

—Por lo menos un par de regimientos. Están por todos lados.

—Podríamos practicar la translocación, padre.

—Está muy lejos para eso, Pol; y, además, tendríamos que saber a ciencia cierta dónde lo tienen.

—Ya lo averiguaré —dijo ella, y comenzó a desabrocharse la capa.

—Será mejor que esperes a que oscurezca —dijo él—. En Cthol Murgos no hay muchos búhos y a la luz del día llamarás la atención. ¿Había algún grolim con Taur Urgas? —le preguntó a Garion.

—Creo haber visto un par.

—Eso complica las cosas. La translocación produce mucho ruido, y en cuanto lo hagamos, tendremos a Taur Urgas pegado a nuestros talones.

—¿Se te ocurre alguna otra idea, padre? —preguntó tía Pol.

—Déjame pensar —respondió—. De todos modos, no podemos hacer nada hasta que oscurezca.

De repente se oyó un suave silbido no muy lejos del barranco.

—¿Quién es? —preguntó Barak y se llevó la mano a la espada.

—¡Eh, alorns! —dijo alguien con un ronco murmullo.

—Creo que es Yarblek, el nadrak —dijo Mandorallen.

—¿Cómo descubrió nuestro escondite? —preguntó Barak.

Se oyó el crujido de unas pisadas sobre la grava y Yarblek apareció por un recodo del barranco. La gorra de piel casi le cubría la cara y tenía el cuello del abrigo levantado hasta las orejas.

—Aquí estáis —dijo con tono de alivio.

—¿Estás solo? —preguntó con desconfianza Barak.

—Claro que estoy solo —gruñó Yarblek—, les dije a mis criados que se adelantaran. Por lo visto, teníais mucha prisa.

—No teníamos ganas de quedarnos a saludar a Taur Urgas —respondió Barak.

—Tal vez sea mejor así, pues me hubiese costado mucho trabajo sacaros de ese lío. Los soldados murgos revisaron a cada uno de mis hombres para asegurarse de que fueran nadraks antes de dejarlos partir. Taur Urgas tiene a Seda.

—Lo sé —dijo Barak—. ¿Cómo nos has encontrado?

—Habéis dejado levantadas las estacas de la parte trasera de mi tienda y esta colina es el escondite más cercano de este lado del campamento. He adivinado que vendríais por aquí y vosotros me lo habéis confirmado con una o dos huellas. —El nadrak tenía una expresión muy seria y ya no mostraba los síntomas de su larga borrachera. Tendré que sacaros de aquí —dijo—. Dentro de poco Taur Urgas mandará patrullar la zona y estáis casi ante sus narices.

—Primero debemos rescatar a nuestro compañero —dijo Mandorallen.

—¿Seda? Será mejor que os olvidéis de él. Temo que mi viejo amigo ya ha jugado su última partida de dados.

—No está muerto, ¿verdad? —preguntó angustiado Durnik.

—Aún no —respondió Yarblek—, pero Taur Urgas piensa ocuparse de él al amanecer. Ni siquiera pude acercarme al foso para tirarle un cuchillo para que abriera una grieta. Me temo que su última mañana va a ser muy desagradable.

—¿Por qué quieres ayudarnos? —preguntó con brusquedad Barak.

—Tienes que perdonarlo, Yarblek —dijo tía Pol—, no está familiarizado con las costumbres nadraks. —Se volvió hacia Barak—. Te ha invitado a entrar a su tienda y te ha ofrecido su cerveza; eso te hace su hermano hasta mañana al amanecer.

—Parece que nos conoces muy bien —observó Yarblek con una sonrisa—. Al final no he podido verte bailar, ¿verdad?

—Tal vez en otra ocasión —respondió ella.

—Tal vez. —El nadrak se puso de cuclillas y sacó una daga de punta curva del interior de su abrigo. Luego alisó un trozo de arena con la otra mano y comenzó a hacer un dibujo con la punta de la daga—. Los murgos me vigilarán —dijo—, así que no podré agregar media docena de gente o más a mi comitiva sin que me persigan. Creo que lo mejor será que esperéis aquí hasta que oscurezca. Yo me dirigiré hacia el este y me detendré a unos cinco kilómetros de aquí, así que en cuanto oscurezca vosotros podréis escapar y reuniros con nosotros. Después pensaremos en algo para el resto del viaje.

—¿Por qué Taur Urgas te dijo que te fueras? —preguntó Barak.

—Mañana habrá un gran accidente —dijo Yarblek con una expresión sombría—. Taur Urgas se disculpará de inmediato con Ran Borune, argumentando que unas tropas sin experiencia perseguían a unos bandidos y los confundieron con unos mercaderes honestos. Ofrecerá pagar por los daños y las cosas se suavizarán por un tiempo. La palabra dinero es mágica cuando uno trata con tolnedranos.

—¿Piensa masacrar a todo el campamento? —Barak estaba atónito.

—Ése es el plan. Quiere expulsar a todos los occidentales de Cthol Murgos y piensa que con unos pocos accidentes como éste lo conseguirá.

Relg estaba de pie a un lado, abstraído en sus pensamientos. De repente se aproximó al dibujo de Yarblek y lo borró alisando la arena.

—¿Puedes indicarme el lugar exacto del foso donde tienen prisionero a nuestro amigo? — preguntó.

—Es inútil —dijo Yarblek—. Está vigilado por una docena de hombres. Seda tiene muy mala fama y Taur Urgas no quiere que se escape.

—Tú enséñame el lugar —insistió Relg.

Yarblek se encogió de hombros.

—Nosotros estamos aquí, en la zona norte. —Garabateó el campamento y la Ruta de las Caravanas—. El almacén de abastecimiento está aquí —lo señaló con su daga— y el foso se encuentra justo abajo, en la base de aquella colina grande, en el sur.

—¿Qué tipo de paredes tiene?

—Piedra sólida.

—¿Es un hueco natural en la piedra, o ha sido cavado?

—¿Y eso qué importancia tiene?

—Necesito saberlo.

—No vi ninguna señal de herramientas —respondió Yarblek— y la abertura de la entrada es irregular, así que quizá sea una cueva natural.

Relg asintió.

—¿Y la colina de atrás? ¿Es de roca o de tierra?

—Casi todo piedra. La apastosa tierra de los murgos está llena de rocas.

—Gracias —dijo Relg con cortesía y se puso de pie.

—No podréis hacer un túnel para llegar a él, si es eso lo que piensas —dijo Yarblek mientras se incorporaba y se sacudía la arena del abrigo.

Belgarath estaba pensativo, con los ojos entrecerrados.

—Gracias, Yarblek —dijo—. Has sido un buen amigo.

—Haría cualquier cosa para molestar a los murgos —dijo el nadrak—. Ojalá pudiera hacer algo por Seda.

—Aún no lo des todo por perdido.

—Me temo que no hay muchas esperanzas. Tengo que irme, pues mis hombres se dispersarán si no estoy allí para vigilarlos.

—Yarblek, algún día volveremos a encontrarnos y acabaremos de emborracharnos —dijo Barak, al tiempo que le tendía la mano.

El nadrak le sonrió y le estrechó la mano. Luego se volvió y abrazó a tía Pol con brusquedad.

—Si alguna vez te aburres de estos alorns, nena, la puerta de mi tienda siempre estará abierta para ti.

—Lo recordaré, Yarblek —respondió Polgara con gazmoñería.

—Suerte —les dijo Yarblek—. Os esperaré hasta medianoche.

Luego se volvió y comenzó a bajar hacia el otro lado del barranco.

—Es un buen hombre —dijo Barak—, creo que llegaría a cogerle cariño.

—Debemos hacer planes para liberar al príncipe Kheldar —sugirió Mandorallen mientras comenzaba a sacar su armadura de uno de los sacos amarrados a los caballos—. Si todo lo demás falla, no tendremos más remedio que recurrir a la fuerza.

—Ya vuelves a descarriarte, Mandorallen —dijo Barak.

—Eso ya está arreglado —les dijo Belgarath, y los dos hombres lo miraron atónitos—. Guarda tu armadura, Mandorallen —ordenó el anciano—, no la necesitarás.

—¿Quién va a sacar a Seda de allí? —preguntó Barak.

—Yo —respondió Relg en voz baja—. ¿Cuánto falta para que oscurezca?

—Alrededor de una hora. ¿Por qué?

—Necesito tiempo para prepararme.

—¿Tienes un plan? —le preguntó Durnik.

—No es necesario —dijo Relg y se encogió de hombros—. Daremos la vuelta hasta llegar a aquella colina, del otro lado del campamento. Iré a buscar a nuestro amigo y luego nos marcharemos.

—¿Así de sencillo? —preguntó Barak.

—Más o menos. Ahora, por favor, perdonadme —dijo y comenzó a girarse.

—Espera un momento. ¿No sería mejor que Mandorallen y yo fuéramos contigo?

—No podríais seguirme —dijo Relg; luego se alejó un poco y un minuto después todos pudieron oír sus plegarias.

—¿Cree que lo va a sacar del foso con sus oraciones? —preguntó disgustado Barak.

—No —respondió Belgarath—, va a ir hasta aquella colina a sacar a Seda. Por eso le hacía tantas preguntas a Yarblek.

—¿Que va a hacer qué?

—Ya visteis lo que hizo en Prolgu... Me refiero a cuando hundió su brazo en la piedra.

—Bueno, sí, pero...

—Para él es muy fácil, Barak.

—¿Y qué pasa con Seda? ¿Cómo va a sacarlo a él a través de la piedra?

—La verdad es que no lo sé; pero él está convencido de que puede hacerlo.

—Si no lo consigue, al amanecer Taur Urgas asará a Seda en el fuego. Lo sabes, ¿verdad? —Belgarath asintió con un gesto lúgubre—. No es natural —gruñó Barak, y meneó la cabeza.

—No debes preocuparte tanto —le aconsejó Belgarath.

La luz comenzó a desvanecerse y Relg seguía con sus rezos. Su voz ascendía y descendía en cadencias ceremoniales. Cuando oscureció del todo, volvió al lugar donde aguardaban los demás.

—Estoy listo —anunció—, ya podemos irnos.

—Avanzaremos en círculo hacia el oeste —dijo Belgarath—. Iremos andando. Guiaremos a los caballos e intentaremos permanecer lo más escondidos posible.

—Nos llevará un par de horas —dijo Durnik.

—Está bien, les daremos tiempo a los soldados para que se echen a descansar —respondió el hechicero, y luego se dirigió a Polgara—: Pol, mira qué están haciendo los grolims que vio Garion.

Ella asintió y Garion sintió el suave impulso que tomaba su mente al salir a investigar.

—Todo bien, padre —afirmó después de unos instantes—. Están ocupados, pues Taur Urgas los tiene ofreciendo ceremonias en su honor.

—Entonces, vamos —dijo el anciano.

Salieron con cuidado del barranco, conduciendo a los caballos a pie. La noche era oscura y el viento los azotó con fuerza al salir de las protectoras paredes de grava del barranco. Hacia el este, la planicie estaba salpicada de cientos de fuegos que se agitaban en el viento y delimitaban el enorme campamento del ejército de Taur Urgas.

Relg gruñó y se cubrió la cara con las manos.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Gañón.

—Los fuegos —dijo Relg—, me lastiman los ojos.

—Intenta no mirarlos.

—Mi dios ha depositado una gran carga sobre mis hombros, Belgarion —dijo Relg; luego inspiró y se limpió la nariz con la manga—. Yo no tendría que estar al descubierto de este modo.

—Tienes que dejar que tía Pol te dé una medicina para el resfriado. Es probable que tenga muy mal sabor, pero te sentirás mejor después de que la hayas tomado.

—Tal vez —dijo Relg, todavía protegiéndose los ojos del débil resplandor de los fuegos de los murgos.

La colina que se alzaba en el extremo sur del campamento era un afloramiento de granito. A pesar de que eones de viento constante lo habían cubierto con una espesa capa de tierra y arena, debajo de aquel manto había roca sólida. Se detuvieron detrás de la colina y Relg comenzó a quitar la tierra de una de las cuevas de granito.

—¿No saldrías más cerca si empezaras allí? —preguntó Barak en voz baja.

—Demasiada tierra —respondió Relg.

—Tierra o roca..., ¿cuál es la diferencia?

—Hay una gran diferencia, pero tú no lo comprenderías. —Se inclinó hacia delante y pasó la lengua por la superficie de granito, como si estuviera comprobando el sabor de la roca—. Va a llevar un rato —dijo, luego se incorporó, comenzó a rezar y se hundió despacio en la piedra.

Barak se sobresaltó y desvió los ojos con rapidez.

—¿Qué os ocurre, mi señor? —preguntó Mandorallen.

—Siento escalofríos de sólo mirarlo —respondió Barak.

—Nuestro nuevo amigo no será el mejor de los compañeros —dijo Mandorallen—, pero si su don le permite liberar al príncipe Kheldar, lo abrazaré con alegría y lo llamaré hermano.

—Si tarda mucho, nos acercaremos demasiado a la hora del amanecer. Entonces vendrá Taur Urgas y descubrirá que Seda se ha ido —observó Barak.

—No tenemos más remedio que esperar y ver qué pasa —respondió Belgarath.

La noche parecía interminable. El viento gemía y silbaba entre las piedras de la colina rocosa y los escasos arbustos espinosos se agitaban con rigidez. Aguardaron, y, a medida que las horas pasaban, un miedo creciente oprimía el corazón de Garion. Cada vez estaba más convencido de que, además de a Seda, habían perdido a Relg. El joven experimentó la misma sensación de vacío que había sentido cuando habían tenido que dejar al herido Lelldorin en Arendia. Entonces se dio cuenta de que hacía meses que no pensaba en Lelldorin y se sintió culpable. Se preguntó si el impetuoso joven se habría recobrado de sus heridas y si habría quedado bien. A medida que pasaba el tiempo, sus pensamientos se volvían cada vez más tristes.

De repente, de improviso, sin el menor ruido, Relg emergió de la cueva de roca por donde había entrado horas antes. A horcajadas sobre sus anchos hombros estaba Seda, abrazado con desesperación a la espalda del ulgo. Los ojos del hombrecillo con cara de rata estaban fuera de sus órbitas de horror y su pelo parecía estar literalmente de punta.

Todos rodearon a los dos hombres, intentando reprimir su alegría, conscientes de que estaban casi encima del ejército de los murgos.

—Siento haber tardado tanto —dijo Relg y sacudió sus hombros, incómodo, hasta que Seda se bajó de su espalda—. Hay un tipo diferente de roca en medio de la colina y tuve que hacer ciertos ajustes.

Seda estaba de pie con la boca abierta y no podía dejar de temblar. Por fin se volvió hacia Relg.

—No vuelvas a hacerme eso nunca —le dijo con brusquedad—, jamás.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Barak.

—No quiero hablar de ello.

—Temía que os hubiéramos perdido, amigo mío —dijo Mandorallen, y estrechó la mano de Seda.

—¿Cómo te atrapó Brill? —preguntó Barak.

—Me descuidé. No esperaba que estuviera allí y sus hombres me lanzaron una red cuando galopaba por una hondonada. Mi caballo se cayó, y se partió el cuello.

—Hettar se disgustará.

—Vengaré al caballo despellejando a Brill..., y creo que cortaré muy cerca del hueso.

—¿Por qué Taur Urgas te odia tanto? —preguntó con curiosidad Barak.

— Hace unos años estuve en Rak Goska y un agente tolnedrano hizo varias acusaciones falsas contra mí, nunca supe por qué. Taur Urgas envió a varios soldados a arrestarme, y como yo no tenía ganas de que lo hicieran, tuve una pequeña disputa con ellos. Varios de sus hombres murieron; son cosas que pasan de vez en cuando. Por desgracia, uno de los muertos era el hijo mayor de Taur Urgas y el rey de los murgos lo tomó como algo personal. A veces es muy obtuso.

—Cuando vaya a buscarte, al amanecer, se llevará una enorme decepción.

—Lo sé —respondió Seda—. Revisará cada piedra de esta región para encontrarme.

—Creo que es hora de que nos vayamos —asintió Belgarath.

—Creía que no ibas a proponerlo nunca —dijo Seda.

Cablgaron a toda prisa durante el resto de la noche y casi todo el día siguiente. Al caer la tarde, sus caballos se tambaleaban de agotamiento y Garion se sentía tan entumecido por el cansancio como por el intenso frío.

—Tenemos que encontrar algún sitio donde refugiarnos —dijo Durnik mientras aminoraban la marcha para buscar un lugar donde pasar la noche. Habían salido de la serie de valles comunicados que flanqueaban la sinuosa Ruta de las caravanas del Sur para entrar al terreno escarpado y desierto de las montañas del centro de Cthol Murgos. A medida que ascendían hacia aquella vasta jungla de piedra y roca, el frío se hacía cada vez más intenso y el continuo viento rugía entre los peñascos desnudos. La cara de Durnik estaba crispada por la fatiga, y el polvo arenoso que arrastraba el viento se había depositado sobre sus arrugas, haciéndolas parecer más profundas—. Con este viento, no podemos pasar la noche a la intemperie —afirmó.

—Hacia allí —dijo Relg y señaló una depresión en la empinada cuesta por la que subían. Tenía los ojos entrecerrados, a pesar de que el cielo seguía encapotado y la luz de la tarde era muy pálida—. Hay un refugio, una cueva.

Desde el rescate de Seda, todos habían empezado a mirar a Relg con otros ojos. La comprobación de que, en caso necesario, podía jugar un papel decisivo, había hecho que empezaran a considerarlo como un compañero y no como un estorbo. Belgarath por fin había logrado convencerlo de que podía rezar montado a caballo tan bien como de rodillas, así que sus frecuentes ceremonias ya no interrumpían el viaje. De ese modo, sus plegarias habían dejado de ser una molestia para convertirse en una característica peculiar de su personalidad; algo así como el lenguaje arcaico de Mandorallen o los comentarios sarcásticos de Seda.

—¿Estás seguro de que hay una cueva? —preguntó Barak.

—Puedo sentirla —asintió Relg.

Se volvieron y cabalgaron hacia la hondonada. A medida que se acercaban, la ansiedad de Relg se hacía más evidente. Adelantó su cansado caballo a los de los demás y lo hizo correr al trote y luego al galope. Cuando llegó al final de la cuesta, se bajó del caballo y desapareció de repente detrás de una enorme roca.

—Parece que sabía de qué hablaba —observó Durnik—. Me alegraré de protegerme de este viento.

La entrada a la cueva era estrecha y tuvieron que empujar y apretujar a los caballos para hacerlos entrar; pero una vez dentro, la cueva se ensanchaba y se convertía en una estancia grande de techo bajo.

—Buen lugar —dijo Durnik mientras miraba a su alrededor con un gesto de aprobación. Desató el hacha de la parte posterior de su montura—. Necesitaremos leña.

—Te ayudo —dijo Garion.

—Yo también voy —se apresuró a ofrecer Seda.

El hombrecillo miraba las paredes y el techo de piedra con nerviosismo, y cuando los tres salieron de allí, su alivio fue evidente.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Durnik.

—Después de lo de anoche, los lugares cerrados me producen cierta inquietud —respondió Seda.

—¿Cómo fue? —le preguntó Garion con curiosidad—. Me refiero a pasar a través de la piedra.

—Fue espantoso —dijo Seda con un escalofrío—. Nos filtramos literalmente a través de la piedra, yo podía sentirla deslizándose junto a mí.

—Pero conseguiste salir —le recordó Durnik.

—Creo que hubiese preferido quedarme. —Seda volvió a temblar con un escalofrío—. ¿Es necesario que hablemos de esto?

Era difícil encontrar leña en aquellas montañas desiertas, y cortarla era más difícil aún. Los arbustos espinosos, duros y flexibles, se resistían con terquedad a los golpes de hacha de Durnik. Una hora más tarde, cuando comenzó a oscurecer, sólo habían recogido tres manojos escasos de leña.

—¿Habéis visto a alguien? —les preguntó Barak cuando volvieron a la cueva.

—No —respondió Seda.

—Taur Urgas debe de estar buscándote.

—Estoy seguro de que así es. —Seda miró a su alrededor—. ¿Dónde está Relg?

—Se ha ido al fondo de la cueva a descansar la vista —dijo Belgarath—. Ha encontrado agua..., en realidad, hielo. Tendremos que descongelarlo para poder dar de beber a los caballos.

Durnik encendió un pequeño fuego y lo alimentó con ramitas y pequeños trozos de madera para conservar sus escasas reservas de leña; así que pasaron una noche incómoda.

A la mañana siguiente, tía Pol miró a Relg con ojo crítico.

—Parece que ya no toses más —le dijo—. ¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien —respondió, evitando mirarla a los ojos.

Era obvio que Relg se sentía muy incómodo en la presencia de una mujer e intentaba rehuirla en la medida de lo posible.

—¿Qué ocurrió con el resfriado que tenías?

—Supongo que no habrá podido pasar a través de la piedra, pues cuando salí del foso con Seda, había desaparecido.

—Nunca lo habría creído —murmuró ella y lo miró muy seria—. Nunca nadie había podido curar un resfriado.

—Un resfriado no es nada serio, Polgara —le dijo Seda con una expresión de tristeza—. Puedo asegurarte que atravesar la piedra jamás se convertirá en un remedio popular.

Tardaron cuatro días en cruzar las montañas y alcanzar la gran depresión de terreno que Belgarath llamaba páramos de Murgos, y otro día y medio más para descender por la empinada cuesta de basalto hasta las arenas negras que había abajo.

—¿Cuál ha sido la causa de esta enorme depresión del terreno? —preguntó Mandorallen mientras echaba un vistazo a la tierra árida de rocas escamosas, arena negra y salitre gris.

—En el pasado, aquí había un mar interior —respondió Belgarath—. Cuando Torak agrietó la tierra, el cataclismo abrió la orilla este y el agua se escurrió por la grieta.

—Debe de haber sido un espectáculo increíble —dijo Barak.

—En ese momento no tuvimos tiempo de fijarnos en eso.

—¿Qué es eso? —preguntó alarmado Garion, y señaló algo que se asomaba entre la arena, justo delante de ellos.

La criatura tenía una cabeza enorme y un hocico largo y puntiagudo. Las cuencas de sus ojos eran grandes como cubos y parecían mirar de una forma tétrica.

—No creo que tenga nombre —respondió con serenidad Belgarath—. Vivían en el mar antes que se quedara sin agua; han estado muertos durante miles de años.

Al pasar junto al monstruo muerto, Garion pudo comprobar que sólo se trataba de un esqueleto. Sus costillas eran del tamaño de los maderos de un granero y su enorme y decolorado cráneo era más grande que un caballo. Las cuencas vacías de sus ojos los miraron pasar.

Mandorallen, vestido otra vez con su armadura completa, observó el cráneo con atención.

—Una bestia temible —murmuró.

—Mira el tamaño de sus dientes —dijo Barak con voz de sorpresa—. Podrían partir a un hombre en dos de un solo mordisco.

—Eso ha ocurrido unas cuantas veces —aseguró Belgarath—, al menos hasta que la gente aprendió a evitar este lugar.

Sólo habían avanzado unos pocos kilómetros hacia el oeste cuando el viento se enfureció, azotando las negras dunas bajo el cielo gris pizarra. La arena comenzó a agitarse, a revolverse, y luego, cuando la ventolera se hizo aún más intensa, comenzó a arrastrarla de las cumbres de las dunas y lastimó sus caras.

—Será mejor que busquemos refugio —gritó Belgarath por encima de los rugidos del viento—. La tormenta de arena empeorará a medida que nos internemos en las montañas.

—¿Hay alguna cueva alrededor? —le preguntó Durnik a Relg.

—Ninguna que nos sirva —respondió Relg—. Todas están llenas de arena.

—Allí —dijo Barak, y señaló una pila de rocas que se alzaba sobre el salitre—. Si vamos a sotavento, podremos resguardarnos.

—No —gritó Belgarath—. Tenemos que ir a barlovento, pues la sal se amontonará en la parte de atrás y podría enterrarnos vivos.

Llegaron a las rocas y desmontaron. El viento tiraba de sus ropas y la arena avanzaba por el desierto como una enorme nube negra.

—Este no es un refugio apropiado —rugió Barak con la barba golpeando sobre sus hombros—. ¿Cuánto tiempo durará la tormenta?

—Un día, dos, puede que hasta una semana.

Durnik se agachó, cogió un trozo de piedra escamada y la miró con atención, haciéndola girar en su mano.

—Está cortada en trozos cuadrangulares —dijo, y la alzó para que la vieran—. Se puede apilar sin dificultad, así que podríamos construir un refugio.

—Eso llevaría mucho tiempo —objetó Barak.

—¿Tienes alguna otra cosa que hacer?

Al caer la tarde ya habían construido una pared que les llegaba a la altura de los hombros. Sujetaron las tiendas entre la parte superior de la pared y la montaña de rocas y de ese modo lograron resguardarse bastante del viento. Estaban apretados, pues habían tenido que hacer entrar también a los caballos, pero al menos se habían librado de la tormenta.

Estuvieron apiñados en su estrecho refugio durante dos días, mientras el viento rugía enloquecido a su alrededor y la tensa tela de la tienda tamborileaba sobre sus cabezas. Luego, cuando por fin el viento se calmó y la arena poco a poco comenzó a asentarse, el silencio les pareció casi agobiante.

En cuanto salieron, Relg echó una breve mirada hacia el cielo, luego se cubrió la cara, se puso de hinojos y comenzó a rezar con desesperación. El cielo se había aclarado y tenía un color azul intenso y brillante. Garion se aproximó al fanático, que seguía rezando arrodillado.

—No pasa nada, Relg —le dijo, y extendió su mano de forma inconsciente.

—No me toques —le pidió Relg, y comenzó a rezar.

—¿Este tipo de tormentas son muy frecuentes? —preguntó Seda mientras sacudía la arena y el polvo de sus ropas.

—En esta época sí —respondió Belgarath.

—Estupendo —dijo con cinismo Seda.

En ese momento se oyó un enorme ruido sordo que parecía surgir del fondo de la tierra y el suelo tembló.

—¡Terremoto! —gritó Belgarath de forma abrupta—. ¡Sacad los caballos de ahí!

Durnik y Barak corrieron al interior del refugio y llevaron los caballos a la planicie de sal, detrás de la tambaleante pared. Unos instantes después, el temblor se detuvo.

—¿Esto es obra de Ctuchik? —preguntó Seda—. ¿Piensa luchar contra nosotros con terremotos y tormentas de arena?

—No —dijo Belgarath—. Nadie es lo bastante fuerte como para eso. Allí tienes la causa.

Señaló hacia el sur. Al final del páramo, podían divisar una cadena de oscuros picos y de uno de ellos surgía una espesa columna de humo que se alzaba en el aire y bullía en grandes oleadas negras.

—Un volcán —prosiguió el anciano—. Tal vez el mismo que hizo erupción el verano pasado en Sthiss Tor.

—¿Una montaña de fuego? —rugió Barak mientras contemplaba la enorme nube de humo que salía de la cima de la montaña—. Nunca había visto ninguna.

—Está a más de doscientos kilómetros, Belgarath —observó Seda—. ¿Puede hacer que la tierra tiemble incluso aquí?

El viejo hechicero asintió con un gesto.

—La tierra forma un todo, Seda, y la fuerza que causa esa erupción es enorme, así que puede provocar algunos temblores. Será mejor que sigamos viaje. Ahora que ha acabado la tormenta de arena, las patrullas de Taur Urgas nos seguirán buscando.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó Durnik y echó un vistazo a su alrededor, como si intentara orientarse.

—Hacia allí —dijo Belgarath y señaló el volcán humeante.

—Temía que fueras a decir eso —gruñó Barak.

Cabalgaron todo el día al galope y sólo hicieron una pausa para que los caballos descansaran. Daba la impresión de que aquel monótono páramo no acabaría nunca. La arena negra se había desplazado y apilado en nuevas dunas durante la tormenta y el viento había limpiado los gruesos filones de sal dejándolos casi blancos. Pasaron junto a varios de aquellos enormes y descoloridos esqueletos de monstruos marinos que alguna vez habían habitado el mar interior. Las figuras de hueso parecían estar nadando sobre un océano de arena negra y las tétricas cuencas vacías de sus ojos los contemplaban con voracidad.

Se detuvieron a pasar la noche junto a otro desmoronado afloramiento de rocas escamadas. A pesar de que el viento se había calmado, aún hacía un frío intenso y la leña escaseaba.

A la mañana siguiente, cuando se preparaban para partir, Garion comenzó a percibir un olor extraño y hediondo.

—¿Qué es ese olor? —preguntó.

—El lago de Cthok —respondió Belgarath—. Es todo lo que queda del mar que había aquí. Si no fuera por que está alimentado por fuentes subterráneas, se habría secado hace siglos.

—Huele a huevo podrido —dijo Barak.

—El agua del lago tiene bastante azufre, así que no debéis beberla.

—No tenía intenciones de hacerlo —dijo Barak con la nariz fruncida.

La laguna de Cthok era una charca grande y baja, llena de agua de aspecto aceitoso queapestaba como si contuviera todos los peces muertos del mundo. Vahos de vapor manaban de su superficie y provocaban náuseas con su espantoso hedor. Cuando llegaron a la orilla sur del lago, Belgarath les hizo una señal de alto.

—El trecho que viene es peligroso —les dijo con seriedad—. No permitáis que vuestros caballos resbalen y aseguraos de que pisen sobre roca sólida, pues a menudo el terreno parecerá firme pero no lo será. Debéis estar atentos a algo más; mantened los ojos fijos en mí y haced lo que yo haga. Cuando me detenga, deteneos; cuando corra, corred.

Luego el anciano miró a Relg con aire pensativo. El ulgo se había cubierto los ojos con otro trapo, en parte para protegerse de la luz y al mismo tiempo para no ver el inmenso cielo sobre su cabeza.

—Yo llevaré su caballo, abuelo —ofreció Garion.

—Supongo que será la única forma de que pueda hacerlo —asintió Belgarath.

—Tarde o temprano tendrá que superarlo —dijo Barak.

—Tal vez, pero éste no es el lugar ni el momento para discutir eso. Vámonos.

El anciano comenzó a avanzar con paso cauteloso. Delante de ellos se levantaba una nube de humo y vapor. Pasaron sobre una gran charca de lodo gris que bullía y emitía gases, y más allá, una fuente burbujeante de agua clara que hervía y caía alegremente en cascada sobre el barro.

—Al menos está más caliente —observó Seda.

La cara de Mandorallen, bajo el pesado casco de metal, estaba empapada de sudor.

—Mucho más caliente —corrigió.

Un poco más adelante, un chorro de barro líquido surgió de repente a modo de geiser y se elevó a diez metros del suelo. Siguió manando durante unos minutos y descendió poco a poco.

—¡Ahora! —rugió Belgarath—. ¡Corred! —añadió, y hundió los talones en los flancos de su caballo.

Todos cruzaron al galope la superficie todavía burbujeante del pozo, y los cascos de sus caballos chapotearon en el barro caliente que había caído sobre el camino. Después de cruzar, el anciano minoró el paso otra vez y cabalgó con la oreja inclinada hacia el suelo.

—¿Qué espera oír? —le preguntó Barak a Polgara.

—Los géiseres hacen un ruido determinado justo antes de hacer erupción.

—Yo no he oído nada.

—Porque no conoces el ruido.

A sus espaldas el geiser de lodo volvió a hacer erupción.

—Garion —dijo tía Pol cuando el joven se volvió a mirar el chorro que surgía del pozo—, mira por dónde caminas.

Garion giró la cabeza. Delante de él, no parecía haber nada fuera de lo normal.

—Retrocede — le ordenó ella—. Durnik, coge las riendas del caballo de Relg.

Durnik cogió las riendas del caballo de Relg y Garion comenzó a hacer girar el suyo.

—Te he dicho que retrocedieras —repitió ella.

El caballo de Garion apoyó una pata en el suelo al parecer firme que tenía delante y el casco desapareció de la vista. El caballo reuló y se quedó tembloroso mientras Garion lo sostenía con firmeza. Luego, con cuidado, paso a paso, Garion retrocedió hacia la roca sólida del camino.

—Arenas movedizas —dijo Seda con una profunda inspiración.

—Estamos rodeados por ellas —asintió tía Pol—. No os desviéis del camino.

Seda observó con repulsión la huella del caballo que se difuminaba en la superficie de las arenas movedizas.

—¿Qué profundidad tienen?

—La suficiente —respondió tía Pol.

Avanzaron con cautela; se desviaron de los pantanos y arenas movedizas y a menudo se detuvieron ante géiseres de barro o de agua espumosa y caliente, que se vaciaban de golpe con chorros de varios metros de altura. Al atardecer, cuando llegaron a un pequeño arrecife de roca

sólida y dura al otro lado de la ciénaga humeante, todos estaban agotados por el esfuerzo de concentración que habían necesitado para atravesar aquel espantoso lugar.

—¿Tendremos que volver a pasar por otro sitio como éste? —preguntó Garion.

—No —respondió Belgarath—; el lago sólo es así en su extremo sur.

—Entonces, ¿no podríamos haber dado la vuelta? —preguntó Mandorallen.

—Habría resultado mucho más largo, y además el pantano ayuda a evitar las persecuciones.

—¿Qué es eso? —gritó Relg de repente.

—¿Qué es qué? —le preguntó Barak.

—He oído un ruido un poco más adelante, un golpecito, como si dos piedras chocaran entre sí.

Garion sintió una ligera brisa sobre su rostro, algo así como una ondulación invisible en el aire, y supo que Pol estaba indagando con su mente.

—¡Murgos! —dijo ella.

—¿Cuántos? —le preguntó Belgarath.

—Seis... y un grolim. Nos esperan detrás del promontorio.

—¿Sólo seis? —dijo Mandorallen con tono de desilusión.

—Escaso entretenimiento —observó Barak con una sonrisa tensa.

—Cada vez te pareces más a él —le dijo Seda al corpulento cherek.

—¿Creéis que debemos preparar un plan, señor? —le preguntó Mandorallen a Barak.

—En realidad, no —respondió Barak—, pues sólo son seis. Vamos a hacerles saltar la trampa.

Los dos guerreros se pusieron al frente y aflojaron las espadas en sus vainas.

—¿Ya se ha puesto el sol? —preguntó Relg.

—Está comenzando a ponerse.

Relg se quitó el velo negro que le cubría los ojos. Enseguida dio un respingo y entrecerró los ojos.

—Te va a hacer daño —le dijo Garion—. Debes tener los ojos tapados hasta que oscurezca.

—Es probable que los necesite —dijo Relg mientras cabalgaban en dirección a la emboscada.

Los murgos atacaron de improviso. Salieron de atrás de una montaña de rocas negras y galoparon directamente hacia Mandorallen y Barak, blandiendo sus espadas. Sin embargo, los dos guerreros los estaban esperando y reaccionaron sin el instante de sorpresa o indecisión capaz de convertir una emboscada en un éxito. Mandorallen desenvainó la espada mientras arremetía con su caballo de guerra contra el de uno de sus atacantes. Se incorporó en los estribos y asestó un poderoso golpe con su espada, abriendo la cabeza del murgo con su pesada cuchilla. El caballo se tambaleó por el impacto y se desplomó sobre el jinete moribundo. Barak, por otra parte, arrojó a otro murgo de su montura con tres descomunales golpes de espada, salpicando de sangre roja y brillante la arena y las rocas que los rodeaban.

Un tercer murgo evitó un golpe de Mandorallen y lo alcanzó en la espalda, pero su espada chocó, inofensiva, contra la armadura del caballero. El murgo levantó su espada con desesperación, dispuesto a atacar otra vez, pero Seda lanzó su daga con habilidad y se la clavó en el cuello, justo debajo de la oreja. El murgo se puso rígido y cayó con estrépito de su silla.

Un grolim vestido de negro y con una máscara de acero había salido de atrás de las rocas. Garion percibió con claridad cómo el regocijo del sacerdote se convertía en desazón a medida que Barak y Mandorallen cortaban a sus guerreros en trozos. El grolim se irguió y Garion supo que se preparaba para atacar con su poder mental. Pero ya era demasiado tarde: Relg ya estaba sobre él. Los hombros corpulentos del fanático temblaban mientras sostenía la túnica del grolim

con sus manos nudosas. Sin el menor esfuerzo aparente, levantó al sacerdote y lo empujó contra la superficie plana de una piedra del tamaño de una casa.

Al principio, creyeron que Relg sólo intentaba sostener al grolim contra la piedra hasta que los demás vinieran a ayudarlo, pero no fue así. El movimiento de sus hombros indicaba que su acción no había acabado allí. El grolim le daba puñetazos en la cabeza y en los hombros, pero Relg lo empujaba de forma implacable. Entonces, se produjo un leve resplandor alrededor de la silueta del grolim, sobre la roca que tenía a su espalda.

—¡No, Relg! —exclamó Seda con un grito ahogado.

El grolim vestido de negro comenzó a hundirse en la superficie de piedra mientras Relg lo empujaba con macabra lentitud. Cuando se hubo hundido un poco más, la roca comenzó a cerrarse sobre él. Relg siguió empujando y deslizando sus manos entre las rocas a medida que hundía más y más al grolim. Las manos del sacerdote aún seguían fuera de la piedra, crispándose y retorciéndose, incluso después de que el resto del cuerpo se hubiera sumergido por completo. Entonces Relg soltó al grolim y sacó sus propios brazos de la piedra. Las dos manos del grolim se abrieron una vez más, en una especie de súplica muda y luego se convirtieron en las rígidas garras de un cadáver.

Garion oyó a sus espaldas el sonido ahogado de las arcadas de Seda.

Mientras tanto, Barak y Mandorallen luchaban contra los dos murgos restantes y el sonido metálico de las espadas retumbaba en el aire frío. El último murgo, con los ojos llenos de horror, hizo girar su caballo y huyó desesperado. Sin decir palabra, Durnik sacó el hacha de su montura y salió tras él a todo galope. Sin embargo, en lugar de atacar al murgo, Durnik se cruzó delante de él y lo obligó a volver. El aterrorizado murgo golpeó a su caballo con la parte roma de su espada, se volvió de espaldas al herrero de expresión tétrica y huyó a toda prisa hacia el otro lado del promontorio, con Durnik pegado a sus talones.

Mandollaren y Barak ya habían dado cuenta de los otros dos murgos y, con los ojos brillantes por la emoción de la batalla, miraban a su alrededor en busca de otros enemigos.

—¿Dónde está el último? —preguntó Barak.

—Durnik ha ido tras él —respondió Garion.

—No podemos dejarlo escapar o traerá a otros.

—Durnik se ocupará de él —dijo Belgarath.

—Durnik es un buen hombre —dijo Barak con inquietud—, pero no es un guerrero. Será mejor que vaya a ayudarlo.

Desde atrás del promontorio llegó un súbito grito de terror, luego otro, un tercero que se ahogó de repente y por fin silencio.

Después de unos minutos, Durnik volvió solo, con una expresión sombría en el rostro.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Barak—. No se ha escapado, ¿verdad?

Durnik negó con la cabeza.

—Lo he perseguido hasta el pantano y se ha hundido en las arenas movedizas.

—¿Por qué no lo has matado con tu hacha?

—La verdad es que no me gusta atacar a la gente —respondió Durnik.

Seda, todavía con la cara cenicienta, contempló a Durnik con atención.

—Así que en lugar de eso lo has conducido hacia el pantano y te has quedado a mirar cómo se hundía. Durnik, ¡eso es monstruoso!

—La muerte es la muerte —dijo Durnik con una frialdad impropia de él—. Una vez que estás muerto, poco importa cómo sucedió, ¿verdad? —Se quedó pensativo—. Sin embargo, lo siento por el caballo.

A la mañana siguiente, cabalgaron hacia el este, a lo largo de la cadena de montañas. El cielo invernal tenía un gélido color azul y los rayos del sol apenas si irradiaban calor. Relg tenía los ojos vendados para protegerse de la luz y rezaba en un murmullo para evitar el pánico. En varias ocasiones divisaron nubes de polvo en medio del desolado paisaje de arena y sal que quedaba en el sur, pero nunca pudieron determinar si eran producidas por las patrullas de murgos o por vientos ocasionales.

Al mediodía el viento se enfureció y comenzó a soplar con fuerza desde el sur. Una enorme nube, negra como el carbón, ocultó la irregular cadena de montañas que se alzaba sobre el horizonte del sur. La nube avanzaba implacable y el resplandor de los relámpagos brillaba bajo su enorme masa negra.

—Se avecina una tormenta, Belgarath —rugió Barak con la vista fija en la nube.

—No es una tormenta —dijo Belgarath, y meneó la cabeza—. Es una lluvia de ceniza. El volcán ha vuelto a entrar en erupción y el viento trae la ceniza en esta dirección.

Barak hizo una mueca de disgusto, pero luego se encogió de hombros.

—Al menos, una vez que nos alcance no tendremos que preocuparnos por escondernos— dijo.

—Los grolims no nos buscarán con la vista —recordó tía Pol.

—Supongo que tendremos que hacer algo para evitar que nos busquen de otro modo —dijo Belgarath mientras se rascaba la barba.

—Este es un grupo demasiado grande para hacer un escudo —señaló tía Pol—, y eso sin contar a los caballos.

—Creo que podrás conseguirlo, Pol. Siempre has sido muy buena en eso.

—Yo puedo escudar mi lado si tú haces lo propio con el tuyo, viejo Lobo.

—Temo que no podré ayudarte, Pol. El mismísimo Ctuchik nos está buscando, ya lo he sentido en varias ocasiones, y tengo que concentrarme en él. Si decide atacarnos, lo hará muy aprisa. Quiero estar preparado, y si tengo que ocuparme de escudarnos, no podré hacerlo.

—Yo sola no puedo, padre —protestó ella—. Nadie puede escudar a tantas personas y caballos sin ayuda.

—Garion podrá ayudarte.

—¿Yo? —dijo Garion, desviando la vista de la gran nube para mirar a su abuelo.

—Nunca lo ha hecho, padre —señaló tía Pol.

—Alguna vez tendrá que aprender.

—Estos no son ni el lugar ni el momento apropiados para experimentos.

—Lo hará bien. Enséñaselo una o dos veces hasta que lo sepa hacer.

—¿Qué es exactamente lo que tengo que hacer? —preguntó asustado Garion.

Tía Pol dedicó una mirada fulminante a Belgarath y luego se volvió hacia Garion.

—Yo te enseñaré, cariño —le dijo—. Lo primero que debes hacer es mantener la calma; en realidad, no es tan difícil.

—Pero acabas de decir que...

—No importa lo que haya dicho. Ahora presta atención.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó con recelo.

—Antes que nada, relájate —respondió ella— y piensa en arena y rocas.

—¿Eso es todo?

—Tú hazlo, concéntrate.

Garion pensó en arena y rocas.

—No, Garion, no arena blanca, sino arena negra, como la que nos rodea.

—No me lo habías dicho.

—No creí que fuera necesario.

Belgarath se echó a reír.

—¿Prefieres hacerlo tú, padre? —preguntó enfadada. Luego se dirigió a Garion otra vez—: Hazlo de nuevo, cariño, y esta vez intenta no equivocarte. —El joven se concentró—. Así está mejor —le dijo—. Luego, cuando la imagen de roca y arena esté bien clara en tu mente, quiero que hagas como si la empujaras hacia fuera en un semicírculo para que cubra todo el costado derecho. Yo me ocuparé del izquierdo.

Garion lo intentó con todas sus fuerzas. Era lo más difícil que había hecho hasta ahora.

—No empujes tan fuerte, Garion. Lo estás arrugando y me resulta muy difícil hacer que los bordes empalmen. Mantén el escudo liso y firme.

—Lo siento —dijo, e intentó concentrarse en alisarlo.

—¿Qué tal lo hacemos, padre?

Garion sintió una tentativa de presión contra la idea que sostenía.

—No está mal, Pol —respondió Belgarath—, no está nada mal. El chico tiene talento.

—¿Qué es exactamente lo que estamos haciendo? —preguntó Garion, quien, a pesar del frío, tenía la frente empapada en sudor.

—Estáis haciendo un escudo —respondió Belgarath—, Te encierras en la imagen mental de arena y roca que se mezcla con la arena y la roca verdaderas de nuestro alrededor. Cuando los grolims buscan con la mente hombres y caballos, no nos descubren, pues sólo ven arena y roca.

—¿Y eso es todo? —preguntó Garion, contento de que fuera tan simple.

—Aún hay algo más, cariño —dijo tía Pol—. Ahora tendremos que extender el escudo de forma que nos encierre a todos. Hazlo despacio, unos cuantos centímetros por vez.

Eso no fue tan simple. La imagen del escudo se rompió varias veces, hasta que por fin logró extenderlo hasta donde tía Pol quería. Cuando las dos partes del escudo se unieron, Garion sintió que su mente se fundía con la de ella de una forma extraña.

—Creo que ya lo tenemos, padre —dijo tía Pol.

—Te he dicho que podía hacerlo, Pol.

La nube negra y violácea avanzaba amenazadora hacia ellos y los débiles rugidos de los truenos se hacían cada vez más cercanos.

—Si la lluvia de ceniza es como la de Nyissa, vamos a dar vueltas a ciegas, Belgarath —dijo Barak.

—No te preocupes —respondió el hechicero—. Tengo la mente en Rak Cthol. Los grolims no son los únicos que pueden localizar las cosas de este modo. Sigamos.

Avanzaron otra vez a lo largo del promontorio, mientras la nube de ceniza oscurecía cada vez más el cielo. Los truenos retumbaban con constantes rugidos y parecía como si los relámpagos hicieran arder aquella nube humeante. Los rayos caían con un ruido seco y crepitante, mientras cientos de millones de diminutos átomos bullían y se agitaban, produciendo enormes descargas eléctricas. Luego, mientras Belgarath los guiaba montaña abajo en dirección a las planicies de arena, el aire helado comenzó a traer las primeras partículas de ceniza.

Después de una hora, Gañón advirtió que mantener aquella imagen mental le resultaba cada vez más fácil y que ya no necesitaba concentrar toda su atención en ella como al principio. Al final de la segunda hora, la tarea comenzó a volverse aburrida y el joven recordó los enormes esqueletos que habían visto al entrar en aquel páramo. Mientras cabalgaban bajo la lluvia de ceniza cada vez más espesa, Garion construyó con esfuerzo la imagen de uno de aquellos monstruos para entretenerse y la unió a la del escudo. Tuvo la impresión de que había quedado bastante bien y además le había ayudado a pasar el rato.

—Garion —dijo tía Pol con firmeza—, no intentes ser creativo.

—¿Qué?

—Limitate a pensar en rocas y arena. El esqueleto es muy bonito, pero resulta bastante extraño que sólo tenga un lado.

—¿Un lado?

—No había ningún esqueleto de mi lado, sólo del tuyo. Mantén la imagen simple, Garion, no intentes adornarla.

Siguieron cabalgando con las caras cubiertas para proteger la boca y la nariz de la sofocante ceniza. Garion sintió una presión sobre la imagen que sostenía; fue como un temblor en su mente, algo similar a la sensación que había experimentado al capturar unos renacuajos en el estanque de la hacienda de Faldor.

—Sostén la imagen con firmeza, Garion —le advirtió tía Pol—. Es un grolim.

—¿Nos ha visto?

—No. Ahora se está alejando —añadió, y aquel temblor se desvaneció.

Pasaron la noche junto a otra de las montañas de piedras desmoronadas que abundaban en el páramo. Una vez más, Durnik construyó una especie de refugio bajo y cóncavo con rocas apiladas y la tela de las tiendas. Tomaron una cena fría a base de pan y carne seca y no encendieron fuego. Garion y tía Pol se turnaron para mantener la imagen protectora sobre ellos con la forma de una sombrilla, y el joven descubrió que cuando no se movían, la tarea resultaba mucho más fácil.

A la mañana siguiente todavía caía ceniza, pero el cielo ya no tenía el color oscuro del día anterior.

—Creo que está aclarando, Belgarath —dijo Seda mientras ensillaban los caballos—. Si aclara del todo, tendremos que empezar a esquivar patrullas otra vez.

—Será mejor que nos demos prisa —asintió el anciano—. Conozco un sitio donde podemos escondernos, a unos ocho kilómetros al norte de la ciudad. Me gustaría llegar allí antes de que pare la lluvia de ceniza. Desde las murallas de Rak Cthol se puede ver a una distancia de cincuenta kilómetros a la redonda.

—Entonces, las murallas deben de ser muy altas, ¿verdad? —preguntó Mandorallen.

—Mucho más altas de lo que imaginas.

—¿Más que las de Vo Mimbres?

—Diez veces más..., cincuenta veces más. Tienes que verlas para comprender lo que digo.

Aquel día cabalgaron con rapidez. Garion y tía Pol se esforzaban por mantener el escudo en su sitio, pero los viajes de investigación de los grolims se hacían más frecuentes y en varias ocasiones Garion sintió que la presión sobre su mente era muy intensa y lo tomaba por sorpresa.

—Saben lo que hacemos, padre —dijo tía Pol—, están intentando atravesar el escudo.

—Mantenedlo firme —respondió él—. Ya sabes lo que tienes que hacer si alguno de ellos logra entrar. —Ella asintió con un gesto ceñudo—. Avisale al chico.

Tía Pol volvió a asentir y se dirigió a Garion.

—Escúchame, cariño —le dijo con seriedad—. Los grolims están intentando cogernos por sorpresa, y el mejor escudo del mundo puede ser atravesado si se golpea con la fuerza y la

rapidez necesarias. Si alguno de ellos lograra entrar, te pediré que te detengas. Cuando te lo diga, quiero que borres de inmediato la imagen de tu mente.

—No entiendo.

—No es necesario que lo entiendas, sólo límitate a hacer lo que digo. Si te pido que pares, desconecta tu mente de la mía en el acto. Voy a hacer algo muy peligroso y no quiero que sufras ningún daño.

—¿No puedo ayudarte?

—No, cariño, esta vez no.

Siguieron cabalgando. La lluvia de ceniza se hizo aún más fina y el cielo se volvió de un azul brumoso y amarillento. La esfera del sol, pálida y redonda como una luna llena, apareció al sudoeste del horizonte.

—¡Garion, para!

Esta vez no había sentido una presión, sino una aguda estocada. Garion se sobresaltó y borró la imagen de arena de su mente. Tía Pol se puso rígida y, con los ojos resplandecientes, hizo un breve gesto con la mano y pronunció una sola palabra. La agitación que Garion experimentó, mientras ella se concentraba en su voluntad, fue sobrecogedora. Entonces Garion descubrió con consternación que su mente seguía unida a la de ella. La compenetración que había mantenido la imagen en pie era demasiado fuerte, demasiado difícil de romper, y el joven se sintió atraído hacia ella mientras sus mentes se movían y atacaban al unísono como si fueran un látigo. Volvieron sobre el impreciso camino del pensamiento que había abierto el escudo y encontraron el origen de la grieta. Rozaron otra mente, una mente llena de regocijo por el descubrimiento. Entonces tía Pol, por fin segura de la posición de su objetivo, arremetió con toda la fuerza de su poder. La mente que habían tocado retrocedió e intentó romper el contacto, pero ya era demasiado tarde. Garion pudo percibir cómo aquella mente se dilataba, se expandía de una forma insoportable hasta que de repente estalló, explotó en una locura delirante, sometida por la fuerza descomunal de un horror tras otro. Entonces hubo un vuelo ciego y aterrador a través de unas piedras oscuras, un vuelo con el solo propósito de encontrar la espantosa salida final. Luego las piedras desaparecieron y Garion intuyó una terrible caída desde una altura incalculable. Por fin, el joven desvió su mente de aquellos pensamientos.

—Te he dicho que te hicieras a un lado —lo reprendió la tía Pol.

—No he podido evitarlo, no podía soltarme.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó perplejo Seda.

—Un grolim había entrado —respondió ella.

—¿Nos ha visto?

—Sólo un instante, pero ya no tiene importancia porque está muerto.

—¿Lo has matado? ¿Cómo?

—Ha olvidado defenderse y yo he seguido el camino de su pensamiento.

—Se volvió loco —dijo Garion con voz ahogada y llena de horror por el enfrentamiento—. Saltó desde algún lugar muy alto; quiso saltar porque era la única forma de librarse de lo que le ocurría —añadió con náuseas.

—Has hecho muchísimo ruido, Polgara —dijo Belgarath con expresión de tristeza—. Hacía años que no actuabas con tanta torpeza.

—Tenía un pasajero —dijo ella, y le dedicó una mirada fulminante a Garion.

—No ha sido culpa mía —protestó Garion—. Me has cogido con tanta fuerza que no me podía soltar. Nos habías atacado a todos.

—A veces haces eso, Pol —dijo Belgarath—. El contacto se hace demasiado personal y parece que quisieras quedarte así para siempre. Supongo que tendrá algo que ver con el amor.

—¿Sabes de qué están hablando? —le preguntó Barak a Seda.

—Ni siquiera puedo empezar a imaginarlo.

Tía Pol miraba a Garion con aire pensativo.

—Es probable que fuera culpa mía —admitió por fin.

—Algún día tendrás que dejarlo solo, Pol —dijo Belgarath con gravedad.

—Tal vez..., pero todavía no.

—Será mejor que volváis a levantar el escudo —sugirió el viejo hechicero—. Ya saben que estamos por aquí y habrá otros buscándonos.

Tía Pol asintió con un gesto.

—Piensa en arena, Garion.

Por la tarde, mientras cabalgaban, la ceniza continuó asentándose, y a medida que avanzaban, el aire se aclaraba más y más. Ya eran capaces de distinguir las formas de los montículos de rocas y de piedras redondeadas de basalto que emergían por encima de la arena. Cuando se aproximaban a otra de las bajas colinas de piedra que surcaban el terreno a intervalos regulares, Garion divisó una sombra oscura e increíblemente alta que se alzaba entre la niebla delante de ellos.

—Podemos escondernos aquí hasta que oscurezca —dijo Belgarath mientras desmontaba detrás de la colina.

—¿Ya llegamos? —preguntó Durnik y echó un vistazo a su alrededor.

—Esa es Rak Cthol —dijo el anciano, y señaló aquella sombra tenebrosa.

Barak la examinó con atención.

—Creí que era sólo una montaña.

—Lo es. Rak Cthol está justo encima.

—¿Entonces, es casi como Prolgu, ¿verdad?

—La ubicación de la ciudad es similar, pero aquí vive el mago Ctuchik, y eso la hace muy distinta a Prolgu.

—Creí que Ctuchik era un hechicero —dijo Garion con curiosidad—. ¿Por qué siempre lo llamas mago?

—Es un término peyorativo —respondió Belgarath—. En nuestra sociedad, se lo considera como un terrible insulto.

Amarraron los caballos a unas rocas al otro lado de la colina y subieron los doce metros que los separaban de la cima, donde se escondieron a esperar que cayera la noche.

A medida que la ceniza se asentaba, el pico comenzó a emerger entre la niebla. No era exactamente una montaña, sino un pico de piedra que se alzaba en medio del páramo. Su base, rodeada por una masa de piedras desmoronadas, tenía un diámetro de ocho kilómetros y las cuevas eran abruptas y oscuras como la noche.

—¿Qué altura tiene? —preguntó Mandorallen bajando la voz de forma inconsciente hasta convertirla casi en un susurro.

—Algo más de un kilómetro y medio —respondió Belgarath.

Un camino de cornisa se alzaba abrupto sobre el páramo y rodeaba los trescientos metros superiores de la oscura torre.

—Supongo que habrán tardado bastante en construirlo —dijo Barak.

—Unos mil años —respondió Belgarath—. Cuando estaba en construcción, los murgos compraron todos los esclavos que los nyissanos pudieron atrapar.

—Un negocio siniestro —observó Mandorallen.

—Es un lugar siniestro —agregó Barak.

A medida que el viento frío dispersaba la bruma, comenzó a emerger la silueta de la ciudad situada sobre el peñasco. Las murallas eran negras, al igual que las cuevas del pico, y torres negras distribuidas de forma irregular se alzaban por encima de ellas. Oscuras agujas emergían de los muros y se hundían como espadas en el cielo del crepúsculo. La ciudad negra de los

grolims tenía un aire lúgubre, diabólico; y desde su encumbrada situación en la montaña, se cernía amenazadora sobre el árido páramo de arena, roca y pestilentes pantanos de azufre. El sol se hundía entre las nubes y la ceniza sobre el horizonte mellado del oeste, bañando el tétrico fuerte con un brumoso resplandor rojizo.

Las murallas de Rak Cthol parecían sangrar; era como si toda la sangre derramada en los altares de Torak desde los comienzos del mundo hubiese caído sobre la ciudad que tenían delante, y no había suficiente agua en todos los océanos de la tierra como para lavarla.

Cuando los últimos rayos de sol desaparecieron del cielo, bajaron la colina con cautela y atravesaron la arena cubierta de ceniza en dirección a la torre de piedra que se alzaba ante ellos. Llegaron a la ladera cubierta de guijarros y piedras, desmontaron, dejaron los caballos con Durnik y comenzaron a ascender la empinada cuesta hacia el pico de basalto que ocultaba las estrellas. Apenas unos minutos antes, Relg había estado temblando y protegiéndose los ojos, pero ahora se movía casi con ansiedad. De repente se detuvo y apoyó las manos y la frente sobre la roca helada.

—¿Y bien? —preguntó Belgarath después de un momento, en voz muy baja aunque llena de preocupación—. ¿Era verdad? ¿Hay cuevas?

—Hay espacios huecos, pero están muy lejos.

—¿Puedes llegar a ellos?

—Sería inútil, pues no van a ningún sitio. Sólo son agujeros sin salida.

—¿Y ahora qué? —preguntó Seda.

—No lo sé —confesó Belgarath con un tono de profunda desilusión.

—Probemos un poco más allá —sugirió Relg—. Percibo algunos ecos, así que podría haber una cueva en aquella dirección —agregó y señaló hacia un costado.

—Yo quiero dejar algo bien claro aquí y ahora —anunció Seda y apoyó los pies con firmeza sobre el suelo—. No pienso atravesar la piedra; si eso es lo que vais a hacer, yo me quedo atrás.

—Ya se nos ocurrirá algo —dijo Barak.

—¡No pasaré a través de las rocas! —insistió Seda y meneó la cabeza con terquedad.

Mientras tanto, Relg bordeaba la montaña con las manos apoyadas con suavidad sobre la superficie de basalto.

—Está más cerca —dijo—. Es grande y va hacia arriba. —Se movió unos cien metros y los demás lo siguieron, observándolo con atención—. Está justo aquí —anunció por fin y dio unos golpecitos sobre la superficie de piedra—. Es probable que sea la que buscamos. Esperad un momento —añadió, y hundió los brazos despacio en el basalto.

—No puedo soportarlo —dijo Seda y se apresuró a volverse de espaldas—. Avisadme cuando se haya ido. —Con asombrosa determinación, Relg avanzaba hacia el interior de la roca—. ¿Ya se ha ido? —preguntó Seda.

—Está en eso —respondió Barak con cinismo—, pero todavía tiene la mitad del cuerpo fuera.

—Por favor, Barak, no me lo cuentes.

—¿De verdad fue tan terrible? —preguntó el hombretón.

—No tienes idea, no tienes ni la más mínima idea —dijo el hombrecillo con cara de rata mientras temblaba de forma incontrolable.

Esperaron más de media hora en medio del frío y la oscuridad. Alguien gritó en lo alto de la montaña.

—¿Qué ha sido ese grito? —preguntó Mandorallen.

—Los grolims están ocupados —respondió Belgarath con tono sombrío—. Es la estación de las heridas, cuando el Orbe quemó la mano y la cara de Torak. En esta época del año se practican muchos sacrificios, sobre todo de esclavos. A Torak no parece importarle que no sea sangre angarak; para satisfacerlo basta con que sea humana.

Se oyeron unas suaves pisadas en algún lugar del peñasco y unos minutos después Relg se reunía con ellos.

—La he encontrado —les dijo—. La entrada está a unos ochocientos metros de aquí. Está casi tapada.

—¿La cueva llega hasta arriba? —preguntó Belgarath.

—Va hacia arriba —dijo Relg, y se encogió de hombros—, pero no podría precisar hasta dónde. La única forma de saberlo es entrar. Sin embargo, se trata de una serie de cuevas comunicadas y son bastante grandes.

—¿Tenemos alguna otra opción, padre? —preguntó tía Pol.

—No, supongo que no.

—Voy a buscar a Durnik —dijo Seda, y desapareció en la oscuridad.

Los demás siguieron a Relg hasta llegar a un pequeño agujero en la piedra, justo encima de los montículos de piedras de la base.

—Si queremos hacer entrar a los caballos, tendremos que sacar estos escombros —dijo Relg.

Barak se agachó y levantó un enorme bloque de piedra. Se tambaleó por el peso y lo arrojó a un lado con gran estrépito.

—¡En silencio! —lo riñó Belgarath.

—Lo siento —musitó Barak.

En general, las rocas no eran demasiado grandes, pero había muchas. Una vez que Seda y Durnik se sumaron al grupo, todos se dedicaron a retirar los escombros de la puerta de la cueva y tardaron casi una hora en sacar las piedras suficientes para que pudieran pasar los caballos.

—Ojalá Hettar estuviera aquí —gruñó Barak mientras empujaba la grupa de un corpulento caballo de carga.

—Háblale, Barak —sugirió Seda.

—Le estoy hablando.

—Inténtalo sin las maldiciones.

—Vamos a tener que escalar un poco —les dijo Relg ya en medio de la total oscuridad de la cueva, una vez que todos los caballos estuvieron dentro—. Si no me equivoco, las galerías ascienden en vertical, así que tendremos que trepar de un nivel a otro.

Mandorallen se apoyó sobre uno de los muros y su armadura produjo un ruido metálico.

—No puedes ir así —dijo Belgarath—. De todos modos, no podrías escalar con esa armadura, así que déjala aquí con los caballos, Mandorallen.

El caballero suspiró y comenzó a quitarse la armadura. Relg sacó varios polvos que llevaba en la cota de malla y los mezcló en un cuenco de madera. De inmediato, la cueva se iluminó con un tenue resplandor.

—Eso está mejor —dijo Barak—. ¿Pero no daría más luz una antorcha?

—Mucha más luz —asintió Relg—, y entonces yo no podría ver nada. Esto alumbrará lo suficiente como para que veáis por dónde camináis.

—Empecemos ya —dijo Belgarath.

Relg le pasó el cuenco brillante a Barak y se giró para guiarlos por la oscura galería.

Unos metros más adentro, se toparon con una empinada cuesta de piedras que se perdía en la oscuridad.

—Echaré un vistazo —dijo Relg, y desapareció de la vista. Un momento después, oyeron un extraño chasquido y pequeños fragmentos de piedra cayeron sobre los escombros—. Podéis subir —dijo Relg desde arriba.

Todos ascendieron por los cascotes hasta que se toparon con una pared abrupta.

—A la derecha —dijo Relg, aún más arriba que ellos—. Encontraréis unos huecos en las rocas que os ayudarán a subir.

Encontraron los huecos con facilidad; eran redondos y de unos quince centímetros de profundidad.

—¿Cómo los has hecho? —preguntó Durnik mientras examinaba uno de los agujeros.

—Es algo difícil de explicar —respondió Relg—. Aquí arriba hay una cornisa que conduce a otra galería.

Uno por uno, escalaron la cuesta de piedra hasta llegar a la cornisa, que, tal como había dicho Relg, conducía a una galería que subía de forma abrupta. Subieron por ella hasta el centro de la montaña, pasando junto a numerosos pasajes que se abrían a ambos lados del camino.

—¿No deberíamos mirar adonde conducen? —preguntó Barak después de pasar el tercero o cuarto pasaje.

—No conducen a ningún sitio —respondió Relg.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Una galería que conduce a algún sitio produce otra sensación. La que acabamos de pasar termina en una pared a unos tres metros de aquí.

Barak dejó escapar un gruñido de desconfianza. De repente, se toparon con otra superficie abrupta y Relg se detuvo a escudriñar en la oscuridad.

—¿Qué altura tiene? —preguntó Durnik.

—Unos diez metros. Haré algunos agujeros para que podáis subir. —Relg se arrodilló y hundió una mano despacio en la superficie de piedra; luego tensó el hombro y giró un poco el brazo.

La roca se abrió con una pequeña detonación, y cuando Relg sacó la mano, cayó una lluvia de fragmentos de piedra. Luego limpió los escombros del agujero que acababa de hacer, se puso de pie y hundió su otra mano en la roca a unos dos metros del primer agujero.

—Muy listo —lo alabó Seda.

—Es un viejo truco —respondió Relg.

Escalaron el muro detrás de Relg y salieron a través de una estrecha abertura. Barak maldecía mientras pasaba con esfuerzo por la rendija, dejándose la piel en el intento.

—¿A qué altura estamos? —preguntó Seda, con cierta aprensión en la voz, mientras contemplaba con nerviosismo las rocas que parecían cerrarse sobre ellos de forma opresiva.

—Estamos a unos ochocientos metros de la base del pico —respondió Relg—. Ahora debemos ir por allí —agregó y señaló un pasadizo ascendente.

—¿No estamos volviendo por donde vinimos? —preguntó Durnik.

—La cueva avanza en zigzag —le dijo Relg—, Tenemos que seguir las galerías que conducen arriba.

—¿Llegan hasta arriba de todo?

—En algún momento se abren. Eso es todo lo que puedo decir, por el momento.

—¿Qué es eso? —gritó Seda de repente.

En algún lugar de los oscuros pasadizos alguien cantaba. La canción parecía expresar una profunda tristeza, aunque los ecos hacían que fuera imposible descifrar la letra. Sólo podían estar seguros de que se trataba de una voz femenina.

Después de un instante, Belgarath dejó escapar una exclamación de asombro.

—¿Qué ocurre? —preguntó tía Pol.

—¡Marag! —dijo el anciano.

—Eso es imposible.

—Conozco la canción, Pol. Es una canción fúnebre marag. Sea quien sea, está a punto de morir.

Los ecos de las sinuosas cuevas no permitían determinar la ubicación exacta de la mujer que cantaba; pero a medida que se movían, el sonido parecía más cercano.

—Aquí abajo —dijo Seda por fin y se detuvo con la cabeza inclinada hacia un lado, frente a una abertura.

El canto se detuvo de forma súbita.

—No os acerquéis —les advirtió la voz de la mujer con brusquedad—. Tengo un cuchillo.

—Somos amigos —le dijo Durnik.

—Yo no tengo amigos —respondió ella con una risa amarga—. No vais a llevarme de nuevo; mi cuchillo es lo suficientemente largo como para alcanzar mi corazón.

—Cree que somos murgos —murmuró Seda.

Belgarath se dirigió a ella en un idioma que Garion nunca había oído, y, un momento después, la mujer contestó titubeante, como si intentara recordar una lengua que no había hablado durante años.

—Cree que es un truco —les dijo el anciano en voz baja—. Dice que tiene un cuchillo apoyado sobre su pecho, así que tendremos que ir con cuidado. —Belgarath dijo algo y la mujer le contestó. Hablaban en un idioma suave y musical—. Dice que sólo permitirá que entre uno de nosotros —les informó Belgarath por fin—. Todavía no se fía de nosotros.

—Yo iré —dijo tía Pol.

—Ten cuidado, Pol. Podría intentar usar el cuchillo contra ti en lugar de contra sí misma.

—Puedo arreglármelas, padre.

Cogió la luz que tenía Barak y avanzó despacio por el pasadizo, mientras hablaba con voz serena. Los demás se quedaron en la oscuridad y escucharon con atención los murmullos procedentes del pasadizo, mientras tía Pol hablaba en voz baja con la mujer marag.

—Ya podéis venir —les dijo por fin y todos entraron al pasadizo siguiendo el sonido de su voz.

La mujer estaba echada junto a un pequeño pozo de agua. Llevaba sólo unos pocos harapos y estaba muy sucia. Su enmarañado cabello tenía un brillante color negro y su rostro reflejaba resignación y desesperanza. Tenía unos pómulos prominentes, labios gruesos y enormes ojos violetas enmarcados por unas pestañas negras como el carbón. Sus escasas y harapientas ropas dejaban al descubierto gran parte de su piel pálida. Relg hizo una profunda inspiración y de inmediato se volvió de espaldas.

—Su nombre es Taiba — dijo tía Pol en voz baja—. Se escapó de las mazmorras de los esclavos de Rak Cthol hace vanos días.

Belgarath se arrodilló junto a la exhausta mujer.

—Eres marag, ¿verdad? —le preguntó sin rodeos.

—Mi madre me dijo que lo era —confirmó—. Ella me enseñó el lenguaje antiguo.

Su cabello oscuro caía sobre una de sus pálidas mejillas en una oscura maraña.

—¿Hay algún otro marag en las mazmorras?

—Creo que hay varios. Es difícil saberlo con seguridad, pues a casi todos los demás esclavos les han cortado la lengua.

—Necesita comida —dijo tía Pol—. ¿A alguien se le ocurrió traer algo?

Durnik desató una pequeña bolsa de su cinturón y se la ofreció.

—Un poco de queso —dijo— y algo de carne seca.

Tía Pol abrió la bolsa.

—¿Tienes alguna idea de cómo llegó aquí la gente de tu pueblo? —le preguntó Belgarath a la esclava—. Piénsalo bien; podría ser muy importante.

—Siempre hemos estado aquí —dijo Taiba y se encogió de hombros.

Luego cogió la comida que le ofrecía tía Pol y comenzó a comer con voracidad.

—No tan aprisa —le advirtió tía Pol.

—¿Nunca te han contado por qué los maragos acabaron en las mazmorras de los murgos? —insistió Belarath.

—Una vez mi madre me dijo que miles de años atrás vivíamos bajo el cielo descubierto y que entonces no éramos esclavos —respondió Taiba—. Pero yo no le creí; es la clase de historia que se cuenta a los niños.

—Hay algunas leyendas sobre la campaña tolnedrana a Maragor, Belgarath —señaló Seda—. Durante años se han corrido rumores de que algunos comandantes de las legiones vendían sus prisioneros a los esclavistas nyissanos en lugar de matarlos. Es el tipo de cosa que un tolnedrano podría llegar a hacer.

—Supongo que es posible —respondió Belgarath con el entrecejo fruncido.

—¿Tenemos que quedarnos? —preguntó Relg con brusquedad.

Todavía estaba de espaldas y la rigidez de sus hombros era una muestra clara de su ira.

—¿Por qué está enfadado conmigo? —preguntó Taiba, con tal agotamiento que las palabras brotaban de sus labios como un susurro.

—Cubre tu desnudez, mujer —le dijo Relg—. Eres una afrenta para los ojos de los hombres decentes.

—¿Es sólo eso? —rió ella, con un sonido grave y profundo—. Éstas son todas las ropas que tengo. —Bajó la vista hacia su figura sensual—. Además, no hay nada de malo en mi cuerpo; no es horrible ni está deformado, ¿por qué debería esconderlo?

—¡Qué mujer lujuriosa! —acusó Relg.

—Si te molesta tanto, no mires —sugirió ella.

—Relg tiene un problema religioso —dijo Seda con sequedad.

—No menciones la religión —dijo ella con un sobresalto.

—Ya veis —gruñó Relg—, es una verdadera depravada.

—No es eso —le explicó Belgarath—. En Rak Cthol, la palabra religión significa el altar de sacrificios y el cuchillo.

—Garion —dijo tía Pol—. Dame tu capa.

El joven se desabrochó su pesada capa de lana y se la tendió. Tía Pol comenzó a cubrir a la mujer con la capa, pero de repente se detuvo y la miró con atención.

—¿Dónde están tus niños? —le preguntó.

—Los murgos se los llevaron —respondió Taiba con voz inexpresiva—. Eran dos niñas muy hermosas, pero ahora se han ido.

—Te las traeremos de vuelta —prometió Garion, movido por un impulso.

—No lo creo —respondió ella con amargura—. Los murgos las entregaron a los grolims y éstos las sacrificaron en el altar de Torak. El propio Ctuchik sostenía el cuchillo.

Garion sintió que se le helaba la sangre.

—Esta capa es abrigada —dijo Taiba con tono de gratitud mientras sus manos acariciaban la tela áspera—. ¡He pasado frío durante tanto tiempo! —suspiró con una mezcla de cansancio y alegría.

Belgarath y tía Pol intercambiaron una mirada por encima del cuerpo de Taiba.

—Debo de estar haciendo las cosas bien —afirmó el anciano un momento después con tono enigmático—. ¡Tropezarme así con ella después de buscarla durante tanto tiempo!

—¿Estás seguro de que es ella, padre?

—Tiene que serlo. Todo encaja demasiado bien, hasta el último detalle. —Hizo una profunda inspiración y después dejó escapar el aire de forma explosiva—. Esto me ha preocupado durante los últimos mil años. —De repente parecía muy satisfecho consigo mismo—. ¿Cómo has escapado de las mazmorras de los esclavos, Taiba? —preguntó con suavidad.

—Uno de los murgos olvidó cerrar la puerta —respondió ella con voz soñolienta—. Cuando salí, encontré este cuchillo. Quería encontrar a Ctuchik para matarlo, pero me perdí. Hay tantas cuevas aquí abajo... ¡Tantas! Ojalá pueda matarlo antes de morir, aunque no lo creo. —Suspiró con pesar—. Ahora me gustaría dormir, ¡estoy tan cansada!

—¿Estarás bien aquí? —preguntó tía Pol—. Tenemos que irnos, pero volveremos. ¿Necesitas algo?

—Tal vez un poco de luz —suspiró Taiba—. He vivido en la oscuridad toda mi vida y me gustaría morir con un poco de luz.

—Relg —dijo tía Pol—, déjale una luz.

—Podríamos necesitarla nosotros —respondió él muy ofendido.

—Ella la necesita aún más.

—Hazlo, Relg —le dijo Belgarath al fanático ulgo, con voz firme.

La expresión de Relg se endureció, pero mezcló parte del contenido de sus dos bolsas sobre una piedra lisa y agregó un poco de agua. La sustancia pastosa comenzó a brillar.

—Gracias —se limitó a decir Taiba.

Relg se negó a responder e incluso a mirarla. Regresaron por el pasadizo y dejaron a la mujer junto al pozo con su pequeña y tenue luz. Taiba volvió a cantar, esta vez en voz más baja, a punto de dormirse.

Reig los guió a través de oscuras galerías, girando y cambiando de dirección con frecuencia, siempre escalando. Pasaron horas, aunque era difícil precisar el tiempo en aquella perpetua oscuridad. Subieron por muros abruptos y atravesaron pasadizos que ascendían sinuosos por el enorme peñasco de roca. Garion perdió el sentido de orientación y se preguntó a sí mismo si Relg sabía hacia dónde se dirigían. Al volver la esquina redondeada de una nueva galería, una brisa suave les dio en la cara, trayendo consigo un horrible hedor.

—¿Qué es ese olor? —preguntó Seda y arrugó su naricilla puntiaguda.

—Sin duda, las mazmorras de los esclavos —respondió Belgarath—. Los murgos no se preocupan mucho por la higiene.

—Las mazmorras están debajo de Rak Cthol, ¿verdad? —preguntó Barak. Belgarath asintió con un gesto—. ¿Y salen a la misma ciudad?

—Si no recuerdo mal, así es.

—¡Lo has conseguido, Relg! —exclamó Barak y le dio una palmada en el hombro al ulgo.

—No me toques —dijo Relg.

—Lo siento, Relg.

—Las mazmorras estarán vigiladas —dijo Belgarath—. Ahora tendremos que seguir en silencio.

Avanzaron con cautela por el pasadizo, observando con atención dónde ponían los pies. Garion no supo con seguridad en qué punto del camino la galería había comenzado a mostrar señales de construcción humana. Por fin llegaron a una puerta de hierro que estaba entreabierta.

—¿Hay alguien ahí? —le preguntó Garion a Seda en un susurro.

El hombrecillo se acercó a la puerta con la daga en la mano y espió adentro, girando la cabeza hacia ambos lados con rapidez.

—Sólo algunos huesos —informó con tono sombrío.

Belgarath hizo una señal de alto.

—Es probable que estas galerías inferiores estén abandonadas —les dijo en voz muy baja—. Una vez terminado el camino de cornisa, los murgos dejaron de necesitar tantos esclavos. Seguiremos subiendo, pero no hagáis ruido y mantened los ojos bien abiertos.

Ascendieron muy despacio y en silencio la cuesta gradual de la galería y pasaron junto a otras puertas de hierro, todas entreabiertas. Al final de la cuesta, la galería giraba de forma abrupta hacia atrás, todavía en pendiente. Sobre el muro había unas palabras garabateadas de forma grosera en unos caracteres que Garion no pudo descifrar.

—Abuelo —murmuró, y señaló las palabras.

Belgarath miró la escritura y gruñó:

—Noveno nivel —dijo—, aún estamos bastante lejos de la ciudad.

—¿Cuánto falta todavía para que empecemos a encontrarnos con murgos? —rugió Barak mientras miraba a su alrededor con la mano en la empuñadura de su espada.

—Es difícil de prever —respondió Belgarath y se encogió de hombros—, supongo que sólo los dos o tres últimos niveles estarán ocupados.

Siguieron subiendo por la galería hasta que volvieron a encontrar una curva cerrada hacia atrás y una vez más vieron unos caracteres extraños escritos en la pared.

—Octavo nivel —tradujo Belgarath—. Adelante.

A medida que ascendían, el hedor de las mazmorras de los esclavos se hacía más fuerte.

—Allí hay luz —advirtió Durnik de repente, justo antes de entrar al cuarto nivel.

—Esperad aquí —murmuró Seda, y luego se perdió del otro lado de la esquina con la daga apretada contra la pierna.

La luz era débil y vacilante, pero se hacía cada vez más intensa.

—Se acerca alguien con una antorcha —murmuró Barak.

De repente la luz de la antorcha comenzó a oscilar y las sombras que proyectaba se movieron en círculos. Luego dejó de vacilar y se mantuvo firme. Unos instantes después, Seda regresó limpiando la daga.

—Un murgos —les dijo—. Creo que sólo venía a buscar algo, pues las celdas de este nivel están vacías.

—¿Qué has hecho con él? —preguntó Barak.

—Lo he arrastrado hasta una de las celdas. No lo encontrarán, a menos que vengan a buscarlo expresamente.

Relg se cubrió los ojos con cuidado.

—¿También te molesta esta luz tan débil? —le preguntó Durnik.

—Es su color —respondió Relg.

Giraron hacia el cuarto nivel y comenzaron a ascender otra vez. Unos cien metros más arriba, una antorcha sujeta en una grieta del muro ardía irradiando una luz uniforme. Cuando se acercaron, pudieron ver el largo hilo de sangre fresca sobre el suelo sucio e irregular.

Belgarath se detuvo frente a la puerta de la celda y se rascó la barba.

—¿Qué tenía puesto? —le preguntó a Seda.

—Una de esas túnicas con capucha —respondió Seda—. ¿Por qué?

—Ve a buscarla.

Seda lo miró un instante y luego asintió con un gesto. Entró a la celda y un instante después salió con la túnica negra del murgos.

Belgarath alzó la túnica y examinó con expresión crítica la enorme rasgadura que tenía en la espalda.

—La próxima vez, intenta no hacer agujeros tan grandes —le dijo al hombrecillo.

—Lo siento —sonrió Seda—. Supongo que me he dejado llevar por mi entusiasmo, pero de ahora en adelante tendré más cuidado. —Se dirigió a Barak—. ¿Vienes? —invitó.

—Por supuesto. ¿Y tú, Mandorallen?

El caballero asintió con un gesto grave y aflojó su espada en la vaina.

—Nosotros esperaremos aquí —dijo Belgarath—. Tened cuidado, pero no os demoréis más de lo imprescindible.

Los tres subieron con cautela por la galería hacia el tercer nivel.

—¿Tienes idea de la hora, padre? —preguntó tía Pol en voz baja después de que los tres hombres hubieron marchado.

—Es más de medianoche, algunas horas más.

—¿Tendremos tiempo de llegar arriba antes de que amanezca?

—Si nos damos prisa...

—Tal vez deberíamos quedarnos aquí durante el día y subir cuando vuelva a anoecer.

—No lo creo, Polgara —respondió él con el entrecejo fruncido—. Ctuchik está tramando algo. Sabe que venimos, lo he percibido en esta última semana; pero aún no ha hecho ningún movimiento. No le demos más tiempo del imprescindible.

—Va a enfrentarse a ti, padre.

—Hacía tiempo que debía haberlo hecho —respondió él—. Ctuchik y yo hemos estado a punto de enfrentarnos durante miles de años, pero nunca era el momento adecuado. Ahora, por fin ha llegado ese momento. —El anciano dejó la vista perdida en la oscuridad con expresión melancólica—. Cuando empiece la lucha, quiero que te mantengas al margen, Pol.

Ella miró la cara sombría del anciano y asintió.

—Lo que tú digas, padre.

La túnica del murgos estaba confeccionada con una ordinaria tela negra y tenía un extraño emblema rojo que caía justo encima del corazón de Garion. Olía a humo, amén de a otras cosas más desagradables. Justo debajo de la axila izquierda, la túnica tenía un pequeño agujero y la tela de esa zona estaba húmeda y pegajosa. La piel de Garion se encogía al contacto con aquella humedad.

Ascendían con rapidez por las galerías de los últimos tres niveles de mazmorras con las caras ocultas tras las amplias capuchas de las túnicas de los murgos. Las galerías estaban iluminadas por débiles antorchas, pero no encontraron ningún guardia, y los esclavos encerrados tras las oxidadas puertas de hierro no hicieron ningún ruido a su paso. Garion podía percibir el espantoso miedo que se agolpaba detrás de aquellas puertas.

—¿Cómo subiremos a la ciudad? —murmuró Durnik.

—Hay una escalera al final de la última galería —respondió Seda en voz muy baja.

—¿Está vigilada?

—Ya no.

Una puerta con candados, cadenas y barras de hierro bloqueaba la salida al final de la escalera. Sin embargo, Seda se agachó, sacó una fina herramienta de metal de una de sus botas, y la introdujo en el candado. El hombrecillo hizo girar la herramienta varias veces, el candado se abrió con un chasquido y Seda dejó escapar una exclamación de alegría.

—Echaré un vistazo —murmuró y salió.

Garion pudo divisar las estrellas y la vaga silueta de los edificios de Rak Cthol del otro lado de la puerta. Un grito desesperado y desgarrador retumbó entre los muros de la ciudad, seguido un instante después por el ruido sordo de un gigantesco gong.

Un minuto más tarde, Seda regresó a la puerta.

—No parece que haya nadie por aquí —dijo con un suave murmullo—. ¿Hacia dónde vamos?

—Hacia allí —señaló Belgarath—. Borearemos la muralla en dirección al templo.

—¿El templo?

—Tenemos que pasar por ahí para llegar a Ctuchik —respondió el anciano—. Debemos darnos prisa, pues no falta mucho para que amanezca.

Rak Cthol no se parecía a otras ciudades. Sus enormes edificios no tenían el aspecto independiente de los de otros lugares; era como si los murgos y grolims que allí vivían no tuvieran mucho sentido de la posesión personal, y las casas no estaban separadas como las propiedades individuales de las ciudades occidentales. No había calles en el sentido estricto de la palabra, sino más bien corredores o patios comunicados entre sí que pasaban entre los edificios y, a menudo, los atravesaban.

Mientras caminaban con cautela por los patios oscuros y los corredores sombríos, la ciudad parecía desierta, pero aun así tenían la impresión de que las paredes negras que se cernían sobre ellos los miraban de modo amenazador. Extrañas torrecillas se proyectaban sobre las paredes cuando menos lo esperaban y se inclinaban sobre los patios, como si los vigilaran. Las estrechas

ventanas los observaban como ojos acusadores y los portales arqueados estaban llenos de sombras acechantes. Rak Cthol rezumaba un sofocante y ancestral aire de perversión y hasta las mismas piedras parecían contemplar con un placer maligno cómo Garion y sus amigos se internaban en el oscuro laberinto del fuerte de los grolims.

—¿Estás seguro de que es por aquí? —le susurró nervioso Barak al viejo hechicero.

—He venido aquí antes, aunque por el camino de cornisa —respondió en voz baja Belgarath—. Me gusta vigilar a Ctuchik de vez en cuando. Esa escalera nos conducirá a lo alto de las murallas.

La escalera era estrecha y empinada, cubierta por un techo abovedado y flanqueada por enormes paredes. Los escalones de piedra estaban desgastados tras siglos de uso. Subieron en silencio. De repente, otro grito resonó en la ciudad y otra vez volvió a sonar el gigantesco gong.

Al salir de la escalera, se encontraron en la cima de la muralla, que era ancha como un camino y rodeaba toda la ciudad. En su extremo exterior, un parapeto separaba la muralla del temible precipicio, que descendía de forma abrupta hasta el suelo rocoso del páramo, más de mil quinientos metros más abajo. Una vez fuera del amparo de los edificios, los sorprendió el aire frío. La escarcha cubría las lajas negras y las piedras irregulares del parapeto y brillaba bajo la gélida luz de las estrellas.

Belgarath miró el espacio abierto que se extendía ante ellos sobre la muralla y los sombríos edificios que se alzaban amenazadores unos metros más allá.

—Será mejor que nos dividamos —susurró—. En Rak Cthol llama la atención demasiada gente en un sitio. Saldremos en grupos de dos. Caminad, no corráis ni os escondáis; actuad como si vivierais aquí. Adelante.

Comenzó a caminar a lo largo de la muralla, acompañado por Barak, como si fueran hacia algún lugar, pero sin darse prisa. Unos momentos después, los siguieron tía Pol y Mandorallen.

—Durnik —murmuró Seda—, ahora saldremos Garion y yo. Tú y Relg esperad un minuto y luego seguidnos. —Escudriñó la cara de Relg, oculta tras la capucha de su traje de murgo—. ¿Estás bien? —le preguntó.

—Siempre que no mire al cielo... —respondió tenso Relg, y su voz sonó como si tuviera los dientes apretados.

—Entonces, vamos, Garion —murmuró Seda.

Garion tuvo que hacer uso de todo su autocontrol para caminar a paso normal sobre las piedras cubiertas de escarcha. Tenía la impresión de que, mientras él y el pequeño drasniano cruzaban la parte descubierta de la muralla, miles de ojos lo miraban desde todos los edificios y torres sombrías de la ciudad. El aire estaba muy calmo e intensamente frío y los bloques de piedra estaban cubiertos por una delicada filigrana de escarcha.

Desde el templo cercano llegó otro grito desgarrador.

Una torre grande se alzaba al final de aquel tramo descubierta, y ocultaba el otro lado del camino.

—Espera un momento aquí —murmuró Seda.

Se escondieron agradecidos detrás de la torre y el hombrecillo se escabulló del otro lado.

Garion esperó en medio del frío y la oscuridad, intentando aguzar el oído. Echó un vistazo por encima del parapeto; en el paramo, bastante lejos de allí, ardía un pequeño fuego, centelleando en la oscuridad como una pequeña estrella roja. Garion intentó calcular la distancia que los separaba.

De repente, oyó un leve crujido encima de él y se giró con rapidez, llevándose la mano a la espada. Una oscura figura saltó desde la cornisa de una torre, varios metros más arriba, y cayó sin el menor ruido, como si fuera un gato, sobre las lajas de la muralla, justo enfrente de él. Garion percibió un familiar olor a sudor, rancio y nauseabundo.

—Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad, Garion? —dijo Brill en voz baja, con una horrible risita burlona.

—¡Atrás! —le ordenó Garion, sujetando la espada con la punta hacia abajo, tal como Barak le había enseñado.

—Sabía que algún día te encontraría solo —dijo Brill, sin prestar la más mínima atención a la espada.

El murgo abrió los brazos y se inclinó un poco. Sus ojos estrábicos brillaban a la luz de las estrellas.

Garion retrocedió y blandió la espada de forma amenazadora; Brill se inclinó hacia un costado y Garion lo siguió de modo instintivo con la punta de la espada. Entonces, con una rapidez que cogió al chico por sorpresa, Brill lo esquivó y cogió con fuerza el antebrazo de Garion, despojándolo de la espada, que se deslizó con saltitos rápidos sobre las lajas cubiertas de escarcha. Desesperado, Garion buscó su daga.

Pero entonces otra sombra se movió en la oscuridad a un lado de la torre. Brill recibió una fuerte patada en el costado y dejó escapar un gruñido. Se cayó, pero rodó con rapidez sobre las piedras y se incorporó de un salto, con las piernas abiertas y agitando las manos en el aire.

Seda se quitó la túnica de murgo, la arrojó a un lado y se inclinó, también con los brazos abiertos.

—Debería haber imaginado que estarías por aquí, Kheldar —sonrió Brill.

—Yo también debí haber supuesto que vendrías, Kordoch —respondió Seda—, pues siempre sales al paso. —Brill lanzó un rápido puñetazo a la cara de Seda, pero el hombrecillo lo esquivó sin dificultad—. ¿Cómo haces para adelantarte a nosotros? —prosiguió, en un tono casi casual—. Esta costumbre tuya comienza ya a molestar a Belgarath.

Seda intentó darle una patada en la ingle, pero el bizzo dio un salto hacia atrás con agilidad.

—Vosotros sois muy compasivos con los caballos —dijo Brill con una breve risita—. Yo tuve que matar de cansancio a varios para perseguiros. ¿Cómo has conseguido salir de aquel foso? Taur Urgas se puso furioso a la mañana siguiente.

—¡Qué lástima!

—Hizo despellejar a los guardias.

—Los murgos deben de tener un aspecto extraño sin la piel.

De repente, Brill se echó hacia delante, con las manos extendidas, pero Seda lo esquivó y le dio un fuerte puñetazo en la mitad de la espalda. Brill volvió a gruñir y se alejó rodando del borde de la muralla.

—Parece que eres tan bueno como dicen —admitió de mala gana.

—Compruébalo Kordoch —lo invitó Seda con una sonrisa siniestra, y se apartó de la torre, sin dejar de mover las manos.

Con el corazón en un puño, Garion contemplaba cómo los dos hombres se movían en círculos.

Brill volvió a saltar, esta vez dispuesto a golpearlo con ambos pies, pero Seda se escabulló por abajo. Ambos rodaron, y, cuando se estaban incorporando, Seda alzó su mano izquierda y asestó un fuerte golpe en la cara de Brill. Brill se tambaleó, pero, mientras retrocedía, logró patear la rodilla de Seda.

—Tu técnica es defensiva —dijo con voz ronca mientras agitaba la cabeza, para suavizar los efectos del golpe de Seda—, ése es tu punto débil.

—Sólo son estilos diferentes, Kordoch —respondió Seda.

Brill dirigió sus dedos a los ojos de Seda, pero éste se escudó y le asestó un golpe rápido en medio del estómago. Mientras caía, Brill abrió sus piernas en tijera y estrechó con ellas las de Seda, haciéndolo tropezar. Ambos hombres se tambalearon sobre las piedras cubiertas de escarcha y se incorporaron de un salto, dando puñetazos con tal rapidez que los ojos de Garion

no podían seguirlos. Entonces Brill cometió un error tan simple y tan sutil, que Garion ni siquiera podía estar seguro de que hubiera sido un error. El murgo lanzó un puñetazo a la cara de Seda apenas un poco más fuerte de lo conveniente y demoró su mano un segundo más de lo que debía. Seda aprovechó para coger la muñeca de su oponente con enorme fuerza y rodó hacia atrás en dirección al parapeto, con las piernas recogidas, arrastrando con él a Brill. El tuerto perdió el equilibrio y pareció que iba a lanzarse hacia delante, pero Seda estiró las piernas de repente y empujó a Brill con todas sus fuerzas. El murgo dejó escapar un grito ahogado y se aferró con desesperación a uno de los bloques de piedra del parapeto, pero estaba muy alto y el impulso había sido demasiado fuerte. Se tambaleó sobre el parapeto y por fin se perdió en la oscuridad del abismo, al otro lado de la muralla. Su grito se fue desvaneciendo poco a poco mientras caía y se confundió con un nuevo alarido procedente del templo de Torak.

Seda se puso de pie, miró por encima del parapeto y luego volvió detrás de la torre, donde Garion lo esperaba trémulo.

—¡Seda! —exclamó el joven y le cogió el brazo con alivio.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Belgarath, que apareció por un costado de la torre.

—Brill —respondió Seda con calma mientras se volvía a poner la túnica del murgo.

—¿Otra vez? —exclamó Belgarath con exasperación—. ¿Y qué ha hecho?

—La última vez que lo he visto estaba intentando volar —rió Seda. El anciano parecía intrigado—. No lo hacía demasiado bien —agregó el hombrecillo.

—Tal vez con el tiempo aprenda —dijo Belgarath, y se encogió de hombros.

—No creo que le quede mucho tiempo —señaló Seda, mirando por encima del parapeto.

Desde muy abajo, al fondo de todo, se oyó un sonido ahogado y seco; luego, unos segundos después, otro.

—¿Los rebotes cuentan? —preguntó Seda.

—Creo que no —respondió Belgarath con una mueca irónica.

—Pues entonces, creo que no aprendió a tiempo —dijo Seda con despreocupación y miró a su alrededor con una amplia sonrisa—. ¡Qué noche tan hermosa! —exclamó sin dirigirse a nadie en particular.

—Démonos prisa —sugirió Belgarath mientras dirigía una mirada rápida y nerviosa al este del horizonte—. Pronto amanecerá.

Unos cien metros más adelante, junto a las altas paredes del templo, se encontraron con los demás, y allí, en la más profunda oscuridad, aguardaron a que Relg y Durnik los alcanzaran.

—¿Por qué os demorasteis tanto? —susurró Barak, mientras esperaban.

—Me he encontrado con un viejo amigo —respondió Seda en voz muy baja, y sus dientes blancos brillaron en la oscuridad.

—Era Brill —les informó Garion con un ronco murmullo—. Han luchado hasta que Seda lo arrojó al abismo.

—Hay un buen trecho hasta abajo —comentó Mandorallen, con una mirada por encima del parapeto.

—¿Verdad que sí? —asintió Seda.

Barak rió y apoyó su enorme manaza sobre el hombro de Seda en un gesto de muda aprobación.

Luego Durnik y Relg llegaron por la muralla y se unieron a los demás entre las sombras.

—Tenemos que pasar por el templo —les dijo Belgarath en voz baja—. Cubrid vuestras caras con las capuchas cuanto sea posible y mirad hacia abajo. Caminad en fila, de uno en uno, y murmurad como si estuvierais rezando. Si alguien nos habla, dejadme contestar a mí; y cada vez que suene el gong, girad hacia el altar y haced una pequeña inclinación.

Los condujo hacia una puerta grande cubierta de barras de hierro oxidadas. Miró por última vez hacia atrás, para comprobar que los demás estuvieran en fila y luego apoyó su mano en el picaporte y abrió la puerta.

El interior del templo resplandecía con una turbia luz roja y el lugar despedía un horrible olor a cementerio. La puerta de entrada conducía a una galería cubierta y circular en la parte trasera de la cúpula del templo. Al final de la galería, había una gran balaustrada de piedra con grandes columnas situadas a intervalos regulares. Las aberturas entre las columnas estaban cubiertas por cortinas de la misma tela ordinaria y gruesa con que se hacían las túnicas de los murgos. Detrás de la galería, había varias puertas, todas empotradas en la piedra, y Garion dedujo que los funcionarios del templo usaban aquel lugar para realizar diversas tareas.

En cuanto estuvieron en el balcón, Belgarath cruzó sus manos sobre el pecho y los guió a paso lento y rítmico, mientras cantaba con voz alta y grave.

Desde abajo se oyó un grito espantoso y ensordecedor, lleno de angustia y terror. De forma instintiva, Garion miró a través de las cortinas hacia el altar. Hasta el resto de sus días se arrepentiría de haberlo hecho.

Las paredes circulares del templo eran de piedra negra pulida y detrás del altar había una enorme máscara de acero, tan brillante que parecía un espejo. Era la cara de Torak y el modelo original de las máscaras de los grolims. Sin lugar a dudas, era un rostro hermoso, pero en él había algo perverso y amenazador, una crueldad que iba más allá de lo que cualquier ser humano pudiera imaginar.

Enfrente de la imagen de Torak, cientos de murgos y de grolims se apiñaban arrodillados en el suelo y recitaban una oración ininteligible en una docena de dialectos diferentes. El altar se alzaba sobre una plataforma situada justo debajo de la brillante cara de Torak. A ambos lados del altar manchado de sangre, colgaban dos calderos humeantes, y en el suelo, junto a la plataforma, se abría un profundo foso del que asomaban horribles llamas rojas, mientras un humo negro y denso se elevaba hacia el techo abovedado.

Sobre el altar, media docena de grolims vestidos con túnicas negras y máscaras de acero sujetaban el cuerpo desnudo de un esclavo. La víctima ya estaba muerta, con el pecho abierto como si se tratara de un cerdo. En medio del altar había otro grolim, con los brazos alzados frente a la imagen de Torak. En su mano derecha tenía un cuchillo largo de hoja curva; y en su izquierda, un sangrante corazón humano.

—¡He aquí vuestra ofrenda, dios dragón de los angaraks! —gritó con voz estridente, luego se volvió y depositó el corazón en uno de los calderos humeantes.

Cuando el caldero con el corazón fue colocado encima de las llamas, hubo una gran erupción de humo y vapor y se oyó un espeluznante chisporroteo. En algún lugar debajo del templo, sonó el gigantesco gong y sus vibraciones retumbaron en el aire. Los murgos allí reunidos y los supervisores grolims gimieron y apoyaron sus caras sobre el suelo.

Garion sintió un golpecito en el hombro. Seda se había vuelto y hacía una reverencia hacia el altar, y Garion lo imitó con torpeza, asqueado todavía por el horrible espectáculo de allí abajo.

Los seis grolims del altar alzaron el cuerpo sin vida del esclavo casi con desprecio y lo arrojaron al foso que había delante de la plataforma. Cuando el cuerpo cayó al fuego, las llamas se avivaron y chisporrotearon entre el humo denso.

Garion sintió que lo invadía una furia tremenda y comenzó a convocar su poder, con toda la intención de destruir aquel siniestro altar y la cruel imagen que se alzaba sobre él en un único y descomunal despliegue de fuerzas.

«Belgarion —dijo la voz de su mente con brusquedad—, *no interfieras. Este no es el momento.*»

«*No puedo soportarlo* —exclamó Garion en silencio—, *tengo que hacer algo.*»

«*Ahora no puedes, despertarías a toda la ciudad. No uses tu poder, Belgarion.*»

«Haz lo que te dice, Garion», dijo con calma la voz de tía Pol en su mente.

Un mudo intercambio tuvo lugar entre tía Pol y aquella otra mente, y Garion, impotente, dejó que su furia y el poder de su voluntad se desvanecieran.

«Esta aberración no durará mucho más, Belgarion —le aseguró la voz—, incluso ahora la tierra hace acopio de sus fuerzas para liberarse de ella.»

—¿Qué hacéis allí arriba? —preguntó una voz brusca.

Garion desvió la vista de la horrible escena de abajo. Un grolim con túnica negra y máscara de acero se había detenido frente a Belgarath y cerraba el paso.

—Somos los siervos de Torak —respondió el anciano, en una perfecta imitación de los sonidos guturales del idioma de los murgos.

—En Rak Cthol todos somos siervos de Torak —dijo el grolim—. ¿Por qué no estáis asistiendo a la ceremonia de sacrificio?

—Somos peregrinos de Rak Hagga —explicó Belgarath—, y acabamos de llegar a la ciudad. Se nos ordenó que nos presentáramos al Jerarca de Rak Hagga en cuanto llegáramos. Esa apremiante tarea nos impide participar en la ceremonia. —El grolim gruñó con desconfianza—. Reverendo sacerdote del dios dragón, ¿podrías indicarnos dónde están las habitaciones de nuestro Jerarca? No conocemos bien el templo oscuro.

Desde abajo, llegó otro grito desgarrador, y cuando el gong de hierro volvió a retumbar, el grolim se giró hacia el altar e hizo una reverencia. Belgarath hizo un rápido gesto con la cabeza a los miembros de su grupo, y todos se volvieron y se inclinaron.

—Pasad por la penúltima puerta —les indicó el grolim, al parecer satisfecho con aquel piadoso gesto—. Os conducirá a las habitaciones de los Jerarcas.

—Te estamos infinitamente agradecidos, sacerdote del dios de las tinieblas —agradeció con una reverencia.

Pasaron en fila junto al grolim enmascarado, con las cabezas gachas y las manos cruzadas sobre el pecho, mientras murmuraban algo para sí, como si rezaran.

—¡Repugnante! —decía Relg con voz ahogada—. ¡Obsceno! ¡Abominable!

—Manten la cabeza gacha —musitó Seda—. Estamos rodeados de grolims.

—Mientras UL me dé fuerzas, no descansaré hasta que Rak Cthol sea destruida —juró Relg en un fervoroso susurro.

Belgarath llegó a una puerta con tallas decorativas cerca del final de la galería y la abrió con cuidado.

—¿Todavía nos mira el grolim? —le preguntó a Seda.

El hombrecillo miró hacia el sacerdote, que estaba a una considerable distancia detrás de ellos.

—Sí, espera... Ahora se va. La galería está libre.

El hechicero cerró la puerta que había abierto y en su lugar se dirigió a la última de la galería. Apoyó su mano con suavidad en el picaporte y la puerta se abrió sin resistencia. El anciano frunció el entrecejo.

—Antes siempre estaba cerrada —murmuró.

—¿Es una trampa? —gruñó Barak, al tiempo que su mano buscaba la espada debajo de la túnica de murgo.

— Es probable, pero no tenemos otra elección.

Belgarath terminó de abrir la puerta y todos entraron mientras desde el altar llegaba otro alarido. La puerta se cerró despacio al mismo tiempo que el gong hacía retumbar las piedras del templo. Comenzaron a bajar por los escalones desgastados que había al otro lado de la puerta. La escalera, estrecha y poco iluminada, descendía de forma abrupta y giraba hacia la derecha.

—Estamos justo en la pared exterior, ¿verdad? —preguntó Seda y tocó las piedras negras de la izquierda.

Belgarath asintió con un gesto.

—La escalera conduce a las habitaciones privadas de Ctuchik —dijo.

Siguieron descendiendo hasta que los ladrillos de ambos lados de las paredes se trocaron en roca.

—¿Vive debajo de la ciudad? —preguntó Seda, sorprendido.

—Sí —respondió Belgarath—. Se construyó una especie de fortaleza usando la misma roca de la montaña.

—Extraña idea —dijo Durnik.

—Ctuchik es una persona extraña —dijo tía Pol con tono sombrío.

Belgarath hizo una señal de alto.

—La escalera termina unos trescientos metros más abajo —susurró—. Sin duda, en la puerta del fuerte habrá dos guardias; ni siquiera Ctuchik podría modificar eso, sean cuales sean sus planes.

—¿Hechiceros? —preguntó Barak en voz baja.

—No, los guardias están sólo por protocolo. Son sólo grolims corrientes.

—Entonces, podemos echarnos sobre ellos.

—No será necesario. Nos acercaremos lo suficiente como para que os ocupéis de ellos, pero quiero algo rápido y silencioso.

El anciano buscó entre sus ropas de murgo y sacó un rollo de pergamino atado con un trozo de cinta negra. Luego comenzó a bajar otra vez con Barak y Mandorallen detrás.

La curva de la escalera les permitió ver un área iluminada por antorchas al final de los escalones de piedra, una especie de antecámara cavada en la roca. Dos sacerdotes grolims estaban junto a una puerta negra con los brazos cruzados.

—¿Quién se acerca al más santo de los santos? —preguntó uno de ellos y se llevó la mano a la espada.

—Un mensajero —respondió Belgarath con tono de importancia—. Traigo un mensaje de mi amo, el Jearca de Rak Goska —agregó y les enseñó el rollo de pergamino.

—Acércate, mensajero.

—¡Alabado sea el discípulo del dios dragón de Angarak! —exclamó Belgarath mientras bajaba con Mandorallen y Barak a su lado. Llegó al pie de la escalera y se detuvo frente a los dos guardias con máscaras de acero—. De este modo cumplo con la tarea que me han encomendado —anunció y les ofreció el pergamino con la mano extendida.

Uno de los guardias se adelantó para recibir el rollo de manos de Belgarath, pero Barak le asió el brazo con su enorme puño, mientras su otra mano se cerraba con rapidez sobre la garganta del asombrado grolim.

El otro guardia llevó la mano a la empuñadura de su espada, pero Mandorallen le arrojó un afilado puñal al estómago y el hombre se dobló hacia delante, gimiendo. Con una especie de sádica concentración, el caballero hizo girar la empuñadura del puñal hundiéndolo profundamente en el cuerpo del grolim. Cuando por fin el arma le alcanzó el corazón, el guardia se estremeció y se desplomó con un suspiro largo y gorgoteante.

Barak levantó su enorme hombro y los huesos del primer grolim se rompieron con un crujido áspero. Los pies del guardia se movieron de forma espasmódica durante unos instantes, pero luego se quedó inmóvil.

—Ya me siento mejor —murmuró Barak tras soltar el cuerpo.

—Tú y Mandorallen esperad aquí —le ordenó Belgarath—. No quiero que me molesten mientras estoy ahí dentro.

—Nos ocuparemos de que no lo hagan —prometió Barak—. ¿Y qué pasa con éstos? —preguntó, señalando a los dos guardias.

—Deshazte de ellos, Relg —le dijo brevemente Belgarath al ulgo.

Relg se arrodilló entre los dos cuerpos y los sostuvo, uno con cada mano. Seda se apresuró a girarse para no verlo, pero oyó un ruido seco mientras el ulgo empujaba, hundiéndolos en la piedra.

—Te has dejado un pie fuera —observó Barak con un tono indiferente.

—¿Es necesario que habléis de ello? —preguntó Seda.

Belgarath hizo una profunda inspiración y apoyó su mano sobre el picaporte de hierro.

—Muy bien, entremos de una vez —les dijo en voz muy baja y abrió la puerta.

Tras aquella puerta les aguardaban riquezas dignas de un imperio. Sobre el suelo había verdaderas montañas de brillante oro amarillo mezcladas descuidadamente con anillos, pulseras, cadenas y coronas que resplandecían en toda su opulencia. Contra la pared había pilas de lingotes de oro rojo, procedentes de las minas de Angarak, y baúles rebosantes de diamantes del tamaño de un puño que brillaban como si fueran de hielo. En el centro de la sala se toparon con una gran mesa cubierta de rubíes, zafiros y esmeraldas del tamaño de huevos. Cordeles e hilos con perlas ensartadas —rosas, grisáceas, e incluso algunas azabache— sostenían las pesadas cortinas carmesíes que colgaban de las ventanas.

Belgarath caminaba como un animal al acecho, con la mirada alerta, sin mostrar el menor signo de su edad. Ignoró las riquezas que lo rodeaban y cruzó aquella habitación alfombrada en dirección a un estudio, donde apretados rollos de pergamino se apilaban en montañas que llegaban al techo y los lomos de piel de los libros se alineaban como batallones en los oscuros estantes de madera. Las mesas de esta segunda habitación estaban llenas de curiosos aparatos de cristal, de los que se usan para experimentos químicos, y extrañas máquinas de bronce y hierro, repletas de engranajes, ruedas, palancas y cadenas.

En una tercera habitación, encontraron un enorme trono de oro con un fondo de cortinas de terciopelo negro. Sobre el trono había una capa de armiño, un cetro y una pesada corona de oro. Sobre las pulidas baldosas del suelo se dibujaba un mapa que, según dedujo Garion, representaba el mundo entero.

—¿Qué clase de lugar es éste? —preguntó Durnik, con los ojos desorbitados por el asombro.

—Ctuchik se divierte aquí —respondió tía Pol con una expresión de repugnancia—. Tiene muchos vicios y le gusta practicarlos por separado.

—No está aquí —murmuró Belgarath—. Subamos a la próxima planta.

Regresaron por donde habían venido y siguieron subiendo por la escalera que se curvaba alrededor de la pared redondeada del fuerte.

La habitación de arriba era una sala de tormentos. En el centro había un potro de torturas, y látigos y porras colgaban de los muros. Contra la pared había una mesa llena de crueles instrumentos de metal brillante ordenados en hileras: ganchos, clavos de junta fina y horribles sierras que aún conservaban restos de hueso y carne entre sus dientes. La habitación enteraapestaba a sangre.

—Sigue tú con Seda, padre —dijo tía Pol—. En las demás habitaciones de esta planta hay cosas que Garion y Durnik no deberían ver.

Belgarath asintió con un gesto y salió de la habitación seguido por Seda. Unos minutos después, regresaron por otra puerta. La cara de Seda tenía una ligera expresión de repugnancia.

—Tiene algunas perversiones bastante exóticas, ¿verdad? —comentó con un estremecimiento.

La cara de Belgarath reflejaba desolación.

—Seguiremos subiendo —dijo en voz baja—. Está en la planta superior. Me había imaginado que estaría allí, pero quería comprobarlo.

Comenzaron a subir otra vez, y cuando se acercaban al final de la escalera, Garion sintió una especie de ola de calor que brotaba de lo más profundo de su ser y un zumbido que lo impulsaba a seguir. La señal en la palma de su mano estaba ardiente.

En la habitación superior del fuerte había un altar de piedra negra y la imagen metálica de Torak se alzaba amenazadora en la pared del fondo. Sobre el altar reposaba un cuchillo brillante, con costras secas y rojas en la empuñadura. La sangre se había filtrado por los poros de la piedra, formando grandes manchas indelebles. Belgarath se movía con rapidez, con mirada vigilante y pasos de gato. Espió por una puerta que había en la pared de atrás del altar, pero meneó la cabeza y se dirigió a otra, cerrada en el muro del fondo. Apoyó sus dedos con suavidad sobre la madera y luego asintió con un gesto.

—Está aquí —murmuró con satisfacción. De repente hizo una profunda inspiración y luego sonrió—. He esperado esto durante mucho tiempo —dijo.

—No te entretengas, padre —rogó tía Pol con impaciencia; su mirada era dura y el rizo blanco de su pelo brillaba como la escarcha.

—Cuando entre, quiero que te mantengas al margen de esto, Pol —le recordó—. Y tú también, Garion. Esto es entre Ctuchik y yo.

—De acuerdo, padre —respondió tía Pol.

Belgarath extendió la mano y abrió la puerta. La habitación era vulgar y estaba casi vacía. El suelo de piedra no estaba alfombrado y las ventanas circulares dejaban ver la oscuridad del exterior, pues no tenían cortinas. Simples velas ardían en las lámparas de los muros y en el medio de la habitación había una mesa corriente. Un hombre vestido con una túnica negra, sentado a la mesa y de espaldas a la puerta, contemplaba un cofre de hierro. Garion sintió que todo su cuerpo temblaba en respuesta a lo que había en aquel cofre, y el zumbido de su mente lo ensordecía.

Un niño pequeño de cabellos claros estaba de pie ante la mesa y también contemplaba el cofre. Llevaba un guardapolvo manchado y pequeños zapatos sucios. A pesar de que su expresión parecía ausente, tenía un aire de tierna inocencia que llegaba al corazón. Sus ojos eran grandes, azules y confiados, y era el niño más hermoso que Garion había visto en su vida.

—¿Por qué has tardado tanto, Belgarath? —preguntó el hombre de la mesa con tono seco, sin molestarse en volver la cabeza. El cofre produjo un leve chasquido al cerrarse—. Comenzaba a preocuparme por ti.

—Unas pocas complicaciones sin importancia —respondió Belgarath—. Espero que no te hayamos hecho esperar demasiado.

—No importa, tenía cosas que hacer mientras tanto. Adelante, entrad todos.

Ctuchik se volvió a mirarlos. Su cabello y su barba tenían un color blanco amarillento y eran muy largos. Su cara estaba llena de arrugas y sus ojos brillaban; un semblante que reflejaba una antigua y profunda perversión. La crueldad y la arrogancia le habían borrado cualquier rasgo de humanidad y su tremendo egoísmo le confería una expresión de constante desdén hacia cualquier otro ser vivo. Sus ojos se posaron en tía Pol.

—Polgara —la saludó con una burlona inclinación de cabeza—. Estás tan hermosa como siempre. ¿Has venido para someterte por fin a la voluntad de mi amo? —agregó con una sonrisa maligna.

—No, Ctuchik —respondió con frialdad—. He venido a ver cómo se hace justicia.

—¿Justicia? —rió él con sorna—. Eso no existe, Polgara. Mi Maestro me ha enseñado que los fuertes hacen su voluntad y los débiles se someten.

—¿Y su cara quemada no te ha enseñado otra cosa?

El sumo sacerdote se ruborizó un poco, pero enseguida se repuso de su momentánea irritación.

—Te invitaría a sentarte y a beber algo —continuó con la misma voz seca—, pero me temo que no te quedarás lo suficiente como para eso. —Sus ojos se volvieron a los demás y se detuvieron en cada uno de ellos—. Tu grupo se ha reducido, Belgarath —observó—. Espero que no hayas perdido a ninguno por el camino.

—Están todos bien —le aseguró el hechicero—, pero sin duda apreciarán tu preocupación.

—¿Todos? —preguntó arrastrando la palabra—. Veo al ingenioso ladrón, al hombre de las dos vidas y al ciego, pero no a los demás. ¿Dónde están el temible oso y el caballero protector? ¿Y el señor de los caballos y el arquero? ¿Y las mujeres? ¿Dónde está la reina del mundo y la madre de la raza exterminada?

—Están todos bien, Ctuchik —respondió Belgarath—, muy bien.

—¡Qué extraordinario! Estaba casi seguro de que a esta altura ya habrías perdido al menos a uno o dos. Admiro tu dedicación para seguir a rajatabla una profecía que hubiera fracasado si uno solo de sus antecesores hubiera muerto en el momento equivocado. —Sus ojos cobraron un aire ausente durante unos instantes—, ¡Ah! —exclamó—, los has dejado a hacer guardia frente a la puerta. No era necesario que lo hicieras, Belgarath. He dado órdenes de que no nos molestaran. —Los ojos del sumo sacerdote se detuvieron en la cara de Garion—. Belgarion —dijo con tono casi cortés. A pesar del zumbido que hacía vibrar sus venas, cuando la mente del sumo sacerdote tocó la suya, Garion sintió un escalofrío—. Eres más joven de lo que esperaba. —Garion lo miró desafiante y comenzó a concentrarse en su voluntad para protegerse de cualquier movimiento por sorpresa de aquel viejo—, ¿Te atreverías a competir con mi poder, Belgarion? —dijo divertido Ctuchik—. Es cierto que quemaste a Chamdar, pero él era un idiota. Creo que conmigo te resultaría más difícil. Dime, chico, ¿te divirtió quemarlo?

—No —respondió Garion, siempre alerta.

—Con el tiempo empezará a gustarte —dijo Ctuchik con una sonrisa maligna—. Mirar cómo tu enemigo se retuerce y chilla entre las garras de tu mente es una de las mayores satisfacciones del poder. —Volvió su mirada hacia Belgarath—. ¿Así que por fin has venido a matarme? —le preguntó con tono burlón.

—Si es necesario, sí. He esperado este momento durante muchos años, Ctuchik.

—¡No me digas! Somos muy parecidos, Belgarath. Yo he deseado este encuentro tanto como tú. Sí, de veras, somos muy parecidos. En otras circunstancias, podríamos haber sido amigos.

—Lo dudo. Yo soy un hombre simple, y algunas de tus diversiones son un poco sofisticadas para mí.

—Ahórrate eso, por favor. Sabes tan bien como yo que los dos podemos hacer lo que queramos, sin limitaciones.

—Es posible, pero yo prefiero elegir a mis amigos con más cuidado.

—Te estás poniendo pesado, Belgarath. Dile a los demás que vengan. —Ctuchik levantó una ceja en un gesto irónico—. ¿No te gustaría que vieran cómo me destruyes? Piensa en la agradable admiración que te dispensarán.

—Están muy bien donde están —le dijo Belgarath.

—No seas aburrido. No vas a negarme el placer de rendir homenaje a la reina del mundo —dijo con tono burlón—. Ansio contemplar su exquisita belleza antes de que me mates.

—No creo que le importes mucho, Ctuchik, pero, de todos modos, le presentaré tus respetos.

—Insisto, Belgarath. Es sólo un pequeño ruego, fácil de complacer. Si tú no la llamas, lo haré yo.

Belgarath entrecerró los ojos y luego sonrió.

—O sea que es eso —dijo con suavidad—. Me preguntaba por qué nos habías dejado pasar con tanta facilidad.

—Ya no importa, ¿sabes? —dijo Ctuchik con una voz que parecía un ronroneo—. Has cometido tu último error, viejo. La has traído a Rak Cthol y eso es todo lo que yo necesitaba. Tu profecía se acaba aquí y ahora, Belgarath, y supongo que tú junto con ella.

Los ojos del sumo sacerdote brillaron de júbilo y Garion sintió cómo la fuerza de su mente perversa salía al exterior con un terrible propósito.

Belgarath intercambió una mirada rápida con tía Pol y le guiñó un ojo con expresión burlona.

Los ojos de Ctuchik se llenaron de asombro cuando su mente bajó a la última planta de su fuerte y la encontró vacía.

—¿Dónde está? —gritó desesperado con una voz que fue casi un aullido.

—La princesa no ha podido acompañarnos —respondió Belgarath con calma—, pero envía sus disculpas.

—¡Mientes, Belgarath! No te habrías atrevido a dejarla atrás. No estaría segura en ningún lugar del mundo.

—¿Ni siquiera en las cuevas de Ulgoland?

La cara de Ctuchik palideció.

—¿Ulgoland? —preguntó boquiabierto.

—Pobre viejo Ctuchik —dijo Belgarath y meneó la cabeza en un gesto de pesar—. Me temo que te has equivocado mucho. Tu plan no era malo, ¿pero no se te ha ocurrido asegurarte de que la princesa estuviera con nosotros antes de permitir que me acercara tanto?

—Cualquiera de los demás servirá.

—No —negó Belgarath—. Los demás son todos irreductibles; Ce'Nedra era la única vulnerable y está en Prolgu, bajo la protección del propio UL. Podrías intentar enfrentarte a él, si quieres, pero yo no te lo aconsejaría.

—Yo te maldigo, Belgarath.

—¿Por qué no me das el Orbe, Ctuchik? —sugirió Belgarath—. Sabes que si quiero puedo quitártelo.

Ctuchik se esforzó por recuperar el control.

—No nos apesuremos, Belgarath —dijo después de un momento—. ¿Qué ganaremos si nos destruimos el uno al otro? Tenemos a Cthrag Yaska en nuestro poder y podríamos dividirnos el mundo entre ambos.

—Yo no quiero la mitad del mundo, Ctuchik.

—Lo quieres todo para ti. —Una sonrisa comprensiva se dibujó en los labios de Ctuchik—. Yo también lo quería todo..., al principio, pero ahora me conformaré con la mitad.

—La verdad es que yo no quiero nada del mundo.

—¿Y qué es lo que quieres, Belgarath? —preguntó Ctuchik con un gesto desesperado.

—El Orbe —respondió implacable Belgarath—. Dámelo, Ctuchik.

—¿Por qué no unimos nuestras fuerzas y usamos el Orbe para destruir a Zedar?

—¿Y para qué?

—Tú lo odias tanto como yo. Él traicionó a tu Maestro y te robó a Cthrag Yaska.

—Se traicionó a sí mismo, Ctuchik, y creo que esa idea lo tortura de vez en cuando. Sin embargo, su plan para robar el Orbe fue muy inteligente. —Belgarath miró con aire pensativo al niño que estaba de pie frente a la mesa, con sus ojos grandes fijos en el cofre de metal—. Me pregunto dónde encontró al niño —murmuró—. La inocencia y la pureza no son exactamente lo mismo, por supuesto, pero están muy cerca. A Zedar le habrá costado mucho criar a un inocente, piensa en todos los impulsos que habrá tenido que reprimir.

—Por eso dejé que lo hiciera él —respondió Ctuchik. El pequeño niño rubio, como si advirtiera que hablaban de él, miró a los dos hombres con los ojos llenos de confianza—. Lo cierto es que aún tengo a Cthrag Yaska, el Orbe —afirmó Ctuchik. Luego volvió a sentarse y

apoyó una mano sobre el cofre—. Si intentas llevártelo, lucharé contigo. Ninguno de los dos puede asegurar lo que ocurrirá, así que ¿por qué arriesgarse?

—¿Para qué lo quieres? Y si yo aceptara tu trato, ¿que harías con el Orbe? ¿Despertarías a Torak y se lo darías a él?

—Es probable. Pero Torak lleva quinientos años dormido y el mundo ha funcionado bastante bien sin él. No creo que fuera necesario despertarlo ahora.

—Por lo tanto, seguirías en posesión del Orbe.

—Alguien debe tenerlo, ¿por qué no yo?

Estaba apoyado en el respaldo de la silla y parecía completamente tranquilo. Por fin atacó sin previo aviso y sin que su rostro delatara sus emociones.

Fue tan rápido que, más que una agitación, Garion sintió algo similar a un enorme ventarrón, y los familiares rugidos en su mente sonaron como truenos. Garion era consciente de que si aquella fuerza hubiera sido dirigida hacia él, lo habría destruido, pero el poder de Ctuchik estaba atacando a Belgarath. Durante un pavoroso instante, Garion vio a su abuelo envuelto en una sombra más oscura que la noche. Luego la sombra se rompió como una delicada copa de cristal, esparciendo, al estallar, fragmentos de oscuridad. Entonces Belgarath se enfrentó a su antiguo enemigo con expresión sombría.

—¿Eso es todo lo que puedes hacer? —preguntó al mismo tiempo que se defendía con su poder.

De repente, una luz deslumbrante rodeó al grolim y se cerró sobre él, como si lo aplastara con su potencia. La tosca silla donde se sentaba Ctuchik estalló en trozos y astillas, como si un peso descomunal se hubiera posado sobre ella. Ctuchik cayó encima de los restos de la silla y ahuyentó con ambas manos el resplandor azul. Luego se puso en pie y respondió al ataque con llamas. En ese horrible instante, Garion recordó a Asharak quemándose en el bosque de las Driadas. Pero Belgarath apagó el fuego y, pese a que él mismo decía que no se necesitaban gestos para actuar con la Voluntad y la Palabra, levantó la mano y atacó a Ctuchik con rayos.

El mago y el hechicero estaban frente a frente en el centro de la habitación, rodeados de luces abrasadoras, llamas y sombras. Garion se sentía atontado por las constantes detonaciones de energía que se producían en la lucha. Tuvo la impresión de que sólo una parte de la batalla era visible y de que había embestidas que no alcanzaba a vislumbrar, ni siquiera a imaginar. En aquella habitación del fuerte, el aire parecía crepitar y zumbir. Aparecían y desaparecían extrañas imágenes, oscilando en los límites extremos de lo visible: caras enormes, manos gigantescas y cosas que Garion no alcanzaba a reconocer. El edificio entero temblaba mientras aquellos dos terribles ancianos desgarraban la materia misma de la realidad, empuñando las armas de la imaginación y la ilusión.

Casi sin pensarlo, Garion comenzó a convocar su poder y a concentrarse. Tenía que detener aquella lucha, pues él mismo y los demás estaban sintiendo sus consecuencias de forma indirecta. Más allá de cualquier razonamiento, Belgarath y Ctuchik se consumían en su odio mutuo y liberaban fuerzas que podían matarlos a todos.

—¡Garion, no te metas! —exclamó tía Pol con una voz tan brusca que el joven no podía creer que proviniera de ella—. Han llegado al límite; si tú interfieres, podrías destruirlos a los dos. —Apartó a los demás con un gesto rápido—. ¡Todos atrás! El aire que los rodea está vivo.

Todos retrocedieron temerosos hacia la pared del fondo de la habitación.

El hechicero y el mago estaban muy cerca uno de otro con los ojos brillantes, y sus poderes iban y venían en oleadas. El aire chisporroteaba a su alrededor y sus túnicas echaban humo.

Entonces los ojos de Garion se fijaron en el niño, que miraba a los dos ancianos sin comprender lo que ocurría, pero con serenidad. No se asustaba ni retrocedía ante los horribles sonidos y visiones que se producían a su alrededor. Garion se preparó para correr y salvar al pequeño, pero justo en ese momento el niño se dirigió a la mesa. Con total serenidad, atravesó

una cortina de llamas verdes que se alzaba frente a él. Era obvio que no había visto el fuego, o al menos que no lo temía. Cuando llegó junto a la mesa, se puso de puntillas y levantó la tapa del cofre que Ctuchik había contemplado con malicioso placer unos minutos antes. El niño sacó una piedra redonda, pulida y gris del interior del cofre, al mismo tiempo que Garion volvía a sentir ese extraño y cosquilleante calor y sus oídos se llenaban de un inquietante zumbido.

En ese momento oyó la exclamación de asombro de tía Pol.

Con la piedra gris cogida con las dos manos, como si fuera una pelota, el niño se volvió y caminó directamente hacia Garion, con expresión de seguridad y los ojos llenos de confianza. La piedra pulida reflejaba los destellos de la terrible batalla que tenía lugar en la habitación, pero a su vez irradiaba un brillo propio. En lo más profundo de la piedra se vislumbraba un resplandor azul, una luz que no vacilaba ni cambiaba y que se hacía cada vez más fuerte a medida que el niño se acercaba a Garion.

Una imagen instantánea pasó por la mente de Garion, una imagen de absoluto terror, y supo que estaba viendo el interior de la mente de Ctuchik. En aquella mente había una escena que aterrorizaba al mago: un retrato de Garion con la brillante piedra en sus manos. El joven advirtió que el miedo de Ctuchik aumentaba y entonces, muy despacio y de forma deliberada, extendió su mano derecha hacia la piedra que le ofrecía el niño. La señal de su mano ardía de deseos de tocar la piedra y el zumbido de su cabeza se elevó en un poderoso crescendo. Mientras extendía la mano, sintió el violento miedo irracional de Ctuchik y oyó su ronco alarido.

—¡Desaparece! —gritó con desesperación el grolim mientras dirigía su terrible poder a la piedra que había en las manos del pequeño.

Durante unos emocionantes segundos, un silencio absoluto llenó la habitación del fuerte. Incluso la cara de Belgarath, contraída por la terrible lucha, reflejó sorpresa e incredulidad.

El resplandor azul del corazón de la piedra pareció contraerse y luego volvió a brillar.

Ctuchik, con la larga barba y el pelo desgredados, se quedó boquiabierto, con los ojos llenos de asombro y terror.

—¡No he querido decir eso! —gimió—. ¡No he querido decirlo!

Pero una nueva y descomunal fuerza ya había penetrado en la habitación. Aquella fuerza no irradiaba ninguna luz, ni hacía presión contra la mente de Garion; por el contrario, parecía querer hacerlo a un lado mientras se cerraba sobre el aterrorizado Ctuchik.

El sumo sacerdote de los grolims aulló de forma demencial y de repente dio la impresión de que se contraía, se expandía y se contraía otra vez. Su cara se llenaba de grietas, pues se había convertido en piedra y la piedra se desmoronaba bajo el poder de aquella terrible fuerza. Debajo de aquellas grietas impresionantes, Garion no vio carne ni huesos, sino una destellante energía. Ctuchik comenzó a brillar con un resplandor cada vez más fuerte. Entonces alzó las manos con desesperación.

—¡Ayudadme! —gritó—. ¡NO! —aulló desesperado, y con un estruendo indescriptible el discípulo de Torak desapareció.

Aquel asombroso estallido arrojó a Garion al suelo, contra la pared de la habitación. De forma inconsciente, el joven cogió entre sus brazos al niño, que cayó sobre él como una muñeca de trapo. La piedra redonda rebotó en el muro, Garion hizo ademán de cogerla, pero la mano de tía Pol le agarró la muñeca.

—¡No! —exclamó—. No lo toques, es el Orbe.

La mano de Garion se detuvo. El niño se soltó de sus brazos y corrió tras el Orbe, que rodaba por el suelo.

—Misión —rió con expresión de júbilo al agarrarlo.

—¿Qué ha ocurrido? —murmuró Seda mientras intentaba ponerse en pie y miraba a todos lados.

—Ctuchik se ha destruido a sí mismo —respondió tía Pol mientras también se incorporaba— Ha intentado hacer que el Orbe desaparezca y la madre de los dioses no permite la desaparición de nada. —Dirigió una mirada rápida a Garion—. Ayúdame con tu abuelo.

Belgarath había estado prácticamente en medio de la explosión que había destruido a Ctuchik. El estallido lo había arrojado al otro extremo de la habitación y estaba acurrucado en el suelo con expresión de asombro, con los ojos brillantes y el pelo y la barba chamuscados.

—Levántate, padre —dijo tía Pol con tono apremiante mientras se inclinaba sobre él.

El fuerte comenzó a temblar y la roca de basalto que lo sostenía se inclinó. Entonces una gigantesca explosión resonó desde el interior de la tierra, una lluvia de piedras y argamasa comenzó a caer de las paredes, mientras la tierra temblaba con la onda expansiva de la destrucción de Ctuchik.

En la habitación de abajo la puerta se abrió con estrépito y Garion oyó unas ruidosas pisadas.

—¿Dónde estáis? —gritó la voz de Barak.

—Aquí arriba —respondió Seda desde la escalera.

Barak y Mandorallen subieron corriendo los peldaños de piedra.

—¡Salid de aquí! —rugió Barak—. El fuerte está comenzando a desmoronarse. El templo se viene abajo y hay una grieta de más de medio metro en la unión del fuerte con la roca de la montaña.

—¡Padre! —gritó Polgara—. ¡Tienes que levantarte! —Belgarath la miró con expresión ausente—. ¡Levántalo! —le ordenó a Barak.

Las rocas que sostenían el fuerte a la ladera de la montaña comenzaron a agrietarse con las furiosas convulsiones de la tierra.

—¡Allí! —exclamó Relg con voz estridente y señaló una pared negra del fuerte donde las piedras se agrietaban y desmoronaban—. ¿Puedes abrir un hueco, Polgara? Detrás hay una cueva.

Tía Pol levantó la vista con rapidez, fijó los ojos en la pared y la señaló con un dedo.

—¡Estalla! —ordenó y el muro de piedra se abrió como si lo hubiese derribado un huracán.

—¡Se está separando! —gritó Seda, y señaló la grieta cada vez más grande entre el fuerte y la sólida cuesta de la montaña.

—¡Saltad! —gritó Barak—. ¡Deprisa!

Seda saltó por encima de la grieta y se giró para agarrar a Relg, quien lo seguía a ciegas. Durnik y Mandorallen cogieron entre ambos a tía Pol y saltaron justo cuando la grieta se hacía más ancha.

—¡Ahora tú, chico! —le ordenó Barak a Garion mientras se acercaba a la abertura, cargando al todavía confuso Belgarath.

«*¡El niño!* —exclamó la voz en la mente de Garion, esta vez sin frialdad ni desinterés—. *¡Salva al niño, o todo lo que habéis hecho carecerá de sentido!*»

Garion recordó al pequeño y dejó escapar un gemido. Entonces dio media vuelta y volvió a entrar en el fuerte, que se desmoronaba poco a poco. Cogió al pequeño entre sus brazos y corrió hacia el agujero que tía Pol había abierto en la pared.

Barak saltó, y al llegar al otro lado, sus pies oscilaron durante un terrible segundo en el borde mismo de la grieta. Garion tomó impulso mientras corría y cuando por fin saltó lo hizo con todas sus fuerzas, de modo que chocó de lleno contra la ancha espalda de Barak, con el pequeño en sus brazos.

El niño abrazaba con actitud protectora el Orbe de Aldur.

—¿Misión? —preguntó.

Garion se volvió. El fuerte estaba inclinado a una creciente distancia de la piedra de basalto y las piedras que lo sostenían se agrietaban, desprendiéndose de la cuesta empinada de la montaña.

De repente, todo el peso del edificio se inclinó hacia fuera, y bajo una lluvia de cascotes y restos del templo de Torak, el fuerte se separó de la montaña y cayó en el impresionante abismo.

El suelo de la cueva adonde habían entrado vibraba con los temblores de la tierra y cada movimiento repercutía en toda la montaña de basalto. Los enormes trozos de paredes de Rak Cthol se desprendían y caían junto a la puerta de la caverna, temblando bajo la luz roja del sol naciente.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Seda y echó un rápido vistazo a su alrededor. Luego, aliviado al ver que todos estaban a salvo, agregó—: Será mejor que nos alejemos un poco de la entrada. Esta parte de la montaña no parece muy firme.

—¿Quieres bajar ahora? —le preguntó Relg a tía Pol—. ¿O prefieres esperar a que no haya más temblores?

—Será mejor que nos movamos —aconsejó Barak—, Las cuevas estarán repletas de murgos en cuanto cese el terremoto.

Tía Pol echó un vistazo al semiinconsciente Belgarath y luego cobró fuerzas.

—Bajaremos —decidió con voz firme—. Todavía tenemos que detenernos a buscar a la esclava.

—Lo más probable es que esté muerta —se apresuró a decir Relg—. El terremoto debe de haber derrumbado el techo de su cueva.

Tía Pol le dedicó una mirada fulminante; una mirada que ningún hombre en el mundo hubiese sido capaz de sostener por mucho tiempo.

Relg bajó la vista.

—Muy bien —dijo de mala gana y se volvió para conducirlos a la cueva. El terremoto seguía rugiendo a sus pies.

Índice

LA LUZ DEL ORBE

Prólogo	5
Primera parte. Maragor	10
Segunda parte. El valle de Aldur	49
Tercera parte. Ulgo	94
Cuarta parte. Cthol Murgos.....	132

Título de la edición original:
Magician's Gambit
Traducción del inglés: M^a Eugenia Ciocchini,
cedidas por Grupo Editorial Ceac, S.A.
Diseño: Bährle/Mutter
Ilustración: Xavier Martínez
Foto de solapa: © Richard Heinzen

Círculo de Lectores, S.A. (Sociedad Unipersonal)
Valencia, 344, 08009 Barcelona
1357969128642

Licencia editorial para Círculo de Lectores
por cortesía de Grupo Editorial Ceac, S.A.
Está prohibida la venta de este libro a personas que no
pertenezcan a Círculo de Lectores.

La luz del Orbe
© 1983 by David Eddings
© Editorial Timun Mas, S.A., 1990

Depósito legal: B. 31348-1996
Fotocomposición: gama, s.l., Barcelona
Impresión y encuadernación: Printer industria gráfica, s.a.
N. II, Cuatro caminos s/n, 08620 Sant Vicenc. dels Horts
Barcelona, 1996. Impreso en España
ISBN 84-226-5922-0 (Tomo II)
ISBN 84-226-5924-7 (Obra completa)
N.º 35402